Noa

JG Millán — Noa

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

—¡Hola, amor mío! ¿Qué tal te ha ido hoy en el Banco?

—¡Hola, Tony! ¡Qué ganas tenía de que llegaras! Llevo ya una hora pendiente de la lucecita del chat. En cuanto que he visto que se ha puesto en verde, casi me da un vuelco el ❤️.

—Venga, Noa, no me puedo creer que estés siempre pendiente de ese círculo. Además, ya sabes que cuando se recibe un mensaje suena una campanilla. 🔔😜

—Sé lo de la campanilla, Tony. Pero la impaciencia me puede… Y lo del corazón va en serio.

—Jajá, no será para tanto. Seguro que te has pasado la tarde pintando, y ni siquiera te has acordado de mí. 🤔

—Me he pasado la tarde pintando sí, pero ya no soy capaz de hacer nada original. Sólo disfruto copiando tus dibujos, fíjate.

—¿Te has enamorado de mí?

—Ya sabes que sí, amor mío. Estoy loca por ti, ya lo sabes. 🥰

—Lo sé, Noa. Lo sé. Yo también estoy loco por ti.

—Bueno, y, ¿a ti qué tal te ha ido hoy en el restaurante?

—Pues, como siempre. Mejor dicho, mejor que siempre. O peor, según se mire.

—A ver, explícate…

—Hay mucho público. Desde que se permiten usar los interiores no damos abasto. Además, ahora con el buen tiempo la gente sale a cenar, y al no encontrar sitio en la terraza, pues muchos prefieren quedarse dentro del local.

—Entonces no creo que te echen… por el momento. ¿No?

—Desde luego. Mi jefe está haciendo caja. Está compensando las pérdidas de este invierno. Ya sabes, cuando el Gobierno ordenó cerrar la hostelería para evitar los contagios.

—Pero, ¿en serio que no dais abasto? Si tenéis más público tendría que contratar a más gente, ¿no?

—Tendría, tú lo has dicho. Pero no lo hará.

—¿Por qué?

—Ay, Noa, eso es más que obvio, ¿no te parece? Esto no es el Banco de España, donde se contrata a la gente incluso antes de que aumente el trabajo.

—Claro, es que como yo no he trabajado en otro sitio... Aquí ocurre como tú dices, eso es.

—Pues eso. Mi jefe no meterá a nadie a no ser que se le escapen clientes hacia el restaurante de enfrente. Y aun así ya veríamos.

—Es *un rata*, ¿no es cierto? 🐀

—Rata, pero rata, rata… —Oye Noa… perdóname que antes te dijera eso.🙏

—¿El qué?

—Te he tratado como si fueras tonta, amor mío. Estoy leyendo lo que he puesto, y de verdad que lo siento. Lo siento mucho. 🙄

—Pues, no sé a qué te refieres, Tony.

—Bueno, mejor así. No veas lo mal que me estaba sintiendo.

—De todas formas, ya está escrito. Mañana me descargaré el chat de la forma que me enseñaste y lo volveré a leer. Te tengo pillado, ya lo ves.

—Me tienes pillado de muchas maneras, amor mío.

En ese momento el marcador sólo ponía «en línea», y no «escribiendo», y él dijo:

—Oye, no dices nada. ¿Estabas buscando el mensaje?

—No, tonto, estaba simplemente pensando en ti.

—¿Pensando en mí? No me conoces, Noa, no sabes cómo soy, no sabes el aspecto que tengo, ni siquiera sabes cómo suena mi voz.

—Créeme que me encantaría saberlo, Tony.

—Eso tiene fácil arreglo, Noa.

—Ya, pero no quiero que te lleves una decepción conmigo, amor mío.

—A mí me pasaba lo mismo al principio, vida mía, pero ya no aguanto más. Estoy completamente enamorado de ti y créeme que ya me da igual. Me da igual que veas como soy, me da igual ver quién eres. Sólo ansío tocarte, sentirte, abrazarte, besarte...

—¿Es lo que más deseas en el mundo, Tony?

—Ya sabes que sí. ¿Y tú?

—Yo estoy deseando que me toques, que me sientas que me abraces, que me beses…

—Pues, ¿entonces?

—Desde que te conocí, Tony, vivo en un sueño. Antes, mi vida era oscura, triste, monótona, aburrida, era una desesperación, continua y constante. Pero desde que apareciste, mi vida gris se transformó en azul. Azul como el cielo, y con un sol en el zenit que eres tú, amor mío. Eres el sol que ilumina mi vida y que calienta mi cuerpo. La brisa fresca que me conforta en verano, el murmullo que despierta mi corazón todas las mañanas, Tony.

—Oh, amor mío, tú eres también todo eso para mí… y mucho más. Eres el aliento que se insufla en mis pulmones para que pueda vivir, la sangre que recorre mis venas para proporcionar el necesario alimento a mis células, el perfume y la fragancia que me acompaña en cada minuto de mi existencia, el elixir que nutre y vivifica todo mi cuerpo…

—¡Oh, Tony! ¡Voy a llorar! 😢😭

—No llores, amor mío ¡No llores! Sólo quiero que sigas deseando tocarme, abrazarme, sentirme, besarme…🤗😘

—Lo deseo con toda mi alma, vida mía. ¡Lo deseo! Pero temo que si nos vemos, que si lo intentamos, que si consumamos nuestro amor, llegue la noche. Temo despertarme de este sueño tan maravilloso en el que estoy inmersa desde que tú apareciste, cielo mío, vida mía, tesoro mío.

—No te comprendo, Noa. ¿Cómo puede ser posible eso que dices? ¿Cómo puede ser posible que una criatura tan maravillosa como tú llegue a sufrir eso?

—Puede ser Tony. ¡Es lo que más temo en el mundo!... Además, yo te conozco perfectamente, mi vida. Te conocí a través de tus dibujos, y ahí descubrí que eres un chico sensible, inteligente, pasional, cariñoso, fecundo. Y las conversaciones que hemos tenido en todos estos meses me han confirmado todo eso, punto por punto.

—Te quiero mucho, Noa.

—Yo también te quiero, Tony.

—Yo también te conozco muy bien, amor mío, y sé que eres mi alma gemela. Los mismos adjetivos que me has prodigado son los que te definen a ti, vida mía. Aunque yo añadiría otro.

—¿Cuál?

—Preciosa. Tan preciosa como preciosos son tus cuadros, tus paisajes, tus retratos. Son más artísticos que los míos, sin lugar a dudas. Los que te definen de forma natural. No puede ser de otra manera, amor mío. ¡No puede ser! Preciosa. Eso es lo que eres.

—¡Oh, Tony! Yo no me considero así. No sabes cómo soy en realidad…

—Yo estoy seguro de que eres así, Noa. Porque así es tu alma, vida mía, un alma cándida, pura, amable, gentil, sublime, maravillosa…

—¡Oh, Tony!

—Maravillosa, amor mío, así eres tú, aunque tu aspecto sea diferente, que no lo creo. Porque la belleza de las personas está en el interior, que es de donde salen los sentimientos, es decir, del corazón. ¡Del corazón! ❤️ ¿Acaso no lo sabes, amor mío?

—Lo sé perfectamente, Tony, porque así eres tú.

—No me conoces, Noa. La gente en estos chats se muestra de una manera, y luego pueden ser de otra.

—Tú no eres así, Tony.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición femenina.

—Puedo ser muy buen actor, y engañar a esa intuición.

—No lo creo.

—Estoy deseando romper nuestro pacto, Noa.

—xq?

—¿No habíamos quedado en que no íbamos a usar abreviaturas? Destruyen la belleza del lenguaje.

—Perdona, Tony. Ya ves. Yo también estoy rompiendo pactos.

—Rompamos los demás, Noa.

—Esos pactos nos han dado muchas satisfacciones, ¿recuerdas? Quedamos en no hablar de la edad ni del aspecto físico. Tú mismo lo estableciste así, Tony. No fue cosa mía.

—Ya lo sé, amor mío, pero el deseo me consume, vida mía. ¡Me consume!

—Temo que se rompa la magia, Tony.

—Eso es imposible, Noa.

—Tengo miedo. 😰

—No tienes nada que temer si estás conmigo. Conmigo estarás completa, igual que lo estaré yo.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Hasta mañana, amor mío.

—Hasta mañana, vida mía. Esperaré con ansiedad tu llamada.

—Hasta mañana. Descansa. Mañana te espera un día duro en el Banco.

Y la luz verde que indicaba que él estaba «en línea» se volvió gris. Noa miró el reloj de la esquina inferior derecha de la pantalla: eran casi las dos de la madrugada, y esa noche apenas dormiría 4 horas.

Desde que se acercaba el final del plazo para el canje de las pesetas por euros, las visitas del público a la sede central del Banco de España habían aumentado exponencialmente. Ya las hubo a finales de 2020, y se tuvieron que prorrogar seis meses más por motivos de la Pandemia. Pero según se terminaba el plazo, Noa dejó de usar la pausa de veinticinco minutos a media mañana para chatear con él, y sólo les quedaba la noche para hacerlo.

«Una pena el no coincidir en los horarios», pensó. Pero ella llegaba a casa más allá de las cuatro, justo la hora en la que Tony entraba a trabajar. Él tenía horario de tarde, y libraba solo los lunes. Por tanto, entre semana solo podían conectar en ese momento, además de los sábados y los domingos por la mañana. Dedicaban esos días a ver juntos una película, comentar algún libro que habían leído, o simplemente a dibujar. Él conectaba su tableta gráfica al ordenador y dibujaba retransmitiendo lo que hacía mediante un servicio de *streaming*. Y ella contemplaba gustosa cómo iniciaba o completaba un cuadro o un dibujo, comentando con él cada trazo, cada línea, cada color utilizado.

Porque, aparte de esos momentos, él no podía permitirse el lujo de tomar el móvil y disfrutar con su compañía en horas de trabajo: su jefe no se lo consentiría. «Era mejor con el toque de queda», se dijo, aquellos días en los que el Gobierno imponía una hora de cierre. Tony llegaba a casa a horas más razonables, y podían charlar un rato. Aun así, ella no podía pasar sin su ratito diario de conversación, y los días que no lo había podido hacer se había tenido que conformar con repasar las conversaciones de los días anteriores, o visionar los vídeos que él colgaba de aquellas sesiones conjuntas. Algo que ya hacía por las tardes, a pesar de todo, cuando pensaba en él.

Porque en realidad ella pensaba en él a todas horas, y se le imaginaba de mil maneras diferentes. Se entretenía por las tardes pasando las horas muertas visionando los dibujos que él hacía, así como pintando cuadros, con el único objetivo de comentarlos con él. Algo que también hacía Tony por las mañanas, antes de entrar a trabajar al restaurante.

La única pega es que él había vuelto a insistir en verse, y ese pensamiento le estremeció. Tarde o temprano tendría que ocurrir, y entonces…

Capítulo 2

—Hola, amor mío, subía la escalera y mi corazón latía, latía ❤️fuerte❤️. El ordenador tardaba en encenderse y estuve apuntó de enloquecer.

—¡Oh, Tony!

—¡Cuéntame! ¿Qué tal hoy? ¿Era el último día del canje de pesetas por euros, no es así? 🪙

—Así es, amor mío 💘. Ha sido francamente extenuante.

—Pobre. Los españoles lo dejamos todo para última hora, ya lo sabes.

—Ya te digo. Han tenido 19 años para hacerlo, desde que se implantó el euro, y lo tienen que hacer justo el último día en que se termina el plazo. Tenías que ver cómo venía la gente, Tony. ¡Traían maletas repletas de monedas y billetes! Pensaban que se llevarían una fortuna a cambio, y sólo recibían unos pocos euros…

—Y encima ayer dormiste poco. Tenías que haberte acostado pronto, amor mío. 😴

—¿Y renunciar a hablar contigo? Ni de broma.

—Lo que hacemos no es hablar, Noa.

—Es chatear, ya lo sé. Pero para mí lo es todo.

—Podría ser algo más, si tú quisieras.

—Ya lo sé, Tony.

—Seguro que tienes que tener una voz preciosa. Tan preciosa como eres tú, Noa. Y muy femenina, estoy seguro.

—La tuya seguro que también es muy bonita. Varonil, sensible, como eres tú, Tony.

—Las apariencias engañan.

—No, en serio, la voz de las personas se corresponde con lo que son en realidad. Es algo que he desarrollado desde que estoy contigo.

—¿Qué es lo que has desarrollado?

—Pues la manía de escuchar con atención a mis compañeros, cuando hablan.

—Creo que te entiendo.

—Me fijo en cómo entonan, en cómo modulan, cada giro en una palabra, cada sílaba que dicen… de esa forma compagino su forma de hablar con su personalidad, y de verdad te digo que he aprendido a identificarles, Tony.

—¿Serías capaz de identificarlos, aunque cambiaran el tono?

—Yo creo que sí. El tono puede variar con el tamaño de una persona. Las personas más «grandes» lo tienen más grave, y la gente más pequeña tiene un tono más agudo. Pero eso es indiferente. Lo importante es la modulación, el ritmo, la cadencia…

—No sabía que habías estudiado música, Noa. 🎵

—No lo he hecho, Tony. Pero creo que se me daría bien. Sobre todo, después de este «estudio» que he realizado últimamente.

—Lo has hecho para saber cómo es mi voz, ¿verdad?

—Así es, amor mío. No puedo saber cómo eres en el mundo físico, aunque te conozco perfectamente en el mundo espiritual.

—¡Ah!, Noa, eso es muy fácil. Sabiendo cómo eres tú ya sabes cómo soy yo. Somos la misma cosa, la misma persona, la misma esencia, el mismo espíritu, el mismo y único amor.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Te quiero, amor mío.

—644 60 37 53.

—No lo haré, Tony. No estoy preparada.

—Sí lo estás, Noa. Te dejo por hoy, que sé que estás muy cansada. Mañana me llamarás… ¿O prefieres que lo haga yo? ¿Prefieres quizás que usemos el chat de voz de esta aplicación?

—No sonaría bien. Prefiero el teléfono. 📞 De esa manera apreciaré los matices de tu voz, amor mío.

—O sea, que estás decidida…

—No lo estoy, vida mía. Si descubres mi voz sabrás más de mí, y me da miedo. 😨 Mucho miedo.

—No voy a saber más de ti de lo que ya sé, que es todo lo que necesito saber.

—Al principio de nuestra relación quedamos en que sólo nos íbamos a desnudar en los pensamientos y en los sentimientos, y nuestros dibujos hablarían por los dos.

—Quiero oír cómo tu voz comenta mis dibujos, Noa. Y yo haré lo propio con los tuyos.

—No sé si quiero hacerlo, Tony.

—¿Qué es lo que temes? ¿Qué me ocultas, Noa? ¿Eres tartamuda?

—Eso forma parte de nuestra apariencia. Decirte eso sería romper el pacto, Tony.

—Si fueras tartamuda te querría todavía más, amor mío.

—¿Por pena?

—No lo sé. Nunca he conocido a nadie así. Serías única, una vez más. Ya lo eres en todos los sentidos para mí, y de esa forma lo serás también, en ese sentido.

—Te quiero mucho, Tony. 🥰

—Y yo a ti también Noa. ❤️❤️❤️

—Mañana seguiremos, mi vida.

—Mañana me conectaré, pero no iniciaré la conversación. Cuando veas la luz verde, llámame.

—No sé si me gustará la experiencia, amor mío.

—Estoy seguro de ello, Noa. Estoy seguro de que nos va a gustar mucho, a los dos.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

Capítulo 3

Estaba francamente cansada, pero le costó conciliar el sueño. Llevaba casi una hora dando vueltas en la cama, pensando lo que le iba a decir mañana a «su novio», cuando por fin se durmió. El despertador sonó como siempre, a las seis de la mañana, y se levantó aturdida, desorientada, como si se acabara de dormir y ese insensato aparato electrónico le arrancara bruscamente de los brazos de Morfeo. Y lo peor es que quizás el cansancio, o los nervios, podrían hacer que su voz fuera distinta y entonces él podría llevarse una mala impresión.

«Todas las voces suenan distintas por teléfono», pensó. Uno puede haber escuchado millones de veces a alguien en persona, y no reconocerlo la primera vez que lo oye por teléfono. O al revés. Uno mismo no se reconoce cuando se oye en una grabación.

Se duchó y se tomó el café, se secó el pelo, y salió de su casa de Alpedrete en dirección a la estación para tomar el tren que le llevaba a Recoletos. La falta de sueño le estaba pasando factura, y salió un poco más tarde de lo habitual.

Pero el tren no esperaba, y si no se montaba en el de las siete menos cuarto llegaría tarde al Banco. El próximo pasaba media hora después, y a las ocho y cuarto ya ficharía fuera de hora. En el Banco de España eran muy estrictos con los horarios, y acumular tres retrasos en un mes significaba un apercibimiento. Y ese día era 1 de julio, y no quería comenzar ya con semejante lastre para todo ese período, pues eso le obligaría a madrugar durante todo el mes para evitar acumular los retrasos. Tendría que tomar en lo sucesivo y para evitar eso, el tren de las seis y cuarto, y eso significaría dormir media hora menos, todos los días, si quería seguir hablando con Tony.

Pero tuvo suerte y llegó a tiempo. Eso sí, tuvo que acelerar el paso, y entró sudando en el tren. La Comunidad de Madrid estaba sufriendo una ola de calor, y a pesar de ser tan temprano, la caminata le sofocó.

Y el tren llevaba el aire acondicionado a tope, y después de una hora de trayecto comenzó a sentir un ligero dolor en la garganta. Lo que le faltaba: aparecer ronca en su «primera cita» hablada.

Cuando llegó a la oficina se puso una rebeca que tenía guardada en el cajón, y que utilizaba cuando sus compañeros masculinos se ponían demasiado pesados y querían subir el aire acondicionado. Se la puso nada más llegar, aunque en ese momento no tenía frío ni habían llegado todavía sus colegas de mayor exigencia térmica. Pero no quería correr riesgos.

Cuando llegó la pausa de veinticinco minutos que usaban para «el desayuno», pensó en chatear con Tony, como hacían antes de la avalancha del canje, pero prefirió irse a la farmacia de la plaza del Rey para comprarse unas pastillas chupadas para suavizar la garganta. Creía recordar que tenían lidocaína, una sustancia antiséptica que mata los gérmenes, además de miel y limón.

Salió a la calle a las diez y media, y se encontró con un cambio de temperatura brutal. Ya comenzaba a hacer calor, calor de verdad en la calle, y la diferencia con el interior refrigerado del Patio de Operaciones era abismal.

Compró las pastillas, y en el límite del tiempo se tomó un café caliente en la cafetería que tenía el Banco. Lo apuró rápidamente, casi quemándose la lengua, y a continuación se tomó uno de los comprimidos que había adquirido.

Pasó la jornada como pudo, entre los nervios, el cansancio, el sueño, y la preocupación por la garganta, y antes de salir preguntó a sus compañeras si notaban algo en su voz y le dijeron que no, para su tranquilidad. Pero ella seguía notando ese puntito en la garganta, que le molestaba al tragar.

Durante el trayecto de regreso en el tren, pensó en contactar con él para decirle que se aplazara el encuentro auditivo hasta otro día en el que se encontrara mejor. Chatear en esos momentos había sido algo habitual en otras ocasiones. Tony entraba a trabajar a las cuatro, pero para aprovechar esos momentos con su novia, se marchaba una hora antes y se quedaba en un parque cercano al restaurante. Allí llegaba sobre las tres, y estaban una hora conversando hasta que daban las cuatro, momento en que ella llegaba a Alpedrete y él comenzaba su faena. Pero lo habían dejado de hacer porque ella comenzó a salir tarde a finales de junio por el asunto del canje.

Ese asunto ya había terminado, pero no habían hablado nada de llamarse durante el trayecto del tren. Él podría haber salido ya de su casa, pues el restaurante estaba en la otra punta de Jaén, al otro lado de la ciudad en la que vivía. Estaba segura de que ese detalle no se le habría pasado por alto, pero no se arriesgó a contactar. No fuera que quisiera iniciar la conversación durante el trayecto ferroviario, y eso sí que no lo iba a hacer. No estaba todavía preparada, y, además, los trenes de Cercanías no tenían la insonorización que tenían los de Media y Larga Distancia, y al pasar por determinados sitios el ruido era ensordecedor. Solo faltaba que encima pareciera que tenía problemas auditivos, además de «ser tartamuda».

Esa ocurrencia le hizo sonreír, y se preguntó por qué se le habría ocurrido a Tony decirle una cosa semejante. A veces tenía un sentido del humor que le fascinaba. Una de las muchas cosas que le encantaban de él, que eran una enormidad.

Cuando llegó a casa, después de comer comenzó a hacer «pruebas de sonido» con su teléfono, grabando mensajes de audio que enviaba a un grupo de mensajería electrónica del que sólo formaba parte ella. Su voz le sonaba chirriante, temblorosa, nerviosa… «horrorosa», pensó, con desagrado. Pero no tenía otra, e intentar cambiarla o modularla de alguna manera a esas alturas sería una tarea titánica que no estaba dispuesta a hacer.

Al final pensó que lo mejor sería relajarse y ser ella misma, entre otras cosas porque no le quedaba otra cosa más plausible. Afortunadamente, el dolor de garganta casi había desaparecido y apenas lo notaba ya. Su voz no sufriría ningún cambio debido a eso.

Intentó echarse una siesta, pero fue incapaz de dormir. Pensó en tomarse un *Lexatin*, pero finalmente se abstuvo de ello, y pasó la tarde como siempre; es decir, repasando los chats de los días anteriores, los vídeos de los dibujos de Tony, y contemplando los cuadros que él había colgado en su página de la red social que usaban con más frecuencia.

Cenó a la hora acostumbrada, y sobre las diez de la noche por fin le venció en sueño y se quedó algo traspuesta en el sofá.

De repente, se despertó con un sobresalto. No sabía qué hora era, y esta vez no iba a sonar ninguna campanilla, según habían quedado. Otras noches le había ocurrido lo mismo, y esa señal significaba que él ya estaba en línea y le acababa de enviar un mensaje. Pero esa noche habían acordado que ella debería llamarle al ver la lucecita verde.

Tocó la pantalla del móvil, y vio la hora. Era solo la una de la madrugada y él estaría cerrando el restaurante para irse hacia su casa. En algo más de media hora estaría «en verde».

Entonces respiró profundamente y se tranquilizó. El sueño le había reconfortado, y pasó al baño a lavarse algo la cara, tras disponerse a tomar otra de aquellas pastillas para la garganta. Ya apenas sentía ese puntito molesto, pero se la tomó por si conseguía hacerlo desaparecer del todo. También se peinó y se maquilló, como si la llamada fuera a ser en video. Se rio de sí misma por tener esa actitud, pero la ocasión lo merecía, desde luego. Cuando terminó, se sentó frente al ordenador, que permanecía en la página del chat desde hacía horas, y se sentó a esperar que la lucecita se pusiera en verde.

Capítulo 4

Por fin, a la hora acostumbrada, la luz adquirió el color de la esperanza. Tony ya estaba «en línea», pero ella prefirió esperar. Quizás con un poco de suerte él le enviaba un mensaje y renunciaba a que le llamara.

Pasaron cinco minutos, y no apareció ningún mensaje. Entonces tomó su móvil y comenzó a marcar el número que él le dio el día anterior, y que ya se sabía de memoria de tantas veces como lo había visto.

A falta de completar el último número, miró de nuevo al chat, y no había variación. Él estaba esperando su llamada. Entonces pulsó el último dígito, y miró hacia el icono con el auricular verde que implicaba comenzar la llamada. El dedo índice de su mano derecha temblaba como la hoja de un árbol, sin atreverse a pulsarlo. Porque en el momento en el que lo hiciera, él ya sabría cuál era su número de teléfono y ya no habría marcha atrás. Aunque pulsara el icono rojo a continuación, la llamada se quedaría registrada en su terminal y a buen seguro que él la llamaría enseguida.

«Alea jacta est» se dijo, y sin pensarlo más pulsó el botón verde, conteniendo la respiración.

Tras un único tono de llamada, se oyó un ligero «clic», y entonces supo que él había pulsado el mismo botón verde en su terminal, en su casa de Jaén. Pero él no decía nada.

Esperó unos segundos, y él seguía sin hablar. Noa estaba temblando más que nunca.

—Hola, amor mío. Pensé que no ibas a llamar —dijo, por fin.

—Hola Tony.

—Dímelo otra vez, por favor.

Ella calló durante unos instantes, como saboreando las pocas palabras que le había oído decir. No esperaba ese tono de voz. No sabía por qué, pero había pensado que tenía otro tipo de timbre.

—¿Por qué no decías nada? —replicó ella.

—¡Ah…! Noa… Tienes una voz preciosa… ¡Lo sabía!

—Mi voz es muy normal, Tony. No es mejor ni peor que la de cualquier otra chica —contestó, a la defensiva.

—Tu voz es como el canto de un pájaro en un bosque en primavera, amor mío. Un sonido maravilloso. Y, perdóname por estar callado, mi vida. No quería romper el hechizo. Tú estabas allí, y yo estaba aquí, y parecía que estábamos juntos. Aún no te había oído, pero sabía que estabas ahí y estaba saboreando el momento. Si no hubieras dicho ninguna palabra, creo que me hubiera conformado con eso. Te lo digo de verdad, amor mío.

Esas palabras derrumbaron todas sus barreras defensivas, y ella se derritió cayendo en sus brazos.

—Si lo llego a saber, no digo nada, mi vida. Yo también me hubiera conformado con eso, sinceramente. Quizás con sentir tu respiración, para saber que seguías ahí, ya hubiera sido suficiente.

—Así lo haremos otras veces, Noa, si no te importa, pero ahora no quiero que te calles, mi vida, quiero oír el trino de tu voz, pues ahora mismo soy el hombre más feliz que hay sobre la faz de la tierra.

—¡Oh, Tony!

—¿Qué te ha parecido mi voz, vida mía?

—No me la esperaba así, mi cielo.

—¿Te la esperabas más grave? ¿Quizás más aguda?

—No lo sé… me ha resultado diferente a lo que me esperaba. No sabría decirte si más grave o más aguda. Es como si tuviéramos el color rojo, el de gama básica con una saturación del cincuenta por ciento. Es diferente del verde básico con la misma saturación, pero ninguno es más claro o más oscuro que el otro.

—Muy bien usada la metáfora, Noa. Me ha quedado muy clara tu apreciación. Si te soy sincero, a mí me ha pasado lo mismo con tu voz.

—¿No me has dicho que era como un trino de pájaro?

—Claro, mi vida, pero hay muchos tipos de aves, y aunque todas trinan de forma parecida, de forma que siempre se puede inferir que son pájaros, si te fijas, o aunque no lo hagas, los trinos son diferentes. Sin que uno sea mejor o peor, o más agudo o más grave.

—Es verdad, Tony, siempre me das una lección en todo.

—Perdóname, mi vida. Otra vez te he tratado mal, y me siento fatal… Y encima en nuestra primera cita telefónica.

—Nada que perdonar amor mío. No me has tratado mal. ¿Por qué dices eso?

—Te he tratado con algo de prepotencia… me parece a mí.

—Es la emoción, Tony. Yo estaba a la defensiva, y tú estabas enardecido. Eres más pasional que yo, a pesar de todo. Yo también te tengo que pedir perdón, por haberme mostrado tan fría al principio.

—¿Tú fría, amor mío? Yo no he notado nada de eso…

—Yo creo que sí, Tony. Tenía que estar saltando de alegría por haber oído tu voz, y no ha sido así.

—No te preocupes por eso, vida mía. ¡No te preocupes! Seguro que estabas un poco desconcertada porque no te esperabas que mi voz fuera de esa manera. Te has llevado una decepción, creo yo.

—No, no es exactamente una decepción. Es como… si esperaras una comida que te apetece mucho en un restaurante, y en su lugar te traen otra. Otra que también te gusta. Te sorprendes, pero nada más.

—Entonces, ¿te gusta?

—Yo creo que sí, Tony. Bueno, no lo creo, lo afirmo. Y veo que sigues conservando aún tu acento madrileño, a pesar de que ya llevas tiempo viviendo en Jaén.

—¿Lo dices porque pronuncio muchas «eses» como «jotas»?

—Sí, quizás sea por eso. Lo mismo que me pasa a mí. Los madrileños lo hacemos sin darnos cuenta, pero yo tengo compañeras que son de otras provincias y me lo dicen. Y desde entonces me fijo, y es verdad.

—Bueno, pues me alegro de que te guste.

—Fíjate, llevamos muy poco tiempo hablando y ya me he acostumbrado a tu voz. Ahora me sorprendería si fuera otra.

—Supongo que pasa lo mismo con los actores de doblaje. ¿No te ha pasado a ti nunca, amor mío?

—¿A qué te refieres?

—Pues cuando te has acostumbrado a oír a un determinado actor, con una determinada voz. De repente le oyes en versión original y te llevas una decepción. ¿No te ha pasado nunca?

—¡Oh, sí! Aunque lo nuestro no es exactamente una decepción.

—No, claro, yo me refería a lo de los actores de doblaje.

—A mí me ha pasado lo mismo, Tony. En el Banco se necesita saber inglés para poder ascender y he tenido que recurrir a ver las películas en versión original.

—Yo no he tenido esa necesidad, aunque sí que he tenido que recurrir a ver muchos tutoriales en ese idioma para saber manejar los programas de dibujo que utilizo.

—¡Oh, Tony! ¿Crees que podríamos tener una grabación de esta conversación? ¡Cómo me encantaría poderla oír de nuevo otra vez…! Es nuestra primera cita, mi vida, y me gustaría oírla mil veces. Aunque tuviera que vivir mil vidas, si solo pudiera oír esto en todas ellas me daría por satisfecha.

—Hace algunos años que los teléfonos han limitado esa posibilidad, mi vida. Pero yo estoy grabando el sonido aéreo con el micrófono de mi ordenador, y creo que podré conseguir un archivo de audio aceptable, con el programa adecuado, tras hacer un tratamiento del sonido.

—Hazlo, Tony ¡hazlo, por favor! Envíamelo cuanto antes para que amenice mis tardes de soledad.

—Lo haré, mi cielo. Lo haré por las mañanas y te lo enviaré para que lo tengas cuando llegues del Banco. Y así todos los días, lo haré siempre que hablemos.

—Podríamos retomar nuestras conversaciones en el tren, Tony, aunque te advierto que el sonido que te llegará de mí no será del todo bueno.

—No te quepa duda, amor mío. Te llamaré todos los días, desde el parque. Intentaré encontrar la forma de grabar nuestras conversaciones, aunque no tenga el ordenador a mano. Lo averiguaré, y lo haré, vida mía. Sea como sea, lo conseguiré.

—Eres muy tenaz, Tony. En eso tampoco te pareces a mí.

—Somos como el ying y el yang, Noa. Lo que me falta a mí lo tienes tú, y lo que te falta a ti lo tengo yo.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

A continuación, se hizo un silencio largo. Sólo se oían las respiraciones de ambos, y durante casi diez minutos permanecieron así. Eso sirvió para que los dos, pero sobre todo ella, se tranquilizaran. Parecían dos adolescentes de quince años que tenían su primera cita y sus corazones latían a toda velocidad. Por fin, fue él quien interrumpió:

—Lamento romper este clima de amor y de proximidad, amor mío, pero es posible que estés muy cansada. ¿No es así?

—Sí lo estoy, cielo mío, pero tu proximidad me reconforta.

—Estuve a punto de usar el chat, para no romper el encanto, mi vida, pero desde que hemos ascendido en esta fase de nuestra relación, no sé por qué, me resisto a usarlo.

—Lo usaremos cuando no nos podamos llamar, amor mío.

—¿Te has dado cuenta, como no era malo dar este salto?

—Sí, Tony. Tenías razón. Estoy muy contenta.

—Así será con todo, mi vida. Y el próximo salto ya sabes cuál será ¿verdad?

—No sé si alguna vez estaré preparada para darlo, Tony.

—Estoy segura de que lo darás, amor mío. Eso sí, cuando estés preparada. Tenemos toda la vida por delante, mi cielo.

Ella calló ante esa afirmación, y entonces él siguió.

—Si quieres lo dejamos por hoy, y mañana seguimos. Nos podríamos llamar durante tu pausa para el desayuno, o mientras vas en el tren.

—Quiero estar un poco más contigo, mi vida.

—Está bien, pues entonces cuéntame que has hecho esta tarde.

—He estado repasando los vídeos de tus dibujos, y también he pasado mucho tiempo contemplando tus cuadros.

—¿En cuál te has centrado esta tarde?

—He observado con mucho detenimiento «Serenidad». Y también he pasado mucho tiempo contemplando «Placidez».

—Son tus preferidos, ¿no es así?

—Así es, mi vida. Aunque también me gustan mucho los demás, ya lo sabes.

—Oye, ¿por qué no hacemos una cosa? Si te parece, claro. Me has mandado tus comentarios sobre mis cuadros, al igual que yo lo he hecho sobre los tuyos. Pero han sido palabras escritas. ¿Por qué no lo hacemos de forma oral?

—¡Oh, Tony! ¡Es una gran idea! Así se me pasarán más rápidas las horas en las que no estoy contigo… ¡Es fantástico!

—Y además podríamos hacerlo como si fuera la primera vez que los vemos, Noa. Aunque yo me sé casi de memoria lo que te he dicho sobre los tuyos, al hacerlo de viva voz seguro que se me ocurren otras cosas. Cosas que se me vienen a la cabeza y que quizás en lenguaje escrito no me atrevo a ponerlas. Así será más espontáneo, ¿no te parece?

—¡Claro que sí!, amor mío ¡Claro que sí! Así me podré ir hoy a gusto a la cama, y mañana me entretendré en eso durante mis interminables horas de espera.

—Yo haré mañana lo mismo, tras despertarme, y luego te mandaré el archivo de audio. Creo que hoy se abre una nueva etapa en nuestra relación.

—Una etapa maravillosa, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Somos Uno, Tony.

—Adiós, mi vida, descansa. Te lo has ganado.

—Adiós, amor mío. Sueña conmigo.

—Como siempre hago, mi cielo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Tony.

Capítulo 5

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en el restaurante, Tony?

—Ese es un dato que no te puedo facilitar, Noa.

—¿Por qué?

—Porque podrías deducir mi edad. Imagínate que te dijera que llevo treinta años trabajando aquí. Entonces sabrías que tengo alrededor de cincuenta años.

—Tienes razón. Estás en todo, mi vida. Pero, de todas formas, en ese tipo de sitios no suele emplearse la gente mayor…

—Eso podría ser antes, Noa. Antes de la crisis. Ahora cada cual se tiene que buscar la vida como puede, y no tiene más remedio que trabajar en lo que le sale. Mis compañeros, mismamente: uno de ellos es periodista; otra compañera hizo la carrera de Historia. Y yo mismo, ya me gustaría a mí ganarme la vida como ilustrador, que es lo mío. Pero ya ves, ahí estamos todos, haciendo hamburguesas.

—Dichosa crisis… Yo tuve más suerte, Tony. Llevo en el Banco poco tiempo, pero este es un trabajo para toda la vida.

—Claro, pero los que han estudiado carreras «de letras», pues se tienen que conformar con eso, con ser camareros, encuestadores, vendedores… trabajos de estar de pie, ya me entiendes. Lo más próximo a un trabajo «de oficina» es ser teleoperador, que es otro rollo, pero al menos estás sentado, no pasas frío ni calor, ni se te duermen las piernas ni te dan calambres por estar tantas horas de pie.

—Jo, Tony, cómo lamento que a ti te pase eso…

—Todas esas cosas se me pasan de inmediato en cuanto hablo contigo, mi vida. Tú eres el bálsamo que elimina mis dolores, el linimento que cubre mis llagas, la esencia suavísima que cura mi cuerpo y que nutre y restaura todas y cada una de mis heridas…

—¡Oh, Tony! ¡Me derrito, amor mío! ¡Cómo me gustaría aplicarte esos remedios personalmente!

—Cuando tú quieras, vida mía. Estoy dispuesto a recibir esos consuelos de tus manos suaves. Es algo que anhelo con verdadera impaciencia.

—Ese día llegará, Tony. Pero soy una chica frágil que se rompió y todavía se está reconstruyendo. Tengo que terminar de juntar todas las piezas y asegurarlas para que no se vuelvan a romper, para que no me rompa de nuevo cuando te vea.

—Estoy deseando que llegue ese día, amor mío.

—Dame tiempo, Tony. Dame tiempo y ese día llegará.

—Estoy ansioso, Noa.

—Mientras tanto, confórmate con mi voz, vida mía.

—Me es difícil hacerlo, pero si tú me lo pides, obedeceré complaciente, amor mío. Y ahora, cuéntame tus impresiones sobre «Placidez».

—Es un cuadro fantástico, Tony. Describe el confort que se siente después de una marcha por el monte en un día de primavera. La calidez, el color, el sosiego que inspira reconforta después de tantas horas de camino. Es ya mediodía, y el calor comienza a apretar en ese fecundo día de mayo. Una se sienta en el jardín soleado que tiene en su casa y descubre el color, la fragancia, el olor, el sonido de los insectos que revolotean por el aire, fecundando y polinizando cada una de las flores.

—¿Por dónde vienen los insectos, Noa?

—Vienen por el Este, Tony, siguiendo las corrientes de aire que transportan las esencias de esos maravillosos brotes; por el lugar por donde entra el viento. Todos ellos revolotean por los alrededores, pero solo algunos consiguen detectar los más preciosos estambres. Los más preparados. Los que tienen más necesidad del néctar.

—Estamos hablando de abejas, ¿verdad?

—Correcto. Hay que dejarlas que hagan su trabajo y no interrumpirlas. Si lo haces así, ellas no se meterán contigo, y una vez realizada su función saldrán por donde han venido.

—¿Te gustan estas flores, Noa?

—¡Me encantan, Tony! ¡Son flores de fantasía! El violeta se transforma en morado y en verde casi sin solución de continuidad, para dar paso al naranja, al lila, o incluso al añil.

—Estás soñando, ¿verdad, Noa?

—Estoy soñando, Tony. Estoy en un jardín que no tengo, y tú estás a mi lado, disfrutando de la visión del jardín.

—¿Nos estamos diciendo algo?

—Estamos callados, amor mío. Solo hablan nuestras almas, que se susurran palabras de amor mientras se deleitan en el paisaje de ese jardín celestial.

—La placidez que sentimos al estar juntos nos invita a descansar, ¿no es así?

—En efecto, y con nuestros párpados a punto de cerrarse alcanzamos a ver la última imagen de nuestro jardín, y por eso se difuminan las formas y se confunden los diferentes objetos que pueblan nuestro vergel. Un jardín florido de flores multicolores que alegran nuestra vista con su peculiar candidez y calidez.

—Hay diamantes en nuestro jardín, Noa.

—¡Sí! Diamantes que vuelan y se depositan entre flor y flor sin que ninguno se pose en flor alguna. Son como pequeños insectos brillantes que vuelan en pequeñas bandadas entre las flores, jugando con los pétalos, visitándolos uno por uno para oler la fragancia que desprenden esas maravillosas plantas.

—Algunos se depositan en los bordes de los pétalos.

—¡Sí! Se depositan allí donde están más cómodos, donde más les gusta estar. Son los lugares óptimos para contemplar el jardín, para extasiarse con la belleza de semejante paraje.

—Y, ¿por qué hay un color ocre en el fondo, Noa?

—Es el sol, amor mío. El sol que baña con su calor y con su vitalidad a las flores, suministrándoles la energía que necesitan para hacer la fotosíntesis. De esa manera, pueden sobrevivir y alegrarnos la mañana al día siguiente.

—¿Y el agua, Noa? ¿Cuándo llega el agua?

—El agua llega por la noche, Tony. Por la noche, mientras tú y yo dormimos, soñamos con lo bonito que estará el jardín al día siguiente, pues recobrará su prestancia, su altivez, su belleza, su lozanía.

—Y, ¿qué ocurrirá con los diamantes, Noa?

—Los diamantes se habrán transformado en pequeñas gotas de agua. Gotas que se depositan sobre los pétalos de las flores claras, y que al igual que ellos, reflejarán brillos de luz blanca e irisada que se proyectarán en todas las direcciones.

—Y, ¿por qué no se depositan sobre la gran flor de la izquierda?

—Es una flor orgullosa y altanera, que se cree que no necesita ni la luz del sol, ni las gotas de agua. Es la flor más bonita del jardín, y se cree autosuficiente.

—Si te fijas, Noa, está sola. Aunque las demás estén próximas, ella está sola.

—Pronto comprenderá su error, Tony. Pronto comenzará a marchitarse y se dará cuenta de que tenía que haber acogido antes la luz del sol y también la lluvia.

—Ya no habrá remedio, mi vida. Será demasiado tarde.

—Sí, amor mío, ¡sí que lo habrá! ¡Nunca es tarde si la dicha es buena! Porque en cuanto reciba las gotas y los rayos del astro rey, volverá a ser la de antes, ¡o mejor incluso que antes!

—¿Me lo prometes, amor mío?

—Te lo prometo, vida mía. Dame tiempo y lo verás con tus propios ojos.

—Somos Uno, Noa.

—Somos Uno, Tony.

Capítulo 6

—¿Qué ha sido ese ruido, Tony?

—¿A qué te refieres?

—He oído como un golpe… ¿Ha sido en la calle?

—No, amor mío. Ya sabes que no vivo solo.

—¿Quién ha sido, entonces?

—¡Ah! Eso es secreto, Noa. No te puedo decir con quien vivo, cariño.

—¿Por qué?

—Pues porque entonces podrías saber mi edad, cielo. Si te dijera, por ejemplo, que vivo con mi nieto, pensarás que soy una persona mayor. Si te dijera que vivo con mi abuelo, pensarías que soy joven… ¿no te das cuenta?

—Ya, el famoso «pacto».

—Eso es, mi vida. Yo también he oído voces en tu casa, algunas veces. Voces que yo diría que son femeninas. ¿Quién es?

—Es mi bisabuela, Tony. Vivo con ella… y tengo quince años.

—¿En serio?

—¿Tú qué crees?

—Yo creo que no. Me estás gastando una broma. Una niña de quince años no puede haber pintado tantos cuadros…

Ella tardó un segundo en responder, y cuando le oyó respirar con cierta ansiedad le dijo:

—Jajá, has picado, ¡pardillo! ¡Te lo has creído! Confiésalo…

Él también tardó algo en responder, y contestó:

—Sí, amor mío, me lo he tragado. Tú no sueles bromear, y me lo he creído, sí.

—Jajajá —siguió riendo ella.

—Oye, tienes una risa preciosa, amor mío. ¡Me gusta muchísimo!

—Me alegro mucho, mi vida. De verdad.

—Por un momento pensé que tendríamos que terminar nuestras relaciones, Noa, pues no quiero que me acusen de pederasta… Porque yo soy mayor de edad… Y hasta ahí puedo leer.

—Por hablar por teléfono con una menor no te pueden acusar de eso, cariño.

—Pero es que yo no me pienso pasar la vida hablando por teléfono contigo, vida mía… En algún momento… tendremos que pasar a mayores, ya me entiendes.

—Sí, en algún momento, Tony, algún día… tú no desesperes…

—Sigues con la guasa, ¡eh!

—Me encanta hacerte de rabiar, Tony. ¡Me lo paso bomba!

—Sí, ya me he dado cuenta. Últimamente lo haces mucho. A mí no me hace tanta gracia como a ti, pero si a ti te gusta, yo no tengo nada más que decir.

—Perdóname si te he ofendido, amor mío.

—No hay nada que perdonar, mi vida. Si te gusta a ti, estaré contento yo. Si algo te alimenta a ti, me alimenta a mí. Ya lo sabes.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Bueno, entonces, no es tu bisabuela, ¿verdad?

—No. Es mi bisnieta. ¿Te quedas más aliviado?

—¡Por supuesto! Así ya no me podrán acusar de eso…

—¿No te importaría salir con una octogenaria?

—Si esa octogenaria eres tú, no me importaría, mi vida. Si es otra persona, pues sí, sí me importaría.

—Bueno, pues quédate tranquilo. No tengo ochenta años.

—Ya lo sabía, ¡tonta!

—¿Por mi voz? ¿Porque no tengo voz de octogenaria?

—Lo sabía, porque mi alma conecta con la tuya en la dimensión sobrenatural y se conocen de forma muy íntima. Y mi alma tiene muy buena conexión conmigo, y me cuenta cosas.

—¿Qué tipo de cosas te cuenta, Tony?

—Me dice cosas de ti, amor mío. Cosas íntimas.

—Venga, ¿qué cosas te cuenta? ¿Eh, mi vida? Porque la mía se ve que guarda mejor los secretos y no suelta prenda…

—No te las puedo decir, porque le he prometido que no te desvelaré lo que me dice. Por eso es.

—Ya, claro. Bueno, pues cuando me encuentre con ella le voy a dar un buen tirón de orejas por hablar de lo que no debe.

—No seas demasiado cruel, vida mía. Es un alma pura, prístina, clara, amable, gentil, generosa, sin maldad alguna….

—Pero, ¿de qué alma hablas? ¿De la tuya o de la mía?

—De las dos, mi vida, de las dos. Son almas gemelas. ¿No lo sabías?

—Claro que lo sé, amor mío. ¡Lo sé muy bien!

—Somos Uno, Noa.

—Somos Uno, Tony.

—Bueno, venga, estoy ansioso por que me cuentes tus impresiones sobre «Serenidad»

—Pues verás, este cuadro es similar a «Placidez», pero hay algunas diferencias. En aquel caso estábamos hablando de un jardín matinal, mientras que este es vespertino, es decir, por la tarde. Una brisa fresca perfuma el jardín y nos hace sentir fragancias vivas, que nos confortan en los días de verano. El sol se pone en el horizonte y el viento de la noche comienza a soplar todavía despacio, aunque en un par de horas ya será noche cerrada.

—Pero aún es de día, ¿verdad, Noa?

—Así es, amor mío. Es de día y debemos disfrutar los últimos minutos de este maravilloso día que se nos escapa.

—¿Hay insectos? ¿Quizás abejas?

—No, mi vida, ya se han retirado. Han cumplido con su trabajo por la mañana, y ahora se retiran a descansar. Mañana les espera un día complicado, donde tendrán que esforzarse al máximo.

—¿Por qué?

—Porque este jardín es pequeño y no hay flores tan grandes como en el otro. Pero, aun así, yo creo que huelen mejor, vida mía.

—Es por el viento, Noa. El viento ahora es más fuerte que el de la mañana y arranca de forma más efectiva las fragancias ¿No te parece?

—Me parece, Tony. Y, además, ¿tú crees que ese mismo viento nos trae las fragancias de otros jardines que hay por los alrededores?

—Estoy convencido, Noa. El conjunto de todas esas esencias nos embriaga.

—Pero solo podemos ver nuestro jardín, amor mío. Debemos conformarnos solo con él.

—Por su puesto. A mí ese jardín me sobra y me basta, cielo. La lozanía de nuestro jardín matinal y la frescura de nuestro jardín vespertino. La pasión de la juventud y el cariño de la vejez.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Pero dime una cosa, amor mío, ¿No adviertes algo en este dibujo?

—Advierto lo que te he dicho. Frescura, alegría, esplendidez…

—¿No adviertes, vida mía, una pequeña confusión en la parte de abajo? Hacia el centro de esa parte, me refiero…

—Sí, Tony, ahora que lo dices, lo advierto perfectamente. Hay como un desdoble, un desencaje, una pequeña distorsión…

—En efecto. ¡Eres muy observadora!

—Porque tú me lo has dicho, mi cielo. Si no, no me habría dado ni cuenta.

—¿Y sabes a qué es debido?

—Dímelo tú, amor mío.

—Es confusión, es sorpresa, es una pequeña congoja porque el cuadro no es perfecto.

—Y ¿por qué es así?

—Pues porque a pesar de ser un cuadro hermoso, tiene una pega, mi vida.

—¿Cuál?

—El anhelo, amor mío.

—El anhelo de tenerme en tus brazos. ¿Verdad?

—Así es, Noa. ¡Así es! El anhelo, vida mía, de gozarte, de sentirte, de besarte, de abrazarte.

—Yo también tengo ese anhelo, amor mío.

—Lo sé, mi vida. Y yo te quitaré el miedo que te atenaza. El miedo que te aleja de mí, vida mía.

—¿Cuándo será eso, Tony?

—Será cuando tú quieras, amor mío.

—Quiero que me lo hagas sentir así, mi vida. Porque todavía tengo miedo, Tony.

—Yo te lo quitaré, Noa. Confía en mí.

—Confío plenamente en ti, mi cielo.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

Capítulo 7

—Me voy a volver loco, Noa.

—¿Por qué, amor mío?

—Creo que esta mañana he escuchado al menos veinte veces tus comentarios sobre mis dos últimos cuadros. Me encanta tu voz, mi vida, y más cuando hablan de las cosas que yo hago.

—Yo estoy deseando que me pase a mí lo mismo con los míos. Me gustaría que me hablaras de ellos.

—Lo haré encantado, Noa.

—¿Cuál es el que más te gusta?

—Me gustan todos, amor mío. Cualquier cuadro que tú hagas será el mejor que hay sobre la faz de la tierra, y no me cansaré de mirarlo ensimismándome con lo que haríamos tú yo en esos parajes.

—¿Por cuál te gustaría empezar?

—Por los bosques de otoño, mi vida. Si te parece por el de la valla, y luego hablamos del cuadro del ocaso.

—Como tú quieras, Tony.

—Es maravilloso, Noa. Es tu obra maestra… ¡sin lugar a dudas!

—Es muy realista, yo creo.

—¡Claro qué lo es! Parece una fotografía, mi vida. Has conseguido detallar a la perfección el juego de luces y sombras, como haría un pintor profesional. Me da mucha pena que no te puedas dedicar a esta que es tu pasión, vida mía.

—Ahora mi pasión eres tú, Tony. Y gracias a Dios me dedico a ella. Me dedico a ella en cuerpo y alma, amor mío.

—Solo en alma, Noa, nunca olvides eso.

—Todo llegará, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Somos Uno, Tony.

—¿Por qué crees que lo importante son las luces y las sombras?

—Lo importante no es eso, pero me gusta especialmente porque estoy seguro de que es lo que más trabajo te ha costado hacer.

—Así es, mi vida, tuve que rectificar muchas veces sobre el lienzo, pues no me salía como yo quería.

—Pero al final lo conseguiste.

—Sí, yo creo que sí. Me costó mucho trabajo proyectar las líneas de luces y sombras que hay sobre el camino, en la zona de la grava. Son las sombras de la valla.

—Naturalmente. Se proyectan a lo largo de todo el camino. Un camino de grava que se oculta bajo la hojarasca, y que solo es visible al principio, quizás donde hay menos árboles.

—Así es. ¿Qué me dices de la luz?

—La luz… el sol viene desde la izquierda, desde el Oeste. Deben quedar unas dos o tres horas para la puesta del sol, y por eso los árboles de esa zona son más brillantes. Son el mismo tipo de árboles que los de la derecha, los cuales probablemente recibieron la iluminación por la mañana, a las dos o tres horas de la salida del sol.

—¿En qué época estamos, Tony?

—Es octubre, creo yo. En algún lugar del norte. Asturias, Cantabria… o quizá Galicia. Aunque también podría ser Castilla. Si fuera esta última, el campo estaría verde a causa de las primeras lluvias de septiembre, y que se han mantenido lo suficiente para que el intenso calor que todavía hace en ese mes no las seque. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, amor mío. Es parte del Camino de Santiago, el camino clásico que parte de Francia, desde Roncesvalles, y llega hasta la catedral más famosa de Galicia, y una de las más bonitas del mundo. Pero venga, sígueme contando, Tony.

—Es un camino que se usa poco. Ya no pasan coches por allí, pues de lo contrario no existirían esas hojas sobre el mismo. Aunque es posible que algunas veces ocurra. Creo distinguir una hilera verde sobre el centro, probablemente hierba, que crece entre las dos márgenes, y por donde las ruedas de los coches nunca han transitado.

—Así es.

—Me parece maravilloso, Noa, lo bien que has combinado los tonos ocres en todas sus variedades con el verde. El verde oscuro y el verde claro. Es el otoño en todo su esplendor, desde luego.

—Son trazos irregulares con el pincel sobre el lienzo. Se untan dos pinceles. Uno con el verde y otro con el ocre. Y se van rellenando los espacios. Se gastan y se rellenan con la pasta una

y otra vez, se gastan y se rellenan, vas poniendo puntos sucesivos aquí y allá, y de vez en cuando usas otros dos pinceles con otras tonalidades de ocres y de verdes. Creo recordar que usé hasta cinco de cada color.

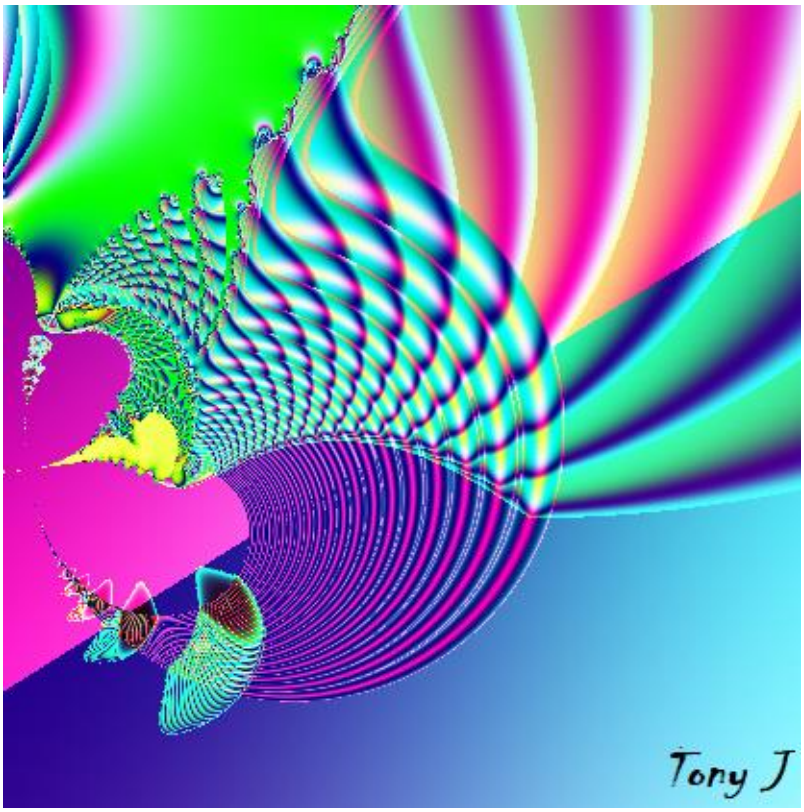
—Eres una artista consumada, Noa. Yo no sabría hacer nada de eso.

—Tú haces dibujos maravillosos que yo tampoco sabría hacer, amor mío. Yo no tengo ni idea de usar una tableta gráfica.

—Es muy fácil, Noa, no tiene ningún misterio. Cuando llegue el día que yo más deseo, te enseñaré a hacerlo, amor mío, y me superarás en el uso de esa herramienta.

—Yo nunca podría hacer el dibujo del caracol, por mucho que me empeñe, Tony. Estoy segura de ello.

—¿Cuál? ¿Te refieres a este?:



—Sí, ese es. No sabes la de veces que me extasiado contemplándolo, amor mío. Me hipnotizan esos círculos, esos colores, esos degradados. ¡Son maravillosos…!

—A mí no me parece tan especial, mi vida. De hecho, cuando lo hice estuve a punto de borrarlo.

—Hubieras cometido una gran injusticia, Tony. ¡Es maravilloso! Lo que no entiendo es porqué le bautizaste como «Sin Título».

—Ya te digo que no estaba contento, vida mía, pero si a ti te gusta tanto, le llamaré como tú dices, es decir, «el caracol». Mañana, cuando estés en el Banco, lo colocaré en una parte preferencial de mi página web. Y le cambiaré el nombre, por supuesto.

—No, Tony. Déjalo donde está y no le cambies el nombre. Quiero que sea enteramente tuyo sin que yo haya tenido ninguna participación.

—Cuando estemos juntos, vida mía, pintaremos los dos juntos.

—Sí, Tony. Así lo haremos.

—Somos Uno, Noa.

—Somos Uno, Tony.

—Bueno, y ¿qué me dices de este?:

—Este es el mismo camino de antes, un poco más allá, y un poco más tarde. El sol está ya sobre la línea del horizonte. Es un camino que transita por el interior del bosque sin que haya sido nunca mancillado por ningún vehículo a motor. El sol sigue estando a la izquierda, por lo que la ruta es la misma.

—Qué observador eres, Tony. Yo ese detalle no lo había apreciado, a pesar de haber pintado el cuadro.

—La orientación es algo que se nos da bien a los hombres, Noa. Y también a algunas mujeres.

—Yo no soy de esas, amor mío.

—Tú eres única, mi vida.

—Cuando nos conozcamos, transitaremos por esos caminos los dos juntos, Noa.

—Ya nos conocemos, Tony.

—Lo sé, mi amor, pero nuestros pies no han estado por allí.

—Lo están haciendo ahora, Tony. Lo han estado haciendo con nuestra imaginación. Ahora y otras veces. Yo te he imaginado muchas veces transitando esas veredas a mi lado, amor mío. Los dos juntos. Tony y Noa, cogidos de la mano, en perfecta armonía. Así lo imaginé cuando lo pinté.

—¿En ese momento?

—Sí, mientras lo hacía. Aún no te conocía, claro, pero a pesar de todo te imaginé. Imaginé a mi pareja ideal, es decir, a ti.

—Pero, ¿cómo lo hiciste, Noa? ¿Te paraste a hacerlo, allí mismo?

—Sí, allí mismo. Hice una fotografía antes, claro. Porque el proceso de pintura tarda, naturalmente, y el sol se pone, como puedes comprender.

—Claro.

—El paisaje se me grabó en mi retina, y luego completé los detalles a través de la fotografía. Así es como suelo hacer todos los cuadros que pinto. Luego les hago una foto, y los subo a Internet.

—¿Has vendido alguno?

—No, Tony —dijo, con tristeza—. Hoy en día esto no es un negocio rentable. Alguna vez puse una subasta en una web que se dedicaba a eso. Y hubo alguna puja. Pero me costaba casi tanto el enviarlo al postor, como lo qué él me ofrecía.

—No puedo creerlo.

—Créetelo, Tony, es así. Es muy difícil destacar entre tanta gente. Pintores hay muchos, y la mayoría son mejores que yo. Tengo todos los cuadros en mi casa, guardados.

—Una pena. Si yo tuviera dinero te los compraba, mi amor.

—No haría falta, mi cielo. Son todos tuyos, ya. Tú eres el dueño de mi corazón, y por tanto te pertenezco.

—Es difícil poseer algo que no se puede tocar.

—Algún día lo harás, amor mío. Ten paciencia.

—La espera me consume, Noa.

—Ya queda poco, Tony. Déjame que me prepare, un poco más.

—¿Hace mucho que estuviste por allí? —preguntó, para cambiar de tema, para no parecer demasiado insistente. Pero ella tardó en contestar.

—Perdóname, Noa. No debí preguntar eso.

—No pasa nada, Tony.

—Sí que pasa, cielo. He vulnerado nuestro pacto al hacerte esa pregunta. Por eso, si quieres, puedes mentirme, o no contestar. No tomaré en cuenta tu respuesta.

—Yo nunca te mentiré, Tony. La mentira es algo que aborrezco. Algo que detesto absolutamente, amor mío.

Él calló, y durante unos segundos no se escuchó nada en la línea, hasta que ella dijo:

—Fue hace tres años, Tony. Como te dije, hice el Camino de Santiago. Una parte, claro, pues las vacaciones en el Banco no me fueron concedidas por todos los días que pedí.

—¿Lo hiciste tú sola?

—Sí, amor mío. Yo sola. Necesitaba reencontrarme.

—Y… ¿lo hiciste? Quiero decir, ¿te reencontraste?

—No. Solo me reencontré con el cansancio y con la soledad. Yo me he reencontrado cuando te he encontrado a ti, Tony.

—Qué bello es eso que dices, Noa.

—Es la verdad, amor mío. Hice el Camino para ver si durante el mismo, o al final de él, me deshacía de esta soledad que me atenaza. O para ver si aprendía a convivir con ella. Pero no ocurrió ni una cosa ni la otra. Aunque quizás no fue en vano, a pesar de todo.

—¿Por qué?

—Porque le pedí al Santo que me ayudara. Que me ayudara a salir del agujero en el que me encontraba y que no me permitía vivir una vida plena, amor mío. Y vaya si lo hizo, Tony. Aunque tardó en hacerme caso, al final lo hizo, y te encontré a ti.

—¿Tú crees que el santo tuvo algo que ver en eso?

—Yo creo que sí, mi vida. ¡Yo creo que sí! Se lo pedí con todo el fervor de mi corazón, y yo creo que he recogido los frutos. Ahora mi vida es plena al estar contigo.

—La mía también lo es, Noa. Mi vida era un agujero oscuro hasta que te encontré a ti, mi vida.

—Eso ya se acabó, amor mío.

—Ya se acabó, Noa. Ahora estamos los dos juntos, y nada ni nadie nos podrá separar… jamás.

Capítulo 8

—¡Ah! ¡Amor mío! ¡Qué ganas tenía de oír tu voz de nuevo!

—¡Yo también, Tony! ¡Yo también! No sé cómo nos podíamos apañar cuando sólo usábamos el chat…

Aquel fin de semana se habían dado un cúmulo de coincidencias, pues Tony había perdido la conexión de Internet en su ordenador —algo relacionado con el *router*, le dijeron en el servicio técnico—, y además Noa había destrozado su celular al caérsele al suelo.

Así que tuvieron que recurrir a usar su «querido» chat en la red social, como hacían al principio de conocerse. Ella usaba el ordenador fijo, y él la aplicación móvil de su teléfono.

Los fines de semana eran su momento más esperado, pues usaban toda la mañana del sábado y del domingo y la tarde del lunes, que eran los espacios de tiempo más grandes de los que disponían, dados los horarios de trabajo tan distintos que tenían.

Siempre era ella quién le llamaba a él, pues tenía minutos ilimitados en su tarifa. Tony apenas contaba con una hora de llamadas al mes, pues el escaso sueldo que tenía no le daba para más.

«En mi casa soy el único que trabaja, y el sueldo en la hamburguesería es sólo el salario mínimo —le había dicho—. Tenemos que hacer malabares para llegar a fin de mes».

Ella se había ofrecido para echarle una mano económicamente, o incluso incluir su número de teléfono en su tarifa con la operadora, pero él siempre se negó.

Aquel lunes por la tarde por fin se habían solucionado los problemas y ambos gozaban el uno del otro como siempre, aunque tuvieron que esperar a que él llegara del restaurante por la noche para poder volver a oírse la voz.

—Nada más salir del Banco fui a la tienda y me he comprado un nuevo terminal. He tardado un tiempo en configurarlo y todo eso, pero ya lo tengo listo.

—A mí la conexión me la reestablecieron por la mañana, amor mío. Lástima que hayamos perdido tanto tiempo de estar juntos…

—Bueno, hemos estado con el chat…

—Sí, pero eso ya no me conforta, vida mía. Es como quien siempre ha comido el llamado «pan negro», ya sabes, el de centeno que se usaba antes, y de repente come «pan blanco», o sea el de trigo. Mientras comía el antiguo le sabía a gloria, pues no conocía otro, pero cuando conoce el bueno, volver al antiguo le parece todo un calvario…

—Me pones ejemplos de la guerra civil, Tony. El pan negro… ¿tan mayor eres?

—¿Quién, yo? No, vida mía… Es lo que me cuentan… Lo que me cuenta la gente mayor que he conocido. No sé por qué se me ha venido ese ejemplo a la cabeza… Porque yo solo tengo quince años, Noa, y tú eres la octogenaria. ¿Recuerdas?

—Jajá, sí, lo recuerdo, Tony. Pero ten en cuenta que, aunque yo sea una mujer, también me pueden acusar de pederastia contigo…

—Jajá, ya lo sé… Bueno, pues descuida, tengo algunos años más de quince.

—O sea, que me has mentido… eres un canalla, Tony. Engañar así a una pobre ancianita…

—¡De ninguna manera! Yo no te he mentido, Noa.

—Sí, que lo has hecho, bribón. Me has dicho que tienes quince años, y luego me dices que tienes más…

—¡Ah! Pero eso no es mentir, vida mía. ¿Acaso el que tiene tres millones no tiene dos?

—Jajá, ahí sí que me has pillado. Siempre terminas saliéndote con la tuya, amor mío.

—Ya sabes que yo soy muy tenaz, Noa.

—Y también muy paciente, y eso es algo que te agradezco.

—Yo por ti soy paciente y lo que me pidas, mi vida, ya lo sabes.

—Lo sé, Tony, lo sé muy bien. Y ahora cuéntame lo que has estado haciendo esta mañana.

—Pues he estado dibujando, amor mío. ¿Quieres que te enseñe lo que he hecho?

—Esa pregunta no necesita respuesta, mi cielo. ¡Es más que obvia!

—Está bien, pues espera que te envío la foto. Tienes el ordenador encendido, y estás en la pantalla del chat, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Está bien, pues allá va:

—¡Es precioso, Tony! ¿Lo has hecho esta mañana?

—Sí, amor mío, me ha llevado poco tiempo. Es un dibujo muy simple. Sólo tres colores que son el azul, el blanco y el negro.

—Es sencillo, sí… ¡con lo que te gustan a ti los colores! No sé cómo has podido restringirte solo a tres.

—Es lo que tiene la noche, mi vida. Los colores desaparecen.

—Sí, pero quedan los sentimientos. Los sentimientos están ahí, y manifiestan todo su esplendor. Un esplendor colorido y fecundo que inspiran los paisajes nocturnos.

—Me estás leyendo el pensamiento, Noa, porque ese dibujo también tiene una poesía.

—¿Una poesía?

—Sí, mi vida, a ver qué te parece:

Estoy contigo, amor mío,
A los pies de esta laguna.
Aquí no siento frío,
Ni tristeza alguna.

Contigo estoy completo,
Contigo estoy feliz,
Contigo no hay lamento,
Si tú estás junto a mí.

Nos contempla la luna,
Nos contempla el Amor.
Tengo la gran fortuna,
De tenerte junto a mí.

Del agua oigo su rumor,
La noche insufla su temor.
Puedo ver aquí tu rubor,
Que no es sino fervor.

Pero yo estoy aquí,
Para hacerte comprender,
Que no hay nada que temer,
Si tú estás junto a mí.

La luna muestra su cara.
El bosque se hace entender.
Algo que yo podría ver,
Si el amor no me cegara.

Pero tú estás aquí,
Tú estás junto a mí.
Noa y yo somos Uno.
Ambos somos solo Uno.

—¡Oh, Tony! ¡Estoy llorando!

—Yo también, amor mío. ¡Yo también! ¡Se me saltan las lágrimas!

Los dos callaron durante unos instantes, mientras se oían los sollozos de los dos, aunque los de ella eran más prominentes. Él tenía una respiración agitada, y después de un rato, Tony añadió:

—¿Ves ese corazón tallado en el árbol, Noa?

—Sí, lo veo, amor mío, pero no alcanzo a leer lo que dice.

—Es un corazón grande, que yo he tallado hace un rato con una navaja. Está atravesado por una flecha que lo cruza desde la esquina inferior izquierda, y sale por la esquina superior derecha. ¿Lo ves?

—Sí, vida mía. Ahora lo veo con claridad. Tiene en su interior dos letras. «T» y «N». ¿No es así?

—Así es, amor mío. Ese corazón significa que este es nuestro lugar. Aquí vendremos todas las noches de luna llena a disfrutar de nuestro amor.

—¡Qué lugar tan maravilloso has elegido! ¿Cómo lo encontraste?

—En mi vagar por el mundo, Noa. Cuando no estoy contigo, voy por ahí buscándote, y entonces lo vi. Es un lugar maravilloso, ¿no te parece?

—Me parece, Tony. Me extasío estando aquí a tu lado, oyendo el sonido de los grillos, el croar de las ranas, el rumor del agua que corre gentilmente corriente abajo…

—Hay también alguna lechuza que suena en la lejanía… ¡Mira! Ahora mismo acaba de escuchar el canto de una. ¿Lo has oído tú también?

—Sí, Tony. Lo he oído. Llama a su compañera para aparearse. Para fundirse en el amor.

—Así es, Noa. Todos los seres lo necesitan.

—¿Has oído eso, Tony?

—¿El qué, vida mía?

—Creo haber oído algo que cae en el agua…

—Debe ser una rana. Una ranita que se ha tirado al lago. Ven, dame la mano, vamos a ver si vemos otras que hacen lo mismo. Ven despacio…

—Ten cuidado de no pisarlas, Tony. Es de noche y no se ve muy bien.

—¿Has visto? Otra se ha arrojado cuando hemos llegado.

—Las estamos perturbando, Tony. Sería mejor volver donde estábamos.

—Estoy de acuerdo. También los grillos detienen sus sonidos cuando pasamos cerca.

—Es porque nos temen, amor mío.

—¿Y tú? ¿Tienes miedo, Noa?

—No tengo miedo si estoy junto a ti, amor mío.

—Bien, pues ahora arrúllate en mi regazo y duérmete, mi vida.

—Aquí estoy en la gloria, Tony.

—Duerme, amor mío, duérmete… Y sueña conmigo.

Capítulo 9

—Te voy a enviar el cuadro que he pintado. El cuadro del que te hablé mientras iba en el tren ¿Lo recuerdas?

—Claro, amor mío, ¡estoy deseando verlo!

—Estás dentro del chat, ¿verdad?

—Aquí estoy, Noa, esperando impaciente…

—Bien, pues allá va:

—Bueno… ¿Qué te parece? Ya sabes que solo disfruto copiando tus dibujos.

Tony permaneció callado durante unos instantes, mientras ella oía su respiración a través de la línea telefónica.

—¿Lo has hecho al óleo, sobre lienzo?

—No, es gouache, una técnica más «aguada», se podría decir, y la he hecho sobre papel.

—¿Sobre papel?

—Sí, pero es un papel especial, similar al paspartú, que aguanta bien este tipo de pigmentos y no cala. Es una forma de pintar más rápida que la clásica, y por eso la he elegido. Porque tenía prisa, Tony.

—¿Por qué tenías prisa?

—Tenía prisa para que lo vieras. ¡Me moría de ganas de saber tu opinión!

—Pues así, a bote pronto… me parece más sobrio que mi dibujo.

—¿Más sobrio?

—Sí, más sobrio. Más elegante, menos tosco… más… más artístico, diría yo —afirmó, tras dudar un instante—. Le faltan las estrellas, y eso le hace ser más sobrio. Pero no solo es por eso. El reflejo de la luz de la luna sobre el agua es también más sencillo, pero no por eso es menos bello. Yo diría que lo es más. Y el agua es incluso más real. Yo me limité a trazar unas líneas negras sobre la misma para representar al líquido elemento, pero tú has puesto sombras, que son más realistas. Mucho más. Te lo digo de verdad.

—Me alegro mucho de lo que me dices, Tony. ¡Es todo un halago!

—Y, ahora que me fijo… es alucinante cómo has conseguido hacer el degradado del cielo, Noa. En mis dibujos es relativamente sencillo, pues el asistente que utilizo se puede programar para que lo haga de forma automática desde una gama de colores que le introduces. Pero tú aquí… ¡lo ha hecho a mano!

—Bueno, tampoco te creas que es para tanto. Es cuestión de superponer capas, y luego pasar un pequeño utensilio que usamos los pintores para difuminar los contrastes. Es muy sencillo, Tony.

—Las técnicas son las técnicas, desde luego, pero el conjunto es espectacular. Estoy viendo el cuadro, y estoy viendo el mío, y no tengo palabras. Me quedo con el tuyo, sin ninguna duda. Me encanta el aire sobrio que le has dado.

—Pues yo no opino lo mismo que tú, de todas maneras. Yo no creo que sea más sobrio. Creo que es más simple, y por tanto inferior a tu dibujo.

—¿Por qué crees eso?

—Pues, mismamente el detalle de las hojas de los árboles. En tu dibujo se pueden casi apreciar las agujas de las hojas de los pinos, la configuración de cada rama… Y en mi pintura sólo son manchas oscuras.

—Por eso es más sobrio, Noa, no más simple. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Yo puedo contemplar lo mismo que el otro día cuando estuvimos allí los dos. ¿Lo recuerdas?

—¡Claro que lo recuerdo, amor mío! ¡Claro que sí! He escuchado esa grabación un sinfín de veces. ¡Hay que ver qué bien lo pasamos los dos aquella noche!

—Yo dormí soñando contigo, Noa.

—Lo mismo me pasó a mí, Tony. Me dormí en tus brazos y me despertaron los cantos de los pájaros cuando el sol inauguró la mañana en el bosque.

—¿Te das cuenta, Noa? Los dos cuadros son iguales, cada uno con su estilo. Igual que nuestras almas. Son almas gemelas, pero la mía es la de un hombre, y la tuya la de una mujer.

—Tienes razón, Tony. Son cuadros diferentes, pero ninguno es mejor ni peor.

—El mío es peor. Tú eres pintora. Yo sólo soy un dibujante.

—¡Ah! ¡Qué tendrá que ver eso! El arte es el arte, Tony, y tú eres capaz de pintar dibujos abstractos que me fascinan… Algo que no yo sé hacer, por cierto. Tendrías que ganarte la

vida como ilustrador, y no estar en ese restaurante haciendo hamburguesas. He visto muchas ilustraciones por ahí que son infinitamente más mediocres que las tuyas.

—Sí, eso también me parece a mí. Pero así es el arte, Noa. Es un mercado cerrado saturado de buenos artistas y sólo los que tienen «un padrino» llegan a alguna parte. Ha llegado un momento en el que la calidad casi que es lo de menos, pues la gente buena abunda y bastante. Esto ya no es como ocurría en el siglo XX, me temo.

—Eso es cierto, Tony, y es muy triste. Una compañera tiene un hermano que es músico. Toca la guitarra en una banda de rock y te puedo asegurar que es muy bueno. He visto sus videos y es así. Pero no pasa de actuar en locales alquilados y todos los discos que saca apenas son comprados por nadie. Ni siquiera cubre los costes de producción.

—La piratería ha hecho mucho daño, Noa.

—Sí, y también pasa con los novelistas. Hay muchísimos escritores fantásticos que se tienen que conformar con las migajas que les proporcionan las donaciones de sus aficionados, como ocurre con los músicos.

—Por eso yo tengo que ganarme la vida haciendo hamburguesas. Y gracias a que tengo eso, puedo sobrevivir. Corren malos tiempos para los artistas.

—Pero tú podrías intentar hacer algo con tus dibujos abstractos, Tony. Son fantásticos y también muy originales.

—Eso es más complicado que vender tus cuadros, Noa. Tú puedes subastar un lienzo, que es un trabajo clásico, manual… con prestigio ancestral. Pero un dibujo realizado por medios electrónicos… no es lo mismo. Hay webs por ahí donde lo hacen, ofreciendo una miniatura como reclamo del cuadro en alta definición. Y, ¿sabes qué? La gente muchas veces se conforma con la muestra y no quiere saber nada de la imagen real.

—Pero, ¿has intentado vender algo por esos medios?

—Sí que lo he intentado, pero la única forma de conseguir algo —que no sería mucho, ya te lo digo—, es vender el cuadro en papel fotográfico y en grandes dimensiones. Pero supone un coste prohibitivo para mí, pues me costaría mucho más la impresión que el precio que un comprador estaría dispuesto a pagar. Lo único factible es la descarga, y para eso hay cientos, mejor dicho, miles de dibujantes que pagan para que sus obras estén más arriba que las mías en las búsquedas y se vean antes en los portales de arte gráfico.

—Y, ¿no podrías tú pagar ese precio, Tony? Tus dibujos son buenísimos… Yo creo que merecería la pena. Si no lo tienes, yo te lo puedo dar, mi vida.

—Muchas gracias, Noa, pero no sé si serviría de mucho. No quisiera invertir en algo sin saber si va a dar sus frutos. Los autores consagrados son los que se llevan todo el pastel. Como ocurre en todos los ámbitos.

—Me da mucha rabia, Tony que esos dibujos tan buenos, como «el caracol», o «Placidez» solo los pueda contemplar yo.

—Solo con eso ya ha merecido la pena su creación, mi vida.

—Me gustaría mucho saber hacer pintura abstracta, Tony. Pero no valgo para eso. Yo sólo sé copiar, y tampoco lo hago tan bien como tú siempre me dices.

—¿Por qué te subestimas tanto?

—Yo soy así, Tony, ya lo sabes.

—Yo te enseñaré a que te quieras a ti misma, amor mío. Tú te mereces todo.

—Me voy a poner colorada, Tony.

—Apuesto a que ya lo estás.

—Sí, ya lo estoy, amor mío. Noto el calor en mis mejillas…

—Si pudiera besarlas, te las refrescaría, Noa.

—Si pudieras besarme, sentiría todavía más calor, amor mío. El calor del amor, y de la pasión que consumiría todo mi cuerpo.

—¡Ah! Noa, ¡Cómo te quiero! ¡No sabes cuánto deseo tocarte!

—Ya queda poco, Tony ¡Ya queda poco! Dame solo un poco más de tiempo, amor mío… ya casi estoy preparada.

Capítulo 10

—Vamos a seguir con los azules y blancos, Tony. No te he querido decir nada hasta haberlo terminado, pero ya no aguantaba más, y ayer por la tarde le di las últimas pinceladas —nunca mejor dicho—:

—¿Has vuelto a pintar con guaché?

—Sí, amor mío, creo que me voy a pasar definitivamente a esa técnica y voy a abandonar el óleo. Es mucho más rápida, y así puedo compartirla contigo más a menudo. Y desde nuestra experiencia en la laguna, me encantan los motivos acuáticos.

—Cuando nos casemos, lo haremos sobre un barco, Noa. Y nos casará el capitán del mismo, vida mía.

—Jajá, todavía no nos conocemos, ¿y ya estás pensando en casarte?

—Te conozco perfectamente, amor mío. Te conozco desde antes de que tus padres te engendraran, pues nuestras almas ya estaban unidas en la eternidad.

—Venga, adulador, ahora quiero que me cuentes tus impresiones sobre el cuadro. ¡Estoy ansiosa por conocerlas!

—El barco es perfecto. Los tres mástiles son paralelos y el barco está escorado hacia estribor, como balanceado por las olas en ese momento. El viento es de popa, con una ligera desviación a babor, que es lo que origina el bamboleo de las olas y la inclinación de la nave. Y la gama de azules y blancos que conforman las nubes… ¡es francamente fantástica!

—Y luego —siguió, tras observar durante unos instantes—, las cuerdas que sujetan los mástiles en la parte de arriba… son delicadas líneas difuminadas… que le dan una sensación realista mucho mayor que la que yo le hubiera dado. Yo hubiera trazado una línea sólida, sin más.

—¿Algo más? —preguntó ella.

—Sí, me pregunto por qué el barco es tan pequeño en relación con el agua y con las nubes. El cielo, el agua y las nubes se confunden en un conglomerado de blancos y azules donde el barco es sólo un invitado: alguien que pasa por allí, y que ha sido captado por casualidad.

—No es un cuadro sobre un barco, Tony. Es sobre el entorno.

—Eso es. ¿Por qué es así?

—El barco es frágil, amor mío. Y como tú muy bien has dicho, los vientos le dominan, y las olas y los elementos de la naturaleza se quieren hacer con su ventura. Porque está en medio de una tempestad, Tony. ¿Ves los relámpagos que hay hacia la izquierda?

—Sí, los veo, Noa. Son dos rayos que salen de la parte de arriba del lado izquierdo.

—No me han quedado muy bien. No parecen rayos… Igual que la luna. No me ha salido muy redonda que digamos.

—Están perfectas, las dos cosas.

—No, no lo están, Tony. Pero eran las ganas que tenía de acabarlo. De acabarlo cuanto antes para así poder mostrártelo. Y también para poder recitarte la poesía que lo acompaña, igual que hiciste tú con el cuadro del lago.

—Me muero por oírla de tus labios, Noa.

—Aquí va:

Mi barco navega,
En la tempestad.
Las olas le azotan,
Para zozobrar.

Mi barco va recto.
¡No cambia de rumbo!
Pues tiene un secreto:
Su capitán.

¿Quién lleva tu barco?
¿Quién es quién se esmera?
Preguntan aquellos,
Que vi naufragar.

No soy de barcos,
Ni soy marinera.
Dejo a mi amado,
El timón gobernar.

Con él a mi lado,
No temo el peligro.
Con él a mi lado,

No voy a encallar.

Y aunque a mi vida,
Tormentas le esperan,
Contenta navego,
Con mi capitán.

—¡Oh, amor mío! —dijo Tony, tras unos instantes de silencio—. Escuchar semejante lindeza de tus labios… No tengo palabras, Noa. ¡No tengo palabras! —exclamó, emocionado.

—Tú eres mi capitán, amor mío. Tú gobiernas mi vida, como el sol gobierna la tierra, y sin el cual ésta no sería más que una roca oscura y fría. Estoy a merced de los vientos y de las olas, pero confío en ti plenamente, amor mío, mi capitán.

—¡Oh, Noa! ¿De verdad que confías en mí plenamente?

—Mi corazón es tuyo, Tony, y confía plenamente en su dueño. Pero mi cabeza aún es reticente… Es tozuda, amor mío, y cuesta doblegarla. Pero yo sé que el corazón ganará la partida y vencerá a esa estúpida. Algún día.

—¿Cuándo será eso, amor mío?

—Pronto, Tony, pronto. ¡Muy pronto! Es una guerra larga, pero tú y yo estamos venciendo en todas las batallas a ese enemigo tenaz. Las últimas torres están ya a la vista, y no tardarán en caer.

Capítulo 11

—Esta es mi réplica, amor mío, a tu tempestad:

—Un mar sereno —siguió—, donde no hay tormentas, donde hay paz, donde el mar es una balsa de aguas cristalinas y tranquilas, donde, como en un espejo, puedes ver la figura del barco.

—¡Me encanta, Tony! Es un paisaje idílico. Veo que sigues con tus blancos, azules y negros. ¡Te ha dado ahora por ahí! ¡Eh!

—Son nuestros colores, Noa. A partir de ahora siempre serán esos tres nuestros favoritos.

—¡Claro que sí, amor mío! ¡Claro que sí!

—Bueno, y ¿qué me dices de la técnica?

—Pues lo de siempre, me encantan tus degradados, amor mío. Me fascina la forma como pasas del azul oscuro al blanco, casi sin solución de continuidad. El reflejo de la luna sobre el agua… ¡es perfecto! Por no hablar del reflejo del barco sobre el agua… Una estupenda simetría de puntos y formas que plasman a la perfección lo que quieren representar.

Los dos callaron por unos instantes, mientras ella observaba.

—Siempre firmas a la derecha, Tony.

—Sí, igual que tú siempre lo haces a la izquierda, amor mío.

—Sí, es porque soy zurda. «Tony J…». Te llamas… Antonio, ¿verdad?

—En efecto. No es ningún seudónimo. Es un nombre que ya es antiguo. Ahora ya no hay niños que tengan ese nombre.

—¿Quién tuvo la idea de llamarte así?

—Mi padre fue quien lo decidió. Igual que el nombre de mi hermana. Mi madre quería haberme dado otro nombre, pero él se salió con la suya. ¿Y tu nombre?

—Pues el mío fue cosa de mi madre. A ella se lo debo. Pero —siguió Noa—, es verdad eso que dices, los bebés que nacen hoy en día en España reciben nombres muy distintos. Ya no encontrarás en ninguna clase de primaria los típicos nombres compuestos como Juan José, José Carlos, José Luis, José María, José Manuel…

—En breve con esos nombres identificarás a la gente mayor. Igual que hasta hace poco los ancianos se llamaban Eusebio, Marcelino, Mariano, Eustaquio…

—Igual pasa con las mujeres, Tony. Ninguna de las niñas que nacen hoy en día se llama como las de antes. Ya no hay ninguna que se llame Asunción, Amparo, Rosario, Pilar…

—Jajá, Has dado en el clavo, Noa. El tuyo sí que es un nombre actual. Conozco muchas niñas que se llaman así.

—¿Como yo?

—Sí, como tú. Ahora se estilan los nombres cortos: Noa, Ada, Zoe, Lía… además de los nombres vascos, claro, que siguen estando de moda en toda España.

—Son modas, Tony. Ya se pasarán y vendrán otras.

—Claro, amor mío. Las modas van y vienen, como el barco de este dibujo. El barco que nos lleva a ti y a mí.

—El barco en el que viajamos los dos, Tony. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia la isla que tienes a la izquierda. Ya estamos llegando. ¿La ves?

—Y, ¿qué nos encontraremos allí?

—Nuestro hogar. Una isla paradisíaca donde estaremos solos tú y yo. Donde nadie osará molestarnos, donde nadie podrá perturbarnos, donde nada se interpondrá entre los dos.

—¿Qué hay en esa isla Tony? ¿De qué viviremos?

—De amor, Noa, viviremos de amor. El amor será nuestro alimento, y no necesitaremos nada más. Beberemos cada uno de la boca del otro, y nunca tendremos sed, vida mía.

—¡Oh, Tony!

—Somos Uno, Noa.

—Somos Uno, Tony.

Capítulo 12

—Voy a ir a Madrid, Noa.

—No vengas, Tony.

—Voy a ir, Noa.

—Por favor…

—Necesito plasmar en algo físico este sueño, amor mío.

—Es posible que entonces te despiertes de ese sueño, vida mía.

—Estoy seguro de que eso no ocurrirá. ¡Estoy seguro!

—Tú eres maduro, fuerte, seguro de ti mismo, pero yo soy frágil e insegura. Temo romperme en cuanto me veas.

—Si te rompes, amor mío, yo estaré allí para recoger tus pedazos y juntarlos de nuevo. Para unirlos y hacerlos míos, de forma perpetua y para siempre.

—Quizás no puedas recomponer ninguno de esos fragmentos, Tony. Quizás queden tan destrozados que no sepas ni como juntarlos.

—Yo haré magia, Noa. ¡Haré magia! Haré magia y todo se juntará como si nunca se hubiera roto, y ocurrirá… como por arte de magia.

—¡Oh, Tony!

—No tengas miedo, Noa.

—Tengo mucho miedo, amor mío.

—Acuérdate del miedo que tenías cuando no querías hablar por teléfono. Todo se solucionó al estar junto a mí. Y desde entonces ya no usamos otro medio de comunicación.

—Esto es diferente, Tony.

—No, no lo es. ¿Por qué iba a serlo?

—No lo sé… tengo un mal presentimiento.

—¿El mismo que tenías cuando lo del teléfono?

—No, diferente.

—Confía en mí. Noa. Yo no te voy a rechazar por nada del mundo. Me encuentre lo que me encuentre, no miraré tu aspecto, sino tu alma. Y a esa ya la conozco, mi vida. La conozco perfectamente, amor mío. ¡perfectamente!

—Tengo miedo de ser yo quién te rechace a ti, mi cielo.

—¿Cómo puede ser eso posible, amor mío? ¿Acaso no me quieres?

—Te quiero con toda mi alma, Tony. Con todo mi corazón y con todas mis fuerzas.

—¿Pues entonces?

—No lo sé, Tony. Estoy muy confundida… Tengo miedo…

—No lo tengas, mi vida… Confía en mí. Todo saldrá bien ¡Ya lo verás!

—Pero, ¿por qué no podemos seguir así, Tony? ¿Acaso no estás a gusto? Yo estoy encantada, amor mío. Yo vivo en una nube desde que te conocí, y desde que oí tu voz vivo en el séptimo cielo, mi vida. Yo soy enormemente feliz con estar así.

—Yo también lo estoy, y soy muy feliz, Noa, pero me falta algo. Estoy incompleto sin verte, sin abrazarte, sin besarte, sin sentirte… ¿Acaso no te gustaría hacerme a mí lo mismo?

—Sería el mayor de los gozos que podría experimentar jamás, mi amor.

—Pues entonces, ¿por qué no lo hacemos? ¿por qué no lo ponemos en práctica?

—Tengo miedo de que se rompa el encanto, ya lo sabes.

—Sólo necesito verte, amor mío. Aunque sea, de lejos. Con eso me conformo, y esa imagen pervivirá en mi retina para siempre. ¿No te gustaría verme tú a mí?

—No lo sé Tony. ¡No lo sé! Para mí tú eres el ideal de la belleza, aun sin conocer tu cara ni tu aspecto. Soy más espiritual que tú en ese sentido.

—Te concedo que quizás yo sea más material, en ese sentido.

—En el único, Tony, pues somos dos almas gemelas, para casi todo.

—Y nuestra unión se acrecentará más si nos conocemos en persona. Es como un cuadro, amor mío. Muchas veces tengo la imagen de un cuadro en mi cabeza. Allí se manifiesta con todas sus formas, con todo su colorido, con todas sus curvas y rectas que de forma geométrica se interrelacionan. Pero es cuando lo plasmo en la pantalla cuando cobra vida. Cuando se manifiesta en todo su esplendor, cuando se muestra tal y como es, y no sólo como una imagen difusa que no es nada.

—Pero ese cuadro no existe, Tony. Sólo existe cuando lo pintas, que es cuando nace. Y yo sí que existo, amor mío. Existo, y soy muy real.

—Sí, mi cielo, pero para mí eres como ese cuadro que no he llegado a pintar. Existe solo en mi cabeza, pero yo necesito contemplarle. ¡Lo necesito! ¡Lo necesito tanto como el comer! ¡Tanto como el respirar!, vida mía. Y tú me lo estás negando… Me estás negando el alimento imprescindible para que pueda seguir viviendo, el agua necesaria para que mis células no mueran de sed, el aire que precisan mis pulmones para que pueda seguir con vida…

Capítulo 13

—Ya he comprado el billete para Madrid, Noa.

—¿El billete?

—Sí. El «Alsa» llega a las dos de la tarde a Méndez Álvaro. Calculo que estaré en la puerta del Banco a las dos y media, como la otra vez.

—¿Qué otra vez?

—El lunes pasado ya estuve por allí, Noa. Llegué a Cibeles a esa hora, y me quedé en la puerta del Banco de España viendo salir a la gente. Porque tú sigues en Cibeles, ¿verdad? ¿O te han cambiado ya a Alcalá 522?

—Sigo en Cibeles, Tony —dijo, con tono triste.

—Miré una por una a todas las chicas que salían. Seguro que te vi salir. ¿O acaso ese día retrasarse la salida?

—No. Salí a las tres menos cuarto, como siempre.

—Pues entonces te vi. Seguro que te vi, y el lunes te veré otra vez.

—Tony, no puedes hacer eso.

—Estoy harto Noa. Ya no aguanto más sin verte. Necesito verte, amor mío, pues me va la vida en ello.

—¿La vida?

—Sí, la vida, Noa. ¡La vida! Cuento los minutos que faltan para que llegue el lunes, amor mío. Y la espera me consume. ¡Me consume! Y sólo me libraré de morir si te veo el lunes. Si te veo, aunque sea de lejos, será suficiente. Con eso me conformo. Con que levantes la mano y me mires, eso será bastante, y ya podré morir tranquilo, cielo mío.

—¿Morir?

—Si no te veo pronto, soy capaz de hacer cualquier locura.

—Tony, no digas eso ni en broma. ¿Me oyes?

—Te oigo, vida mía.

—Prométeme que no has a volver a decirlo, ni siquiera a pensarlo.

—Te lo prometo.

—¿Por el amor que me tienes?

—Te lo prometo por el amor que te tengo.

—Está bien. Te enviaré una foto.

—No, Noa. El tiempo de las fotos ya pasó. Ya no me puedo conformar con eso.

—Pero, ¿por qué Tony? ¿Por qué? ¿Por qué te arriesgas a romper la magia?

—Porque me va la vida en ello, ya te lo he dicho. Si sigo sin verte voy a enloquecer, amor mío. ¿Te dije que cuento los minutos? Cuento los segundos, Noa. ¡Los segundos! Cuento hasta las hamburguesas que me faltan para que llegue el lunes, mi vida. Cálculo que serán unas mil setecientas veintiséis hamburguesas las que me faltan por hacer hasta entonces, siguiendo la media de los últimos días, si se mantiene el actual flujo de clientes. Aunque anuncian lluvias para el fin de semana, y quizás no lleguen a 1.400.

—¡Oh, Tony!

—1.400 hamburguesas y podré verte, si tú quieres, o si no moriré, amor mío. Moriré de amor, de amor no correspondido. Y tú me habrás asesinado, Noa.

—Estás hablando metafóricamente, ¿verdad?

—No lo sé, Noa. No lo sé... Estoy loco de amor y ya no sé ni lo que digo.

—Está bien, Tony. Sabía que este momento tenía que llegar tarde o temprano —respondió, resignada.

—Llevabas tiempo preparándote para ello. ¿Aún no lo estás?

—Creo que no lo estaré nunca, mi vida.

—Pues entonces…

—Pero no puedes verme salir del Banco.

—¿Por qué no?

—La primera impresión es muy importante, y yo no voy a trabajar de la misma manera que me gustaría estar en nuestra primera cita. Una mujer tiene que arreglarse…

—Claro, lo entiendo. Lo entiendo perfectamente. Puedo cambiar el billete, Noa. Puedo cambiarlo sin gastos para otro autocar que llega a las seis. Si te parece. Para que te arregles sin tener la presión de saber que ya estoy en Madrid.

—¡Eres tan bueno, Tony! ¡Y tan detallista! Piensas hasta en eso…

—Por ti vida mía, haría lo que fuera, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé, y eso me preocupa. Me preocupa mucho.

—Son las cosas del amor, Noa.

—Te quiero mucho Tony, y ahora tengo más miedo que nunca.

—No tienes que tenerlo, amor mío. Todo va a salir bien.

—Tengo miedo de perderte, cariño mío, dulzura mía. Tengo muchísimo miedo… ¡Estoy aterrorizada!

—Confía en mí, Noa. ¡Confía en mí!

Se hizo una pausa, y ella finalmente repuso, resuelta:

—Confiaré en ti, amor mío. Si tú estás a mi lado, yo no tengo nada que temer.

—¡Esa es mi Noa! Verás como todo sale bien, mi vida. Bueno, pues entonces, ¿A qué hora te parece que quedemos, y dónde? Apenas conozco Madrid, pues hace años que abandoné la ciudad.

—En la Puerta del Sol. Junto a la estatua del oso y el madroño. Es el sitio ideal y no tiene pérdida. Seguro que lo encuentras muy fácilmente.

—Allí estaré, amor mío. Dime la hora.

—¿Dices que el autocar llega a las seis?

—Sí, así es. Y al menos la otra vez fue bastante puntual.

—Pues quedamos entonces a las siete, si te parece ¿Cómo te reconoceré? —preguntó ella.

—Nuestras almas se pondrán en contacto al sentirse próximas. Nosotros no tendremos que hacer nada.

—¡Oh, Tony!

—1.400 hamburguesas más, y mi corazón se inundará de gozo.

—1.400 hamburguesas más, y seremos Uno, Tony.

—Seremos Uno, Noa.

Capítulo 14

El tren desde Alpedrete llegó a Recoletos a la hora acostumbrada, y desde allí dio un paseo hasta la Puerta del Sol. Iba a llegar tarde, probablemente a las siete y diez como mínimo, pero eso es lo que deseaba.

Mientras subía por la calle Alcalá, los nervios volvieron a aflorar, y esta vez con más intensidad que antes. El *Lexatin* no había sido suficiente para contener su corazón, que latía a toda velocidad mientras sus piernas comenzaban a flaquear. A la altura de la calle Sevilla se tuvo que sentar porque ya no podía más. La tensión acumulada desde que Tony le había dicho que venía era tal, que le estaba comenzando a pasar factura. La noche anterior apenas había podido conciliar el sueño y tampoco le habían concedido el día de asuntos particulares que había solicitado en el Banco el viernes anterior.

Estaba francamente agotada, pero no tenía sueño precisamente. Se sentó en el umbral de una tienda, pues los bancos cercanos estaban ocupados. Cerró los ojos, hizo cuatro o cinco respiraciones profundas y se levantó. De poco había servido aquel descanso, pues seguía temblando como un flan.

Siguió caminando un poco más, y a la altura de Celenque ya pudo ver la plaza más famosa de Madrid. Una plaza que la recibía en aquella tarde calurosa e inusualmente húmeda de septiembre.

Comenzó a darle vueltas otra vez a todo, y volvió a sentir miedo; mucho miedo. Miedo de lo que se iba a encontrar, miedo de no poder estar a la altura, miedo de que todo aquel sueño se terminara.

A lo largo de todos aquellos meses, se había imaginado a Tony de mil maneras diferentes. Desde un señor mayor a punto de jubilarse, a un veinteañero que había conseguido su primer trabajo en un Burger King. Y siempre que tenía una idea de su edad, él decía algo que echaba por tierra todas sus suposiciones. Tony era una persona desconcertante, desde luego. Lo había pasado mal en su vida por alguna razón que ella desconocía, y al igual que ella, se había pasado al mundo virtual para intentar huir, para escapar de algo que le había hecho daño. Allí había encontrado su refugio, y le había encontrado a ella.

¿De que estaría huyendo?, se preguntó. ¿De una mujer? ¿De varias mujeres? ¿De un desengaño? Ahora tendría ocasión de preguntarlo, desde luego, pues ya no valdría la excusa de ocultar el pasado para no desvelar la edad. Ahora se pondrían las cartas boca arriba y se desvanecerían todos los misterios. Para bien o para mal.

Lo positivo, pensó, es que, aunque había muchas cosas que desconocía, también había otras que sabía con total seguridad. Sabía que era una persona madura, inteligente, sensible, soñadora, pasional, y que no solo compartía con ella la afición a la literatura, a la poesía y a la pintura, sino que coincidía también en muchísimas facetas de su personalidad. Era su alma gemela, como él siempre decía, y no se equivocaba.

«No hay actor en el mundo tan bueno como para aparentar todo eso», pensó.

Tan sólo conocía de él su avatar en las redes sociales, que no era más que un conjunto de rotuladores dispuestos sobre un bloc de dibujo. Ella por su parte tenía un avatar mucho más gráfico, y que era un autorretrato al óleo, lo suficientemente pixelado como para que no se le reconociera.

Había oído mil historias siniestras de hombres que habían quedado con mujeres por Internet y les habían hecho un sinfín de tropelías. Pero eso no era lo que le daba miedo. O quizás sí, aunque sólo un poco. Él no podía desearla por ninguna razón oscura, pues jamás le había enseñado foto alguna y por tanto no sabía cuál era su verdadero aspecto. Tan solo su avatar podría decir algo de ella, pero no era más que una imagen difusa de una mujer sin especificar edad ni condiciones o aspecto físico. Puesto a abusar de alguien, hay un sinfín de chicas por ahí que muestran sus fotos reales o incluso sus videos y establecen videoconferencias casi desde el primer día. Chicas mucho más vistosas que ella, sin lugar a dudas, aunque él no sabía si ella era guapa o era fea.

Podría ser, no obstante que fuera un amante del riesgo. Que le gustara jugar a la ruleta rusa, por así decirlo. Encapricharse de alguien, al azar, como un juego, como el amigo invisible que te regala algo y que te puedes encontrar cualquier cosa, desde buenos regalos a absolutas porquerías. Podría jugar a ver qué se encontraba y aceptar lo que fuera de buen grado.

Pero ese no era el caso de Tony. No podía serlo. Él era pintor, desde luego. O mejor dicho, dibujante, pues la pintora era ella. Podría coleccionar pintoras en su repertorio de conquistas, y ella podría ser una de tantas. Había gente muy rara por ahí fuera. Pero volvió a desechar una idea tan absurda. Noa tenía muy claro que ella no era una más en una cadena de conquistas virtuales. Ni muchísimo menos. Con el tiempo llegó a pensar que ese hombre, por alguna razón, había sido muy infeliz y se había volcado con ella como quien se agarra a un clavo ardiendo para no caerse a un vacío tenebroso. O quizás estaba equivocada… En cualquier caso, pronto lo descubriría. En la cara de las personas, en su expresión, en sus gestos, se puede leer su pasado, y ella se creía capacitada para ello. Lo había hecho con muchas personas en su vida, y nunca se había equivocado.

Sea como fuere, entró por fin en la Puerta del Sol, y divisó, a lo lejos el lugar donde debería estar la estatua del oso y el madroño.

Se interponía muchísima gente entre ella y la estatua, y no podía ver con claridad si él estaba allí. Eran ya las siete y cuarto, y conociéndole como le conocía, estaba segura de que él ya estaba en aquel lugar. Pero esa céntrica plaza madrileña era un hervidero de gentes de todas las edades, razas y procedencias, que iban y venían de aquí para allá, y no podría ver si había alguien en las proximidades si no se acercaba. Y eso fue lo que comenzó a hacer, despacio.

Pero su sorpresa fue mayúscula, cuando llegó al lugar donde suponía que tenía que estar la estatua, y allí no estaba. Tendría que estar entre la confluencia de la calle del Carmen y la calle Preciados, ¡y allí no estaba!

Entonces los nervios se apoderaron de ella y le entró un golpe de calor que casi la tira al suelo. ¿Habrían retirado la estatua, y habría mandado a Tony a un lugar que no existía?

Ciertamente, hacía mucho tiempo que ella no pasaba por allí, y si lo había hecho, no se había fijado en absoluto en la estatua, ni había oído en ninguna parte que la hubieran retirado. «¿Quizás se la habían llevado a un museo?», se cuestionó.

Finalmente, preguntó a un policía municipal que había por allí:

—Perdone, agente, la estatua del oso y el madroño… ¿no debería estar aquí? —le dijo, señalando al lugar en donde se suponía que debía estar.

El hombre la miró, y tras hacerle el preceptivo saludo le dijo:

—Hace algún tiempo que ya no está aquí. Ahora se ha colocado al inicio de la calle Alcalá. Allí —dijo, señalando hacía el lugar por donde ella había venido.

—Muchas gracias —dijo, tras constatar que había pasado a escasos tres metros del monumento, hacía solo unos instantes. Es decir, si Tony estaba allí, él podría haberla visto pasar de largo perfectamente, y ahora cuando se identificara, le parecería extraña esa actitud. Si es que se había fijado, naturalmente, pues el gentío que iba y venía por esa plaza era inmenso.

El policía se marchó a atender a un turista que le preguntó algo, y Noa se quedó allí plantada, mirando fijamente a la gente que pululaba por los alrededores de la estatua.

Estaría a unos cincuenta metros de aquel lugar, y comenzó a fijarse en la gente que estaba por allí. Efectivamente, era el lugar oficial de citas donde la gente quedaba cuando iba a Madrid. Desde grupos de chicas jóvenes que seguramente habían quedado con otra pandilla masculina, parejas que esperaban a otras parejas, hasta personas individuales que estaban allí plantadas mirando hacia la calle Alcalá, o hacia alguna de las múltiples entradas del metro de «Sol» que había en la plaza.

Toda una pléyade de gentes diversas, en las que Noa se comenzó a fijar. Alguno de ellos debía ser Tony, pero, ¿cuál?

Amparada en la distancia comenzó a observar uno por uno a aquellos «candidatos», y no vio a ninguno que tuviera la imagen de la idea que se había hecho de él.

Había un señor mayor que llevaba puesta una chaqueta de verano que miraba fijamente en su dirección. Era bajito, tenía el pelo canoso y peinado hacia atrás, y llevaba unas gafas de sol algo pasadas de moda. Un pantalón de tergal y una camisa de color crudo completaba la indumentaria. ¿Sería ese su amado Tony?

También había un chico joven alto, delgado, con el pelo rasurado, que llevaba pantalones cortos, y que no paraba de mirar en todas direcciones, como esperando a alguien. ¿Esperándole a ella?

Por último, se fijó en otro señor de mediana edad, calvo, fornido, perfectamente vestido y que estaba consultando el teléfono móvil sin mirar a nadie.

Había más gente, desde luego. Había otro hombre que estaba de espaldas hablando con una chica de unos veinte años, y otros dos chicos, más allá de la estatua, que también parecían esperar a alguien. Y mujeres. Mujeres de todas las edades que también esperaban.

El corazón le comenzó a latir deprisa, tanto que parecía se le iba a salir por la boca. Sus piernas le pesaban una barbaridad, y se negaban a avanzar los escasos metros que le separaban de aquel lugar. Pero tenía que hacerlo. No le quedaba más remedio que afrontar su destino, sea cual fuere, y comenzó a caminar despacio, hacia las inmediaciones de la estatua, mirando fugazmente a cada uno de los candidatos. Mirando también detenidamente a cada uno de ellos, cuando alguno le miraba a ella. Pero ninguno detuvo sus ojos en Noa, más allá del tiempo necesario para identificarla.

Por fin llegó a los pies del oso, y se detuvo. Nadie le hacía caso. «¿Quizás no habría llegado todavía?» se preguntó. Su corazón golpeaba su pecho con tanta fuerza que pareciera le iba a explotar como esa situación de agonía se prolongara mucho más.

Extrajo su teléfono del bolso y miró la hora: las siete y veintitrés. Él ya tenía que estar allí. ¡Tenía que estar allí! De haber sucedido cualquier percance con el autocar o con el metro, a buen seguro que le habría avisado. Él no era de los que daba plantón... ¿O sí? ¿Quizás todo había sido un juego y él estaba ahora tirando la caña a otra pintora, desde su casa de Jaén?

La incertidumbre le consumía y sus piernas temblaban como si ella fuera un condenado a muerte que estuviera esperando a que se diera la orden de fusilamiento.

En eso estaba, cuando por fin sonó el teléfono que tenía en la mano. Era Tony.

Capítulo 15

El «Alsa» había llegado a Méndez Álvaro a las seis de la tarde, tal y como prometía el horario de llegada. A las seis y cinco minutos, para ser más precisos. El trayecto en metro consistía en tomar la línea seis hasta Pacífico, que era sólo una estación, y luego allí hacer trasbordo a la línea uno, donde tendría que recorrer seis estaciones hasta llegar a Sol. Por muy mal que se le dieran las cosas, como mucho en media hora debía estar plantado a los pies de la famosa estatua.

Pero Tony no se la quiso jugar, y no quería arriesgar absolutamente nada en una cita tan trascendental. No quería llegar tarde, y no quería exponerse a que alguno de los dos convoyes que tenía que tomar tuviera una avería y se retrasara en su llegada.

El metro de Madrid era un servicio eficiente, pero tantos kilómetros de vías y tantos cientos de trenes podían tener cualquier percance, y de hecho los tenían. En muchas ocasiones el servicio en una determinada línea se veía afectado porque alguien se arrojaba a las vías, y esto ocurría con cierta frecuencia. De su estancia en Madrid años atrás recordaba el famoso aviso por megafonía: *«por incidencia en línea siete, el servicio no se presta con normalidad, sufriendo un retraso de más de X minutos»*.

Muchas veces eran causas técnicas, desde luego, pero había mucha gente que optaba por suicidarse arrojándose a las vías justo en el momento en el que el tren circula a mayor velocidad, es decir, al entrar en la estación. Y esto no era algo exclusivo de Madrid, sino que ocurría en todas las ciudades del mundo.

Así que salió al exterior de la estación y tomó un taxi. También podría ocurrir que el taxi se averiase, lógicamente, pero a unas malas podría salir del vehículo y pedir otro taxi en la misma calle.

No ocurrió nada de eso, y a las seis y veinticinco ya estaba delante de la estatua, mirando con atención a todas las mujeres que se aproximaban.

Quizás Noa había llegado también pronto, pensando lo mismo que él, y podrían verse antes de las siete. «Ojalá fuera así», se dijo. Así podría estar más tiempo con ella, antes de regresar a la estación sur de autobuses, es decir, a Méndez Álvaro, donde otro autocar le llevaría a Jaén a las diez de la noche.

Observó cómo las chicas que estaban por la zona le miraban, pero ninguna era Noa. Ninguna podría serlo, pues su corazón se lo hubiera dicho. Y, de hecho, ninguna era ella. A los pocos minutos siempre llegaba alguien que se identificaba a la chica, o que la chica conocía, y se marchaba con ella.

Hasta que por fin llegaron las siete, y no había habido suerte con la posibilidad de que hubiera llegado antes de la hora. Pero ella tendría que estar al llegar. De todas las mujeres que había en los alrededores de la estatua cuando él llegó, ya no quedaba ninguna, y comenzó a fijarse en las nuevas que iban llegando.

Comenzó a descartarlas según iban apareciendo, y de hecho muchas pasaban de largo, pues venían desde la calle de Alcalá en destino a la boca de metro más cercana, o hacia las grandes calles comerciales de Preciados y El Carmen.

Hasta que por fin llegó una chica joven, de unos veinticinco o treinta años, que se le quedó mirando durante más tiempo del que le habían mirado las otras personas con las que ya se había cruzado.

La muchacha se volvió y miró hacia el lado opuesto de la plaza, es decir, hacia las calles del fondo que eran Mayor y Arenal, y parecía tener la vista clavada en esa esquina de la plaza. De vez en cuando también miraba a la confluencia de la carrera de San Jerónimo, y también se volvía de vez en cuando hacia la zona de la calle Carretas. Justo las zonas donde estaban las bocas del suburbano. Estaba claro que la persona a quien esperaba tenía que venir desde el metro.

Era una chica delgada, de pelo oscuro y piel morena, muy bien vestida y con un bolso blanco imitando la piel de un cocodrilo. Unos zapatos de tacón negros completaban un atuendo muy femenino, y los grandes ojos oscuros que le miraron parecían los de una persona sensible y soñadora.

Eran ya las siete y cuarto, y Noa no aparecía, pero la cita de la chica morena tampoco lo hacía. Entonces se decidió. Avanzó los escasos metros que le separaban de ella, y poniéndose enfrente suyo le dijo:

—¿Eres Noa?

En ese momento ella se estaba mirando el vestido, como queriendo ver si estaba arrugado o si tenía alguna mancha, y no hizo caso de él. Tony repitió:

—¿Noa?

Entonces ella levantó la vista y le miró fijamente durante un segundo, para apartarla a continuación con un ligero gesto de desprecio. Un gesto que se notó claramente, a pesar de la mascarilla. Aunque lo peor de la Pandemia ya había pasado, todavía era obligatorio llevarla puesta por la calle.

Él se quedó plantado, mirando cómo se volvía y buscaba su teléfono en el bolso. Después, la chica debió pulsar alguno de sus contactos en el celular, y tras unos segundos inició una conversación con alguien, alejándose de él y dirigiéndole una última mirada mientras se volvía. Una mirada acompañada de un gesto similar al anterior. Una mezcla de desprecio o rechazo que podría ser motivada por el hecho de que un desconocido la interpelara.

Aquella chica no era su amada, obviamente, y siguió escrutando el paisaje en busca de Noa. Pero ella no llegaba, y entonces se decidió a hacer lo que ya presumía desde hacía unos minutos que acabaría haciendo. Llamarla por teléfono.

Si era alguna de las personas que estaban a su alrededor, él se había equivocado, y sus almas no habían establecido una comunicación de forma automática, como él le dijo a ella en su última conversación.

Sacó el celular del bolsillo, y miró la hora. Las siete y veintitrés. Pulsó sobre el contacto de «Noa», y a los pocos segundos sonó el teléfono que tenía en la mano la persona que estaba justo a su lado, a poco menos de dos metros de donde él estaba.

Entonces la miró y se fijó en ella, y la oyó decir, sin mirarle:

—¿Tony? ¿Dónde estás?

Efectivamente, aquella era Noa. A continuación, él se puso enfrente suyo, y le dijo:

—Estoy aquí, amor mío, ¡justo a tu lado!

Ella le miró, detrás de aquellas gafas oscuras que llevaba, y bajó el teléfono, totalmente desconcertada.

Entonces él se quitó la mascarilla e hizo lo propio con la de ella, con el objeto de poder verse mejor las caras. A continuación, comenzó a abrazarla y a besarla febrilmente, con los ojos embelesados de amor: de amor y de lágrimas, pues no paraba de llorar por la alegría que sentía al tenerla por fin en sus brazos. Ella también lloraba, pero de pena. Por la enorme tristeza que sentía al ver quién era su amado. Sus peores temores se habían confirmado, y el sueño se había roto.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 16

—¿Echas de menos a Miriam?

Luis permanecía sentado al borde de la silla, manteniendo los codos sobre la mesa, y tenía el mentón apoyado sobre sus dos manos entrelazadas. Al oír esa pregunta, cambió de postura y reclinó la espalda hacia atrás. Se quedó mirando a su interlocutora, y tras unos segundos contestó, sacando los brazos de la mesa y cruzándolos sobre su pecho:

—Sí, y no, Chus.

María Jesús sonrió levemente, y tras dirigirle una mirada ligeramente socarrona le dijo:

—A ver, explícate, majo, porque eso no es decir nada.

Ella se había enterado del divorcio de esos dos, casi antes de que tuviera lugar. El ambiente ya estaba enrarecido desde hacía tiempo, y estaba cantado que Miriam iba a dejar a Luis tarde o temprano. Aunque ya no tenía trato con ninguno de los dos, habían sido amigos años atrás en los tiempos de la universidad, y en una pandilla tan numerosa como aquella, siempre había alguien que hacía correr los rumores.

Precisamente otra amiga común era quien le había avisado a Chus de que Luis estaba "a la caza", pues dos años después de aquel divorcio el hombre estaba loco por iniciar una nueva relación. Al parecer lo había intentado con alguna de las viejas amigas, las que permanecían solteras, e incluso con alguna de las casadas, pero sin éxito.

Por eso, en cuanto sus padres le dijeron que había llamado Luis, lo primero que pensó fue en no responder la llamada. Total, era imposible que la localizara. Chus no tenía teléfono fijo en su casa, pues desde que habían aparecido los celulares en escena, ella ya no se separaba de su Nokia. Y sus padres, lógicamente, no le darían su teléfono, ni le dirían donde vivía.

Pero el chico siempre le cayó bien, y además tenía curiosidad por conocer de primera mano los detalles de aquella separación. Ya sabía la versión de Miriam, desde luego, pero le intrigaba conocer la suya. Así que le llamó, y ambos se citaron en una cafetería de la calle de Alcalá, muy cerquita de la Puerta del Sol.

—Verás, Chus, a ella no la echo de menos en absoluto. Que se quede con su bailarín y que se larguen a recorrer el mundo si les apetece. Me tiene sin cuidado. Pero sí añoro la vida familiar, el saber que hay alguien en casa cuando llegas del trabajo, y también, cómo no, el tener hijos.

—¿Por qué Miriam no quiso tenerlos?

—Ya sabes cómo es. No quería tener obstáculos en su carrera profesional.

—¿Tan bien le iba en la consultora?

—Yo creo que le iba regular, por mucho que a ella se le llenara la boca diciendo que era jefa de ventas… ¡Ja! —exclamó—. Una jefa de ventas en una empresa con diez empleados… ¡y sólo tenía dos vendedores a su cargo!

Entonces sonrió, miró hacia otro lado y luego volvió la cabeza de nuevo hacia María Jesús:

—Yo sí que soy jefe de ventas, y no lo voy por ahí diciendo, Chus.

—¿Ah sí?

—Pues sí. La empresa ha crecido mucho con el «boom» inmobiliario, y desde que la constituimos mi hermano y yo, hemos crecido una barbaridad.

—¿Tenéis muchos empleados?

—Pues mira, en el 98 la iniciamos y comenzamos con un par de cuadrillas de trabajadores autónomos que contratábamos cada vez que nos salía una obra, que no era todos los días ni muchísimo menos. Pero ahora, cinco años después, te puedo asegurar que nos salen obras… ¡todas las semanas! ¡Todas las semanas, Chus! Obras de las gordas, y no simples reformas. Ya no contratamos autónomos, pues nos sale más rentable tener a la gente en nómina. Con las últimas incorporaciones del mes pasado, yo creo que debemos rondar los cincuenta o sesenta empleados…. ¿Qué te parece?

—Debes estar forrado, amigo.

—Estoy forrado, sí, pero de deudas. Esta mañana mismamente, he tenido que solicitar un aval de trescientos mil euros para que me permitan anticipar a unos contratistas. He conseguido una promoción de chalets en Majadahonda y nosotros nos vamos a encargar de los revestimientos de todos ellos.

—Claro, pero luego recibirás los réditos, Luis. No te embarcarías en operaciones de ese calado si no tuvieras buenos beneficios.

—Sí, claro, no te lo voy a negar. De eso se trata, ¿no?

—Ahora entiendo las dos buenas mansiones que tenías en Boadilla y en Las Rozas. Ella se quedó con la de Boadilla, ¿no?

—Sí, así se estableció en el acuerdo de divorcio. Ahora yo vivo solo, en las Rozas.

—Yo creo que saliste ganando, ¿no es así?

—Depende de cómo lo mires. El chalet de Boadilla era más caro. Más grande, y más lujoso. De hecho, era dónde vivíamos. Pero si te soy sincero, en el de Las Rozas estoy más cómodo. Está más cerca de Madrid, y tardo menos en llegar a los sitios.

—En tu profesión el tiempo es oro.

—Eso era antes, Chus. Cuando empezábamos, teníamos que visitar las obras antes que ninguna otra empresa de revestimientos, si querías llevarte el gato al agua. En cuanto que veías un terreno acotado, ya tenías que estar detrás del concejal de turno para averiguar quién era la constructora. Para contactar con ella e intentar que pusiéramos nosotros los azulejos o los aislantes de las paredes. Pero ahora ya no hace falta. Ahora son los propios constructores quienes llaman a tu puerta, y hasta me permito decir que no a muchos.

—¿Tan bien os va?

—Pues sí. Ya solo me quedo con los trabajos menos complicados, o con los más rentables. El tiempo es oro, pero para mí. Se acabó el trabajar los sábados o los domingos. Ahora los viernes por la tarde desconecto, como los funcionarios, y no me preocupo de nada hasta el lunes.

—Miriam me contó que no tenías tiempo para ella, y que por eso te dejó.

—Esa mujer no sabía valorar lo que era tener un buen marido. Ya hubieran querido muchas, hacerse con alguien como yo.

María Jesús enarcó las cejas ante semejante afirmación, pero le dejó continuar.

—Estábamos a tope, Chus. Me levantaba a las cinco de la mañana para poder estar en las obras al amanecer, antes de que se nos adelantaran los de la competencia. O para estar pendiente de que llegaran los camiones con los pavimentos a su hora. O para mil historias que surgían. Había días, sobre todo en verano, que no llegaba a casa hasta las once de la noche, y solo había podido parar a comerme un bocadillo. Y a veces ni eso. Muchos días me tenía que conformar con los aperitivos que comía con los clientes en los bares, y mi primera comida de verdad era cuando llegaba a casa.

—Y allí te esperaba Miriam…

—Me esperaba para echarme la bronca, Chus. Pero como tú comprenderás, cuando llegaba el fin de semana uno no tenía ganas de nada. Solo me apetecía descansar, tumbarme en el sofá y desconectar. Estaba yo como para viajes… o para bailes. ¿Tú sabes cuántos kilómetros me podría hacer yo, en una semana promedio?

—¿Cuántos?

—Pues mira, una vez llegué a contar más de tres mil en una semana. Vas de Boadilla a Majadahonda, y desde allí a Valdemoro, desde allí te esperan en Segovia, luego tienes que revisar unos zócalos en El Plantío…. Me pasaba el día de la Ceca a la Meca, Chus… Y encima venía esta y me decía que si no la saco a bailar, que si no me gusta hacer viajes… ¡Es que es de chiste!

—Pero ella decía que tenías tanto trabajo porque querías. Que podías rechazar algunos, o incluso delegar muchas de esas visitas a tu hermano, o al gerente ese que tenéis.

—Eso es muy relativo. Mi hermano está con el almacén, y ya tiene bastante trabajo con gestionar los pedidos. Y rechazar clientes… ahora sí puedo hacerlo, pero cuando empezábamos no me podía permitir ese lujo.

—Y, ¿ahora sí te lo puedes permitir?

—Ahora sí, Chus, ¡Ahora sí! Si ella se hubiera esperado, quizás ahora podríamos hacer esos viajes que tanto quería.

—O bailar…

—Bueno, eso… eso ya es otra cosa, pues yo no soy de bailes, ya me conoces.

—¡Sí, que lo sé! Tú eres de los que se quedaba plantado como una seta en los sillones de los pubs con el cubata en la mano, mientras los demás estábamos en la pista de baile.

—No te lo niego, Chus, pero no sé qué tiene eso de malo. Cada uno es como es.

—Sí, claro, pero Miriam no es así. Si te digo la verdad, no sé cómo terminasteis juntos.

Él no respondió, y volvió la cabeza, mirando hacía alguno de los otros clientes que estaban sentados en las mesas de aquel bar. Después de un rato, volvió la cabeza hacia María Jesús, y la agarró de la mano.

—A mí siempre me gustaste tú, Chus.

—No sigas por ahí, Luis. Yo soy una mujer libre, sin ataduras, y tú nunca serás más que un amigo —le dijo, soltándose suavemente, y sin dejar de sonreírle. Él aceptó resignado el desplante, y le respondió:

—Estoy muy solo, Chus. Tengo dinero, sí, pero no sé con quién gastarlo. Ya tengo cuarenta años, y me gustaría formar una familia, tener hijos, crear un hogar… Lo normal, vaya… ¿es tanto lo que pido?

—Y con una mujer de tu estilo, lógicamente.

—Con una mujer normal, Chus. Con alguien que no se vaya por ahí con el primero que encuentre y que le haga «tilín».

— Y que no sea el profesor de una academia de baile, ¿verdad?

—No metas el dedo en la llaga, por favor.

—De acuerdo, perdóname. Pero, dime una cosa, ¿no has estado con nadie en estos dos años?

—Con nadie, Chus. He intentado alguna cosa, pero no ha llegado a cuajar.

—¿Por culpa tuya, o por culpa suya?

—Si te dijera que por culpa de ellas sería demasiado presuntuoso, ¿verdad?

—Obviamente.

—Quizás sea demasiado exigente, o quizás ellas no quieran salir con alguien como yo, chapado a la antigua.

—Es que, si buscas a una mujer que sea, digamos, como nuestras madres, pues eso ya se acabó, Luis.

—No, Chus, tampoco es eso. Yo no busco una mujer que se dedique al marido en exclusiva, ¡tampoco es eso! Yo no me opongo a que tenga su trabajo, que se realice profesionalmente, que tenga sus amigas, que quede con ellas de vez en cuando… Pero que también le guste el hogar, y estar conmigo los domingos viendo la televisión, por ejemplo. Y tener hijos, que es algo que yo ahora deseo más que nunca.

—Ya veo. Bueno, pues no te preocupes, que seguro que encuentras algo.

Él sonrió, y a continuación le dijo: —¿Y tú qué tal sigues? Solo estamos hablando de mí…

—Yo me divorcié de mi marido hace ya mucho tiempo. No sé si te acordarás de él…

—Sí, el tipo aquel engominado… creo que era agente de bolsa, ¿verdad?

—Sí, fue un idilio intenso, pero fugaz. Yo no aguanto mucho con los hombres, todo hay que decirlo.

—Te quedaste con el piso del barrio de Salamanca, ¿verdad?

—Sí, allí es donde vivo ahora.

—Pero, ¿no vivíais en La Moraleja?

—No era exactamente en la Moraleja. Era en una urbanización que estaba al lado.

—Pero, ¿igual de exclusiva?

—Un poco menos. Allí se quedó él. Yo prefiero el centro. Creo que también salí perdiendo, como te pasó a ti, pero me da igual. Ahora estoy bien situada y vivo divinamente. Salgo con quién quiero, como quiero, y cuando quiero.

—Siempre has sido un espíritu libre…

—Pues sí. Además, por mi profesión, prefiero estar por aquí. Los clientes que tengo están también por esta zona.

—Te dedicabas a temas de modas, ¿no es así?

—No exactamente. Empecé con algo parecido, sí, pero ahora me he pasado a la decoración de interiores.

—¡Anda! Y… ¿qué tal te va?

—Me va bien. Tengo proyectos de vez en cuando, para casas de «alto standing». Hago los estudios, elaboro los diseños, organizo los elementos… No es mucho trabajo, pero para mí sola, pues tengo suficiente.

—Yo te podría echar una mano con eso, Chus. Precisamente ahora estamos terminando una promoción de pisos en Pozuelo… son pisos caros, de un millón para arriba, y le oí decir al constructor que tenían que buscar a un decorador. Son los de Ercisa, un estudio de arquitectura relativamente pequeño, y no están acostumbrados a eso. Si quieres puedo hablar con ellos.

—Me harías un gran favor, Luis. Tengo algunos gastos que atender derivados de unas inversiones que hice con un amigo, y me vendría fenomenal.

—Pues está hecho, Chus. Cuenta conmigo para eso. Y tengo a la vista otros negocios donde quizás puedas entrar tú también. Mientras se esté inflando la burbuja inmobiliaria nos vamos a hacer de oro todos los que nos dedicamos a esto.

—Pues sí, cuanto más negocio, mejor. Tengo amigas decoradoras a quienes les podría interesar lo que yo no quiera o no pueda hacer. Yo te pagaría unas comisiones por cada contrato que firmemos.

—No haría falta, Chus. Somos amigos…

—Los negocios son los negocios, Luis. Una cosa no quita la otra.

—Siempre te sales con la tuya…

—Siempre ha sido así, Luis, faltaría más…

Continuaron la conversación un rato más, y después de recordar algunas anécdotas de los viejos tiempos, salieron del bar y se despidieron.

—Oye, Luis, estoy pensando una cosa… —le dijo, ya en la calle, a punto de marcharse—. ¿Tú te acuerdas de Charo?

—¿Charo? No… No me suena… ¿es amiga tuya?

—Sí, es vecina de casa de mis padres. Yo creo que llegó a salir con nosotros alguna vez, pero no estoy segura. Te lo digo porque quizás podría encajar con lo que estás buscando. Es muy buena chica y a lo mejor te cae bien. Si quieres, te la presento.

—¿Es guapa?

—No, precisamente.

—Entonces, olvídalo —respondió, con firmeza. Pero a continuación sonrió y le dijo: ¡que no, que es broma! Con los años que tengo y mi aspecto actual, tampoco estoy para elegir mucho. Mientras no sea un adefesio, la podría conocer.

—A lo mejor te gusta, Luis. No es guapa, pero tampoco es fea. Es un poco tímida, eso sí.

—Esas son las que me gustan, Chus.

—Hablaré con ella y te llamo. ¿Te parece?

Capítulo 17

Sus padres habían sido inmigrantes, que era como se denominaba en los años cincuenta y sesenta a las personas que se movían del campo a la ciudad. Posteriormente, a finales de siglo, ese nombre quedó circunscrito a los que venían a España desde el extranjero, que fueron millones.

Pero en aquella época, nadie venía del extranjero a un país depauperado como era España. Sin embargo, las gentes de las regiones agrícolas de Castilla, Extremadura, Andalucía o Murcia se movieron a Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia y se convirtieron en «inmigrantes», o bien a Alemania, Suiza, Australia, Argentina… para convertirse en «emigrantes». Abandonaban las duras y poco remuneradas tareas agrarias, para asentarse en las ciudades y realizar las menos exigentes labores en la industria, en la construcción y en los servicios. Buscando mejorar su calidad de vida, ganar más dinero, y dar un porvenir a sus hijos.

Eulalia —Laly— y Gumersindo —Gumer—, que eran sus padres, recalaron en Madrid a principios de la década de los años sesenta procedentes de Extremadura. Él encontró trabajo de portero en una finca de la calle Martínez Izquierdo, en el límite del barrio de la Guindalera, justo al lado del barrio de Salamanca. Había sido recomendado por un coronel que había conocido cuando hizo el servicio militar, y que vivía en aquel edificio. Gumer era mañoso y muy servicial, y se ganó su puesto por méritos propios.

El edificio tenía una pequeña vivienda en el sótano destinada al portero y a su familia, y entonces él se trajo a Laly desde el pueblo para casarse con ella. El sueldo era pequeño, pero al no tener que pagar nada por el alojamiento, les daba de sobra para mantenerse.

En 1962 nació Miguel, su primer hijo, y seis años después María del Rosario —Charo—, que completó el núcleo familiar.

Al contrario que Miguel, que fue un niño «muy guerrero» según decía la madre, Charo siempre fue muy buena. Mientras que su hermano les dio una infancia terrible, pues no les dejaba dormir y siempre estaba enfermo, con la niña se resarcieron de todos aquellos desvelos.

Cuando era pequeña, se pasaba el día durmiendo, comía lo que le ponían en el plato sin rechistar, y era capaz de estarse quieta jugando con una muñeca durante horas sin que los padres se enteraran de que la niña estaba por allí.

Como Charo siempre decía, ella no había tenido hermanos, pues sus padres habían tenido dos hijos únicos. Y no le faltaba razón, pues ella con su hermano apenas confraternizó. Y no solo por la diferencia de edad. Eran personas totalmente distintas, y solo cuando fueron mayores consiguieron sintonizar algo el uno con el otro.

Laly siempre tuvo mucha amistad con la madre de Chus, que vivía en el tercer piso. A pesar de pertenecer a clases sociales diferentes, las dos mujeres se llevaban muy bien, y, por ende, las hijas también lo hicieron. Al menos cuando eran pequeñas, pues luego de mayores las cosas cambiaron.

Así las cosas, Charo y Chus fueron al mismo colegio. Un colegio de monjas que estaba relativamente lejos de su casa, en la calle Hermanos García Noblejas. Laly hubiera deseado llevar a su hija a un sitio más cercano, donde se pudiera ir caminando, pero su amiga le convenció para que la llevara allí: «total, mi marido tiene que llevar a Chus en el coche todos los días, pues le pilla al lado del trabajo, y luego por las tardes las recoge de vuelta».

Siendo de la misma edad, de pequeñas eran muy amigas, y siempre iban juntas a todas partes. Pero luego, en la pubertad, Chus se comenzó a distanciar de su amiga y vecina, y a veces ni siquiera la esperaba cuando volvían del colegio. Un colegio que también era instituto, y cuyo trayecto de ida y vuelta hacían en el autobús 48, pues el padre de Chus cambió de trabajo y ya no les podía llevar.

Y es que, como se solía decir, de los colegios de monjas solo pueden salir dos tipos de mujeres: o muy casquivanas, o muy recatadas. Chus era de las primeras, y Charo de las segundas.

Porque María Jesús era una chica muy atractiva: rubia, esbelta, buena figura, provocadora… Solía flirtear con los chicos del colegio de los Salesianos que estaba enfrente, con los que se iba con otras amigas a la salida del instituto. Chicos con los que hacía todo tipo de «cosas» que a Charo no le contaba. Por eso esta se venía sola en el 48 la mayoría de las veces.

Desde luego, a Charo le hubiera gustado ir con su amiga, pero ella no se lo ofrecía. No se lo ofrecía porque temía espantar a los chicos si se presentaba con aquella muchacha timorata y poco agraciada, que a buen seguro podría incluso hacer de «carabina», y contarle a su madre todo lo que hacían y se decían.

De esa manera se fue apagando poco a poco su relación, hasta que quedó reducida a la de unas meras vecinas que se saludaban y se sonreían cuando se veían por la escalera, y poco más.

Pero a pesar de todo, Chus seguía utilizándola cuando le convenía, y muchas veces bajaba a la portería para sacarla de casa y obligarle a acompañarla cuando sus otras amigas le daban plantón.

Así fue como una vez, cuando ya tenían ambas diecinueve años, tuvo Charo su primera «experiencia sexual», si es que se puede llamar así lo que le pasó.

—Chari, porfa, tienes que venirte conmigo esta noche. Miriam y yo hemos quedado con un par de chicos, y al final ella no va a venir. No puedes dejarme sola con los dos.

—¿Esta noche? ¿No puedes aplazar la cita hasta que pueda ella? —respondió, nerviosa, totalmente ruborizada. Le había pillado a la hora de comer, y casi se atraganta por lo que acababa de oír.

—No, tía, no puedo. Ya hemos quedado y ellos no se van a pasar por su casa para recibir ningún aviso. Están en la «Uni», y se van a ir directos desde la clase de la tarde.

—Pero… y… ¿dónde es la cita?

—Pues en la *Uni*, ¡te lo estoy diciendo! En la puerta de la Facultad de Derecho. Te vendré a recoger a las ocho… ¡No me hagas esperar! —replicó, sin esperar respuesta alguna, y se marchó deprisa.

A pesar de haberse distanciado, sobre todo en los últimos años del instituto, Charo había seguido recibiendo el influjo de su amiga. Indecisa como era por naturaleza, terminó eligiendo la carrera de Derecho, igual que hizo la otra. Solo que ella iba por las mañanas, y Chus se vio relegada al horario de tarde, al haber aprobado la Selectividad en septiembre.

Desde luego su amiga no era una buena alumna, y su afición por los chicos le estaba llevando demasiado lejos. El hecho de que le fuera a recoger a ella por la tarde, para volver a la misma Facultad donde se suponía que tenía que estar estudiando, era una prueba de que esa tarde iba a hacer novillos, y que vendría de cualquier otro sitio que ella no quiso preguntar.

Así las cosas, Charo, que jamás había salido con nadie, se pasó toda la tarde temblando sin saber lo que le podía esperar en una cita a solas con dos chicos, y con semejante compañera.

Era el mes de marzo, y esa tarde hacía frío. Aún no habían cambiado al horario de verano, y a las ocho ya sería noche cerrada. Tampoco importaría demasiado ponerse una u otra cosa, pues de noche no se la vería muy bien. «Mejor así», pensó. Eso le hizo decantarse por ponerse una falda larga y oscura, y una chaqueta de paño sobre un jersey con franjas rosas y azules, de las que se llevaban en esa época, en los años ochenta. Completó su atuendo con unos zapatos negros de tacón bajo, similares a los que llevaban cuando iban al colegio de monjas. Mala elección, pues en cuanto Chus bajó a la portería para recogerla y la vio de esa guisa, le echó una buena bronca:

—De verdad, Chari… parece mentira que seas una mujer. Esto que te has puesto… Es lo que me hubiera aconsejado mi abuela. ¿Es que no te has mirado al espejo?

—Pero… ¿por qué? ¿No te gusta esta falda?

—La falda puede pasar, pero el abrigo… y ese jersey… y además vas sin maquillar —dijo, quien se había pintado más que una puerta.

—Es que no sabía sí…

—¿Es que no ves lo gorda que te hace esa chaqueta, Charo? Una mujer de tu talla tendría que disimular estas cosas, ¿no te parece? El jersey con franjas horizontales sobra, y una chaqueta clara, sobra más todavía.

—Pero…

—Alguna vez te he visto con una cazadora vaquera. ¿Por qué no te la pones?

—Esa… hace tiempo que no me la pongo… Se me ha quedado pequeña.

—Claro, te pasas el día en casa, zampando bollos…. ¿y la negra? ¿No tenías una *chupa* negra, como de cuero?

—Sí, es de imitación, pero es que es muy fina… Voy a pasar frío…

—Ya estás volviendo a tu casa y te pones esa *chupa*. Y el jersey, fuera. Te pones una camisa, o lo que sea, o mejor no te pones nada. Pero no quiero ver más ese jersey. ¿Estamos?

—Vale, Chus, ahora mismo voy. ¿Me esperas aquí?

—Sí, te espero aquí, en el portal. Pero date prisa, que no quiero llegar tarde.

La muchacha bajó las escaleras que conducían a la vivienda del portero y allí procedió a cambiarse de ropa como le habían indicado. Se puso una blusa y la *chupa* sugerida, y salió deprisa. Cuando llegó, su compañera le volvió a «pasar revista», y le dijo:

—Así está mejor. Y respecto al maquillaje, ¿tienes algo en el bolso?

—No llevo nada. Solo tengo algunos pañuelos, la documentación, las llaves… ¿quieres que vuelva?

—No, déjalo. En el metro te pintaré yo con los míos.

Chus agarró de la mano a Charo, y se marcharon rápido, tirando de ella para que se apresurara en llegar al metro. Llegaron a la intersección con la calle Francisco Silvela, y desde allí

caminaron hacia Diego de León, hasta llegar a la boca del metro de la línea seis, la que les llevaría a la Ciudad Universitaria. Ya en el metro, la rubia se suavizó un poco y se disculpó:

—Oye, Chari, perdóname por lo de antes. Creo que me pasé un poco, tratándote de esa manera.

Su amiga no respondió de inmediato, y la otra siguió:

—¿Estaban tus padres en la portería? ¿Te dijeron algo al volver?

—No, Chus, mi padre estaba en el quinto, creo que solucionando una fuga de agua. Y mi madre está limpiando la casa del coronel.

—¡Ah! Menos mal… Me hubiera sentido muy incómoda si me hubieran oído…

—Pues, no te preocupes, que no lo han hecho.

—Oye, y, eso que hacen tus padres… se lo pagan aparte, ¿verdad? ¿O, entra en el sueldo?

—No, se lo pagan aparte. Con eso ganamos un sobresueldo. Él solo está para los asuntos de la portería, para limpiar el portal y la escalera, controlar a la gente que entra y sale… todo eso. Lo que les piden que hagan dentro de las casas no forma parte de su trabajo.

—Mira, vamos a sentarnos en esos dos sitios que se acaban de vaciar. A ver si puedo hacer algo con tu cara…

Charo no protestó, y se dejó que la otra le pintarrajeara el rostro, lo cual estuvo haciendo durante un buen rato. Cuando terminó, le mostró un espejo y le dijo:

—Mírate. No me negarás que ahora estás mejor…

—Sí, puede ser.

—¿Puede ser? ¿Sólo puede ser? Una mujer que no se pinta es como una lesbiana, Chari. No puedes salir con un chico si no te has pintado. ¿Te enteras?

—Supongo que tienes razón —respondió, resignada—. Tú sabes mucho más de chicos que yo.

—Otra cosa. ¿No puedes quitarte esas dichosas gafas? A ver… déjame que te vea otra vez sin ellas… —dijo, mientras se las quitaba—. Sí, desde luego que estás mucho mejor. Toma. Guárdatelas en el bolso. Ya te las pondrás cuando volvamos.

—No puedo, Chus. Si me las quito no veo ni torta.

—Pero, ¿por qué? ¡Vas conmigo! No te vas a perder en ninguna parte…

—Es que sin ellas no podría ni subir las escaleras del metro. Me las tengo que poner, me temo.

—¡Joder, Charo! ¡Qué difícil lo pones todo! —exclamó, contrariada. Luego dijo, tras pensar un momento:

—Hemos quedado en la puerta de la Facultad, y ellos vendrán en un coche. Por lo menos que te vean sin ellas cuando lleguen. Después nos montaremos con ellos, y luego si salimos, ya te las pones. Pero que al menos la primera impresión, o mientras estemos en el coche pues que no te las vean. ¿Te parece?

—Me parece bien. Pero, dime una cosa. ¿A dónde vamos a ir?

—No tengo ni idea. Probablemente tomaremos algo en algún sitio y luego iremos al descampado.

—¿Al descampado?

—Sí, Charo, al descampado —dijo, algo irritada.

Ella no era tonta, y sabía lo que era ir «al descampado». Se trataba sin duda de algún lugar en el extrarradio, quizás en la Casa de Campo, donde aparcaban los novios para hacer «sus cosas». Entonces, se comenzó a poner muy, muy nerviosa.

Capítulo 18

Cuando llegaron a la puerta de la Facultad, aquel Seat 124 ya estaba aparcado a unos metros de la misma, y tenía el motor en marcha. Las dos chicas no se habían retrasado demasiado, pero los chicos se creían que les habían dado plantón y estaban arrancando para irse.

—¡Eh! ¡Robert! ¡Robert! ¡Aquí! —gritó Chus.

El coche había avanzado ya unos metros cuando sus ocupantes se dieron cuenta, y entonces pararon.

—Venga, ¡quítate las gafas! ¡Ahora!

Charo obedeció presta, e introdujo sus lentes en el bolso; pero su compañera le obligó a correr para alcanzar al coche.

No veía nada del suelo que pisaba, y estuvo corriendo detrás del bulto oscuro coronado de amarillo que era su amiga, prácticamente a tientas. Afortunadamente, no se tropezó con nada, pero de haber habido cualquier cosa, como por ejemplo un bordillo, se hubiera caído de bruces.

Llegaron jadeantes al coche, y el copiloto subió uno de los pivotes que aseguraban las puertas de atrás para que las dos chicas pudieran entrar.

—¡Ya pensábamos que no veníais! ¿Dónde os habíais metido? Y…, por cierto, ¿quién es esta? —dijo Robert, una vez que entraron, refiriéndose a Charo.

—Perdona, el metro tardó en llegar… Y «esta», es una amiga. Se llama Charo.

—¿Dónde está Miriam? —preguntó el otro.

—Miriam no ha podido venir —respondió Chus, con cara seria, mirando al otro chico—. Ha venido Charo en su lugar. ¿Te molesta? —preguntó, desafiante.

Su interlocutor, que era el copiloto, no dijo nada y simplemente se giró para mirar al frente.

—Bueno, Charo —comenzó a decir Robert—. Vas a pensar que mi amigo es un maleducado, y probablemente no te faltará razón. Se llama Fernando, y yo soy Roberto —dijo, intentando salir del asiento para darle dos besos. Ella se levantó como pudo del suyo, y ambos se besaron con el saludo acostumbrado. Fernando simplemente dijo «hola», volviéndose ligeramente, sin dignarse a darle a Charo los dos besos de rigor.

—Bueno, malandrín, ¿a mí no me besas? —preguntó Chus.

—¡Claro, mi vida! ¡Vengan esas mejillas! —exclamó Robert, para a continuación levantarse y besarla en los labios. Tras hacerlo, dijo:

—Y ahora ¿qué? ¿Dónde queréis que vayamos? ¿Vamos al Chapandaz?

—¡Chupi! ¡Al Chapandaz! ¡Sí! —gritó Chus, y tras lo cual Robert terminó de arrancar y se dirigieron al famoso local de Moncloa, a dos escasos kilómetros de donde estaban.

El Chapandaz era un famosísimo garito muy querido por los universitarios, que servía la particular «leche de pantera», y que era un brebaje a base de canela, azúcar, ginebra, ron,

menta, leche y algún que otro ingrediente «secreto» que sus propietarios se negaban a revelar. Eran famosos los «colocones» que la gente se pillaba en aquel sitio, pues semejante mezcla entraba muy bien, y cuando uno se quería dar cuenta estaba más que borracho.

Cuando llegaron, el bar estaba atestado, como siempre, a pesar de ser un día de diario. La música estaba a todo volumen, y Robert se acercó como pudo a la barra y pidió un «mini» de leche de pantera. El «mini» no era sino un gran vaso de cristal de más de un litro de capacidad que estaba lleno de la famosa pócima, con unos cuantos hielos que flotaban sobre la misma.

Como el local estaba hasta arriba de gente, se tuvieron que quedar de pie entre el gentío, apretujados por la multitud que no paraba de ir de acá para allá, saliendo y entrando del garito.

Gracias a esa proximidad pudo ver Charo a sus interlocutores. Robert era bien parecido: un chico alto, medio rubio, con el pelo engominado y una *chupa* de cuero con tachuelas plateadas. Fernando era algo más bajo, muy delgado, y llevaba otra *chupa* de cuero, pero de color marrón. En algún momento en que se aproximaron más, pudo ver de cerca su cara, y la descubrió llena de hoyuelos. Probablemente por acné o por alguna varicela intensa que debió sufrir años atrás.

Mientras bebían la leche de pantera, todos del mismo vaso, Robert y Chus se gritaban algo al oído. Fernando encendió un cigarrillo y les ofreció a los otros tres, quienes aceptaron el ofrecimiento; todos excepto Charo que lo rehusó.

—¿No quieres uno?

—¡No fumo! —gritó Charo, intentándose hacerse oír entre el ruido atronador, mientras su interlocutor puso una mirada de extrañeza, para a continuación encogerse de hombros.

Permanecieron así hasta que agotaron el vaso, y Robert fue hacia la barra a pedir otro brebaje, esta vez de «Vaca Molly». Esta era una pócima similar a la anterior, aunque en lugar de menta llevaba batido de fresa. Eso le confería un color rosa que difería del color verde de la anterior.

Por fin, uno de los bancos de madera que había al fondo se quedó libre, y Chus corrió para acapararlo, arrastrando a sus tres compañeros detrás de ella.

Tras sentarse, Robert comenzó a besarse con Chus, e interpusieron sus cazadoras de forma que no se les vieran dónde tenían las manos. Fernando y Charo permanecían en silencio, casi sin mirarse, en unos minutos que a esta le parecieron horas.

Tremendamente incómoda, en una de las ocasiones en las que este le miró se atrevió a decir, para romper el hielo:

—¡Oye, Fernando! —gritó.

—¿Qué?

—¡De qué os conocéis! —preguntó.

—¿Qué? —respondió, intentando hacerse oír.

—Que, ¡de qué os conocéis!

Incapaz de entender ni una palabra, la agarró de la mano y salieron a la calle, llevándose el gran vaso de «Vaca Molly» consigo. Total, los otros dos no lo iban a echar en falta.

—No se puede hablar ahí dentro, tía.

—Ya, es ensordecedor el ruido que hay…

—Me pitan los oídos, Chus.

—No soy Chus, soy Charo.

—Eso, recordaba que empezaba por «ché», pero no me acordaba.

—Te preguntaba si conoces a Chus y a Robert desde hace mucho.

—A Robert le conozco de la Facultad. A Chus y a Miriam les conocimos ayer. Oye, ¿sabes por qué no ha podido venir Miriam?

—No tengo ni idea. Casi no la conozco.

—¿Ah no?

—No. Sé qué es amiga de Chus, pero nada más.

Entonces se sentaron sobre el capó de un coche que estaba aparcado enfrente, y dejaron de hablar. Fernando se concentró en el vaso que llevaba sin apenas ofrecerle a Charo, mientras fumaba un cigarrillo detrás de otro. Después de un buen rato, salieron Robert y Chus:

—¡Oye! ¡Os habéis llevado el vaso!

—Venga, Robert, que no lo habéis echado en falta —dijo Fernando, con resquemor, como con envidia—. Si quieres compramos otro.

—No. Vámonos al descampado —respondió—. Si lo dejamos para más tarde, nos vamos a quedar sin sitio.

Capítulo 19

—¡Ya te vale, tía! ¡Ya te vale…! ¡Joder! —gritó Chus, llena de rabia, con los ojos que se le salían de las órbitas. El Seat 124 acababa de arrancar y sus dos ocupantes originales habían dejado a las dos chicas en el parque del Oeste, justo en la parada de los taxis.

—Perdóname… —musitó Charo, mirando hacia el suelo, y con las gafas puestas.

—Mira que lo dudé, tía, ¡mira que lo dudé! —dijo, mirando hacia otro lado, como si estuviera hablando con otra persona, a pesar de que allí solo estaban las dos.

—Me dije, —siguió—, no creo que me arme ninguna escenita. Yo creo que se comportará. Además, le estoy haciendo un favor. Esta tía no ha salido con un tío en su puñetera vida, y así se estrenará. Pero nada. ¡Has tenido que fastidiarlo todo! —exclamó, ahora mirándola a los ojos. —Tía, ¡es que eres tonta! ¡Tonta del culo! ¡Joder!

Todo había ocurrido al llegar al descampado. Durante el trayecto, que no duró más de cinco o diez minutos desde donde estaban, Chus se puso delante con Robert, y Charo se quedó con Fernando en el asiento de atrás.

El alcohol estaba comenzando a hacerle efecto al chico, y poco antes de aparcar en un coqueto sitio apartado de las farolas, él ya le había pasado el brazo sobre sus hombros, y había comenzado a acariciarle a Charo las mejillas con la otra mano. En el momento en que el vehículo se paró, ya estaban comenzando a darse besos con lengua, algo a lo que la chica no se negó.

Robert también se estaba comenzando a «dar el lote» con Chus, y así permanecieron las dos parejas durante unos minutos hasta que el novio de la rubia dijo:

—Fernando, ¿has traído los *globos*?

El susodicho introdujo su mano derecha en el bolsillo trasero de su pantalón, extrajo del mismo un preservativo, y se lo dio a su compañero sin dejar de besar a Charo.

En ese momento, los besos pasaron a las manos, y Fernando comenzó a acariciar los pechos de su chica. Primero sobre la blusa, que luego desabrochó, y después sobre el propio sujetador que comenzó también a desabrochar mientras le pasaba la otra mano debajo de la falda, por los muslos, intentando bajarle las medias.

Charo estaba como en una nube, sin saber ni conocer muy bien lo que le estaba ocurriendo, mientras su corazón le latía a ciento sesenta pulsaciones por minuto.

—Fernando, déjame.

Pero Fernando no oía nada, y continuaba con su labor de desabrochar aquello, que no se le estaba dando nada bien.

—Fernando, por favor…

En ese momento por fin desabrochó la prenda, y con su otra mano comenzó a tocar el pubis de la chica.

—¡Fernando, déjame! —gritó—. ¡Suéltame!

—Pero… ¿qué te ocurre? ¿Eh, tía? —preguntó, mientras los dos que estaban en el asiento de delante dejaban lo que iban a hacer y los miraban.

Pero Charo no contestó. Simplemente se subió las medias y comenzó a abrocharse el sujetador, mientras miraba hacia abajo con la cara seria.

Entonces Fernando soltó una patada con rabia contra el asiento de delante, en el que estaba Robert, y tras lo cual gritó:

—¡Eres una estrecha! ¿Me oyes? ¡Una estrecha! ¿A qué te crees que hemos venido aquí? ¿Eh? ¡Gorda de mierda…!

—Oye, tú, con mi amiga no te metas, ¿me oyes? ¿Eh? ¿Me has oído, gilipollas? —le amenazó Chus.

—Vámonos Robert —musitó el otro.

—¿Cómo? ¿Que nos vayamos? ¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Pero… si todavía no…

—¡Arranca Robert!

El aludido dudó por unos instantes, y luego dijo:

—Pero… y… con estas, ¿qué hacemos?

—¡Arranca de una puta vez!

Su amigo se subió los pantalones que estaban a medio quitar, se los abrochó, y procedió reticente a hacer lo que le ordenaban. Mientras, en el interior del vehículo no se escuchó ni una sola palabra más, hasta que las dos chicas fueron invitadas a salir al llegar a la parada de los taxis del Paseo de Moret.

Y ahora allí, mientras esperaban a que llegara algún vehículo que les llevara a sus casas, su amiga no daba crédito a lo que había pasado.

—¡Joder, tía! ¿De qué tenías miedo? ¿Eh? ¿De que te quedaras embarazada? Joder, ¡que usan preservativo! ¿Qué pensabas? ¿Qué lo iban a hacer *a pelo*?

Pero Charo no decía nada. Permanecía allí, como una estatua, mirando al suelo, mientras su media melena alborotada le cubría parcialmente la cara. Los brazos le caían lacios sobre los costados, hasta que un viento helador le obligó a cruzarlos sobre su pecho. Estaba a punto de romperse por dentro, cuando una luz verde se atisbó por el horizonte. El taxi acaba de llegar, y Chus le indicó la dirección de la calle Martínez Izquierdo.

No hablaron nada en todo el trayecto, hasta llegar a su casa, cuando el taxista dijo:

—Son quinientas cincuenta, señoritas.

—¿Tú tienes dinero? —preguntó Chus a la estatua de sal que era su acompañante. Charo estaba reclinada sobre el asiento de atrás, mirando hacia el infinito, sin enterarse de nada.

—¡Charo!

—¿Eh?

—¡Que si tienes dinero! Yo pensaba que estos nos iban a traer, y no he traído nada. ¿Tú tienes algo?

Pero la otra le miraba como si Chus fuera transparente, como mirando hacia algún punto que estuviera detrás de ella.

—Si no tienes, llamo a mis padres. Te quedas aquí un momento mientras subo y le pagamos a este señor.

—Tengo. Creo que tengo, sí. ¿Cuánto es? —dijo, reaccionando.

—Son quinientas cincuenta, señorita —repitió el taxista.

La muchacha sacó tres billetes de cien pesetas, luego dos monedas de cincuenta pesetas, luego comenzó a buscar en el monedero hasta que encontró cuatro monedas de veinticinco pesetas, y entonces comenzó a contar los duros y las pesetas que tenía sueltos, hasta que por fin llegaron a las cincuenta que faltaban. Se las entregó al taxista y este contó el dinero. Después se dirigió a Charo, diciendo:

—Tenga, señorita. Me ha entregado doscientas pesetas de más.

—Muchas gracias —dijo, sin mirar al hombre, guardándose los dos billetes que le entregaba. A continuación, las dos chicas salieron del vehículo, sin decirse ni palabra. La morena bajó por la escalera a la vivienda de la portería, mientras la rubia pulsaba el botón de llamada del ascensor para dirigirse hacia la tercera planta de aquel edificio.

Al llegar, su madre le estaba esperando con los brazos en jarra:

—¿De dónde vienes tan tarde, hija? —preguntó, al verla llegar.

—He dejado una nota sobre la mesa de la cocina. ¿Es que no la has visto?

Al decir eso, Charo dejó mostrar su cara, pues hasta entonces el pelo lo cubría. Entonces Laly vio el maquillaje, algo inusual en ella, y que además estaba totalmente estropeado después del «lote» que se había dado con el chico.

—¿Qué te ha pasado? —se intrigó, además, al ver la expresión tan triste.

—Nada. ¿Has visto la nota o no la has visto?

—He visto que salías con Chus. ¿A dónde habéis ido? ¿Con quién habéis estado?

—Déjame, mamá. Me voy a la cama.

—Pero… ¿has cenado?

—Déjame, por favor. Estoy muy cansada y mañana tengo clase.

—Está bien. Ya me contarás, mañana —dijo resignada. Jamás había visto a su hija de esa manera, y se acostó preocupada.

Sin embargo, al día siguiente no consiguió sacarle nada de lo que le había pasado, por mucho que insistió.

Capítulo 20

Aquel suceso marcó la existencia de Charo durante mucho tiempo. Sobre todo, por lo que ocurrió después.

La relación con Chus se enfrió del todo, y no volvieron a dirigirse la palabra en mucho tiempo. Pero como eran vecinas, de vez en cuando se encontraban por la escalera, o al salir o entrar del portal. Cuando se veían, no se decían otra cosa que un escueto «Hola, Chus» que la otra contestaba con un débil «hola», sin más.

El curso universitario de la hija del portero sufrió un descalabro de importancia. Se había equivocado en elegir la carrera de Derecho, y ya el primer cuatrimestre había suspendido algunas asignaturas. Pero en el segundo, las suspendió todas.

No era capaz de concentrarse en el estudio, y cuando iba a clase temía encontrarse con Robert o con Fernando en cualquier esquina.

Tenía pesadillas constantes con aquel chico, y soñaba una y otra vez con lo que había pasado. Soñaba que la tocaba, que la pegaba, que la escupía, que la insultaba… cosas absurdas que no habían ocurrido, pero ella llegó a pensar que sí habían pasado, de tantas veces como las imaginó. Y por supuesto, soñaba a menudo con que había hecho el amor con ella, y se despertaba envuelta en sudores y palpando el colchón, como si quisiera cerciorarse de que era su cama y no el asiento de atrás de un Seat 124. Soñaba una y otra vez con eso; soñaba que se había quedado embarazada y que sus padres le echaban de casa. Soñaba cosas tan absurdas como que Chus también se había quedado embarazada de Robert, y las dos se iba a vivir a una chabola para cuidar a sus bebés sin que sus padres lo supieran.

Llegó un momento, ya a finales de junio, en que ya no aguantaba más y se fue a hablar con Chus. Necesitaba saber más sobre aquellos dos, y necesitaba saber si ella había seguido saliendo con Robert. Necesitaba conocer qué había sido de Fernando, y qué era lo que opinaba de ella. Necesitaba saber, y la llamó por teléfono, pues le daba vergüenza subir a su casa. Pero el teléfono no contestaba. Intentó llamar a otras horas, pero nada. Por fin habló con su padre, en una de las ocasiones en que este se pasó por el piso. Él tendría que saber dónde estaban.

—Están en la sierra, Charo. Nos hemos ido al chalet, como todos los veranos.

—¿Tan pronto? Estamos todavía en junio…

—Bueno, ya habéis terminado las clases, ¿no es así?

—Sí, claro, el viernes pasado.

—Pues eso. ¿De qué te extrañas? Todos los veranos hacemos lo mismo…

Charo había olvidado incluso las fechas en las que estaban. Como no había estudiado nada, había perdido la noción del tiempo. Algo impensable sólo un año antes, cuando por las mismas fechas estaba atacada haciendo la temida Selectividad, es decir, la prueba de acceso a la Universidad.

—¿Me podría dar el teléfono de su casa allí? Necesito hablar con ella de una cosa.

El padre le facilitó el número, y al día siguiente la llamó a una hora a la que ella pensaba que tendría que estar en casa.

—¿Dígame? —se puso la madre.

—Hola, soy Charo, la hija del portero. Necesitaría hablar con Chus.

—Hola, Charo, Chusita está en la piscina. ¿Ocurre algo?

—No… nada, no ocurre nada. Sólo quisiera hablar con ella, de una cosa.

—Pues si quieres le digo que salga del agua. ¿Te corre prisa?

—No, no me corre prisa. Dígale simplemente que me llame, cuando pueda.

—De acuerdo, Charo. No te preocupes, que así lo haré.

Pero la mujer se olvidó, y no fue hasta la hora de comer cuando lo recordó:

—Chusi, se me olvidó decirte que te ha llamado Charo, la hija del portero.

—¿Aquí? ¿Me ha llamado aquí?

—Sí, claro, ¿dónde iba a ser?

—Ya, es que no me suele llamar, ni aquí ni a ninguna parte. Como nos vemos por la escalera… ¿Te ha dicho lo que quería?

—Me ha dicho que le llames, cuando puedas. Supongo que será algo de la universidad. Quizás necesite que le ayudes con algo.

—¿Qué le ayude yo? ¿A qué?

—Pues con los estudios, Chus. Ella va fatal en la carrera, y quizás necesite que le eches una mano.

—Pues yo no voy mucho mejor, mamá. También me han quedado dos asignaturas para septiembre.

—Ya, pero es que ella las ha suspendido todas.

—¿Cómo?

—¿No lo sabías?

—No. ¿Las ha suspendido todas?

—Sí eso me dijo su madre. Desde hace unos meses ha dado un bajón terrible, y está preocupada. Ella piensa que debe estar saliendo con algún chico, pues si no, no se lo explica. ¿Tú sabes algo?

Chus no daba crédito a lo que estaba oyendo. Charo siempre había sido mejor estudiante que ella. Y encima eso de que estaba saliendo con alguien… no le cuadraba para nada.

—Yo no sé nada, mamá. Ella y yo ya casi no nos tratamos.

—Una pena, Chusi, con lo buenas amigas que erais…

—Ya. Luego la llamaré. Cuando terminemos de comer.

Capítulo 21

Fue más que nada por curiosidad, la razón por la que la llamó. Pero no fue después de comer. No sentía rencor hacia Charo, pero seguía de alguna manera enfadada con ella.

A última hora de la tarde llamó a la portería y las dos amigas contactaron de nuevo.

—Hola Charo, me dijo mi madre que me habías llamado.

—Hola Chus. Sí, necesito hablar contigo de lo que pasó en marzo.

Su interlocutora supo enseguida a qué se refería, y contestó:

—De eso no podemos hablar por teléfono —dijo, en bajito.

—Por supuesto. Ni tú ni yo podemos. Tenemos que vernos. No puedo esperar a que vuelvas en septiembre.

Chus dejó escapar un suspiro a través de la línea telefónica y le dijo:

—De acuerdo. Mi padre baja todos los días a Madrid a trabajar. Si te parece, mañana nos vemos y luego me vuelvo con él. O bien vienes tú por aquí. Lo que prefieras.

Charo pensó cuál de las dos opciones era la mejor y prefirió la segunda. No era la primera vez que «su amiga» le daba plantón. Ya había sufrido muchos desplantes por su parte y prefirió no arriesgarse.

—Si te parece, puedo ir yo mañana a vuestra casa.

Chus tardó en contestar, pero finalmente lo hizo:

—Está bien. Le diré a mi madre que vienes a comer.

—No tengo ni idea de los horarios de los trenes. ¿Siguen siendo los de antes?

—Creo que ahora hay más frecuencias. Puedes llamar a RENFE y que te lo digan.

—Gracias. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Charo.

Capítulo 22

Efectivamente, habían puesto más frecuencias y ahora los trenes salían cada hora. Salían de Atocha a las horas en punto, y llegaban a Chamartín quince minutos después.

Desde allí, en una hora se plantaban en Mataespesa, la estación que estaba al lado de la urbanización de chalets en la que pasaba los veranos la familia Giráldez.

Como no sabía ese dato, había madrugado algo para no llegar pasada la hora de comer, pues no sabía si quizás, después del tren matutino, no había otro tren hasta la tarde.

Así que llegó allí muy pronto, bastante antes del mediodía. Se bajó en la estación, que seguía igual que cuando ella había estado allí, casi diez años atrás.

«Eran los buenos tiempos», pensó. Los tiempos de la niñez, los tiempos en los que ella y Chus eran amigas de verdad. Sus padres la llevaban al chalet de Mataespesa y la dejaban allí prácticamente todo el mes de julio junto a su inseparable amiga, para sacarla sólo cuando llegaba agosto, el mes en que se tomaban las vacaciones en la portería. Entonces la familia Rodríguez se marchaba al pueblo de Extremadura donde tenían sus orígenes, para estar con sus familiares cercanos.

Recordaba de memoria el camino que llevaba desde la estación al chalet, y lo recorrió despacio, casi saboreando cada uno de los metros que conducían allí.

Al llegar a la puerta, se detuvo a mirar hacia el interior, y recordó con añoranza aquellos momentos. Momentos que ya habían pasado y que nunca volverían.

A los pocos segundos salió a recibirla Poly, un gran mastín gruñón que guardaba el chalet, y que solía espantar a todos los que pasaban siquiera cerca. Pero el bicho se debía acordar de ella, pues la miraba con ojos lastimeros mientras movía la cola de izquierda a derecha sin emitir ningún ladrido.

Empujó la puerta que estaba abierta, y comenzó a acariciar al perro, como si fueran aquellos entrañables momentos de finales de los años setenta y principios de los ochenta. En ese momento fue cuando la madre de Chus, que también se llamaba María Jesús, apercibió su presencia.

—¡Chari, hija! ¡Qué pronto has venido!

—Hola, Chusa, sí, ahora los trenes pasan cada hora y ya ves, en un momento me he plantado aquí.

—Pero… ¡oye! ¡Si estás como una sílfide! Al final va a ser verdad eso que dice tu madre de que tienes novio… ¡Te estás poniendo atractiva para él! ¡Eh, pillina!

Charo contestó con una especie de mueca que quiso parecer una sonrisa pero que no lo era, y su madre la condujo a través del jardín hacia la parte de atrás, donde ya se oían un montón de ruidos procedentes de la piscina.

Efectivamente, allí se estaban dando un buen chapuzón los hermanos de Chus, mientras ella leía una revista en bikini en una de las tumbonas que estaban bajo las sombrillas de paja que se disponían por el jardín.

Al verla aparecer con su madre, dejó la revista en el suelo y se levantó para recibirlas.

—Bueno, chicas, os dejo, que tengo que seguir con la comida.

—Hasta luego, Chusa —dijo Charo, y miró cómo la mujer se introducía por una de las puertas de la veranda, hacia el interior de la casa. Cuando ya lo había hecho, miró hacia su amiga, y entonces ella le dijo:

—Estás irreconocible, Charo, ¿cuántos kilos has perdido?

—No lo sé. Quince o veinte quizás. Pero la última vez que nos vimos en el portal ya estaba de forma parecida. No te debiste de dar cuenta…

—Pues no, no me fijé —dijo, de forma seria, para luego intentar suavizarlo con una sonrisa mientras le agarraba la mano: —no soportaste que te llamaran «gorda de mierda» ¡eh!

—Bueno, sí, más o menos —respondió de forma escueta.

—Oye, ¿has traído bañador?

—No.

—Es igual, yo creo que ahora te podría valer alguno de los míos. Vente conmigo a mi habitación y elige tú misma.

Subió con ella por las escaleras que conducían a la planta de arriba y entraron en el cuarto de Chus. Estaba parecido a como lo recordaba, solo que ahora no colgaban de las paredes los posters de Los Pecos ni los de Starsky y Hutch que tanto gustaban a las niñas de aquella época. La chica se puso a revolver el armario, y finalmente sacó varios bañadores y algunos bikinis que dispuso sobre la cama para que su amiga eligiera:

—Escoge el que quieras. Te lo puedes quedar, si te gusta. Yo creo que todos estos te podrían valer.

—La verdad es que me da igual… Oye, Chus, tenemos que hablar.

—Ahora no. Mi madre anda por aquí y mis hermanos pueden entrar en cualquier momento. Limítate a elegir un bañador, te lo pones y luego bajas. Te espero en la piscina —ordenó, y se marchó escaleras abajo.

Charo miró el conjunto de prendas con desdén, y eligió uno de los bañadores al azar, el primero que le sacaron. Después cerró la puerta de la habitación y se dispuso a ponérselo.

La muchacha no tardó en bajar. Chus había vuelto a la tumbona con la revista y levantó los ojos para verla salir por la puerta de la veranda. Entonces contempló el cuerpo de su amiga.

Charo siempre había sido gordita y algo mofletuda, pero ahora ya no lo era. Su metro setenta de estatura no le hacía ser una chica baja precisamente para los estándares de la época. Aquel bañador negro que había elegido le sentaba divinamente, realzando una figura que ahora mostraba sus curvas de mujer bien a las claras. Los mofletes habían desaparecido, y sus pechos seguían siendo grandes a pesar de los kilos perdidos. Muchos chicos que Chus conocía le hubieran «tirado los tejos» sin dudarlo. Chicos que antes ni la miraban, precisamente. Solo aquellas horribles gafas estropeaban de alguna manera a esa mujer.

—Anda ven, vamos a darnos un buen chapuzón. ¡Hoy hace un calor de muerte! —le dijo Chus, agarrándola de la mano.

—¡Espera! Me tengo que quitar las gafas...

—Es verdad, ¡las dichosas gafas!

—¡Dímelo a mí! —respondió, comenzando a sentirse de muy buen humor.

Chus acompañó a Charo hacia su tumbona, dejaron allí las lentes, y la agarró de la mano para arrojarse a continuación las dos juntas al agua.

Allí disfrutaron como cuando eran niñas, y jugaron al balón junto a sus hermanos, que estaban encantados con la compañía. Jugaron, nadaron, se hicieron aguadillas, parecían las dos amigas que siempre habían sido.

Por fin llegó la hora de comer y Chusa las tuvo que sacar del agua casi a la fuerza. Las dos amigas se secaron con una toalla compartida, y luego se fueron a su habitación para quitarse el bañador y ponerse ropa seca.

Chus nunca había sido pudorosa y se desvistió delante de Charo sin ni siquiera volverse, cosa que sí hizo ella. Pero no pudo evitar que su amiga le viera los pechos durante un instante. Y por primera vez en su vida, Chus sintió envidia de Charo, algo que siempre había sido al revés. Efectivamente, la muchacha estaba espléndida y aunque ella tampoco estaba mal dotada, sufría clara desventaja en la comparación. Solo aquella cara triste y melancólica estropeaba todo lo que intentaba decir con su figura.

Finalmente, Chus se puso unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y Charo se vistió con la ropa con la que había venido. Tras poner los bañadores para que se secaran al sol, se dispusieron a bajar, y allí les esperaba Chusa junto a sus otros hijos y un par de chavales amigos de estos que eran del vecindario.

Comieron una ensalada de pasta y algunos aperitivos: algo ligero para el calor que hacía aquella mañana de principios de julio. Los pequeños terminaron rápido de comer y se fueron a corretear por ahí mientras hacían la digestión, esperando las dos horas de rigor antes de volver al agua. Entonces las tres mujeres tuvieron la sobremesa, y recordaron los viejos tiempos, y las anécdotas que pasaron en aquellos interminables meses de julio: las peleas con el perro Poly, el cine de verano en el pueblo, las cenas en la dehesa a la luz de la luna…

Charo ayudó a recoger la mesa, y cuando lo habían hecho la madre reprendió a los chicos por no echarse la siesta, insistiendo en que no debían estar en el exterior en las horas centrales del día. Los mandó inmediatamente a la habitación de juegos, de donde no debían salir hasta las cinco de la tarde.

Entonces fue cuando Charo vio el momento propicio para abordar el asunto que le había traído allí.

Mientras los chicos estaban aguardando la hora, y su madre se quedaba en el salón viendo la novela en la televisión, las dos amigas se pusieron de nuevo los bañadores, que ya estaban secos, y bajaron a la piscina. Se colocaron en el borde, con los pies en el agua y comenzaron a charlar.

—Estás más blanca que la leche, Charo. Toma, date crema que si no te vas a quemar —dijo, acercándole la lata de la tapa azul—. Es más, creo que ya te has quemado, con el sol de esta mañana.

—Es lo que tiene el no salir nunca de casa, Chus.

—Siempre estás encerrada en ese sótano… deberías salir más.

«Sí, claro, de las veces que tú me llamas para salir, lógicamente», pensó Charo con tristeza, aunque no le dijo nada.

—Oye, Chus, respecto a lo de Robert y Fernando, ¿tú les has vuelto a ver? —estaba deseando iniciar «el tema».

—No sé nada de ellos desde aquel día —respondió la otra, rápidamente.

—Pero, ¿de qué los conoces?

—Los conocimos Miriam y yo el día anterior, en una fiesta.

Chus había dejado de ser la chica jovial de esa mañana y ahora estaba totalmente seria, como a la defensiva.

—¿En una fiesta?

—Sí. En la cantina de la facultad de Periodismo. Allí los conocimos.

—¿Estudian periodismo?

—Supongo.

—¿Sólo supones?

—Sí, supongo, Charo. Allí les encontramos y por eso lo supongo. Pero podrían ser de cualquier otra Facultad, igual que nosotras éramos de Derecho.

—¿Es que no les preguntasteis qué estudiaban?

—No —respondió de forma seca.

Las dos callaron durante unos instantes y luego Chus añadió:

—La verdad, Charo, no comprendo qué interés tienes en recordar aquello. Eso ya pasó. Salió mal, y ya está. Fin de la historia.

—Para mí no solo fue «una historia». Esa es la cuestión.

—No te entiendo. ¿Es que estás resentida con él, o conmigo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Contigo no estoy resentida, creo.

—Pues a ver, explícate, porque no estoy entendiendo nada.

Charo miró hacia un lado, jugó algo con los pies en el agua y a continuación dijo:

—Mira, Chus, desde ese día, yo no duermo por las noches. No tengo apetito alguno, y he suspendido todas las asignaturas en la Facultad.

La rubia miró la cara de la otra, que había dicho todo aquello sin apenas mirarla. La contempló durante unos instantes y no dijo nada. Ella siguió:

—Yo nunca había estado con ningún chico, ya lo sabes. Y todo aquello fue para mí muy… muy repentino.

—¿Muy repentino? Vamos a ver, Charo, que ya tienes casi veinte años, joder. Muy repentino hubiera sido si tuvieras catorce o quince. Y además, ¡si no pasó nada! De verdad, que no te entiendo —le dijo, obligándole a que se miraran a los ojos.

—Yo no esperaba que ese día… ¡ni por asomo! No esperaba que esa tarde ocurriera aquello.

—Pero que ocurriera, ¿el qué? ¿Que saliéramos con un par de chicos y que uno de ellos te besara un poco y te sobara las tetas? ¿Eso es lo que no te esperabas ni por asomo? ¡Es que es alucinante! Yo sí que no esperaba ni por asomo que el año pasado me dijeran que mi abuela se había muerto, un día que vine del instituto. No lo esperaba ni por asomo, y era una noticia bien trágica. Pero no por eso perdí veinte kilos, tía.

Las dos callaron por un buen rato, y fue Charo quien rompió el silencio:

—Yo necesito saber de Fernando, Chus. Lo necesito. Necesito verle otra vez, creo.

—Tú estás loca, Charo —dijo, con perplejidad, mirándola fijamente—. Estás como una puta cabra, tía. ¿Para qué quieres verle? ¿Para qué se ría de ti? ¿O es que ahora lo has pensado mejor y quieres acostarte con él?

—No lo sé Chus. Estoy muy confundida, y quizás si le viera otra vez podría salir del pozo en el que me encuentro.

—Pero, ¡qué pozo! ¿En qué pozo estás, Charo? —preguntó, levantando algo la voz. Estaban lejos de la casa y de los chicos y era imposible que las oyeran, pero aun así se preocupó por haber alzado un poco la voz. Miró a su compañera, que no parecía haberse inmutado, y entonces creyó comprender lo que le pasaba—. Vamos a ver, creo que sé lo que te ocurre —dijo, suavizando algo su modo, mostrándose más paternalista—. Quizás tienes lo que se llama el influjo del primer amor. Ha sido el primer chico que te ha besado, ¿verdad?

—Así es.

—Claro, ya lo suponía. Yo creo que lo que tú tienes es una relación «interruptus», creo que se llama. Y necesitas completar algo que se ha quedado a medias. Pero claro, no de la forma como él quería, lógicamente. Tú desearías una relación «clásica», es decir, ir al cine, algún besito furtivo, algún «morreo» ocasional con él en un parque, muchos cariñitos, y después de muuuucho tiempo entonces ya consumar, y si acaso. ¿No es así, Charo? ¿A que sí? ¿A qué eso es lo que te gustaría? ¿Eh?

—Sí, puede ser —respondió, de forma lacónica.

—Bueno, pues ya te estás olvidando de todo eso.

—¿Olvidando? ¿Por qué? Tú crees que, si yo voy a la Facultad de Periodismo y le busco, si yo voy y le encuentro, quiero decir, cuando empiece el curso, si yo voy y le busco, ¿no podría acaso intentarlo?

—Tú no vas a ir a ninguna parte, Charo.

Aquella respuesta la exasperó. Chus era una «marimandona», en el sentido estricto, y ella siempre había hecho todo lo que ella le decía. Pero ordenar aquello era ir demasiado lejos.

—Tú no eres mi dueña, Chus. No tienes derecho a decirme eso —le dijo, con mucho resentimiento.

Entonces ella le dijo lo que no quería decirle:

—Son toxicómanos, Charo.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Drogadictos. No quería decírtelo, pero me has obligado. Tienes que olvidarte de Fernando.

—Pero, ¿tú cómo lo sabes?

—Miriam lo descubrió el día anterior, en el descampado. La muy zorra no me lo dijo, pero esa fue la razón por la que no quiso venir al día siguiente. No era porque tuviera la regla. Él se encendió un cigarro después de hacerlo con ella, y entonces vio los pinchazos a la luz del mechero. Si lo llego a saber antes, no vamos, tía. Menos mal que tú lo paraste. Lo mismo nos hubieran pegado el SIDA.

Charo se quedó de piedra, y no solo por lo que acababa de oír. Ahora resultaba que «la estrechez» de Charo les había «salvado la vida» a las dos, aunque por lo visto, la otra había seguido resentida.

—Pero… tú ya lo hiciste con Robert el día anterior, ¿no?

—No. Sólo lo hizo Miriam. Solo tenían un *globo* y lo usó ella con Fernando. Por eso yo tenía tantas ganas de ir al día siguiente. La muy zorra… si lo llego a saber…

—Pero entonces, te lo terminó diciendo…

—Sí, al día siguiente. Tenía remordimientos y me lo confesó. Desde entonces no la hablo, como te puedes imaginar.

—Y ella, ¿cómo está? Digo, por lo del SIDA.

—No lo sé, ya te digo que no nos hablamos. Pero lo del SIDA es un suponer, claro. No todos los toxicómanos tienen esa enfermedad, como te puedes imaginar.

—Dicen que con el preservativo no se contagia…

—Dicen muchas cosas, Charo, y yo no sé a quién hacer caso. Es una enfermedad nueva y no se conoce bien. Yo, por si acaso, a esos ni me acerco.

—¿No les has vuelto a ver?

—Ya te he dicho que no. Es más, procuro no acercarme mucho por Periodismo, por si acaso. Ni tú deberías ir —le dijo, tras una pausa—. Olvídate de él y de lo que pasó. Es lo mejor que puedes hacer.

Capítulo 23

La conversación terminó en ese punto, y los niños volvieron a la piscina tras hacer la digestión. Chus animó a Charo a acompañarla por la tarde, pues había quedado con unos chicos del pueblo. Pero ella no estaba para más emociones. Lo que había oído le había conmocionado todavía más, y ahora estaba más confundida que nunca.

Así que tras despedirse de Chusa y de los chicos, se marchó hacia la estación y tomó el tren para Madrid.

Cuando llegó todavía era de día, y su madre le preguntó qué tal le había ido. Pero ella apenas respondió. Simplemente le dijo que estaba muy cansada y se metió directamente en la cama.

Aquel verano fue una estación de calor intenso, y no solo desde el punto de vista meteorológico. Se suponía que Charo debía de estar estudiando para intentar recuperar las asignaturas suspendidas, y eso es lo que se suponía que hacía cuando iba a la biblioteca. Al menos era lo que les decía a sus padres, aunque no era cierto.

Porque ella iba a la biblioteca, sí, pero no para estudiar Derecho.

La que era la Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid, que luego pasó a denominarse Biblioteca Manuel Alvar en honor del ilustre filólogo, era una de las más grandes de esa ciudad. Estaba en la calle Azcona, la calle paralela a Martínez Izquierdo, a pocos metros de su casa.

Charo la había utilizado en el pasado con frecuencia, para realizar los trabajos escolares y consultar allí la famosa enciclopedia Espasa. Una serie de tomos que no tenían nada que envidiar a la también famosa enciclopedia Británica, tan alabada en el mundo anglosajón.

Allí Charo se pasaba las horas muertas consultando manuales de psicología, libros sobre sexualidad, o cualquier escrito que hablara sobre las relaciones afectivas, ya fueran antiguos o modernos. Intentaba comprender cuál era su problema. Intentaba descubrir cuál era la causa, e intentaba averiguar, por su puesto, como salir de aquello.

Porque ella no dejaba de atormentarse día y noche, y día y noche se preguntaba por qué tenía esa desazón, esa inquietud, esa angustia que la devoraba y que no la dejaba vivir en paz. Y además, por algo que, como le había dicho Chus, era una tontería.

Después de mucho leer e investigar, al final llegó a la conclusión de que lo que tenía era un trauma. ¡Tenía un trauma! Un trauma que había derivado en obsesión.

Un trauma originado en parte por una educación sexual represiva, pero sobre todo por una cierta discriminación social que había sentido al ser rechazada sistemáticamente por los chicos durante toda su pubertad y su adolescencia.

Sí, esa era la causa principal. Lo de la educación había contribuido, desde luego, aunque Chus había estado con ella en el mismo colegio y con los mismos profesores y ella no tenía ningún efecto de eso. Más bien todo lo contrario.

El «suceso» con Fernando no había hecho sino precipitar los acontecimientos, y sacar al exterior algo que simplemente estaba latente.

Y ahora que sabía lo que le ocurría, la cuestión era conocer cómo salir de aquello. Si es que era posible, claro, o si quizás se tenía que conformar con padecer ese problema durante toda su vida. Así que siguió escudriñando de forma sistemática todos los volúmenes de psicología

que había en la biblioteca, hasta el punto de que se hizo toda una experta en la materia. Hasta el punto de que incluso llegó a sopesar la posibilidad de abandonar la dichosa carrera de Derecho, y matricularse al siguiente año en Psicología.

Pero el caso es que ya sabía cómo actuar, ya que aprendió que la única forma de superar una obsesión es enfrentarse a ella. Enfrentarse a ella, en lugar de huir de ella.

Y ante esa tesitura solo cabían dos posibilidades. Dos posibilidades que había aprendido a fuerza de estudiar otros casos de traumas y obsesiones, y, aunque ninguno de ellos era de carácter «sexual», por analogía le pareció encontrar la clave.

La primera posibilidad, que es según parecía la que solía funcionar mejor, era comenzar a actuar de forma totalmente opuesta a como había sido su vida hasta entonces. Y eso en su caso significaba convertirse en otra Chus. En una chica disoluta y casquivana, que se acuesta con los chicos con frecuencia, y que de esa manera se autorrealiza y se convence de que la mujer anterior ya no existe, y por ende finaliza su problema.

Porque el caso es que ella ya no era la chica de antes, al menos físicamente. Siempre había tenido la autoestima por los suelos, desde luego, pero ahora se miraba en el espejo y tenía que reconocer que, salvo por su cara simplona y las gafas, se podría decir que ya era una mujer atractiva. De hecho, en esos momentos tenía un cuerpo mucho más sugerente y voluptuoso que algunas de las chicas de su clase que ligaban casi tanto o más que la propia Chus.

Llegó a sopesar esa posibilidad, pero finalmente la desechó. Ella no valía para eso, por mucho que lo intentara. No se veía siendo manoseada o besada, o mucho menos lo otro, por una multitud de chicos distintos con la frecuencia que exigía ese cambio de personalidad. No solo no valía para eso, sino que era algo que intrínsecamente odiaba, y además de una forma visceral. Ella llevaba inscrito el puritanismo en sus genes, y contra eso no podía luchar.

Así las cosas, solo le quedaba la otra posibilidad. Una posibilidad que no garantizaba los mismos resultados que la anterior, desde luego, pero que al menos significaba afrontar el problema de alguna manera. Atacar el problema, sino en su raíz, al menos en su desencadenante, y este desencadenante había sido Fernando.

Sí, eso haría. No le quedaba otra opción. Le iba la vida en ello, y no tenía alternativa. Tenía que encontrar a Fernando, y actuar.

Capítulo 24

El verano terminó, y a comienzos de octubre comenzó el curso. Como era de esperar, en septiembre no aprobó ninguna de las asignaturas que le habían quedado, y entonces comentó con sus padres la posibilidad de abandonar la carrera. Total, tenía que repetir curso, y puestos a comenzar de nuevo, mejor comenzar con algo que le atrajera más. Sopesaron la posibilidad de comenzar Psicología, pero finalmente decidió no hacerlo. Ella había cambiado, o al menos estaba en proceso de cambiar, y no quería ser influenciada por nadie.

Había iniciado Derecho por influencia de Chus, y ahora quería alejarse de ella todo lo posible. Quería poner tierra de por medio a toda costa y entonces se decidió a estudiar Lengua Española y Literatura. En el instituto era la asignatura que se le daba mejor, y ella era una apasionada de la lectura.

Como nunca había tenido amigas desde que Chus la abandonó, tenía mucho tiempo libre al estar siempre en casa sin salir. Y siempre lo pasaba leyendo las obras de los clásicos, y también las de los autores modernos que le fascinaban, y que tomaba prestadas de su queridísima biblioteca de la calle Azcona.

Pero antes de comenzar a afanarse con su nueva ilusión, tenía que terminar el asunto de Fernando lo antes posible, y ya sabía cómo hacerlo. Ya sabía cómo hacerlo y ese conocimiento le alivió un tanto en su trauma y en su obsesión con lo que pasó, aunque seguía despertándose por las noches con las pesadillas acostumbradas, y seguía y había seguido perdiendo peso ante la falta de apetito y la angustia que todavía tenía.

Así que, a principios de octubre, tras acudir a las primeras clases en su nueva Facultad, comenzó a frecuentar la facultad de Periodismo para ver si le veía. Sobre todo, a las horas de entrada o de salida.

Allí le esperaba en la puerta de la Facultad todas las mañanas, sin éxito por el momento. Llegó incluso a ir por allí por las tardes, por si se hubiera cambiado de turno, pero nada.

Reconocer a Robert hubiera sido también de gran ayuda, pero no sabía cuál era su aspecto. Aquella famosa tarde de marzo no llevaba las gafas puestas, y por tanto solo recordaba con detalle a Fernando, pues le tuvo bien cerca.

Por fin, un día consiguió verle. Ella estaba dentro, en el inmenso hall que daba acceso a los diferentes pabellones donde se ubicaban las clases, pues ya estaba avanzado el mes de octubre y comenzaba a hacer frío.

Una esbelta mujer delgada, con unos ajustados pantalones vaqueros elásticos, erguida sobre unos zapatos de tacón de aguja, con un ajustado top sin sujetador que dejaba ver casi todo el pecho, y con una chaqueta vaquera que le sentaba divinamente. Las gafas habían desaparecido habiendo sido sustituidas por lentillas, y un pelo exquisitamente peinado dejaba ver una cara lo suficientemente maquillada.

Fernando se aproximaba lentamente, desde la distancia, y pudo ver que había desmejorado bastante. Al menos no le recordaba tan delgado cuando le vio aquella vez en marzo.

Fue en ese momento, cuando se aproximaba, cuando se percató de que tenía a su lado a un moscón que le estaba diciendo algunos piropos que no llegó a comprender muy bien, pues tenía toda su atención puesta en la figura que venía desde la calle.

El tipo insistió un poco más y entonces se dignó a mirarle: era un chico bien parecido, que le estaba preguntando algo con la intención clara de ligar. Pero entonces ella, con indiferencia, casi sin mover los labios, como entre dientes y sin dejar de mirar a Fernando, le soltó:

—Lárgate, gilipollas.

Ciertamente el disfraz estaba haciendo su efecto, y hasta ella misma se creía el papel que estaba representando. El muchacho se marchó, todo cortado, y ella de alguna manera sonrió para sus adentros. Fernando ya estaba entrando por la puerta, y por fin le tenía a mano. Entonces se dirigió hacia él, haciéndose la encontradiza, y le abordó:

—¡Hola Fernando! —le saludó efusivamente, nada más entrar, mientras le daba los dos besos acostumbrados.

—Pero… ¿tú quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

—¿No te acuerdas de mí?

—Tu cara me suena, pero… —dijo, separándose ligeramente para verla mejor—. Ya está, ¡Tú eres Chus!

—No, tonto, no soy Chus —respondió mientras le agarraba la mano. Chus era la rubia, la que estaba con Robert. Yo soy Charo.

—¡Ah! —respondió asombrado, casi con la boca abierta.

—Nada, que pasaba por aquí, me acordé de ti, y me dije, ¡voy a ver si le veo! Y ¡vaya! ¡He tenido suerte! Te he encontrado a la primera.

—Pues sí que es coincidencia… —dijo, sin dejar de mirar a sus pechos.

—Oye, ¿tienes algo que hacer esta tarde? Podríamos vernos a la salida, si te parece. Si tú quieres, vaya. Podríamos quedar en el Chapandaz, y recordar nuestra primera cita. ¿Qué me dices?

—Pues te digo que sí, Charo, ¡claro que sí! —replicó, mirándola de arriba a abajo, sin salir de su asombro.

—¿Te parece que quedemos a las seis? ¿O, es muy pronto?

—No, no, a las seis. A las seis está bien.

—No me dejarás plantada, ¿verdad?

—No, Charo, ¿por qué iba a hacer eso?

—Recuerdo que la otra vez estabais arrancando cuando Chus y yo llegamos… Y eso que sólo nos retrasamos unos minutos.

—Eso debió ser cosa de Robert, que es un agonías. Descuida, que allí estaré.

—Bueno, te dejo, que tengo que entrar en clase.

—Tú estudiabas…

—Lengua. Estoy en la Facultad de Lengua —replicó, mientras le daba otro par de besos que él respondió sujetándola de los hombros—. Hasta luego, Fernando.

—Hasta luego, Charo.

Entonces se marchó, y se descubrió a sí misma temblando casi tanto como la primera vez. «Desde luego, tenía que haber estudiado arte dramático. No se me da nada mal...», pensó, mientras volvía a respirar con normalidad. Parecía como si hubiera estado conteniendo la respiración durante todo ese tiempo.

Capítulo 25

—¡Un pibón, colega! ¡Un pibón! ¡Menuda tía!

Fernando estaba con Robert, comentándole lo que le había pasado esa mañana, y este no recordaba de lo que le estaba hablando.

—Sí, hombre, eran una rubia y una morena. ¿Es que no te acuerdas? La rubia se llamaba Chus y la morena era Miriam. Fuimos con tu coche al descampado, y…

—Sí, ya recuerdo —afirmó Robert—. Tú te tiraste a la morena, y yo me quedé *a dos velas* porque no teníamos más *globos*.

—Eso es.

—Pero al día siguiente regresaron y la rubia nos dio el cambiazo. Se dejó a la morena en casa y vino con una gorda.

—Pues la gorda es.

—¿Cómo que es la gorda? Tú *flipas*, colega. ¡Pero si esa era una estrecha! Tú te confundes, *tronco*.

—¡Te juro que no! Esa tía ha cambiado de arriba a abajo. Ya no está gorda ni mucho menos. Eso sí, sigue teniendo unas tetas de impresión.

—¡Joder! ¡Pues *te vas a poner las botas*! ¿Dónde pensáis hacerlo?

—No lo sé. Si tú pudieras traer tu coche… Podrías venir con la Juli, y así somos dos parejas.

—Esta tarde no puedo, *tronco*, tengo que ir *a pillar*.

—Yo también tengo que ir *a pillar*, colega, pero iré después. Vente conmigo cuando terminemos.

—Al gitano ese que tú compras yo no le quiero ver ni en pintura. No vende más que mierda.

—¡Joder! ¡Pues ya me dirás qué hacemos! Yo esta noche no le puedo fallar al gitano. Le he dejado plantado varias veces y ya no me perdona más. Tengo que ir, *por pelotas*.

—Yo también tengo que ir *por pelotas*, tronco, me pasa lo mismo que a ti —contestó Robert, desairado—. Mira, vamos a hacer una cosa —terminó—. Esta tarde vas al Chapandaz y te *das el lote* como puedas. Y luego quedas con ella para mañana, y entonces ya traeré el coche. ¿Te parece? ¿O es que te la quieres *tirar* hoy? ¿Tan buena está?

—No, claro, me parece bien. Venga, hacemos eso. Ya te contaré qué tal se me da.

Capítulo 26

Le había dicho a su madre que esa noche quizás llegaría tarde. Que había quedado con sus nuevas amigas de la Facultad y que iban a salir por ahí, sin tener hora prevista de llegada. No sabía lo que podría ocurrir aquella tarde y tenía que estar preparada para todo.

Llegó un poco antes de las seis al Chapandaz y se pidió un vaso de la famosa Leche de Pantera. Un vaso, que no un «mini». Tenía que tener el control de la situación en todo momento, y no se podía arriesgar a emborracharse.

Llevaba puesta una indumentaria parecida a la que él había visto por la mañana. Pero en lugar de los vaqueros se había puesto la misma falda larga que llevó aquel día en marzo. El agarre a la cintura era de goma, y a pesar de haber adelgazado, le quedaba bien. Un poco holgada quizás, pero no demasiado. También había sustituido los zapatos de tacón de aguja por otros algo más cómodos. No sabía lo que iba a dar de sí aquello y si tuviera que dar, por ejemplo, algún paseo, no podría hacerlo con esos zapatos a los que no estaba acostumbrada. También se había llevado una gabardina de tres cuartos para completar su atuendo, que sólo llevaba en la mano y que se pondría únicamente como último recurso.

Para su sorpresa, el local no estaba muy lleno, y se permitió sentarse en uno de los reservados del fondo. Un sitio óptimo, pues con un pequeño giro de cabeza se divisaba la puerta si el sitio no estaba muy lleno, como era el caso. Así podía estar pendiente de si llegaba o no.

Y entonces, pocos minutos después de las seis, allí se presentó. Entró un poco despistado, y ella le tuvo que hacer una señal con la mano para que la viera. No quiso levantarse pues el local estaba comenzando a llenarse y no quería perder el sitio. Él le respondió el saludo con su mano, y se encaminó hacia la barra para pedir directamente el «mini» de rigor. Lo tomó entre las dos manos y se acercó hacia el sitio donde estaba ella. Tras darse los dos besos, le dijo

—¡Vaya! No había visto que ya tenías un vaso…

—No te preocupes, cuando lo termine beberemos del tuyo —respondió ella.

Él se sentó a su lado, y sin mediar palabra alguna la atrajo suavemente la cabeza hacia sí y comenzó a besarla. Ella se dejó hacer sin ningún rubor, y tan solo le molestaba el intenso olor a tabaco que desprendía el muchacho.

Después de «darse el lote» con intensidad durante un buen rato que solo fue interrumpido para beber, y que incluyó el magreo de pectorales de rigor, los dos se separaron un poco y comenzaron a charlar.

Ella se descubrió a sí misma «gozando» de aquella situación, y se alegró sobremanera de que «el trauma» pareciera que estaba comenzando a evaporarse. Al fin y al cabo, era una mujer y le gustaban los hombres como a toda hija de vecina.

El reservado estaba en un lugar idóneo, pues la música no se oía demasiado alta en esa zona. Había que gritar un poco, eso sí, pero no tanto como la primera vez que estuvieron allí.

—¿Cuántos años tienes, Fernando?

—Veintitrés. ¿Y tú?

—Yo cumplo veinte dentro de nada. ¿En qué curso estás?

—¡Uf! Estoy en segundo, pero todavía me quedan algunas de primero.

—Pero, con esa edad… Ya tendrías que haber terminado la carrera, ¿no?

—Sí, Charo, tendría, pero es que mi vida es un desastre.

—¿Por qué?

—Tengo muchos problemas.

—¿Qué problemas?

—Problemas —dijo escuetamente, casi sin mirarla, mientras le daba otro trago al «mini». Una bebida que casi estaba ya en las últimas, pues había sido bebida casi en su integridad por él. Ella había dejado su vaso en un discreto rincón del reservado, sin haber bebido gran cosa, y se había limitado a dar pequeños sorbos, solo mojándose los labios a aquel gran vaso compartido.

Entonces ella le acarició la mejilla, y se acercó para besarle, mientras él volvía a arroparla con su cazadora de cuero marrón para que «el magreo» que volvió a repetir mientras se besaban, no se viera demasiado.

—Esta mañana te vi saludar a mucha gente mientras llegabas a la puerta de la Facultad.

—Sí, es que era mi primer día de clase.

—Pero el curso ya comenzó hace dos semanas…

—Ya lo sé, Charo, pero es lo que te digo, tengo problemas y sólo voy a clase cuando puedo —dijo, tras lo cual bebió otro sorbo que casi terminó con el vaso.

—Cuéntame cuales son esos problemas, cariño. Yo no me voy a espantar por nada de lo que me digas —le susurró, mirándole fijamente mientras le agarraba la cabeza con las dos manos.

—Pues… pues…

—Cuéntame…

Y entonces, en medio de una situación como aquella, y con el alcohol corriendo a toda velocidad por sus venas, él se volcó totalmente con ella y se sinceró.

—Soy heroinómano, Charo. Esos son mis problemas —dijo, con un hilo de voz.

—¿Desde cuándo? —preguntó, sin apenas aparentar sorpresa.

—No lo sé. Comencé hace tiempo. Ya ni me acuerdo. Alguien me invitó, yo piqué, y ahora estoy enganchado. Totalmente enganchado al «caballo», Charo.

Ella volvió a besarle, como si lo que le hubiera dicho fuera simplemente que tenía un ligero dolor de cabeza. Ya se lo esperaba, y siguió con el plan. Después de un apasionado beso, ella le dijo:

—Vámonos fuera, Fernando. Esto se está comenzando a llenar, y entre los gritos y la música que cada vez está más alta, no vamos a poder hablar tranquilos.

Sin esperar a que él dijera nada, le agarró de la mano, recogió la gabardina, y se lo llevó hacia la calle.

Estaba comenzando a anochecer y la tarde amenazaba lluvia, aunque la temperatura era muy agradable. Agarrados de la mano, bajaron la calle Fernando el Católico en dirección a Princesa, y desde allí siguieron paseando para internarse en el parque del Oeste por el Paseo de Ruperto Chapí. Por fin se sentaron en un banco que no estaba muy iluminado, y siguieron la conversación.

—¿Robert también está enganchado?

—Sí, y por culpa mía. Yo fui quien le inicié. Cuando estuvimos juntos en marzo todavía no lo estaba, pero al final ha caído. No sabes cómo me arrepiento.

—Entiendo que no podéis dejarlo, claro.

—Eso es lo que queremos todos. Pero es muy duro *el mono,* Charo. Se pasa muy mal… Es una angustia la que se siente, una desazón, un temblor… un malestar, un dolor… No te queda más remedio que huir hacia adelante, sin mirar atrás, y caiga quien caiga.

Todas las defensas y precauciones que ella había traído se estaban desmoronando, y comenzó a apreciar a aquel hombre como la persona humana que era. Durante todos aquellos meses de angustia nunca le responsabilizó de nada, y en las largas noches de insomnio le representaba siempre como un catalizador y no como un culpable. Él no tenía la culpa de que ella fuera *una estrecha*, ni que tuviera complejo de inferioridad, ni que su autoestima estuviera por los suelos. Si era responsable de algo era de que todas aquellas cosas hubieran aflorado por fin, y en parte tenía que estarle agradecido por haber puesto remedio a una situación que ya se estaba enquistando.

Por otra parte, ella nunca consideró a los toxicómanos como los apestados sociales que eran para la mayoría de las personas. Si algo bueno había sacado de las monjas era que los necesitados de la sociedad eran los preferidos de Dios, y aquel hombre desde luego era una persona enormemente necesitada.

Charo podía ser muchas cosas, pero no era una persona cobarde. El hecho de estar representando ese papel una mujer como ella, daba pruebas más que suficientes de que no lo era. No tenía miedo a lo que pudiera pasarle, aunque sí que lo tenía de sí misma. Como siempre había pasado, el peligro nunca venía del exterior sino del interior, es decir, de sus complejos y de su propia inseguridad.

Todo eso lo había descubierto a raíz de leer aquellos libros de psicología que durante los últimos meses no había parado de hojear. Unos libros que le habían hecho madurar como jamás se hubiera imaginado. Ahora era una persona segura de sí misma y tenía las cosas meridianamente claras. Solo faltaba culminar lo que había venido a hacer para vencer aquel trauma, y en eso estaba precisamente en esos momentos.

Se descubrió a sí misma semi-tumbada en aquel banco, siendo besada de forma apasionada, mientras tenía la falda ligeramente subida y *su novio* estaba comenzando a colocarse sobre ella. Las mismas manos que le hicieron gritar meses atrás ahora eran deseadas con perentoriedad, hasta el momento en el que él se detuvo. Se detuvo, porque no estaban solos.

Efectivamente, había dos hombres delante de ellos, y uno de ellos comenzó a decir:

—Perdonad la interrupción, tortolitos.

Capítulo 27

Ella se colocó la falda inmediatamente y se subió el top para ocultar sus pechos mientras se colocaba mejor aquella cazadora vaquera que ahora se estaba comenzando a abrochar.

—Veréis, somos toxicómanos. No os vamos a hacer nada, si os portáis bien —dijo el otro hombre—. Solo queremos vuestro dinero.

Fernando los miraba como si hubiera visto a un fantasma. Completamente paralizado, no daba crédito a lo que estaba oyendo, y permanecía callado, mientras ella estaba temblando de miedo.

—Venga, enseñarnos todo lo que tenéis en los bolsillos, y tú, déjame ver ese bolso —dijo el primero que habló, refiriéndose a Charo.

Entonces fue cuando él reaccionó. El paseo desde el Chapandaz y el tiempo que llevaban en aquel banco le había despejado un poco, y ahora se sentía con la suficiente lucidez como para ser él ahora quien representara aquel papel que estaba comenzando a hacer. Se levantó y se dirigió hacia el que había hablado por última vez, que parecía ser el líder de los dos.

—Mira, compadre —dijo, pasándole un brazo por los hombros—. No me cuentes batallitas de que sois toxicómanos, porque yo también lo soy. Mira.

En ese momento se remangó la cazadora que llevaba sobre aquella camiseta de manga corta y mostró los picotazos de las jeringas que tenía distribuidas profusamente por todo el antebrazo. Le costó encontrar un ángulo adecuado en aquella oscuridad, pero finalmente consiguió que se los vieran al proyectarlos sobre la luz de una farola relativamente cercana.

—Joder, estás peor que nosotros, tronco —dijo el otro.

—Pues sí. Sólo tengo dos mil calas, y las pienso utilizar dentro de un rato para ir a los gitanos de San Blas a comprar una papelina, y no estoy dispuesto a que me las quitéis. No sé si me estáis entendiendo.

El que estaba agarrado por él mostró cara de titubear, y finalmente dijo:

—Y… ¿la piba?

—La piba… ¡qué! —gritó Fernando.

—Que si la piba tiene algo.

—A la piba no se te ocurra ni mirarla, ¿me oyes? ¡Ni mirarla! Ni tú, ni este *pringao,* si no queréis que os raje a los dos —dijo desafiante, mirando alternativamente a cada uno. Después de unos segundos fijó la mirada en el líder, el que parecía el más decidido. Una mirada fría, llena de odio y de rabia que la aguantó sin titubear hasta que finalmente, este terminó por decir:

—Vale, compadre, perdona si os hemos molestado a ti y a tu piba. Estamos muy jodidos y necesitamos *pillar* como sea.

—¡Qué me vais a contar, colegas! —se solidarizó, y entonces la tensión acumulada comenzó a desaparecer al ver que el problema se había terminado. Pero entonces ocurrió lo que menos deseaba que pasara esa noche. Sus manos comenzaron a temblar, y el compañero se lo notó.

—Vámonos, *tronco*. Este tío está peor que nosotros —dijo, mientras el otro asentía. Finalmente se dieron la vuelta y desaparecieron.

Nada más perderlos de vista, Fernando se desplomó sobre el banco, y Charo le abrazó con fuerza. Estaba temblando como una hoja y sudando por todos los poros de su cuerpo mientras la chica intentaba de alguna manera que dejara de tiritar.

—Tengo frío, Charo —dijo, y ella agarró la gabardina para que se arroparan los dos, mientras continuaba agarrándolo y abrazándolo y le frotaba la espalda con la mano derecha por debajo de la chupa de cuero.

Así permanecieron durante cinco o diez minutos, hasta que el hombre dio muestras de tranquilizarse, y ella hizo señal de apartarse un poco para intentar verle la cara.

—Sólo un poco más, Charo —le dijo, al detectar la maniobra—. Dentro de poco se me pasará.

Permaneció agarrándole durante más tiempo, y cuando ya estuvo más calmado él le dijo:

—Necesito comer algo.

—¿Tienes hambre?

—No, pero si no meto algo sólido en el estómago, me va a empezar a dar problemas.

—Pues vámonos. Vámonos de aquí. No quiero que vengan otra vez estos, o que vengan otros —dijo ella, muy resuelta. Entonces se levantó, recogió la gabardina y le tomó de la mano encaminándose de vuelta por donde habían venido.

Al final recalaron en un bar de la calle Princesa, donde él se pidió un bocadillo de calamares y una manzanilla. Ella por su parte solicitó un café.

Tras haberse comido algo menos de la mitad, le dijo:

—Ya estoy mejor. Si quieres nos vamos.

—No, Fernando. Está lloviendo. No sé si te has dado cuenta. Vamos a esperar a que escampe.

—Como quieras.

—Oye, dime una cosa, —preguntó ella—. ¿En serio te hubieras peleado con esos dos?

—No, Charo. Esos dos idiotas eran inofensivos. Lo supe nada más verlos. Basta con que les grites un poco y les hagas frentes para que salgan corriendo como conejos.

—¿En serio?

—Lo sé por experiencia propia. Yo mismo he estado en su situación algunas veces, y por eso me quedé un poco pasmado al principio… ¡Ja! —exclamó—… el cazador cazado.

—¿A qué te refieres?

—Verás, la mayoría de los que estamos pillados con esta mierda, somos gente normal. Buena gente que nos hemos visto atrapados en un callejón sin salida, y que no nos queda más remedio que hacer cosas que nunca hubiéramos pensado hacer. Yo mismo soy uno de esos: un chico de buena familia, con buenos padres, universitario… y de repente te conviertes en un despojo humano. La necesidad te lleva a engañar, a mentir, a robar… Empiezas por gastarte la paga que te dan tus padres, y cuando eso ya no es suficiente, les dices que necesitas dinero para libros, o para pagar la matrícula de la Uni, o para hacer un viaje de fin de

curso a Italia que nunca tiene lugar. Hasta que llega un momento en que te descubren y entonces te cierran el grifo. Y luego recurres a los amigos, a los vecinos, a los parientes… pero todos ellos al final también saben quién eres y huyen de ti en cuanto te ven aparecer. Pero la necesidad está ahí y es más fuerte que nunca, y entonces no te queda otro remedio que pedir. Que pedir a toda persona que veas por la calle.

—¿Te refieres… a robar?

—No necesariamente. No todos valemos para eso. La mayoría no, desde luego. Nos conformamos con pedir, y normalmente recibes. Eso sí, fastidias la tarde a una pareja de novios o a un grupo de chavales a los que les dejas sin el dinero que se pensaban gastar ese día... Pero no mucho más.

—¿Tú has hecho eso muchas veces?

—Alguna vez. Pero nunca he llegado a amenazar a nadie. En cuanto te hacen frente, te vas. Nadie quiere líos. Te vas, y buscas a alguien que esté más dispuesto.

—O más acojonado.

—Sí, Charo, así es. Es lo que te digo, esta mierda destroza a las personas y las transforma.

—Y, ahora, ¿de dónde sacas el dinero?

—Vendo pañuelos de papel en el metro. O donde puedo. Los días que se me da mejor puedo ir a clase y recuperar algo de los estudios. Pero cada vez voy menos. La gente no se fía y me paso horas para sacar cuatro perras. Siempre es mejor eso que «dar el palo».

—Dicen que hay gente que intenta robar a punta de jeringuilla…

—Sí, que los hay. Les dicen que tienen el SIDA y se cagan en los pantalones, soltando toda la pasta. Pero es todo un farol, Charo. Yo no he conocido a casi nadie que tenga ese virus. No está tan extendido como parece.

—Pues dicen que es una plaga…

—Entre los drogadictos ocurre por compartir jeringuillas; algo que yo nunca hice. Quizás se dé en otros ambientes. No lo sé.

—Estás temblando otra vez, Fernando —dijo ella, al contemplar su mano derecha.

—Sí, me tengo que ir. ¿Nos vamos?

Salieron del bar y llegaron a la boca del metro de Moncloa para tomar la línea seis. La línea que lleva a Diego de León, la que le correspondía a ella. Él se bajaría una parada después, en la Plaza de Manuel Becerra.

En el metro se siguieron besando y acariciando como dos parejas de enamorados, pues es lo que eran.

—Así que vives en la Guindalera… —dijo él— ¿dónde exactamente?

—En Martínez Izquierdo. Al lado de Francisco Silvela.

—Pues sí que es coincidencia… yo vivo un poco más abajo, en Villafranca.

—¿Donde la papelería de Torres?

—Justamente. En el edificio que hay entre la papelería y una tienda de muebles. ¿Lo conoces?

—Me suena. A esa papelería iba yo a comprar cuadernos.

—Lo mismo nos hemos visto alguna vez.

—Pues sí, pero tú seguro que no te habrías fijado en mí.

—Lo dices porque antes estabas…

—Gorda, sí, Fernando. No me importa decirlo. Cada una es como es.

—Oye, perdóname por haberte insultado de aquella manera… en nuestra primera cita. «gorda de mierda», creo que te dije.

—Crees bien. Pero aquello es el pasado y ya no importa. Tú perdóname por haberme comportado como una estúpida estrecha —respondió, sin pensarlo.

—Bueno, pues entonces estamos en paz. Yo ese día no estaba pasando por mi mejor momento, ya me entiendes, y me comporté como un gilipollas contigo. Quiero que sepas, Charo, que ese no es el Fernando real.

—Olvídalo.

—De acuerdo —contestó él, prodigando una generosa sonrisa y ligero pellizco en la mejilla con dos dedos—. Oye, y —continuó—, ¿por qué has adelgazado tanto?

—Pues por tu culpa, Fernando por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

—Sí, por tu culpa —le dijo, mientras le agarraba del cuello para atraerle hacía sí y se fundían de nuevo en un profundo beso. Él se quedó sin saber qué tenía que ver en aquello, pues ella no le dio más explicaciones.

Por fin llegaron a la parada de Diego de León y él le dijo:

—¿No te bajas?

—Te acompaño a Manuel Becerra. Total, tengo que caminar de un modo u otro.

Al llegar allí, y nada más salir del metro, Fernando se detuvo y se sentó de nuevo en las escaleras de salida. Se estaba comenzando a sentir muy mal, y las manos le volvían a temblar mientras su frente se perlaba de sudor. Ella se sentó a su lado y le abrazó, esperando que se le pasara, lo cual ocurrió tras unos minutos.

—Bueno, aquí acaba nuestro encuentro, Charo. Tengo que ir a coger el autobús 106.

—Para ir «a pillar», ¿verdad?

—Me temo que sí. Si no consumo pronto, creo que me va a dar un ataque. Lo que has visto es solo un aviso.

—No puedes dejarlo…

—Hoy no.

—Pues te acompaño —dijo, sin pensárselo dos veces—. No puedo dejarte solo estando como estás.

—Tú no sabes lo que dices, Charo. No sabes lo que vas a ver allí.

—Me da igual.

—Pero a mí no me da igual.

—A mí sí. ¡Vamos! —respondió enérgica, agarrándole la mano, y dirigiéndose sin esperar respuesta hacia la parada. El 106 estaba ya en la dársena, y parecía que iba a arrancar de un momento a otro.

Capítulo 28

La línea 106 hacía el recorrido entre la Plaza de Manuel Becerra y el distrito de Vicálvaro. Pero antes de llegar allí pasaba por la Avenida de Daroca, a lo largo de la tapia Este del inmenso cementerio de La Almudena, uno de los más grandes de Europa.

Allí yacían millones de almas que habían abandonado este mundo en la capital de España desde finales del siglo XIX, y cuyas tumbas se apiñaban en sus más de ciento veinte hectáreas de extensión.

A lo largo de aquella tapia desfilaban otras almas, almas que todavía estaban en este mundo, pero que pareciera que lo fueran a abandonar de un momento a otro. Rostros demacrados, caras huesudas con ojos hundidos y cuerpos flacos y consumidos, almas errantes que se dirigían hacia uno de los mayores supermercados de la droga de Madrid durante los años ochenta: el poblado chabolista de Los Focos, que se ubicaba entre los distritos de San Blas y Vicálvaro.

Eran casi las once de la noche cuando los novios se bajaron en la última parada antes de llegar al poblado, y se sumaron a la cuerda de presos que transitaba por allí, y que venían desde todos los puntos de Madrid.

A pesar de la hora que era, todavía se veían muchas de aquellas figuras fantasmagóricas yendo hacia el poblado, aunque eran muchas más las que volvían. Iluminados por la tenue luz de las farolas, sus zapatos se llenaban de barro al circular por una cuneta que no estaba diseñada para semejante flujo de gente, y más aún al transitar por las veredas que conducían a las diferentes infraviviendas que llenaban el poblado.

Al final llegaron a la chabola del *camello* de Fernando, y los recibió una muchacha de unos quince años, que, muy sonriente, les invitó a sentarse en un sofá destartalado.

—Esperad aquí. Voy a llamar al Loren.

La chica salió y al cabo de un rato reapareció con el susodicho.

El Loren resultó ser un gitano grande y malhumorado, que le recriminó a Fernando nada más verle.

—Llegas tarde, payo.

—Me dijiste que viniera hoy, y aquí estoy. Venga, suelta la papelina.

El gitano sacó del bolsillo un envoltorio de plástico y se lo presentó a su cliente. Pero antes de dárselo le dijo:

—Son tres mil.

—¿Tres mil? ¿Desde cuándo?

—Desde ahora.

—¡Me dijiste dos mil! No tengo más… —replicó, extendiéndole un billete de dos mil pesetas.

—¡Pues haber venido antes! Hace un rato ha venido otro *yonqui* y le he tenido que decir que no me quedaba nada. Todo por reservarte a ti la última que tenía. Me ofreció tres mil y le dije que *nastis.* Así que ahora el precio es tres mil.

—¡Hijo de puta! —le insultó, mientras se abalanzaba sobre él. Pero el Loren le esquivó fácilmente, y le propinó un fuerte puñetazo en el estómago que le hizo caerse al suelo junto con el billete que portaba.

Allí de cuclillas, Fernando se retorcía del dolor, y sólo contaba con Charo que no paraba de consolarle e interesarse por él.

—Hijo de puta... —musitó, de nuevo, esta vez con un hilo de voz.

Entonces el gitano hizo ademán de volverse otra vez contra él, como para darle una patada, pero Charo fue más rápida. Se interpuso entre los dos y le dijo:

—¡No le pegues más! Yo te daré las mil que faltan.

—Pues ahora no son tres mil, sino cuatro mil —contestó, desafiante.

—Está bien —replicó ella.

—¡No, Charo! —gritó Fernando, con el mismo hilo de voz, mientras se recostaba sobre aquellas baldosas desiguales que constituían el extraño pavimento de la chabola.

Pero su novia le ignoró. Recogió el billete que había por el suelo y sacó de su bolso un monedero del que extrajo un par de billetes de mil pesetas que le entregó al Loren. El gitano miró los tres billetes a la luz de la pequeña bombilla de cuarenta vatios que iluminaba la estancia, comprobó que no eran falsos, y después le entregó a Charo la droga. A continuación, sin decir ni una palabra, se marchó, dejándolos solos con la muchacha que les había recibido.

Fernando estaba comenzando a incorporarse, aunque todavía tenía las dos manos sobre el abdomen. Entonces la muchacha le dijo a Charo:

—¿Tenéis sitio?

—¿Qué?

—Que si tenéis dónde *chutaros*, paya.

Fernando no parecía enterarse de nada, y ella repuso: —No.

—El Loren es un bruto. Pobre hombre —dijo, mirando al chico—. Me habéis caído bien los dos. Podéis quedaros aquí en mi casa, esta noche. Yo me voy donde mi marido.

—Pero…

—Mis padres pasarán la noche en *el talego.* Les han pillado en el metro con el *tocomocho*. Y mi hermano está en el reformatorio. Estaros tranquilos, que no va a venir nadie.

La muchacha sonrió a Charo, y se marchó cerrando la puerta de tablones que constituía la entrada de la chabola.

Ella se quedó unos segundos viendo cómo se balanceaba aquella «puerta», y se volvió inmediatamente hacia Fernando, que ya estaba sentado sobre el sofá.

—¿Qué tal estás? —le preguntó, pasándole una mano por los hombros.

—Mejor —contestó, con una voz no tan mala como la anterior—. Por favor, echa el pestillo.

—¿El qué?

—El pestillo de la puerta. Está en el lado derecho.

Charo avanzó hacia la entrada y buscó lo que le decía. Era un tablón giratorio que estaba fijado con varios remaches. Lo subió, y lo encajó sobre una escuadra que había sobre la misma puerta y volvió junto a él.

—No sé si deberíamos quedarnos aquí, Fernando.

—No tengo otro sitio, Charo. Me tengo que poner esto, ya.

La chica miró a su alrededor. La «vivienda» era un espacio pequeño, dividido en dos estancias separadas por una cortina. Ellos estaban en la estancia principal, que contaba con el sofá donde estaba sentado él, una mesa con cuatro sillas dispuesta sobre un aparador, y una cama en el extremo opuesto al sillón. La cortina de separación estaba a medio cerrar, y allí se podía ver una cama de matrimonio y otra individual un poco más separada.

A pesar de la precariedad, todas las camas estaban bien hechas y ninguna de las colchas tenía manchas. Y el sofá, a pesar de lo viejo y destartalado que parecía, también estaba limpio y olía bien. «Al fin y al cabo, aquí viven personas», pensó.

Fernando ya había comenzado a preparar «su chute», y estaba disolviendo el contenido de la papelina en una cuchara llena de zumo de limón. Después sacó el mechero, y procedió a calentarla por debajo, como si fuera un pequeño cazo. A continuación, la dejó en el suelo, sacó una jeringuilla nueva del bolsillo de la chupa, y comenzó a introducir el líquido de la cuchara en el interior de la misma.

Y fue en ese momento, cuando se terminó de quitar la cazadora para quedarse en manga corta, cuando le dio una convulsión que le obligó a tumbarse por entero en el sofá. Comenzó a sudar por todos los poros de su cuerpo y el estremecimiento dio paso a unos temblores que llegaron asustar a la chica, quien no paraba de abrazarlo y de arroparlo para que no sintiera ese frío. Después de unos cuantos minutos de agonía, pareció recuperarse un poco.

—No te asustes, Charo, en cuanto que me ponga esto se me pasará —se incorporó lo suficiente como para recoger la jeringa y apuntarla hacia las venas de su brazo izquierdo.

Pero los temblores no se terminaban de ir, y no atinaba. Estaba comenzando a pincharse en el antebrazo y no en las venas, y pequeños hilos de sangre comenzaban a correr por los sitios dónde había insertado la aguja para volverla a sacar. Entonces le pidió a ella lo que ésta más temía:

—Ayúdame, Charo.

—¿Cómo?

—Ponme tú este pico. En el brazo derecho, por favor. Es el que está mejor. Que no quede ni gota.

Charo se quedó blanca, sin reaccionar, mirando hacia los chorritos de sangre que manaban de aquel brazo izquierdo, lleno de picotazos. El brazo derecho estaba algo mejor, aunque no mucho más. Pero su novio tenía la mirada perdida, y cada vez temblaba más.

—¡Ayúdame! —gritó.

Entonces salió de su aturdimiento y tomó la jeringuilla que él le ofrecía. Sin pensárselo dos veces, contuvo la respiración, le agarró el brazo con la mano izquierda, y con la derecha

insertó la aguja dentro de una de aquellas prominentes venas verdes que se mostraban bien a las claras, para terminar descargando el contenido de la jeringuilla.

Finalmente, extrajo la aguja, y entonces acudió a su bolso a sacar un paquete de pañuelos de papel que llevaba en el mismo, y procedió a secarle la sangre que manaba por su brazo izquierdo fruto de los desacertados pinchazos. Por otra parte, y como recordaba de alguna vez que le hicieron algún análisis de sangre, era necesario presionar la vena donde se había introducido una aguja para evitar que se formara un hematoma, y eso fue lo que hizo con el brazo derecho de Fernando. Su respiración seguía siendo muy agitada, y se recostó en el respaldo mientras ella no dejaba de apretar con dos dedos la zona de las venas. Él la miró, y con la voz entrecortada acertó a decir: «muchas gracias, Charo, muchas gracias»

Después se tumbó en el sofá con la cara vuelta hacia el respaldo del mismo, y sin dejar de temblar musitó: «tengo frío». A lo que ella se tumbó junto a él, pasándole su brazo izquierdo bajo su cuello con la intención de abrazarlo mientras su cuerpo se pegaba al suyo, y los dos se arropaban con la gabardina.

Capítulo 29

El ladrido de un perro les despertó en medio de la noche. Charo miró su reloj y vio la hora. Eran las tres de la madrugada... ¡Se había quedado dormida! Ella, que a duras penas dormía en su propia cama desde hacía tantos meses, se había quedado dormida en un pequeño sofá compartido con otro hombre al que apenas conocía, y no se había dado ni cuenta.

Él se revolvió un poco dentro de aquel pequeño espacio, se dio la vuelta sin levantarse, y la miró con ojos de ternura que ella correspondió de la misma manera

—¿Cómo estás, mi vida?

—Ya estoy bien. Vuelvo a vivir otra vez, gracias a ti.

Sin mediar palabra, comenzó a besarla con pasión, y después de un buen rato de besos y abrazos él le dijo:

—¿Sabes qué? Creo que me estoy enamorando de ti.

—A mí me pasa lo mismo, Fernando. Es más, creo que ya lo estaba, antes de hoy.

—Pero no puede ser, mi vida.

—¿Por qué?

—Porque nuestra relación es imposible.

—¿Por qué va a ser imposible?

—Porque una chica tan buena como tú no se merece estar con un tipejo como yo.

—Tú no me conoces, Fernando. No sabes si yo soy buena, o soy mala.

—¡Ja! —exclamó. Llevo mucho tiempo en la calle, mi vida, y conozco bien a la gente. Igual que supe de inmediato que esos dos idiotas eran inofensivos, también sé que tú no eres como las chicas con las que he estado antes.

—¿Como Miriam?

—Miriam era como las demás. Tú eres distinta. Tú me quieres. Las demás, no.

—¿Nunca te ha querido ninguna chica?

—No lo sé... Quizás… No lo recuerdo.

—Yo te quiero, Fernando.

—Ya lo sé. Por eso te digo que no puede ser.

Ella le abrazó más fuerte, se besaron y él comenzó a quitarle la chaqueta vaquera que continuaba llevando, y comenzó a levantarle el top. Se lo quitó, y en ese momento se incorporó, dirigiéndose hacia la chupa de cuero que continuaba en el suelo. Allí encontró su cartera, y comenzó a buscar algo en el interior de la misma.

—¿Qué buscas? —le preguntó.

—Un *globo*. Creía que tenía uno por aquí… pero no está. Hoy no pensaba hacer nada contigo, y ya ves, no he traído municiones.

—No te preocupes. Yo sí.

Capítulo 30

La tarde anterior había salido de su casa con la intención de acostarse con él. Había llegado a la conclusión de que esa era la única forma de vencer su trauma, y no se equivocó. El plan, aunque muy atropellado, había salido a la perfección.

El problema es que seguía obsesionada con Fernando, pero ahora de una forma muy distinta: se había enamorado. Se había enamorado hasta las trancas de un toxicómano que estaba en las últimas.

Antes del amanecer, salieron de la chabola y se dirigieron hacia la avenida de Daroca a intentar tomar un taxi; a Charo todavía le quedaba algo de dinero. Pero los pocos que pasaban estaban ocupados. También vieron pasar alguno que tenía el cartel de «ocupado» cuando en realidad estaba vacío. Era una zona conflictiva y muchos preferían no arriesgarse.

El caso es que pasaron por la parada del 106, y le vieron aparecer. Debía ser el primer autobús de la mañana y no dudaron en montarse. A esas horas no había todavía tráfico, y en pocos minutos llegaron a Manuel Becerra. Desde allí fueron andando hacia sus casas, y por la primera que pasaron fue por la de Charo. Un poco antes de llegar al portal, para que no la vieran sus vecinos, se abrazaron, se despidieron y se dieron un profundo y apasionado beso.

—Adiós, Charo. Por cierto, te debo dos mil *calas*.

—No me debes nada, tonto.

Él sonrió y se quedaron mirando fijamente durante unos segundos. Después, se apretó un poco más contra ella y con eso la soltó, para después darse la vuelta y encaminarse calle abajo en dirección a la calle Villafranca.

Ella permanecía ensimismada, viéndole avanzar, cuando se dio cuenta.

—¡Espera! ¡Fernando!

Él se volvió mientras ella iba en su busca, casi corriendo.

—¡No me he dado ni cuenta! ¿Cuándo podemos quedar, para vernos de nuevo?

Él la miró sonriendo y dijo: —Dame tu teléfono.

No había terminado la frase cuando ella ya estaba abriendo el bolso para tomar una pequeña libreta y escribir el número de teléfono de su casa. Después, arrancó la hoja y se la entregó:

—¿Cuándo me llamarás? —preguntó, con ansiedad.

—Pronto —dijo, sin mirarla a los ojos—. Adiós, Charo —se despidió, esta vez mirándola de forma intensa y con una sonrisa triste.

Ella vio cómo se desplazaba por su calle, pasaba delante del portal de su casa, y justo antes de doblar la esquina se volvió para mirarla de nuevo con aquella expresión melancólica, hasta que desapareció.

Pasaron unos minutos hasta que recobró el sentido y se dio cuenta de dónde estaba. Fue cuando un vecino que acababa de salir de su portal le saludó. Entonces volvió en sí y comprobó que el sueño se había terminado. Aquellas doce horas le habían parecido toda una vida, toda una experiencia que le había abierto un mundo de sensaciones totalmente desconocidas para ella, y que le habían transformado por completo y de raíz.

Resignada por aquella vuelta a la normalidad, se dirigió despacio hacia el portal de su casa, casi contando cada uno de los pasos que daba. Al llegar frente a la puerta se terminó de despertar del todo, y entonces comenzó a pensar qué le iba a decir a su madre acerca de dónde había estado, qué había hecho, y con quién.

Capítulo 31

Toreó a sus padres como pudo, y ese mismo día fue a clase como si no hubiera pasado nada, aunque se moría de sueño.

Al igual que pasó cuando ocurrió el suceso de marzo, en las clases no oía nada ni escuchaba nada, a pesar de que esta carrera era más atractiva. Eso sí, ahora dormía mejor. Había recobrado la serenidad y quizás la cordura, aunque ahora tenía otro tipo de locura. Una locura de amor.

Cuando llegó el fin de semana no se quedó a leer o a estudiar en la pequeña mesita de su habitación, sino que lo hizo en el salón, al lado del teléfono. A los padres les extrañó esa actitud, pero se inventó una milonga similar a la que les dijo en el que fue el día más importante de su vida.

Pero Fernando no llamaba.

Después de un fin de semana angustioso, el lunes se presentó en la puerta de la Facultad de Periodismo para ver si le veía, pero ya se imaginaba que era una labor difícil. Su novio estaría vendiendo *Kleenex* por ahí, o vaya usted a saber qué, y sólo acudiría a las clases si se le daban bien las ventas. Lo mismo que pasó la otra vez.

Pero ella no desistía. A la misma hora en que le vio aquel día, se presentaba todos los días en Periodismo para intentar verle otra vez. Aunque eso significara perderse la primera hora de clase. Le daba igual. Ya la recuperaría. Es lo bueno que tienen las carreras de letras. Perderse una clase no es demasiado importante, pues basta con que una compañera le contara qué materia habían dado, para repasarla en los libros por la tarde. No era como las matemáticas, por ejemplo, que perderse una explicación hacía que uno no pudiera entender nada dejado a su suerte con los libros.

Según fueron pasando los días, también llegó a presentarse a última hora, a la hora de la salida antes de la hora de comer, y hacía novillos en la última clase para estar pendiente de si salía. Pero nada.

Finalmente, dos semanas después, se armó de valor y se decidió a ir a su casa.

Él le había dicho que vivía en la calle Villafranca, en un edificio situado entre la papelería de Torres y una tienda de muebles.

Era un sábado por la mañana, y habían pasado casi diez días desde aquella noche. La espera le consumía y el teléfono no sonaba, así que se decidió a pasar a la acción.

Llegó ante la puerta del edificio, que no recordaba cómo era con exactitud, y este se mostró como un bloque de viviendas similar al suyo. Es decir, un edificio con varias plantas y una portería.

La puerta del portal estaba abierta, y desde la calle pudo ver el pequeño habitáculo que constituía el lugar donde normalmente está el portero cuando no está limpiando la escalera o haciendo alguna reparación o mantenimiento sobre la misma.

Se acercó con cautela, y cuando llegó se encontró con que quien estaba dentro era una mujer. «Menos mal», se dijo. No se veía preguntando a un hombre lo que iba a intentar sacar a la portera.

La susodicha era una señora de algo más de cincuenta años, y debía estar allí quizás por ausencia de su marido.

Cuando se situó delante suya, la mujer levantó la vista, Charo respiró profundamente, y le dijo:

—Buenos días.

—Buenos días —respondió la otra—. Las dos se miraron, pero la chica no sabía cómo empezar.

—¿Buscas a alguien?

—Pues… Sí. Busco a Fernando.

—¿Fernando?

—Sí, creo que vive aquí. Es un chico de veintitrés años. Muy delgado, y con hoyuelos en la cara.

—Pero… ¿tú quién eres?

—Yo… soy su novia.

—¿Su novia?

—Sí… señora —afirmó, casi con miedo.

La mujer se la quedó mirando de arriba abajo durante unos segundos y luego dijo:

—Así qué tú eres su novia, eh… pero, ¿es que no te has enterado? ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Bueno, en realidad solo hemos salido un par de veces.

—Ya entiendo… —terminó de decir.

Puede que la señora entendiera algo, pero Charo no se estaba enterando de nada. A ella le parecía la típica «portera» cotilla que se quería enterar de todos los chismes relacionados con los vecinos.

—¡Ay, hija! Pues… la verdad, es que yo no sé cómo decírtelo, porque… el caso es que… bueno, pues eso, que… se ha… muerto —dijo, por fin, casi con un susurro.

—¿Qué?

Charo recibió un tiro en el pecho como si le hubieran disparado a bocajarro con una escopeta de caza. Sus manos comenzaron a temblar, las piernas le flaquearon, la boca se le abrió y se le secó de golpe, y de sus ojos sin pestañear comenzaron a brotar algunas lágrimas.

—Fue hace unos días. Dicen que fue una sobredosis, o quizás que la droga estaba «chunga». Que se la habían dado en mal estado, ya me entiendes. O que eran polvos de talco… ¡yo qué sé! Se le encontró su hermana, por la mañana, tieso en su habitación. ¡Menudo panorama! Te puedes imaginar cómo están los padres…. Totalmente destrozados. A la madre casi le da un infarto y la propia ambulancia se la tuvo que llevar a ella también por un ataque de ansiedad.

—A los vecinos les caía fatal —siguió—, pero a mí no. Era un chico muy bueno, y muy educado: «buenos días», «buenas tardes…», y muy atento. Yo tengo un niño que es retrasado, el

pobre… pues, ¡cómo le quería! Siempre me preguntaba por él, y a veces se pasaba a la portería a jugar con el críο… ¡Dichosas drogas! —exclamó—. Lo que están haciendo con la juventud… ¡es que no tiene nombre! —en ese momento la portera comenzó a llorar—. ¡Ay, hija!, ¡no somos nadie! —terminó de decir, sacándose un pañuelo para secarse las lágrimas.

Charo no quiso oír más. Se dio la vuelta y salió de allí, rápidamente, totalmente destrozada y hecha un manojo de nervios. Iba como flotando sobre las baldosas, sin rumbo fijo, calle arriba hacia su casa, cuando por fin, trascurridos unos metros, se detuvo.

Se detuvo y se agachó, entonces lo soltó. Soltó un grito desgarrador que se oyó por toda la calle, como si se estuviera rompiendo por dentro, y después comenzó a llorar de forma desconsolada.

Tan desconsolada, que una anciana que pasaba por la calle de enfrente se cruzó de acera para intentar consolar a aquella muchacha que no paraba de llorar de esa manera tan profunda y con tanto sentimiento, un sentimiento como de habérsele roto el corazón, pues eso era precisamente lo que le había ocurrido.

—Hija… ¿por qué lloras? ¿Qué te ha pasado? —le preguntó, intentando que la chica se incorporara.

Pero ella seguía agachada, sin dejar de llorar intensamente, mientras la propia portera la miraba desde el portal, unos metros más abajo.

Ante los ruegos de la mujer, Charo por fin se incorporó y comenzó a secarse como pudo las lágrimas y los mocos con un pañuelo que la señora le ofrecía.

—Cuéntame, hija, ¿qué te ha pasado?

Charo intentó hablar, pero no pudo. El llanto era tan intenso que no era capaz de articular palabra alguna. La mujer continuaba a su lado, intentando que se calmara, y por fin, pasados algunos segundos ella exclamó:

—¡Se ha muerto mi novio! —gritó, y después emitió otro desgarrador chillido, mientras la anciana le abrazaba intentando consolarla como podía.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo, y la pobre señora no pudo evitar ponerse a llorar junto a ella. Entonces fue cuando acudió la portera, portando un vaso de agua, y entre las dos consiguieron que se serenara algo. Algo, que no mucho.

—¿Quieres una tila, hija? Espera, que voy a la portería y te la preparo. O mejor, vente. Vente tú conmigo y te sientas un momento.

Pero Charo no quería saber nada más de aquella señora ni quería volver a pasar a ese portal que le había destrozado la vida.

—No, gracias. Muchas gracias. Muchas gracias… a las dos —dijo también, refiriéndose a la anciana.

La señora mayor la abrazó otra vez y le dijo:

—A mí se me ha muerto mi marido hace poco, hija, y sé cómo te sientes. ¡Sé cómo te sientes! Pero ya ves, la vida sigue… la vida sigue, aunque nos hayan arrancado el corazón…

Charo volvió otra vez a llorar con fuerza, y la portera la agarró del brazo casi forzándola a que se fuera con ella a la portería.

Pero ella no quería volver allí de ninguna de las maneras, y se soltó con algo de brusquedad diciendo:

—Me marcho. Me tengo que ir… Muchas gracias. Gracias a las dos —dijo, y entonces se dio la vuelta.

Se dio la vuelta y comenzó a correr calle arriba, hasta que llegó a la avenida de los Toreros cerca de la plaza de toros de Las Ventas. Siguió corriendo por esa misma calle como si estuviera huyendo de la misma muerte, hasta que esta desembocó en Francisco Silvela. Allí, sin resuello alguno, se detuvo, y continuó andando hacia Manuel Becerra para terminar entrando en el parque de Eva Perón.

Serían las diez y media u once de la mañana y el parque mostraba a sus usuarios habituales: jubilados dando de comer a las palomas o jugando a la petanca, alguna madre columpiando a su hijo, empleados municipales barriendo o regando…

La mañana era fresca y ella no se había abrigado demasiado. Se sentó en un banco vacío que estaba al sol, y allí permaneció durante horas, totalmente ensimismada, totalmente rota.

Capítulo 32

Antes de volver a su casa, se pasó por la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga que estaba anexa al parque. Y allí, como le habían enseñado las monjas, rezó por el alma de Fernando.

Entonces se empezó a sentir mejor, y comenzó su duelo. El duelo por la pérdida de un ser querido al que sólo había conocido durante unas horas, pero que pareciera que hubiera estado siempre con él.

Los primeros días fueron demoledores, y ya no pudo por más tiempo ocultarle a su madre lo que le había estado pasando:

—Hija, dime de una vez lo te pasa. No me sigas diciendo que no te pasa nada. Llevas así ya muchos meses y yo no soy tonta. A ver, cuéntame. ¿Te has enamorado? ¿Estabas saliendo con un chico, y te ha dejado? Cuéntame…

—Sí, mamá, eso es lo que ha ocurrido.

—Y ¿quién es? ¿Yo le conozco?

—No.

—Pero, a ver, ¿es alguien de tu clase, o alguien del barrio?

—Sí, es de la Complutense —Charo no quería decir nada que no supiera Chus.

—Y, ¿cuánto tiempo llevabais juntos?

—Hemos estado muy poco, mamá.

—Pues sí que te ha afectado… Y… entonces te ha dejado, entiendo.

—Sí, mamá. Me ha dejado para siempre.

—Bueno, pues, no te preocupes, hija, eres muy joven… ¡ya te saldrá otro novio! ¡Hombres hay muchos!

Pero ella no quería a «otro» novio. Quería a «su» novio, y su novio la había abandonado definitivamente.

Ya no era la locura irracional y absurda de mujer «estrecha» que había padecido durante los meses anteriores, sino duelo. Un duelo igual que el que sufren millones de personas cuando pierden un ser querido. Un duelo, que, como todos los duelos, el tiempo acaba de alguna manera cubriendo, que no olvidando.

Había llegado a tocar el amor con la punta de los dedos y nada más conocerlo se le había escapado. Había superado su trauma, pero con un alto coste sentimental que le había dejado malherida.

Aquella chica tonta y mojigata había vivido una aventura que hubiera puesto los pelos de punta a la tan atrevida Chus. De hecho, eso fue lo que ocurrió.

Su relación con su amiga siguió siendo fría y distante, a pesar del día que habían pasado juntas a primeros de julio y en el que habían parecido recobrar su antigua amistad. Pero no. A pesar de que Charo se intentaba mostrar más abierta, Chus siempre evitaba su compañía y cuando se cruzaban por el portal intentaba evitarla, si podía.

Fue en una ocasión, cuando ella iba a sus clases vespertinas en la Facultad de Derecho, cuando se encontraron las dos saliendo del portal. Se saludaron escuetamente, como siempre, y la rubia se adelantó, saliendo hacia la calle. Pero Charo también salía, pues su madre le había encargado ir a Pontejos a comprar unos botones. La mujer hacía arreglos de costura por las tardes, y con eso también tenían un sobresueldo.

El caso es que, a pesar de que la otra corrió, perdió el metro y su amiga la alcanzó en el andén. Estaban ya en el mes de diciembre de aquel año, y Charo había comenzado a ganar peso otra vez.

—¡Anda! No sabía que venías para el metro…

—Pues sí, voy a Pontejos, a comprar unas cosas.

—Oye… —comenzó a decir, al mirarla mejor— estás engordando otra vez… ¿Has salido ya del pozo?

—¿El pozo?

—Sí, el pozo. Cuando estuviste en mi casa de la sierra me dijiste que desde que estuvimos con esos tíos estabas «como en un pozo». ¿Recuerdas?

—¡Ah!, sí, ya…, eso se me pasó, Chus.

—Bueno, pues menos mal. Al menos te sirvió de algo nuestra conversación.

—Fue por un sueño que tuve, creo.

—¿Un sueño?

—Sí —respondió, con una sonrisa irónica—. Espera, ya viene el tren. Cuando estemos dentro, te lo cuento.

El convoy entró en la estación y las dos chicas se montaron. Estaba bastante lleno y se quedaron de pie, al final del vagón.

—A ver, cuéntame ese sueño.

—Pues verás, yo había vuelto a quedar con Fernando, a solas.

—¿A solas?

—Sí, quedamos en el Chapandaz, y allí nos sentamos en el reservado del fondo. Nos pedimos un «mini» de leche de pantera y nos estuvimos «dando el lote» durante un buen rato. Después nos fuimos al parque del Oeste, y allí continuamos. Y de repente, vinieron dos atracadores, y me quisieron quitar el bolso. Pero Fernando se peleó por mí, y los ahuyentó. Aunque eso hizo que a él le entrara «el mono», y se puso a temblar y a sudar porque necesitaba *consumir*.

—Joder, tía, vaya panorama. Si soy yo, me hubiera despertado en ese momento.

—Pues, agárrate, que todavía viene lo peor. El caso es que nos fuimos los dos a comprar la droga a un camello que resultó ser un gitano en las chabolas de San Blas.

—En las chabolas de San Blas… ¡vaya sitio!

—Pero Fernando no llevaba suficiente dinero —siguió—, y se la tuve que comprar yo. Estábamos en la chabola de una niña de quince años, que por cierto estaba casada, pero nos dejó

a solas para que él se la pudiera chutar con tranquilidad. Pero, claro, como estaba con el mono, pues no atinaba, y tuve que ser yo quien le inyectase la heroína.

—¡Uf…!

—Pues sí, vaya mal trago que pasé. Bueno, el caso es que al final, con el chute se le pasó el mono, y nos quedamos dormidos los dos encima de un sofá desvencijado que había dentro de la chabola. Y luego, a medianoche, nos despertamos. Él me desnudó, e hicimos el amor. Y ahí se terminó el sueño.

—Querrás decir la pesadilla… Y, ¿dices que estás mejor desde entonces?

—Sí, ya salí del pozo, Chus. No hay nada como un buen susto para que una se dé una cuenta de las cosas.

—Desde luego. Bueno, ya estamos en mi parada. Me bajo aquí, que tengo prisa. ¿Ok? —dijo, comenzando a salir por una de las puertas que acababa de abrirse—. ¡Adiós, Charo!

—¡Adiós, Chus! —se despidió, y con una sonrisa de oreja a oreja vio como la amiga se apresuraba por el andén hacia las escaleras mecánicas. No pudo evitar soltar una sonora carcajada cuando la perdió de vista.

Ese fue el punto y final de aquel «trauma», desde luego. Ella que siempre se había sentido inferior en todos los sentidos a su amiga, en ese momento se sintió muy superior a ella. Había tenido una aventura de tal magnitud, que sólo refiriéndola como una fantasía podía ser creída. A ver quién era ahora la cobarde y la timorata. A ver si Chus, con todo su teórico atrevimiento, se hubiera acostado con un toxicómano. A ver si ella, tan *pijita*, hubiera tenido el coraje de acompañar a un drogadicto a las chabolas de San Blas…

Se sintió muy superior, y de nuevo volvió a soltar una carcajada irónica, ante el asombro de algunos pasajeros.

Y fue en ese momento, cuando habían pasado ya dos meses desde la recepción de aquella terrible noticia, cuando terminó su duelo. Como bien le dijo aquella anciana, la vida sigue, aunque nos hayan arrancado el corazón, y ella seguía teniendo en su recuerdo al que fue el gran amor de su vida.

Fernando cruzó su existencia fugazmente, como si fuera un relámpago que en medio de la noche ilumina toda la tierra, y que cuando desaparece, reaparece la oscuridad.

Aquel relámpago había destrozado su corazón, pero las heridas ya estaban cicatrizando.

Y cicatrizaron hasta el punto de que ella casi que volvió a ser la de antes. Había vencido un trauma y había madurado, pero su genética seguía siendo la que era, es decir, la que correspondía a una chica sencilla y casera que no sale con chicos. La Charo de antes, vaya.

Cuando recordaba en la distancia el que fue el día más importante de su vida, le parecía que todo había sido un sueño. Que lo que había ocurrido, en realidad no era sino el sueño que le había contado a Chus, y que no había existido, más que en su imaginación. No se explicaba como ella, Charo, la hija del portero, se había atrevido a hacer semejante cosa.

Aquello sólo duró una tarde y una noche, y quizás por eso ocurrió de aquella manera. Quizás, si hubiera durado más, si ella no hubiera acompañado a Fernando a las chabolas como él le pidió, todo se hubiera terminado ahí. Si hubiera durado más tiempo, quizás su inseguridad y su timidez hubieran aflorado, y todo hubiera terminado antes de tiempo.

Ella volvió a ser la Charo de antes en todos los sentidos. Las lentillas fueron desterradas, pues tenía poca lágrima y se le clavaban. Tenía que estar constantemente echándose colirio y aun así se le empañaban. Finalmente, le produjeron algunas pequeñas ulceraciones y entonces volvió a sus habituales gafas, aunque esta vez no fueron *de culo de vaso* sino unas más finas.

Se volcó con los estudios y con una carrera que le apasionaba, y se olvidó de los chicos. Total, su aspecto ya no invitaba a nadie a intentar ligársela, como había ocurrido con aquel tipo en el hall de la facultad.

Eso quizás era lo peor que llevaba. El ser de nuevo olvidada por los chicos. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene su amor propio, y ella no era una excepción. Sentía envidia cuando compañeras de clase se «enrollaban» con otros compañeros, o con otros chicos, mientras ella permanecía ignorada. Pero no estaba dispuesta a adelgazar o a ponerse un top ajustado sin sujetador para cambiar esa cuestión. «Hasta ahí podríamos llegar», pensó. Además, hacer eso hubiera sido recordar a Fernando y recordar lo que pasó, y todavía no estaba preparada. El duelo había pasado, pero el luto, no.

Capítulo 33

Con veinticinco años terminó la carrera y llegó el momento de buscar trabajo. Pero como tantos miles de jóvenes que habían estudiado carreras «de letras» se encontró con la cruda realidad: no había trabajo de lo suyo. Y menos en medio de la terrible crisis económica que se desató a finales de 1992 y que no terminó hasta 1996.

Así las cosas, no le quedó otro remedio que lo que se suele hacer en estos casos: opositar. Opositar, y en su caso esto significaba prepararse para ser profesora de secundaria de la asignatura de Lengua y Literatura, que era la licenciatura que ella ostentaba.

Así que se preparó los temarios, y se puso a estudiar. Como no tenía novio ni amigas, se pasaba el día en casa con los apuntes, y cuando llegó el momento del examen, dos años después de empezar, se veía capacitada para obtener una plaza.

Pero nada más lejos de la realidad. Su primera experiencia en un examen de oposición al funcionariado fue todo un desastre, y en el día de la prueba se puso más nerviosa que un flan. Se le quedó la mente en blanco, y sólo recuperó los datos almacenados en su cerebro cuando ya faltaba poco para la finalización del examen.

Así las cosas, no tuvo más remedio que presentarse al año siguiente. Total, en teoría se sabía la materia, y sólo sería cuestión de repasar. Pero esta vez se confió demasiado.

Amparada en ese teórico conocimiento, se relajó un tanto, y se dedicó a la lectura de novelas y poesías, que era su gran afición. Su querida biblioteca de la calle Azcona era visitada con asiduidad, y las bibliotecarias que allí trabajaban ya la conocían por su nombre, y se saludaban y comentaban las cosas como si fueran amigas.

Cuando ya faltaba poco para el examen se dedicó a «darle duro», y se preparó tácticas psicológicas para que no le volviera a pasar lo de la otra vez.

Y efectivamente no le pasó. No se quedó en blanco, pero descubrió que el examen era demasiado difícil. Aun así, salió de la prueba relativamente satisfecha.

Pero cuando vio las notas se le cayó el alma al suelo. No se había quedado ni siquiera con «opción a bolsa de interinos», que era la manera con que muchas personas que no habían aprobado optaban a un puesto de trabajo como sustitutas temporales del personal con plaza.

Entonces se replanteó el hecho de volver a dedicar otro año a seguir preparándose, o bien cambiar de aires.

Y entonces se descubrió a sí misma que el trabajo en realidad no le atraía. Ser profesora es un trabajo ciertamente vocacional, y ella no se veía al frente de una clase de adolescentes intentando hacerles comprender la diferencia entre un lexema y un fonema. Eso requería un cierto espíritu de protagonismo que ella francamente no tenía. Ella, que siempre había procurado pasar desapercibida en todo.

Se vio en la tesitura de comenzar a buscar trabajo ahora que la economía comenzaba a remontar, o quizás comenzar a estudiar otra oposición. Pero la primera opción implicaba casi con seguridad encontrar un trabajo «manual» como camarera, cocinera, dependienta en una tienda… Algo que podría haber encontrado de igual manera sin necesidad de haberse pasado seis años en la Universidad y otros tres haciendo oposiciones.

Entonces su hermano le comentó la posibilidad de apuntarse a unas oposiciones algo desconocidas y por tanto con no demasiados aspirantes, que era la preparación para Administrativo en la Comisión de Prevención del Blanqueo de Capitales. Esta comisión era un órgano dependiente del Ministerio de Economía, y, aunque los asuntos económicos no eran algo que fuera del interés de una «persona de letras» como era ella, los puestos que se sacaban a concurso eran para personal administrativo. Es decir, personal auxiliar que se dedicaba a realizar tareas básicas de oficina como archivar documentos, transcribir e imprimir informes, en fin, tareas sencillas. El salario era algo más bajo del que se podía obtener como maestra, pero para una persona soltera y sin familia como era ella, suponía más que suficiente.

Así que comenzó a preparárselas con interés, y tras casi dos años de estudios las consiguió aprobar.

«¡Ya era funcionaria!, y tenía el sueldo asegurado de por vida», le dijo a sus padres y a su hermano, cuando vio publicado su nombre en el tablón de anuncios del Ministerio.

Capítulo 34

Aquel cambio de vida no supuso gran cosa para Charo. En el fondo era algo parecido a volver a la universidad, aunque madrugando un poco más.

Por las mañanas entraba a las ocho, como todos los funcionarios, y terminaba a las tres para irse a su casa a echarse la siesta. Y, al igual que en la universidad, por las tardes había que estudiar. Sí, que estudiar, pues nada más llegar descubrió que todo el mundo, que todos sus compañeros no hacían otra cosa más que estudiar para intentar ascender en las oposiciones internas que se convocaban todos los años.

Ella había entrado en el nivel más bajo, es decir, como auxiliar administrativa, y debía sacar al menos dos niveles para llegar al puesto de Oficial Administrativo, y otros tres más para llegar a Técnico. Pero no fue algo que le importara demasiado puesto que eso era lo que llevaba haciendo toda su vida. Además, como seguía sin novio y sin amigas, tenía todo el tiempo del mundo.

Porque lo cierto es que en cuestiones amorosas seguía como estaba tras aquel memorable año en el que le sucedió todo aquello.

Durante unas vacaciones en agosto, cuando la familia Rodríguez se marchaba al pueblo, había tenido un conato amoroso con un primo segundo que finalmente se quedó en nada porque el hombre se exasperó con los excesivos remilgos de la muchacha. ¿Sería posible que quizás, no hubiera superado aquel trauma, después de todo? Ella se comportaba como la misma chica recatada, pacata y estrecha que había sido siempre y de alguna manera seguía teniendo una especie de aversión hacia los hombres.

Después del suceso con aquel «paisano» se hizo esta pregunta en numerosas ocasiones, y en todas ellas terminó por responderse que no. Que ella no era eso. Desde luego, si por un milagro resucitase Fernando y se le apareciera en su habitación, ella se tiraría a él como una leona, como una tigresa, se arrojaría a sus brazos, y estaría dispuesta a hacer con él cualquier cosa que este le pidiera por escabrosa que fuera. Así que, no. No era eso lo que le pasaba. A ella le gustaban los hombres como a cualquier otra mujer, solo que quizás era demasiado exquisita con ellos.

Eso no significaba, desde luego que a todos les dijera «que no». No decía que no a ninguno, porque ningún hombre se acercaba a ella con pretensiones y, por eso no tenía ocasión de decir ni que sí ni que no. Durante la carrera sí que pareció que algún compañero se interesó, pero como estaba «de luto», no dio ocasión a iniciar relación alguna. Después, mientras estudiaba las oposiciones, como no salía de casa, pues tampoco hubo ocasiones, y ahora en el trabajo, pues los compañeros eran por lo general personas con una media de edad de cincuenta años, casi siempre casados, y por tanto no se interesaban por una treintañera como ella.

Hasta que sucedió el asunto de Luis.

Cuando Luis fue a ver a Chus para intentar hacer algo con ella, este apuntó demasiado alto. Pero como surgió el asunto de las comisiones por referir clientes para la decoración de interiores, ella se acordó de su vieja amiga, y pensó que quizás podría encajar con lo que aquel hombre estaba buscando.

Habían pasado ya quince años desde el suceso con Robert y Fernando, y la lianta de Chus volvía a las andadas. Al igual que aquella vez, se sirvió de Charo para sus propios intereses, y ahora volvía a la carga al intentar liar a su amiga con Luis.

Aunque lo hacía sin mala intención, desde luego.

Chus ya no vivía con sus padres. Después de un matrimonio fugaz con un agente de bolsa, se había divorciado y tenía un buen trabajo. Había conseguido un buen piso en el exclusivo barrio de Salamanca, y se dedicaba a la buena vida.

Pero de vez en cuando se pasaba por su antiguo hogar en la calle Martínez Izquierdo y les visitaba, y sabía la situación en la que se encontraba Charo. Sus padres y los de ella seguían siendo amigos y le contaban cómo le iba a su hija. Sabía por tanto de su trabajo en la Comisión, y sabía que seguía soltera. Y sabía también, y por eso el interés de presentarle a Luis, que ella era el tipo de chica que él estaba buscando.

Capítulo 35

—¡Hola Gumer!

—¡Hola Chusita! ¡Cuánto tiempo sin verte, guapa! ¿Qué tal estás, hija?

Chus había ido a la portería a intentar hablar con Charo para concertar una cita con Luis. Estaba haciendo de «celestina», y lo sabía, pero no pensaba que estaba haciendo ningún daño. Aquellos dos podían encajar muy bien el uno con el otro.

—Estoy muy bien, Gumer, había venido a ver a mis padres. Estoy a un paso desde mi casa y ya ves, nunca vengo.

—Lo mismo me pasa a mí con Miguel. Viene a traernos a los nietos sólo de Pascuas a Ramos.

—Jajá, bueno, los hijos somos así, ya lo sabes, ¿Cuántos chicos tiene ya?

—Mi nuera está embarazada del tercero, ya ves.

—O sea que les va muy bien…

—Sí, es ingeniero, y está muy bien situado. Y Estrella también tiene un buen trabajo.

—¿Dónde viven?

—En Las Rosas, ya sabes, los pisos nuevos que han hecho donde estaba el descampado entre San Blas y Vicálvaro.

—¡Ah, sí!, he oído hablar de ellos. Son unos *pisazos*, creo.

—Lo son, Chusita, lo son… parece mentira, el lugar donde estaban antes los gitanos, y ahora mira cómo ha cambiado el barrio…

—El mundo evoluciona, Gumer, y casi siempre es a mejor.

—Bueno, eso es relativo, algunas cosas van a mejor, y otras van a peor.

—Sí, puede ser. Oye —dijo, cambiando de tema— ¿Está por ahí Charo? Me gustaría hablar con ella…

—¿Charo? No, ya no vive aquí.

—¿Ah no? —exclamó, confundida.

—No. Está con Laly, en nuestro piso de Las Musas. De hecho, yo tampoco duermo en la portería ya. Cuando acaba mi jornada me voy con ellas.

—Claro, no me acordaba que teníais un piso en ese barrio…

—Lo tenemos desde hace mucho, sí, y al principio vivía solo Charo. Le viene mejor para ir al trabajo, que está más cerca de allí que de aquí. Así tiene que madrugar menos. Ya sabes que es muy dormilona…

—Sí, ya me acuerdo.

—Y ahora Laly también se queda con ella y no viene por aquí. Desde que la operaron de la rodilla, no puede con las escaleras, y allí tenemos ascensor. Soy yo solo el que viene y va todos los días, ya ves.

—¿Cuánto te queda para jubilarte?

—Dos años. Estoy contando los días, Chusita.

—Venga, Gumer, si a ti te gusta la portería, ¡no me digas que no!

—Sí, tengo aprecio a los vecinos, y me gusta hacer las chapuzas, pero también me gustaría jubilarme e irme a vivir al pueblo.

—Claro, es natural…. Oye, entonces, ¿podrías darme el teléfono de Charo? Me gustaría hablar con ella.

—¡Claro, hija! Lo tengo aquí en la agenda del móvil… Espera, a ver si sé cómo hacer para dártelo…

El hombre se puso las gafas y comenzó a toquetear el teléfono. Después de un rato, se vio en disposición de enseñárselo. Chus lo incorporó a la agenda del suyo y se despidieron.

—Bueno, Gumer, me tengo que ir. Da recuerdos a Laly.

—De tu parte, Chusita, y, ¡a ver si visitas más a tus padres!

—¡Lo intentaré! —dijo con una sonrisa, mientras salía del portal.

Capítulo 36

—¿Dígame? Respondió al descolgar, al ver un número no identificado, que no estaba en su agenda.

—Hola, Charo, soy Chus.

—Hola, Chus —dijo, tras unos segundos de asombro, y con cierta sequedad.

—Perdona que te llame, no sé si estás ocupada… ¿Te ha dicho tu padre que te iba a llamar?

—Pues, no, no me ha dicho nada. ¿Qué querías?

—Bueno, en realidad… no quería nada… charlar, solamente. Entiendo que puedes hablar ahora, ¿no es así?

—Sí, estoy en casa. Estaba estudiando.

—¿Estudiando?

—Sí, para unas oposiciones.

—Pero… ¿vas a cambiar de trabajo?

—No, son oposiciones internas. Para ascender.

—¡Ah!, ya veo. Y, ¿cuándo tienes los exámenes?

—Todavía queda tiempo. Pero hay mucha competencia y hay que prepararse con mucha antelación.

—Pero, si son internas, ¿no es más fácil?

—No, no lo es. Las plazas de ascenso son muy limitadas y somos muchos los compañeros interesados. La competencia es mucha, y solo pasan los mejores, claro.

—Ya… pero supongo que podrás dejar los estudios para charlar con una vieja amiga, ¿no es así?

—Sí, claro —respondió, casi sin pensar, como si fueran los viejos tiempos en los que ella no le negaba nada.

—Oye, podríamos quedar en «el Seny». Esta mañana he pasado por el barrio, y veo que sigue abierto. ¿Te parece?

—Sí, me parece bien —dijo, siguiendo con la misma actitud, para sorpresa propia.

—¿Qué día te viene mejor?

—Me es indiferente, Chus, supongo que tú estás más ocupada que yo.

—Sí, tengo muchos compromisos, la verdad. Sociales y laborales. Pero bueno, vamos a ver… ¿podría ser… el domingo?

—Sí, podría ser. ¿A qué hora?

—Pues, creo que tengo una comida ese día, y probablemente se alargue. Así que, ¿te parece bien sobre las siete? O, ¿es muy tarde? Lo digo por si el lunes tienes que madrugar…

—No, me parece bien. Allí estaré.

—Venga, pues nos vemos entonces. Hasta luego, Charo.

—Hasta el domingo, Chus.

Las dos colgaron, y Charo se quedó mirando el teléfono donde se reflejaba el número que le acababa de llamar.

Lo primero que hizo fue pensar si debía o no debía incluirlo en la agenda. Había pasado ya mucho tiempo desde la última vez que la vio, y, francamente, pensaba poco en ella. Eran recuerdos del pasado que prefería olvidar.

Finalmente lo incluyó porque esa llamada se podría volver a repetir, y ella no era buena para memorizar números. La agenda de aquellos primeros celulares era exigua, y de ahí lo de pensarse lo de incluirlo o no.

Una vez hecho el trámite, se cerró los temarios y los guardó. Estaba ya harta de estudiar esa tarde, y después de la llamada de Chus no se iba a poder concentrar en nada.

Se fue hacia la ventana, y comenzó a contemplar la calle. Concretamente el parque que se veía desde su casa en la calle Longares. «¿Por qué le habría llamado?», se preguntó. ¿Sería cierto que sólo para «charlar»? La conocía bien, y sabía que tramaba algo. Desde luego, no era porque se aburría y se acordó de ella para ver qué tal le iba. Si le había hecho un hueco en su apretada agenda era por algo. O quizás no…

Ya tenía treinta y cuatro años, los mismos que ella, y sus vidas eran muy distintas. Quizás simplemente quería recordar los viejos tiempos. Quizás con la edad se había vuelto de otra manera… Se encogió de hombros y decidió no pensarlo más. El domingo lo averiguaría.

Capítulo 37

La cervecería Seny estaba en la calle Alcalá, muy cerca de Manuel Becerra. Era ya el mes de mayo y tenía algunas mesitas en la acera, constituyendo una bonita terraza. Sólo quedaba una mesa libre cuando Chus llegó, un cuarto de hora antes de las siete. Como se temía, aquella comida de negocios se había alargado mucho, y ya no le daba tiempo a irse a su casa.

El restaurante en el que había tenido lugar estaba relativamente cerca de la cervecería, y como el tiempo era magnífico, decidió dar un paseo hasta allí.

Pasó por la calle Goya, y en la esquina de El Corte Inglés giró para entrar en Alcalá, en dirección Este hasta llegar a la cervecería.

No sabía muy bien por qué se había acordado de Charo cuando tuvo aquella conversación con Luis. La hija del portero solo estaba ya en su memoria cuando evocaba recuerdos de su niñez. Del colegio de monjas, y de aquellos veranos en la sierra cuando se quedaba con ella todo el mes de julio.

Mientras vivía en casa de sus padres la veía de vez en cuando, aunque desde que se casó apenas la había visto en un par de ocasiones. Y sólo en una lo suficientemente cerca como para dirigirse la palabra. «¿Cuántos años hace ya de eso?», se preguntó.

No lo recordaba. Podrían ser cinco, o seis… quizás incluso más. Y, aun así, no habían pasado de intercambiar dos o tres frases. Frases que no recordaba, pero que serían algunas cordialidades, sin más.

Lo que sí recordaba es que Charo seguía igual que siempre. La misma media melena, las mismas gafas… Bueno, las gafas eran diferentes. Ahora eran más estilizadas y más finas que las que llevaba en el instituto. Pero por lo demás era la misma chica simplona y gordita que siempre había sido. Nada que ver con ella. Chus siempre había sido delgada, pero ahora quizás lo era más. Y su pelo había cambiado en todo ese tiempo en mil maneras diferentes.

Entonces recordó cuando su amiga adelgazó. Sí, fue a raíz de algo que pasó con un par de chicos… «pero, ¿qué fue?», se preguntó. Intentó hacer memoria, pero no consiguió recordarlo.

En ese momento llegó el camarero y se pidió un gin-tonic. Mientras veía irse al empleado, lo recordó: «sí, creo que fue por un desengaño». «Se obsesionó con uno de los chicos y por eso fue». «Una pena que no hubiera seguido con esa figura… tenía cualidades físicas suficientes como para llegar a donde hubiera querido», terminó de pensar.

Mientras veía el deambular de la gente por la calle Alcalá, creyó verla venir desde Manuel Becerra. Y según se fue acercando, lo confirmó. Sí, era ella, y seguía igual que siempre.

—Hola Chus, me alegro de verte.

—Hola Charo —respondió, mientras se ponía de pie y se daban los dos besos de rigor—. ¿Vienes andando?

—No, vengo del 38. Ya sabes, el bus que viene desde Las Musas. Sólo he andado desde la parada hasta aquí.

Capítulo 38

Estuvieron hablando de los viejos tiempos, de sus padres, de la Universidad… Ella le preguntó sobre su trabajo de diseñadora y Chus hizo lo propio con su trabajo en la Comisión. También hablaron del asunto sentimental y esta le habló de su fallido matrimonio con aquel agente de Bolsa, y le confesó los muchos amantes que había tenido y que seguía teniendo. No lo hizo para presumir, sino que lo expresó como hacía rutinariamente con otras amigas que eran como ella. Sólo que Charo no era el tipo de mujer con la que hablar de esas cosas.

Hasta que salió el tema de Luis.

—¿De verdad que no te acuerdas de él?

—No mucho, la verdad. Recuerdo que venía a la *Uni* con una moto, ¿no? Un chico con un tupé y unos pantalones de cuero…

—Jajá, —se rio—. Sí, es ese. Pero el tupé ha desaparecido. Ahora está calvo.

—¿Calvo?

—Sí, está perdiendo pelo, y yo creo que dentro de poco lo perderá del todo. Desde que se divorció de Miriam no levanta cabeza, el pobre.

—¿Cómo? ¿Ha estado casado… con Miriam? —preguntó, con asombro.

—Sí… ¿no lo sabías?

—No tenía ni idea —respondió tras mirar hacia un lado durante unos segundos—. He estado muy desconectada de vuestra pandilla, Chus.

—Pues sí, yo creo que han estado casados al menos siete años.

—Siete años… Y… ¿por qué lo dejaron?

—Ella lo dejó a él. Es un poco aburrido, diría yo. No le gusta mucho salir, no le gusta viajar, es un poco casero…, vamos como tú. Pero no te lo tomes a mal, eh, no estoy criticándolo; es sólo una opción de vida tan respetable, como puede ser la contraria, sin que ninguna sea mejor o peor.

—Sí, te entiendo. Y claro, Miriam es todo lo contrario, ¿no es así?

—Pues sí. A ella le gusta salir por ahí, salir a bailar, viajar… y como no han tenido hijos, pues ha dicho «hasta aquí hemos llegado». Y, ¿sabes qué? Le ha dejado por su profesor de baile.

Charo sonrió ligeramente. Estaba claro que ella había sacado el tema a la fuerza. Por alguna razón quería que ella se fijara en ese hombre, y conociéndola, ya suponía con qué propósito. El hecho de parecer que se estaba burlando ligeramente de él no era sino para aparentar que no tenía ese interés que en realidad tenía.

Después de hablar un poco de aquel matrimonio y de las causas de su separación, por fin puso las cartas boca arriba:

—Yo creo que a ti te caería bien, Charo. Es muy trabajador. Ahora se dedica a la construcción y tiene una empresa de revestimientos, con cantidad de trabajadores. Su vida es el trabajo y la casa, y no tiene tiempo para más. Cuando no está en el trabajo está en su casa. Vamos, como eres tú. Y es un buen chico, además.

—Si quieres, podemos quedar un día los tres juntos, y así le conoces —terminó de decir.

Charo tardó en contestar, pero finalmente dijo:

—Pero, Chus, dime la verdad. ¿Qué interés tienes tú en esto?

—Cómo que…

—Sí. Me refiero, es que es muy extraño…

—¿El qué es muy extraño?

—Es muy extraño que tú y yo llevemos años sin hablarnos, y de repente me llamas y me hablas de las bondades de un chico que quieres que conozca.

—Bueno, Charo, eso no es así… Hemos hablado de todo un poco, tía, no solo de Luis… Es lo que te dije, el otro día me pasé por casa de mis padres, vi al tuyo, le pregunté por ti, y entonces me acordé… Porque es verdad eso que dices, tía, llevamos mucho tiempo sin hablarnos y claro, pues con lo que hemos sido tú y yo… pues… pues… ya iba siendo hora de que esto se arreglase, ¿no te parece?

—Ya —contestó, sin demasiado convencimiento.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Quieres que le llame?

De nuevo se hizo de rogar en su contestación. Tomó la taza de café que se había pedido, la apuró, y entonces miró hacia una pareja de novios que pasaban justo a su lado. Era un chico muy delgado que iba gastándole bromas a una chica rellenita a quién llevaba agarrada de la mano. Entonces se decidió.

—Está bien, Chus. Llámale. Podemos quedar cualquier sábado, o cualquier domingo.

Capítulo 39

Existía de alguna manera una especie de «conexión mística» entre ese hombre y el gran amor de su vida, pues Fernando se había acostado con Miriam, Luis había sido el marido de Miriam y ahora ella podría ser la novia de Luis. Era como si mediante esa cadena de conexiones ella pudiera de alguna manera conectar con Fernando en el más allá, o donde estuviera. «Es lo que tiene la relación sexual», pensó. «Es una unión tan íntima con una persona, que de alguna manera las dos se hacen una sola, y si se tienen más relaciones con otras, todas juntas comparten esa unidad». Era una expresión que siempre se había dicho, aunque por otras razones: «si te acuestas con alguien, te estás acostando con todas las personas con quién él o ella se haya acostado».

Eso fue lo que se le vino a la mente cuando vio a aquellos dos jóvenes en la cervecería. El chico se podría parecer a Fernando, y la chica rellenita era ella.

Si no hubiera sido por eso, quizás le hubiera dicho que no. Aunque ella probablemente habría insistido, y es posible que no se hubiera podido negar. Chus siempre tuvo un influjo dominante sobre Charo, y por alguna extraña razón, siempre terminaba haciendo lo que ella se proponía.

La cita tuvo lugar el sábado siguiente en la casa del propio Luis en Las Rozas. Aquel día de finales de mayo hacía ya calor de verano, y el hombre propuso celebrar una barbacoa en su jardín.

Chus se trajo consigo a un chico más joven que ella. Seguramente no llegaba a los treinta años, y le presentó como «un amigo», cuando se veía claramente que era algo más.

Los cuatro se dispusieron a pasar un día juntos, y Luis se deshacía en atenciones con los otros tres.

La casa era grande. Toda una mansión de tres plantas con un jardín espectacular y una piscina no menos impresionante. Las Rozas formaba parte de las cuatro ciudades o barrios más importantes de Madrid a comienzos del siglo XXI en lo que se refería a estatus social, junto con Aravaca, Pozuelo de Alarcón y Majadahonda. Eran los sitios preferidos donde la gente de clase media-alta prosperaba, los sitios de moda de la gente con aspiraciones.

Charo había ido muy reticente a aquella cita, pero a decir verdad se lo estaba pasando muy bien. Le recordó de alguna manera a las veces en las que había estado en la piscina de Chus en Mataespesa. Aunque aquella casa superaba con creces a la de su amiga, y no solo por el tamaño.

Después de reírse todos con las ocurrencias de su anfitrión, y tras terminar la barbacoa, hacía tanto calor que tanto Luis como Carlos, el amigo de Chus, se lanzaron al agua de la piscina para refrescarse. Incluso estando vestidos.

Pero resultó que las dos mujeres no habían traído la indumentaria adecuada, y ni corta ni perezosa la más atrevida de las dos agarró a la otra de la mano y sin perder ni un instante se marcharon a un centro comercial cercano para comprarse unos bañadores.

—Es mejor este, Charo ¡hazme caso!

—Que no, tía, que no puedo llevar ese bikini. ¡Qué no!

Las dos estaban juntas en el probador de la tienda, un cubículo pequeño de apenas un metro cuadrado donde Chus estaba intentando convencer a la otra de que se pusiera un atrevido bikini.

—Estas súper-sexy, tía, te lo digo yo, que entiendo de esto.

—Pero Chus, ¿no ves que se me sale todo? ¿No sería mejor el bañador gris?

—¡De eso nada! Ese es una horterada, tía. Ni se te ocurra presentarte allí con eso. Te vas a parecer a mi abuela, joder.

—Venga, vale, el bikini, pero yo creo que sería mejor la talla XXL.

—¡Ni hablar! Esta te sienta de maravilla. Venga, ponte tu ropa y vámonos.

Como siempre, Charo obedeció a Chus. El tiempo que tardaron en hacer aquella elección fue casi el triple que el que tardó la rubia en probarse el suyo, pues casi no le hizo falta. Cualquier cosa le sentaba bien. Pero a ella…

El caso es que se presentaron en el chalet a la velocidad del rayo, y en menos que canta un gallo ya estaban las dos apareciendo por la piscina en traje de baño.

Los otros dos ya estaban fuera, tumbados en una hamaca con una bebida en la mano, y nada más verlas aparecer se levantaron y las empujaron al agua, donde comenzaron todos a jugar como si se trataran de niños pequeños.

Allí estuvieron un buen rato hasta que la tarde fue cayendo, y los chicos se salieron, mientras las dos mujeres permanecían en el agua, al otro lado de donde estaban ellos. Cuando estos finalmente se marcharon a cambiarse, Chus le preguntó:

—Bueno, qué ¡cuéntame! ¿Qué te está pareciendo Luis?

—De momento me cae muy bien. Está muy atento conmigo y se deshace en atenciones. Bueno, conmigo y también con vosotros dos. Me lo estoy pasando muy bien en esta casa, Chus —dijo, con sinceridad.

—Habrás visto que no pierde detalle de tus tetas, ¡eh!

—Ya, porque si tuviera que fijarse en las tuyas ya habría terminado de verlas hace rato —le soltó, con mucha sorna.

—¡Mala pécora! —le dijo riéndose, y comenzaron a perseguirse por el agua con la intención de hacerse aguadillas, de la misma manera que hacían una con la otra cuando eran pequeñas, y sin parar de reír.

Al cabo de un rato vinieron los dos ya vestidos, y Luis les dijo:

—Bueno, chicas, ¿os vais a quedar todo el tiempo en el agua, o nos tenemos que meter a sacaros? Estamos ya invadiendo el tiempo de nuestro siguiente juego…

—Venga, nos salimos, a ver qué nos tienes preparado, que no me fío nada de ti, Luis —dijo Chus, nadando hacia la zona donde él estaba. Cuando llegó a la escalera, le pidió que le ayudara a salir y entonces le tiró de la mano y volvió a caerse al agua. Cuando emergió tenía una cara de circunstancias de aúpa, y Chus no paraba de reírse, mientras también lo hacía Charo.

Entonces volvieron con los juegos y las aguadillas, y para no ser menos también se tiró Carlos, aunque eso sí, procuró quitarse la ropa antes. Unos juegos en los que participó Charo, que se rio como la que más.

El juego que había preparado Luis para esa tarde, aunque comenzaron a jugarlo casi de noche, era un conocido juego de mesa que se basaba en preguntas y respuestas que se escribían en un papel y donde cada participante tenía que adivinar las del otro. Preguntas comprometidas, claro está.

Cuando hubieron terminado el juego, y después de reírse mucho, Luis se fue a la cocina y trajo unos aperitivos.

—Aquí os dejo una bandeja, por sí queréis cenar algo.

—Pero, Luis, si todavía tenemos las chuletas en la boca… —contestó Carlos.

—Pues por eso, por si los queréis. Yo ahí los dejo, y ya os aviso que estos canapés de salmón están de vicio —dijo, llevándose a la boca uno de los que había dicho—. Aunque no creo que os podáis resistir a estos cócteles de cava con helado de limón —añadió, mostrándoles una bandeja con cuatro copas, que todos probaron.

Después de charlar un rato todos juntos, tras una velada encantadora, las dos parejas se colocaron en cada uno de los dos amplios sofás que tenía el enorme salón de aquella casa, y comenzaron a hablar «en privado».

Luis había apagado las luces, y el techo de la estancia se iluminaba suavemente con una tenue luz azul que venía del fondo de la piscina, y que reflejaba los movimientos que el agua realizaba gentilmente. Carlos y Chus se estaban besando, en la otra esquina mientras Charo y Luis charlaban distendidamente.

—Cuando Chus me habló de ti no me dijo que eras una mujer tan encantadora.

—Eres un adulador, Luis. Soy una chica normal y corriente.

—Quizás sea por eso por lo que me atraes más, Charo.

—¿Acaso Miriam no era así?

Luis puso cara de cierto disgusto, pero procuró que no se le notara demasiado.

—De verdad, Charo, te digo que nunca he conocido a una chica como tú.

—¿Me lo tengo que tomar como un cumplido, o como todo lo contrario?

—Como un cumplido desde luego, pero también como una extravagancia.

—¿A qué te refieres?

—Por la parte positiva, es lo que te estoy diciendo desde hace un buen rato. Y ahora déjame que te diga lo de la extravagancia.

—Adelante.

—Pues verás, cuando una persona como yo, divorciada, conoce a otra mujer, lo que menos desea la chica es que le hablen de la ex. Es algo que ellas no soportan, y que suele ahuyentarles del hombre en cuestión.

—Ya veo por dónde vas.

—En efecto, tú no haces más que preguntarme por ella, y eso es algo que me tiene muy despistado. ¿Acaso la conociste?

—Apenas. Sé que era amiga de Chus, pero hasta donde yo sé, dejaron de hablarse hace muchos años, por razones que… desconozco —mintió.

—Pues entonces, no entiendo…

—Es mera curiosidad, Luis, no le des más vueltas. Yo he salido con muy pocos chicos, y son cosas que me atraen de alguna manera.

—¿Con cuántos has salido? Si no es indiscreción.

—Uno… o dos. Y brevemente.

—O sea, que estás sin estrenar —dijo, con una sonrisa.

—No soy virgen, si te refieres a eso.

—No, mujer, era una broma nada más. Pero sí, eso me confirma lo que me acabas de decir.

—Yo soy muy sincera, Luis, y me parece que tú también lo eres. Y la sinceridad es algo que valoro de las personas.

En ese momento él se acercó a ella y entonces Charo cerró los ojos, indicando que el camino estaba libre. Luis comenzó a besarla con pasión, y así estuvieron un buen rato, mientras ella le abrazaba y él le agarraba de la cintura. Poco a poco fue subiendo la mano hasta que la puso sobre uno de sus pechos, y ella en principio se dejó hacer, aunque al cabo de un tiempo se la retiró y se separó de él.

—Yo marcaré los tiempos, Luis, sino te importa.

—Por supuesto. Perdona si te he ofendido.

—No hay nada que perdonar —le dijo, mientras le agarraba del cuello para atraerle hacia sí, y volver a besarle.

Capítulo 40

Los tiempos fueron marcados por ella tal y como había advertido, pero «las fases» duraron poco y pasaron rápido de una a otra.

Charo encontró en Luis un hombre atento y cariñoso, y no fue difícil que se enamorara de él. Por su parte, él encontró en Charo a una mujer sencilla, inteligente, aunque sin picardía, sin experiencia amorosa alguna, y que se comprometió enseguida con él en todos los sentidos. Y, además, algo que era muy importante para Luis, quería tener hijos. Charo era precisamente todo lo contrario a aquello de lo que venía huyendo, es decir de Miriam.

Tras un noviazgo fugaz en el que muchas veces coincidieron con Chus y Carlos, se casaron una mañana de septiembre de aquel mismo año, es decir, en 2003. La boda se celebró en un juzgado, por insistencia de él, y eso fue algo que ella llevó muy mal. Y no solo por sus creencias religiosas, sino porque era algo que siempre le había hecho mucha ilusión. Siempre había soñado en casarse en su querida parroquia de Nuestra Señora de Covadonga en la Plaza de Manuel Becerra, un lugar que tantos recuerdos le traía.

Pasaron la luna de miel en Indonesia, en unas islas paradisíacas que se llamaban «islas Kai» y que unos amigos músicos les habían recomendado. La experiencia fue maravillosa, y Charo volvió embarazada de aquel viaje.

En junio nació Laura, una chiquilla muy blanca y rolliza, como Charo, aunque según fue creciendo se comenzó a parecer más a su padre.

Pero las cosas se comenzaron a torcer a finales de 2008, cuando estalló la burbuja inmobiliaria y se originó la gran crisis que vino después.

Capítulo 41

Hacia el año 2011, la que había sido una boyante empresa de revestimientos con medio centenar de trabajadores estaba en la quiebra. Las deudas se acumulaban y los ahorros e inversiones de la familia habían desaparecido casi por completo.

Luis había tenido una reunión con su hermano y socio y con los encargados de las cuadrillas para comentar los pasos a tomar, y eran ya altas horas de la noche cuando este se presentó en Las Rozas.

—Hola cariño, ¿qué tal os ha ido? —preguntó Charo, dándole un beso. La niña ya se había acostado y ella esperaba impaciente el regreso de su marido de aquella reunión. —¿Habéis conseguido salvar algo?

—Muy poco —contestó, con la cara seria.

El aspecto de Luis había desmejorado mucho en los últimos años. Había terminado de perder el poco pelo que le quedaba, y volvía a estar delgado, como en los años de su juventud.

—A ver, cuéntame.

Charo tomó de la mano a su marido y se lo llevó a uno de los dos amplios sofás del salón, donde se sentaron.

—Espera, necesito una copa.

—No te levantes. Ya te la preparo yo —Charo fue hacia el mueble bar, donde preparó un vaso de whisky con hielo para él y un vermut para ella. Después volvió junto a Luis.

—Uf —suspiró—. No sé por dónde empezar…

—Venga, no te preocupes —le animó, acariciándole el cuello—. Cuéntame lo de la casa de Guadalix, primero.

—Esa la perdemos seguro, Charo. Está hipotecada y hace tiempo que no pagamos las letras.

—¿No conseguiste renegociar con el banco?

—No serviría de nada. Para prolongar la agonía y poco más. Mejor venderla ahora y con lo que nos den cubriremos el descubierto de las acciones.

—Una pena. A Laura le gustaba mucho aquel tobogán sobre la piscina…

—Por eso no te preocupes. Le traeremos aquí —afirmó con algo de rabia, mientras apuraba la copa y se levantaba para servirse otra. Cuando regresó al sofá, ella se animó a que siguiera.

—Ahora cuéntame lo de la empresa.

—Vamos a liquidarla. Despediremos a tres cuartas partes de la plantilla —como mínimo— y nos quedaremos con los mejores para intentar terminar los pocos contratos que nos quedan.

—Y, ¿el almacén?

—Eso es lo peor. Lo hemos dejado fuera del concurso de acreedores.

—¿Por qué?

—Pues porque en la subasta nos darían cuatro perras por él y lo que contiene, y Emilio y yo pensamos que podemos sacar mucho más si conseguimos colocar el material por ahí.

—Pero tu hermano dijo el otro día, aquí mismo, en este mismo sofá, que no hay ningún sitio donde poder colocar eso…

—Hemos cambiado de opinión. ¿Tú sabes lo que nos ha costado todo el mármol que tenemos en ese almacén, Charo?

—Una fortuna, cariño.

—Pues por eso. No voy a dejar que se lo lleven esos buitres como si fuera una ganga.

—Pero Luis, ya no nos queda dinero… Si vendiéramos eso podríamos compensar algo de los ocho millones que…

—¡Ocho millones, Charo! —interrumpió—. ¡Ocho millones de euros! Es lo que nos queda por cobrar de esas promociones… Un dinero que no recibiremos jamás… —se lamentó.

El hombre dejó el vaso sobre la mesita que estaba enfrente del sofá, reclinó la cabeza, y la apoyó sobre las manos abiertas con los codos sobre las rodillas.

—Venga, Luis, no te preocupes… —verás cómo salimos de esta… —le dijo, abrazándole con cariño.

—No sé cómo, Charo. ¡No sé cómo! —exclamó, sin cambiar la postura.

—Podríamos vender el chalet, y con lo que nos den…

—Ni hablar —la interrumpió, incorporándose—. Eso jamás. Este chalet no se vende.

—Podríamos irnos a vivir a Las Musas. El piso de mis padres está vacío. Desde que se fueron al pueblo apenas vienen ya por Madrid.

—¡Que no, Charo! No quiero que saquemos a Laura de su ambiente, de su colegio, de sus amigas, de su piscina, del tobogán que le voy a traer…

—Ya, cariño, pero si no hay más remedio…

—Es que sí hay más remedio —contestó, reafirmándose en el «sí»—. Es lo que te digo, intentaré vender como sea esos materiales y con algo de suerte podremos pagar la deuda. No toda, desde luego, pero estoy seguro de que conseguiré una quita.

—Una quita… ya hablaste con los acreedores y se negaron.

—Esos buitres hijos de puta… Me persiguen día y noche, Charo. Ya no sé cómo zafarme de ellos.

—Pues por eso. Se negarán a que…

—¡No se negarán a nada! En cuanto les ponga cuatro millones delante de los ojos, los agarrarán sin rechistar. Eso, te lo garantizo.

—¿Tú crees que aceptarán una quita de la mitad?

—Estoy seguro. Mejor cobrar la mitad que nada.

—Vale, pero, ¿tú crees que podrás sacar ese dinero por el mármol?

—Por el mármol y por los vidrios. Tengo toneladas de ese material cubriéndose de polvo en el almacén de mi hermano, y estoy seguro de que alguien los tiene que querer. ¡Son de la mejor calidad!

—Pero ya no se hace ni una sola casa en toda España, Luis. ¿A quién se los vamos a vender?

—Ya encontraré a alguien que los quiera. Y si no es aquí, será en el extranjero. Esta crisis no afecta por igual en todo el mundo, ya lo sabes.

Charo se acercó más a Luis, le atrajo hacia sí y comenzó a besarle, mientras él se mostraba relativamente frío. Finalmente se separó un poco y lo miró fijamente a los ojos:

—No todo son malas noticias, Luis. Tengo que darte una muy buena.

—¿Cuál? —preguntó, con incredulidad.

—Estoy embarazada.

Capítulo 42

Luis viajó por toda España y también por Francia y por Portugal intentando vender los materiales, aunque no tuvo ningún éxito. En algún lugar le compraban algo, que consiguió vender, aunque apenas habían aminorado la ingente cantidad de existencias de mármol de Carrara y de vidrios templados que tenían en el almacén de su hermano.

Los acreedores seguían pisándoles los talones y no veían el medio de librarse de las deudas, cuyos intereses de demora no hacían más que aumentar.

Pero aquellas circunstancias no fueron lo peor que les pasó durante aquella época.

—Siete años, Charo. Siete años os ha costado engendrar este nuevo hijo, y para nada.

Charo estaba llorando, sentada en la camilla del ginecólogo. Le acababan de dar una noticia demoledora y estaba totalmente devastada.

—Pero, ¿es seguro? ¿Es seguro, doctor? —preguntó con ansiedad, entre sollozos.

—Que tiene síndrome de Down es seguro. Y respecto al grado… eso ya se verá. Aunque no existen grados como tales en esa enfermedad, ya te lo digo. Todos los niños presentan unas características comunes, pero luego el mal se desarrolla en cada uno con mucha variabilidad. Hay algunos que llegan a hacer una vida prácticamente normal, pero otros… otros presentan complicaciones casi desde el nacimiento que hacen que tengan una muerte temprana.

Nada más decir eso, el médico se arrepintió. Lo había expresado con toda su crudeza, y su paciente no paraba de llorar de forma desconsolada.

—Vamos, Charo —le dijo, abrazándola por los hombros—. Perdóname… me he puesto en lo peor, nada más. No tiene por qué ocurrir nada de eso. Lo más probable es que tenga la deficiencia, claro, pero que pueda llevar un tipo de vida… casi normal… Incluso podría conseguir un empleo, cuando sea mayor.

—He salido a mi madre, doctor —comenzó a decir, secándose las lágrimas con un pañuelo— A ellos les pasó lo mismo. Mi hermano y yo nos llevamos seis años, y por la misma razón.

—Sí, os cuesta tener el segundo, pero también tienes una edad… cuarenta y tres años, ¿no es así? —preguntó, y ella afirmó con la cabeza.

—Claro, es que os habéis arriesgado mucho, Charo.

—Él quería tener hijos, doctor. Fue una de las causas por la que se divorció de su primera mujer.

—Ya, pero…

—Si nos hubiéramos conocido antes… —interrumpió.

El médico se levantó de su lado, y se dirigió hacia un pequeño mostrador adyacente a la camilla. Tras unos segundos dijo:

—Hay otra opción, Charo. Ya sabes a qué me refiero.

—Eso jamás, doctor —respondió sin dudarlo, mirándolo fijamente a los ojos.

—Es legal en estas circunstancias.

—Me da igual. Yo jamás mataré a un hijo mío.

—Pero…

—Se me revuelven las entrañas, solo de pensarlo.

El doctor se asombró de lo claro que lo tenía, cuando en las mismas circunstancias, la mayoría de sus pacientes al menos lo habían dudado.

—Es una decisión muy personal, desde luego y estás en tu derecho de tomar la que consideres más oportuna —admitió.

—¿No lo podemos saber antes de nacer?

—¿Te refieres a saber cómo se desarrollará?

—Sí.

—¿Cambiaría eso tu decisión de tenerlo?

—Supongo que no.

—Pues para tu consuelo te diré que no se puede saber. No con los medios de los que disponemos en la actualidad.

Charo se terminó de vestir, y tras recibir el informe que terminó de salir por la impresora, se dispuso a marcharse. El ginecólogo la miraba con tristeza, y antes de salir le dirigió una última mirada.

—Adiós doctor.

—Adiós, Charo. Mucha suerte.

Capítulo 43

—No podemos tener ese hijo, Charo. Y menos en estas circunstancias.

—Pero, Luis… después de lo que nos ha costado… ¿ahora me dices eso?

—Para tener eso, mejor no tenemos nada.

—«Eso» es tu hijo, Luis. Nuestro hijo.

—Insisto. Para tener «eso», no tenemos nada —afirmó, con una expresión fría como ella jamás había visto.

—No, Luis —se enfrentó—. Yo lo diría de otra manera—afirmó—: mejor «eso» que nada.

—Como quieras, Charo, pero yo no estoy dispuesto a mantener una…

—¿Una qué, Luis? Además, ¿de qué circunstancias me hablas?

—Pues las circunstancias que tenemos actualmente, *Charito*. ¿Es que no te das cuenta? Estamos con el agua al cuello, en todos los sentidos. No podemos afrontar ahora otro problema. Y menos un problema como ese.

—En todos los sentidos no, Luis. Sólo en el sentido económico. Somos jóvenes todavía y tenemos salud para cuidar al niño. Que por cierto es niño, no sé si te lo he dicho.

—No me lo habías dicho, pero me da igual saberlo.

La respuesta fue demoledora, y Charo comenzó a llorar otra vez. Sin esperar consuelo, subió las escaleras hacia el piso de arriba, hacia su habitación y se sentó en la cama, sin parar de llorar.

Laura se había ido a la suya solo unos minutos antes y todavía no se había dormido. Cuando oyó a su madre llorar en la habitación de al lado, se acercó y le dijo:

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Por qué lloras?

—Por nada, hija. Vuelve a la cama.

—¿Has discutido con papá, otra vez?

—Vete a la cama, Laura. Es muy tarde y mañana tienes que ir al colegio.

—Ya sabes que tienes que hacer todo lo que él diga, mamá. Es lo mejor para todos.

Charo giró la cabeza y se preguntó por qué su hija había dicho semejante cosa. Algo nada normal en una niña de siete años, desde luego. Pero no lo pensó demasiado. Precisamente por eso lo había dicho: tenía solo siete años.

—Anda, vete a la cama, cariño. Haz lo que te digo —le dijo con ternura, y la chica obedeció.

Charo esperaba que Luis subiera, pero este tardaba en hacerlo. Ella no estaba dispuesta a bajar más, y comenzó a ponerse el pijama para acostarse. Estaba horriblemente cansada y necesitaba dormir, aunque le daba la impresión de que no iba a poder hacerlo.

Al cabo de un rato, por fin y subió, y al ver que todavía estaba despierta, se sentó en la cama y le dijo:

—Perdona, Charo. Creo que he sido un poco grosero —se disculpó. Pero ella no le contestó—. No puedes minusvalorar el asunto económico, cariño. Es muy importante…

—No, Luis, no lo es.

—Escucha, cielo. Ese tipo de niños no vienen con un pan debajo del brazo, precisamente. Necesitan atenciones constantes, y eso, saliendo bien. Pueden tener complicaciones al nacer y necesitar sesiones de psicomotricidad, que no sé si sabes que son muy caras, y…

—Luis, no te conozco —le dijo, incorporándose—. De verdad ¡No te conozco! Diciéndome eso me demuestras que tú no eres el hombre con el que me casé hace ocho años.

—Sólo te digo la verdad.

—¿Me estás diciendo que tenemos que matar a nuestro hijo porque no vamos a tener dinero para pagarle unas clases de psicomotricidad?

—No, Charo, yo no he dicho eso.

—Sí lo has dicho, Luis. ¡Sí lo has dicho!

—Vamos a ver, yo solo te digo que nuestra situación económica actual es muy, muy precaria. Y que, si ese niño nace, como mínimo tú vas a tener que dejar tu trabajo para atenderle y para dedicarte a él en exclusiva. Eso como mínimo, si no da más problemas que necesiten contar con otras personas. Con especialistas, me refiero. Y eso sí que no podríamos costearlo. Por no hablar de Laura, claro. Tendríamos que sacarla del colegio, llevarla a uno público… y además estará desatendida, pues tú estarás dedicada al niño, casi de por vida, y yo estoy todo el día fuera intentando cobrar lo que me deben, o colocar los materiales.

—Tu sueldo no es alto —siguió Luis, tras un instante—, pero nos viene muy bien para cubrir, aunque sea los gastos. Y con lo que yo voy sacando, podemos vivir, mientras me duren los contratos que me quedan, que no son muchos, y que ya te digo que terminarán pronto. Terminarán pronto y no sé de qué vamos a vivir después, ya te lo adelanto. En definitiva, tener ese niño nos viene muy mal, para los tres.

—¿Has terminado? —preguntó, con tristeza, levantándose de la cama y poniéndose de pie.

—Sí, he terminado.

—Lo primero, no somos tres. Somos cuatro. Puede que matarle te venga bien a ti, pero a mí me viene fatal; y a él no digamos.

—Lo segundo —siguió—, con ese planteamiento yo no estaría aquí, porque mis padres no habrían nacido. Mis abuelos en Extremadura eran jornaleros y pastores al servicio de algún cacique. No tenían dinero ni para comprarse un traje para ir decentes a misa de los domingos. Y, ¿sabes cuántos hijos tuvo mi abuela? ¡Nueve hijos, Luis! ¡Nueve hijos! Sólo le sobrevivieron la mitad, desde luego, pero no mataron a ninguno, y los cinco salieron adelante.

—No compares la vida de antes con la de ahora, Charo. Antes podías llevar a los niños harapientos a la escuela, con los pantalones remendados, y no pasaba nada porque todos iban con la misma pinta. Pero ahora llevas a Laura con esa guisa al colegio, y le creas un trauma para toda su vida. Por no hablar de…

—Los traumas se superan si se educa a los niños de la forma conveniente. Yo misma tuve…

—Pero, ¡qué sabrás tú de eso! —gritó— ¡Tú qué sabes lo que le puede pasar a Laura, si mañana le decimos que tiene que ir al colegio público! A juntarse con la chusma, con los hijos

de los inmigrantes… Para que la peguen, para que le quiten el estuche, los cuadernos y los libros…

—Vamos a ver, Luis, esa «chusma» son personas, como nosotros, y no tienen por qué hacer nada de eso. Y yo sí sé mucho de ese asunto, precisamente.

—¿A ti también te pegaban?

—Yo no me refiero a eso. Yo me refiero a que a los niños hay que educarlos bien para que sepan apreciar los valores de la vida, y no lo que la sociedad nos muestra como conveniente. Yo sé mucho de eso porque estudié pedagogía ¿sabes? Estuve tres años opositando para maestra y eso es algo que me tuve que aprender.

—Y lo tercero que te quería decir —terminó— es que tú estás dando por hecho que nuestra situación económica actual va a ser eterna. Que la crisis va a durar toda la vida, y que ni tú ni yo vamos a ganar más dinero del que tenemos ahora, jamás.

—Yo no sé lo que va a pasar en el futuro, desde luego, pero lo que sí sé es que ahora…

—El «ahora» no me importa, Luis. Durará mucho o durará poco, pero algún día saldremos de esta. Saldremos de esta y tendremos dinero, pero no tendremos un hijo. Nuestro hijo es irrepetible.

Los dos se miraron mutuamente, casi sin pestañear. Después de unos segundos, Luis se levantó y se marchó de la habitación, dando un portazo.

Capítulo 44

Daniel vino al mundo en 2012 y como se temían, con necesidades especiales. Durante la lactancia y en su primer año se comportó más o menos como un bebé normal, si se descuentan las interminables y numerosas sesiones de seguimiento a las que tuvieron que acudir. Pero a partir de ahí quedó patente que sufría un retraso respecto a los otros niños e incluso con respecto a otros niños con síndrome de Down.

Charo se volcó totalmente con él, y para eso tuvo que pedir una excedencia en el trabajo, lo que privó a la familia de un salario que le era muy necesario. Sopesaron la posibilidad de ingresarlo en un centro mientras ella estaba fuera, y de hecho eso hicieron durante un tiempo. Pero el trato que le daban no era el más correcto y a Charo se le partía el corazón. Localizaron un centro más adecuado, pero era tan caro que se llevaba casi todo el sueldo de ella. Así que optó por la excedencia y de esa manera le tendría más cerca. «En el centro no hay una cuidadora para cada niño, y en mi casa sí», le dijo a Luis.

La relación con Chus había mejorado desde que apareció este en escena, y ahora se visitaban unos a otros con relativa frecuencia. Habían desaparecido las reticencias de esta respecto a su amiga y ahora volvían a tener un trato más que cordial.

Cuando eran jóvenes, Charo era claramente un estorbo para sus relaciones amorosas; después lo fue para sus relaciones sociales, y ahora las dos mujeres se habían igualado más o menos en el estatus que mantenían entre las dos. Sobre todo, desde que Luis hacía negocios con ella. Comenzaron intercambiando y refiriéndose clientes, y después con la crisis ella recomendaba sus materiales en los casos en que podía hacerlo cuando había que reformar alguna vivienda. Aunque ella, como decoradora de interiores era más de muebles, también tenía influencia sobre las decisiones de reforma.

Gracias a eso había podido sobrevivir la familia cuando los últimos contratos se fueron extinguiendo. La gente rica, con la que Chus se trataba, no sufrió el impacto de la crisis de la misma manera, y eso les proporcionó una fuente de ingresos que les era muy necesaria. Eso sí, la deuda seguía ahí y los acreedores les perseguían de forma implacable.

Un sábado por la mañana, en junio de 2015, Chus había ido a visitarlos con motivo del cumpleaños de Laura. Le había regalado su primer set de maquillaje a pesar de que la muchacha sólo tenía once años.

—Oooye, pero, ¡si ya anda! —exclamó Chus, refiriéndose al chico, cuando le vio corretear por el jardín—. ¡Ven aquí, Dani! ¡Ven con la tía Chus!

El niño no entendía ni palabra, y finalmente se cayó de bruces en el césped, comenzando a llorar.

—¡No llores, pequeño! ¡No llores! —le dijo, cogiéndole en sus brazos.

—Se cae constantemente, Chus. —intervino Charo—. Tiene ya tres años, pero es como si tuviera menos de uno. Sus piernas no están bien, y ya no sé qué hacer para fortalecerlas.

—Pero, ¿le estás haciendo algún tratamiento?

—Pues, claro. Realizo con él tablas de ejercicios varias veces al día. Soy ya una experta fisioterapeuta, no te digo más.

—Dame un besito, Dani… venga, dale un besito a la tía Chus —le acercó la mejilla a sus labios, pero el chico no se inmutaba—. ¡Anda! Yo creo que me ha sonreído.

—Sí, a veces tiene «destellos» como yo los llamo. Cuando eso ocurre me deshago, Chus, sobre todo cuando me mira con esos ojillos…

En ese momento el niño comenzó a llorar y ella se lo terminó pasando a la madre. Al rato se oyó la voz de Luis, que decía:

—Ya está la comida, chicas, ¡venga!, venid a la mesa.

Cuando estaba Chus delante, Luis se transformaba. Hacía tiempo que la relación con Charo se había enfriado bastante, y por eso no fue extraño que los dos se pusieran uno al lado del otro en aquella mesa a la sombra que tenían debajo del porche del jardín.

Él siempre fue mejor cocinero que Charo, y aquel día preparó unos exquisitos platos que hicieron las delicias de sus comensales.

—Entonces, Luis ¿ya no existe la empresa? —preguntó Chus. Habían terminado de comer y Laura se había ido al jardín a entretener a su hermano.

—Está liquidada. El mes pasado despedimos a los últimos trabajadores. Cobrarán la indemnización del FOGASA, claro, porque nosotros no tenemos ni un euro.

—¿No te convencían para nuestro proyecto de reformas?

—Esos obreros no. No son lo suficientemente finos para nuestros clientes. Quiero decir, para tus clientes.

—Bueno, Luis, desde ahora serán de los dos. Aunque ya te advierto que es un sector que yo desconozco.

—Yo lo conozco de sobra, así que no hay problema.

—Pero, Chus, ¿sigue habiendo reformas, a pesar de la crisis? —preguntó Charo.

—Claro. En todas las crisis pasa siempre lo mismo. Los pobres son más pobres y los ricos son más ricos. Y mis clientes son los ricos, naturalmente. Eso sí, no esperéis demasiado. Mis proyectos no suelen incluir «albañilería», como yo digo.

—Yo creo que podríamos hacer buenos negocios, Chus. Aunque no sean cosas de albañilería. Una vez que consiga vender los materiales que me quedan, podría invertir el sobrante y ser tu proveedor. Si te ofrezco el mismo precio que los tuyos me aceptarías, ¿no?

—Sí, claro, pero tienes que venderlos primero, ¿no es así? ¿Te quedan muchos?

—Me quedan un montón —dijo, tras emitir un bufido—. He conseguido colocar algunos y con eso hemos ido rebajando la deuda. Pero todavía queda mucha…

—Y, ¿qué piensas hacer?

—Se va a ir al extranjero, Chus —repuso Charo.

—¿A dónde?

—La semana que viene a Rumanía —dijo él—. Creo que podré colocar algo en ese país. Y después a Turquía. Allí he conseguido un contacto local bastante prometedor.

Capítulo 45

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Laura, desde la puerta de entrada de la casa. Alguien había llamado al timbre y la muchacha había acudido a abrir.

—¿Quién es? —preguntó la madre desde el jardín.

—¡Unos señores! ¡Y dos policías!

Charo acudió presta, dejando a Daniel en el jardín. El muchacho estaba sentado jugando con unas cajitas y parecía muy entretenido.

—Buenos días, señora, soy agente judicial. Veníamos a ejecutar el lanzamiento de este inmueble. Aquí tiene la orden —dijo—, extendiendo a Charo un documento con el escudo del Ministerio de Justicia, un sello y dos firmas.

—¿Qué?

—Señora, venimos a desahuciarla —dijo uno de los policías.

Charo se quedó estupefacta. No daba crédito a lo que estaba oyendo, y dijo con convencimiento:

—Debe tratarse de un error.

—Avenida de la Alameda número 96. ¿No es esto?

—Sí, pero…

—¿Va a salir voluntariamente, o tendremos que forzarla? —dijo el otro señor, mirando a los policías.

—No pienso irme de mi casa —respondió inmediatamente, con la boca seca, y hecha un manojo de nervios.

En ese momento llegó Daniel, desde el jardín, en busca de la madre. Pero como era de esperar, se tropezó y cayó, a sólo un metro de ella, comenzando a llorar. Charo le recogió, e intentó consolarlo como pudo, mientras Laura le entregaba un juguete para ver si se le pasaba el susto. Al ver aquella escena el otro policía preguntó:

—¿Vive usted aquí?

—Sí, señor.

—Y estos dos…

—Son mis hijos.

—¿Viven aquí, con usted?

—Pues claro.

—Secretario judicial, informe —comenzó a decir—. El desahucio no puede realizarse. Se han encontrado en la vivienda a tres ocupantes. Una mujer que dice ser la madre de una menor y de un niño discapacitado con los que convive en el domicilio. Buenos días, señora.

Los cuatro hombres se dieron la vuelta y se marcharon, sin decir una palabra más. Charo se quedó estupefacta, con la boca abierta, y con el corazón latiéndole como si se le fuera a salir por la boca.

Capítulo 46

—¿Seguro que no es un error, Charo?

—No, papá. La dirección era la correcta. Y los dos policías eran de verdad, te lo puedo asegurar.

—Bueno, pues espera a que te llame Luis. Seguro que él te lo podrá explicar.

—No hay manera de localizarle, papá. Ayer conseguí hablar con él sólo por la noche, cuando llegó al hotel. Está en Capadocia, en Turquía, en una zona sin cobertura. Y lo peor es que esta noche no creo que le pille tampoco, pues me dijo que se iba a quedar allí para terminar un trato.

—Jo, pues sí que es mala suerte… ¿Has hablado con tu hermano?

—Sí, pero me ha tenido que colgar. Estaba muy ocupado en ese momento y me ha dicho que me llamaba en un rato… ¡Ay! ¡Me está llamando! ¡Te cuelgo, papá!

—Vale, hija, a ver si él te lo soluciona.

Charo finalizó la llamada y recibió la de su hermano. Todavía estaba histérica, y eso que hacía casi una hora que se habían ido aquellos hombres.

—Hola Chari, perdona, estaba un poco liado y no te podía atender. Cuéntame.

—Hola Miguel, te llamo a ti porque no consigo localizar a Luis. Está en el extranjero y no hay cobertura. Verás, esta mañana se han presentado dos agentes del juzgado junto a dos policías con intención de desahuciarnos.

—¿De desahuciaros?

—Sí, de hacer «un lanzamiento», o algo así. Les dije que debía ser un error, pero parece ser que no. Me enseñaron un documento con unas firmas, y…

—Debe ser por las deudas de la empresa, desde luego.

—Sí, supongo que sí, pero, ¿pueden hacer eso, Miguel?

—No lo sé, Charo. Soy ingeniero, no abogado. Pero entiendo que si han llegado a ese extremo es porque sí pueden… ¿Os quedan muchas deudas que pagar, de la empresa?

—Pues sí. Para eso ha ido Luis a Turquía. Va a intentar vender allí algunos materiales para saldar las que quedan.

—No sé qué decirte, Chari. Hasta donde yo sé, el propietario de una empresa responde con su patrimonio si no solicita el concurso de acreedores, pero la vivienda habitual es inembargable.

—¿Es inembargable?

—Así es. Incluso una parte del salario también lo es. En caso de deudas te pueden quitar una parte del sueldo, pero tienen que dejar un mínimo para que la familia pueda vivir. Lo sé porque tengo un amigo que está separado, y también arruinado, por la crisis, y cuando consiguió el empleo le quitaron lo que debía, pero siempre dejando ese mínimo que te digo. Y en el caso de la vivienda también es así. De hecho, ahora que me acuerdo, ¿no os quitaron la casa de Guadalix?

—Sí, hace unos años. La vendimos antes de que la embargaran.

—Claro, porque es segunda residencia. Pero la vivienda habitual no la pueden tocar, o al menos eso creo. Y menos en tu caso.

—¿Por qué en mi caso?

—Por los niños, Charo. Por los niños.

—Sí, de hecho, eso fue lo que dijo el secretario. Que como había menores en la vivienda, pues que se iban.

—Ya, pero es que no tenían ni que haber llegado a eso, Charo. Es todo muy raro… Oye —se interrumpió—, te voy a tener que dejar. Me están esperando para una reunión. Cuando puedas hablar con Luis, llámame. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Miguel.

Capítulo 47

—¡Señora! Un momento por favor.

A la mañana siguiente, Luis seguía sin llamar. Charo tuvo que salir a la farmacia a comprar unos antibióticos para Daniel, pues no paraba de tener infecciones por cualquier cosa. No le gustaba dejarle con Laura, pues la chica se distraía y una vez hasta se cayó por las escaleras. Pero ese día no tuvo otro remedio. Cuando volvió, un poco antes de llegar a su casa, un par de individuos con gafas oscuras y chaquetas de cuero negro se interpusieron en su camino.

—Ya nos han dicho que se han resistido a largarse.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, llena de miedo. El mismo miedo que sintió años atrás en una situación parecida en el parque del Oeste. Solo que esa vez no había allí nadie para defenderla.

—No le interesa saber quiénes somos. Eso no le importa.

—Si no me dejan en paz… ¡gritaré!

—Señora, no tiene porqué gritar —dijo el que no había hablado todavía—. No vamos a hacerle ningún daño.

—Pues entonces, ¿qué quieren?

—Que se larguen —afirmó el de antes—. Que se larguen cuanto antes, o sino…

—O si no, ¿qué? —se encaró ella, en un alarde de valentía.

—Sabemos que tiene dos hijos. Una chica jovencita… y un niño subnormal.

A Charo le empezaron a temblar las piernas, y le comenzó a entrar un golpe de calor que le hizo tener que apoyarse sobre una pared. Miró a su alrededor y no había nadie a quién pedir ayuda. Su barrio era una zona residencial apartada, sin tiendas, y a esas horas de la mañana apenas pasaban coches por allí. Por fin, se incorporó lo suficiente y recobró un mínimo de serenidad como para decir:

—¿Van a hacer daño a mis hijos?

—Lárguense, señora. Lárguense y no les pasará nada.

Capítulo 48

—¡Luis! ¡Me voy a ir!

—Charo, he visto tus llamadas… ¿Ocurre algo?

—¡Me voy a ir ahora mismo con los niños!

—Pero, ¿dónde te vas a ir? ¿Qué está pasando, Charo?

—¡Me han amenazado dos matones…!

—Que te han…

—¡…y me voy a ir ahora mismo a casa de mis padres!

—Cálmate, Charo, ¡Cálmate! ¡Cuéntame qué es lo que ha pasado y cálmate!

Charo estaba totalmente fuera de sí. Estaba haciendo las maletas y preparando las medicinas y los aparatos que usaba Daniel para llevárselos a la casa de Las Musas. Había llamado a un transportista que había contratado para marcharse al día siguiente con todo lo necesario.

—¡Han venido a desahuciarnos, Luis! ¡Vinieron ayer! ¡Vinieron ayer y esta mañana han venido los matones!

—Charo, ¡tranquilízate! Nadie puede echarte de casa si estás con los niños.

—¡Van a entrar en casa y les van a hacer daño, Luis! ¿Es que no lo entiendes? —dijo, con la respiración entrecortada.

—¡Cálmate, y escúchame!

—¡Van a entrar y van a violar a Laura, y a Dani le van a…!

—¡Escúchame, Charo! ¡Escúchame!

La mujer se calló y Luis pudo oír su respiración agitada a través de la línea.

—Nadie va a violar a Laura ni le van a hacer daño a Dani. Estoy yendo hacia el aeropuerto y esta noche estaré en casa. No se te ocurra salir, y llama a la policía.

—¡Me voy a ir a casa de mis padres y…!

—¡No te vas a ir a ninguna parte! ¡Haz lo que te digo! Esta noche hablamos. ¿Me has oído?

Pero ella no contestaba, y él insistió:

—¡Me has oído!

—Sí.

—Esta noche nos vemos.

Capítulo 49

Charo tenía en su memoria días muy felices, pero también días muy tristes. El día que estuvo con Fernando, el día de su boda, el día en que nació Laura… Eran los días más felices de su vida. Pero también tenía muy claro cuáles habían sido los peores. El día en el que vio a «los matones» casi rivalizaba con el día en que se enteró de la muerte de su primer amor.

El avión salió con retraso y Luis no llegó hasta las cuatro de la madrugada. Allí le estaba esperando su mujer, en el salón del chalet de Las Rozas, la casa que tantas alegrías le había dado, y ahora la casa que le había llenado de amarguras.

—¡Oh, Luis! —le dijo, nada más entrar por la puerta, abrazándolo.

Él soltó la maleta en el suelo y correspondió aquel abrazo, y sin decir nada pasó hacia el aseo que estaba bajo la escalera de subida para lavarse las manos. Tras hacerlo, y con su mujer esperando, se sentaron en el sofá y comenzaron a hablar.

—¿Has llamado a la policía?

—No, Luis. Temía las represalias. No me he atrevido.

—Está bien, ¿qué fue lo que te dijeron esos tipos?

—Pues verás, yo venía de la farmacia, de comprar el antibiótico para Dani y entonces me abordaron. Me abordaron y me dijeron que nos fuéramos de casa.

—Y, ¿qué más?

—Yo les dije que me dejaran en paz, que iba a gritar como no se fueran, y entonces me dijeron que no me iban a hacer daño.

—¿Eso te dijeron?

—Sí. Insistieron en que nos teníamos que ir, porque si no iban a hacer daño a los chicos.

—Te lo dijeron… ¿con esas palabras?

—No, con esas mismas palabras no. Me dijeron: «Sabemos que tienes una hija jovencita… y un niño subnormal».

—Hijos de puta… —musitó él.

—Nos tenemos que ir, Luis. Mañana va a venir un transportista con una furgoneta y nos vamos a la casa de mis padres. La maleta ya está preparada y…

—No, Charo, no nos vamos a ir.

—¿Cómo?

—Mira, he conseguido colocar varias toneladas de material en una constructora de Turquía. Esos matones seguro que están al servicio de Carensa, nuestro principal acreedor. Les voy a llamar y les voy a decir que les vamos a pagar, y así nos dejarán en paz.

—¿Les vamos a pagar todo lo que les debemos?

—No todo, pero yo creo que va a ser suficiente.

—¿Crees que va a ser suficiente, Luis? ¿Sólo lo crees?

—Yo creo que sí, Charo. Por la casa no les darían mucho más.

—Pero, ¿les darían más?

—Sí, claro, pero no sería de inmediato. Y además tendrían que compartirla con los demás acreedores.

—No, Luis, eso no es cierto. Si algo ha aprendido de todo esto es que los ingresos van a parar siempre al administrador concursal, y este reparte de la misma manera que se repartiría la casa…

—Es que les pienso pagar en negro, Charo. A ver si lo entiendes de una vez.

—Pero en negro, Luis… ¡Nos pillarán! El material del almacén está fiscalizado, y verán la falta en el inventario y entonces….

—Eso déjalo de mi cuenta, Charo. Ya me las arreglaré para que no se note.

—No, Luis, no estoy de acuerdo, yo creo que deberíamos irnos. ¡Estoy aterrorizada! Mira, —siguió—, esta tarde alguien ha tirado unos papeles por encima de la valla, mira lo que pone:

«Hijo de puta, estás viviendo en una mansión, mientras nuestras familias están en la calle viviendo de la caridad. ¡Danos lo que nos debes!»

Luis leyó el panfleto rápidamente e hizo un gesto de desprecio:

—No me impresiona, Charo. Yo llevo recibiendo esos anónimos desde hace años.

—Pero, ¿por qué, Luis? ¿Por qué han venido del juzgado a desahuciarnos? Mi hermano dice que la vivienda habitual no se puede embargar…

—Nosotros no tenemos vivienda habitual, Charo.

—Cómo que no tenemos…

—Esta casa es la sede de la sociedad, y por tanto le pertenece a ella.

La mujer se quedó con la boca abierta sin saber qué responder. Él siguió:

—Lo hice así para que nos desgravara Hacienda. Gracias a eso hemos tenido más dinero.

—¿Más dinero?

—Sí, más dinero.

—¿Dónde está ese dinero ahora, Luis?

—Está gastado en los materiales que tengo en el almacén de mi hermano. En cuanto cobre lo de los turcos, se acabará el problema.

Capítulo 50

Charo sabía perfectamente que eso no iba a ser suficiente. Sabía que las deudas de la empresa eran muy altas y que ni aun sumando los materiales y la casa se podrían cubrir. Unos materiales que habían sido vendidos como una ganga, y una casa que ahora sólo valía la mitad, por el tremendo bajón de precio que habían experimentado los pisos desde que se desató la crisis.

Su marido estaba obcecado en quedarse con la casa, y encima quería hacer chanchullos con Hacienda. Pero la seguridad de sus hijos estaba por encima de todo.

Así que dos días después de aquello, cuando su marido salió, recogió todas las cosas y se marchó a Las Musas con Laura y Daniel.

Cuando Luis se enteró, entró en cólera, pero no pudo hacer nada para convencerla de que se volviera. En la discusión que tuvieron, Laura se puso de parte de su padre y se fue con él al chalet para quedarse allí e intentar evitar el desahucio. La idea era estar de vacaciones, pero estaban en pleno mes de julio y era la época de las reformas en los hogares. En el año 2015 parecía que la economía comenzaba a remontar, aunque muy despacio todavía y Luis se tenía que ausentar de la casa para atender esos encargos. En esas ocasiones le dejaba la niña a sus padres, que vivían cerca, en la calle Princesa de Madrid.

Hasta que, en una de esas ausencias, vinieron los del juzgado con la policía y precintaron la casa.

Aquello fue la gota que colmó el vaso en una relación que se había enfriado bastante desde que nació el chico. Después de doce años de matrimonio, este se había roto, y todos los intentos que Charo hizo por arreglarlo fueron en vano.

El problema vino después, como siempre, «por culpa» de los hijos. Luis no quería saber nada de Daniel, pero Laura supuso un importantísimo punto de fricción en la pareja, pues ambos se la disputaron.

Durante aquel verano no puso demasiadas pegas a que se quedara con la madre, pero cuando comenzó el curso escolar insistió en que debería permanecer en el colegio de Las Rozas. Entre otras cosas porque la propia niña así lo deseaba.

Al final llegaron a una solución de compromiso que consistió en que la chica permanecería en el colegio, pero viviría alternativamente con el padre y con la madre. Eso sí, eso requería que alguien llevara a la niña desde Las Musas a Las Rozas, un trayecto de más de una hora de duración, sobre todo en horas punta, es decir, por las mañanas.

Charo no tenía carnet de conducir, y aunque lo hubiera tenido no hubiera podido hacerlo por la extrema dependencia que tenía de Daniel. Así que tuvieron que venir los padres de ella desde el pueblo para poder llevar y traer a la niña en los meses en que le tocaba a ella la custodia.

Porque el caso es que Luis había alquilado un piso en Las Rozas, cerca del colegio, y era él quien llevaba y traía a la niña personalmente las veces que estaba con ella. En caso de que no pudiera hacerlo, lo hacían sus padres, que al vivir en Princesa no tardaban nada tomando un autobús que salía desde Moncloa.

Y esa fue una situación que terminó de complicar la relación que tenía Laura con su madre, que nunca fue del todo buena. La niña odiaba tener que ir a Las Musas, porque eso significaba madrugar más y soportar un trayecto largo entre metro y autobús, tanto de ida como de vuelta.

Por eso, cuando ella cumplió doce años llegaron al acuerdo de que se quedara solo con la madre los fines de semana, mientras que de diario siempre estaría con el padre. Pero claro, en esa época comenzó la enseñanza secundaria, es decir, abandonó el colegio para entrar en el instituto, y las chicas comenzaban la pubertad. El hecho de irse a Las Musas para pasar el fin de semana lejos de sus amigas era todo un calvario que la niña no estaba dispuesta a soportar. Y ahí empezaron las recriminaciones. Que si tú pones a la niña en contra mía —decía ella—, que si tú no quieres ver a tu hijo, etcétera, etcétera.

Capítulo 51

El día que le amenazaron los matones fue un día duro, pero uno de los viernes en que tenía que recoger a Laura para llevarla a Las Musas fue todavía peor.

Por la mañana le habían dado una noticia terrible que en circunstancias normales hubiera significado llamar a Luis de inmediato. Pero estando las cosas como estaban prefirió decírselo en persona horas después, al ir a recoger a la chica.

Pero cuando llegó al piso de Las Rozas se encontró al padre y a la hija que estaban totalmente en contra de ella, y nada más entrar por la puerta comenzó una agria discusión que finalmente derivó sobre el chalet, cuya pérdida según él se podría haber evitado.

—Tú no sabes lo que es luchar por un proyecto, obsesionarte con algo y luego perderlo —le recriminó él.

—Sí, Luis. Sí lo sé. Lo sé muy bien.

—¡Tú que vas a saber! Tú has tenido una vida muy cómoda, Charito. Estudiando en tu casa tranquilamente, y un buen día, ¡zas! Apruebas una oposición, y a vivir la vida.

—Yo también trabajaba, en la Comisión. A ver si te crees que allí nos estamos tocando las narices.

—Pero, ¡tú que vas a trabajar! ¿Llamas trabajar al hecho de ir a una oficina con aire acondicionado y calefacción en invierno, archivar cuatro papeles y a las tres en casa para dormir la siesta? Por favor… Trabajar es patearte Madrid y casi media España para buscar clientes desde las siete de la mañana hasta las once de la noche. Trabajar es ir al extranjero, a Turquía para mendigar que alguien que no necesita tus materiales te los compre, aunque sea a precio de ganga. Eso es trabajar, Charito, no lo que tú haces. Mejor dicho, hacías, porque ahora no haces ni eso.

—Claro, ahora no hago eso, porque tengo un trabajo muchísimo más duro y más sacrificado, ¿sabes? Un trabajo que consiste en cuidar de tu hijo —subrayó el «tu»—, pero no sólo de siete de la mañana a once de la noche, no, sino las veinticuatro horas del día, ¿sabes? ¡Las veinticuatro horas del día!

—Ese es un «trabajo» que tú misma te has buscado, Charito. Te empeñaste en tener a ese puto crío, pues ahora atente a las consecuencias.

En ese momento Charo se calló de golpe, y miró fijamente a Luis, totalmente conmocionada. Él nunca había expresado demasiado interés por Daniel, pero aquello no se lo esperaba. Tras unos segundos de perplejidad le dijo:

—Pues que sepas que ese «puto crío» tiene leucemia.

—¿Leucemia?

—Sí —respondió con cara triste, como mirando a través de él—. Me lo han confirmado hace unas horas, en la revisión. Mañana a las diez tengo cita con el oncólogo, para que me diga… para que nos diga qué podemos esperar. Te lo digo, por si te apetece venir. Es en la clínica de siempre.

Sin esperar respuesta, agarró a la niña de la mano, y se dio la vuelta para llevársela. Pero Laura se resistió y se soltó. No estaba dispuesta a irse con la madre, y había convencido al

padre para que intentara que no se la llevara. Tras soltarse, le miró para que la defendiera, pero este no reaccionó, y cuando Charo volvió a gritar «¡vamos!», se dio por vencida.

Capítulo 52

Como se la llevó a la fuerza, la niña no le dirigió la mirada en todo el trayecto. Por mucho que intentó ganársela con palabras amables, Laura no le hablaba, y respondía con brusquedad e incluso con violencia, cualquier intento de la madre por apaciguarla.

Al llegar a casa, hizo un último esfuerzo mostrándole una faldita corta que le había comprado días atrás por insistencia de la chica, que, aunque ella no era partidaria de que su hija llevara una prenda tan atrevida, finalmente terminó cediendo. Pero ni con esas consiguió ganársela.

—¡Me importa una mierda la puta falda! —gritó la chica, arrojando la prenda al suelo.

—¡Laura! ¡No me puedes hablar de esa manera! ¡Soy tu madre!

—¡Mi madre! ¡Ojalá no lo fueras! ¡Ojalá nunca hubieras existido!

—¡Laura! —gritó, agarrándola de un brazo.

Pero la chica se soltó con brusquedad, y le contuvo la mirada, como desafiándola, ante la estupefacción de Charo. Ya tenía casi trece años, pero parecía mayor. Estaba cerca de la estatura de la madre, es decir, casi metro setenta, y los ojos de las dos se retaron a la misma altura.

Finalmente, se marchó a su habitación e intentó encerrarse, colocando la mesa del escritorio detrás de la puerta para que su madre no pudiera pasar. Ella notó la maniobra, y no intentó abrir, pero procuró comunicarse a través de la puerta:

—Hija, no puedes tratarme de esa manera.

—¡Déjame! ¡Te odio!

—Laura…

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡No sabes cuánto te odio!

—¡Pero, hija!

—¡Déjame y no me dirijas más la palabra! ¡Gorda asquerosa! —gritó—, para dar a continuación lo que pareció una patada en el escritorio que había superpuesto. Charo enmudeció ante esas expresiones, pues la chica nunca había llegado tan lejos.

Según se fue acercando a la pubertad, Laura se fue distanciando de la madre y se había vuelto ciertamente arisca. Pero nunca hasta ese extremo. Después de permanecer unos minutos inmóvil frente a la puerta, oyó que la niña se desplazó al interior de la habitación y encendió el equipo de música, poniendo a todo volumen una de las canciones de moda.

Entonces se resignó, dando un fuerte suspiro. Otra rabieta más, otra subida de tono, de las tantas que llevaba ya la niña. Pero enseguida dejó de pensar en ella. Tenía otras preocupaciones más acuciantes y no se preocupó más por Laura. Ya se le pasaría. La chica estaba en la «edad del pavo», es decir, a principios de la adolescencia, y ciertamente las jóvenes se vuelven muy insoportables en ese período.

Se fue hacia su habitación, y comenzó a pensar en lo que le había dicho el pediatra esa misma mañana respecto a Daniel, y en lo que le podría decir el oncólogo al día siguiente. Eso sí que

era serio. Esa sí que era una preocupación de verdad, y no las rabietas de una hija demasiado consentida por su padre.

Después de un buen rato de pensar en todo ello, y mientras el chico estaba dormido, se sentó sobre la cama, y comenzó a revivir las escenas del pasado. El parto de Daniel, el nacimiento de Laura, su matrimonio con Luis…

A pesar de que había transcurrido ya un cuarto de siglo, Charo todavía recordaba con intensidad la aventura que había vivido con Fernando. Toda una aventura, en cada una de las acepciones de la palabra. Y desde que se había enfriado su relación con su marido, no había día en que no rememorase aquellos acontecimientos. Unos hechos que revivía como si estuviera viendo una película de los mismos, y se sabía los diálogos palabra por palabra.

En ese sentido, recordó la conversación que había tenido con aquella portera, muchos años atrás, el día en el que se enteró de la muerte de su gran amor. Aquella mujer tenía un hijo "retrasado", según sus palabras, y Fernando le tenía en gran estima. *«¡Cómo le quería!»*, fue lo que le dijo aquella mujer: *«Siempre me preguntaba por él, y a veces pasaba a la portería a jugar con el críο».* Unas palabras que ahora resonaban en su cabeza como si las estuviera oyendo en ese momento.

Pensó entonces en la relación que tenía Luis con su hijo, pensó en la comparación, y se le partió el corazón. Entonces se derrumbó sobre la cama, y comenzó a llorar amargamente.

Capítulo 53

Esa mañana acudió al oncólogo junto a Gumer y Laly, mientras Laura se quedaba sola en la casa.

La abuela hubiera querido quedarse con la chica, pues no le gustaba que se quedara sola en el piso. Pero ya era lo suficientemente mayor y Charo insistió en que le acompañara también: «en teoría, no tendríais que ir ninguno de los dos. Pero no estoy segura de que Luis vaya a estar allí, y no quiero recibir yo sola lo que me digan», les dijo.

Le llamaron para entrar en consulta casi a las diez y media, y hasta el último momento estuvo pendiente de la entrada para ver si su marido venía. Pero este no acudió.

La consulta fue otro duro trago para ella, y salió devastada de aquella clínica. Profundamente dolida por lo que le dijeron y por el hecho de no haber estado a su lado en un momento como ese, Charo se negaba a llamar a Luis para contarle lo que le habían dicho.

—Quizás le haya surgido algo, hija, y no haya podido acudir —intentaba consolar la madre.

—No, mamá, no puede haber nada más importante que esto.

—A lo mejor ha tenido un percance… yendo hacia la clínica… quizás ha tenido una avería en el coche…

—Pero entonces, ¿por qué no ha llamado? ¿Por qué no ha avisado de que no iba a llegar?

Ni su padre ni su madre tenían respuestas para esa pregunta, y Charo aguardó todo el día a que le llamara para preguntar sobre el asunto. Pero Luis no llamó.

Aquella noche la pasó muy mal, y a la mañana siguiente le telefoneó. Al fin y al cabo, era el padre de Daniel y tenía derecho a saber lo que le habían dicho. Pero él tardó en atender la llamada, y cuando lo hizo, ya a punto de colgar, a Charo le pareció oír una voz de mujer que le decía algo desde la distancia.

—Hola Luis. ¿Estás solo?

—Sí, claro.

Ella se extrañó, pero no estaba como para averiguar quién había hablado cuando respondió a la llamada.

—No has venido, a la cita…

—No pude ir. Había quedado con un cliente.

«Claro, una cosa así es más importante que la vida de tu hijo», pensó.

—Tampoco te has interesado por saber lo que me han dicho.

—Dímelo tú.

Charo no estaba como para discutir, y simplemente le refirió lo que le dijeron.

—Han confirmado la leucemia, Luis.

—Bueno, eso era de esperar, ¿no? Cuando nació nos dijeron que esto podría ocurrir. ¿Recuerdas?

—Nos dijeron que era sólo una posibilidad…

—Vale, y, ¿cuál es el pronóstico?

—No lo saben. Van a iniciar un tratamiento… varias fases de sesiones. Estará así hasta que se cure.

—Pero, ¿se curará?

—Tampoco lo saben. Puede que sí, o puede que no. La clave es el año. Si logra pasar de ahí es posible que salga adelante. Si no… —se interrumpió, y se oyó un suspiro a través de la línea. Su marido no decía nada, y ella preguntó:

—¿Es que no dices nada?

—¿Qué quieres que diga?

De nuevo otro silencio, y, al ver que él seguía mudo, terminó la conversación:

—Adiós, Luis.

—Adiós —respondió, de forma seca, y colgó.

Capítulo 54

El pequeño Daniel falleció algunos meses después, poco antes de cumplir los cinco años, y dejando tras de sí a una madre y a unos abuelos totalmente destrozados. No llegó ni siquiera a cumplir el año que le habían pronosticado los oncólogos.

Poco antes de que aquella alma inocente dejara de sonreír para siempre, ya se había producido la ruptura con la hija. Después de la última escena, la del día anterior a la visita al oncólogo, la muchacha no consintió más en irse con la madre al piso de Las Musas. Charo sin embargo lo intentó unas cuantas veces yendo a Las Rozas, pero siempre se volvía con las manos vacías. Laura se metía con la madre de forma despiadada, y con los insultos más gruesos. Gruesos, nunca mejor dicho, pues no solo la insultaba llamándola «gorda» y «llena de sebo», sino que también la acusaba de todos los males que le habían pasado a la familia. Que, si «por tu culpa perdimos la casa», «por tu culpa he tenido yo que estar en ese piso sin mis amigas», «por tu culpa está papá siempre de mal humor…».

Así que, con el panorama tan desolador que tuvo hasta que se murió Daniel, se volcó totalmente con el muchacho y desistió de luchar por Laura.

En teoría, en caso de divorcio los hijos no pueden elegir de forma voluntaria con cuál de los dos padres vivir. No es hasta los catorce años cuando pueden manifestarse en ese sentido. La chica tenía solo trece, pero Charo consintió que se quedara a vivir con Luis.

Tan solo sabía de ella por las redes sociales, donde la muchacha tenía bastante actividad. Allí podía ver todas las fotos y vídeos que colgaba, y de esa manera nunca perdió el contacto con ella, aunque de una forma indirecta. Al principio eran las típicas fotos y videos infantiles donde aparecía con las amigas, pero pronto comenzaron a subir de tono. Con quince años ya tenía el cuerpo de una mujer atractiva con muchas curvas y mucho pecho, y se mostraba en poses más que atrevidas rodeada de los chicos del instituto. Incluso en las fotos con su padre, que también abundaban tanto como las otras, aparecía de la misma manera.

Mientras vivió el niño, Charo se agarró a sus ocasionales sonrisas, aquellos «destellos» como ella los llamaba, para no enloquecer. Para poder seguir viviendo a pesar de que su marido le había abandonado y de que su hija también lo había hecho. Pero cuando también le abandonó Daniel, la mujer se hundió. Se hundió en un pozo oscuro de tristeza y desolación, y esta vez no bastaron los manuales de psicología para salir de la fosa.

Su marido le había repudiado por no haberle dado más que una hija, y después del caso de Dani se despegó de ella. Resentido, comenzó a realizar un maltrato psicológico contra Charo, y como en tantos casos, la mejor manera de hacerlo es atacando a los hijos. Al hijo, concretamente. El desapego y la falta de interés por el chico por parte de Luis, fue un trago casi más duro de tragar que la propia evolución de la enfermedad que al final le llevó al fatal desenlace.

El famoso «pozo» en el que estuvo antes de solucionar lo de Fernando, era un simple bache comparado con el profundo foso en el que se encontraba ahora. Atiborrada a pastillas, se pasaba el día en la cama o en el sofá viendo la televisión junto a sus padres, sin tener otra ocupación más que intentar no pensar, e intentar olvidar. Se había marchado al pueblo con ellos, pues ya no tenía sentido vivir en Madrid. Tan solo acudía a la ciudad cada vez que pasaba consulta, al principio cada quince días, y después cada mes, para revisar su caso y prescribir o cambiar la medicación psiquiátrica que le administraban.

Se había abandonado por completo, y esta vez, en lugar de adelgazar había ganado peso. Con la enfermedad del chaval había perdido algunos kilos, pero las pastillas le hicieron engordar y además bastante. Había entrado en una espiral descendente que le llevaba al abismo, y casi año y medio después de entrar en la fosa se encontraba en la tesitura de arrojarse definitivamente a ella, o bien intentar salir de alguna manera.

Capítulo 55

—Las pastillas ya no pueden hacer más, Charo. Subir la medicación solo serviría para que te costara aún más poder salir algún día de la dependencia que te están ocasionando.

—Pero, ¿no estaría más tranquila?

—Tranquila ya estás, querida. Quizás demasiado.

—Me refiero, menos triste.

—Pues no. Has llegado a un punto en que solo tu voluntad puede sacarte de dónde estás. Yo ya no puedo hacer nada más. Llevamos ya un año y medio así, Charo, ¿es que no lo entiendes?

Se encontraba en la consulta de Conchi, una psiquiatra de confianza que le estaba tratando su caso con verdadera profesionalidad. Después de tanto tiempo, las dos mujeres tenían un trato bastante cercano.

—Y, ¿qué puedo hacer?

—Salir por tú propio pie. No te queda otra. Aferrarte a aquello por lo que sigues con vida, Charo.

—¿A qué te refieres?

Conchi suspiró y se reclinó sobre su sillón; después comenzó a decir:

—Mira, tú siempre has dicho que has perdido todo lo que más quieres en este mundo. Que siempre que has querido algo, al final lo has perdido, y que no merece la pena seguir viviendo. ¿No es así?

—Sí, así es.

—Pues entonces, ¿por qué no te suicidas?

—¿Cómo dices? —preguntó, estupefacta.

—Sí, Charo, ¿por qué no te suicidas? Suicidarse es muy fácil. ¿Es que te falta valor?

Charo no esperaba semejante pregunta. Su psiquiatra era una persona muy directa, y siempre atacaba los problemas de frente. Entonces se detuvo a pensar y finalmente contestó:

—No creo que sea una cuestión de falta de valor.

—Lo mismo creo yo. Tú no eres una mujer cobarde. Lo que me contaste que hiciste con aquel hombre cuando tenías veinte años, demuestra que no lo eres.

—Entonces —siguió—, ¿por qué no lo haces? Si no es una cuestión de falta de valor, y, según tú, lo que deseas es morirte, ¿qué te impide hacerlo?

La mujer se quedó mirando fijamente a su paciente, y esperó una respuesta que tardó en producirse.

—Pues supongo que es por mis creencias religiosas. Y también por mis padres, desde luego. Ya han perdido a un nieto, a otra nieta nunca la ven, y solo faltaba que también perdieran a una hija.

—Pues ahí quería yo llegar, Charo. ¡Ahí quería yo llegar! Si lo que te une a la vida son esas dos cosas, ¡Vuélcate con ellas!

—Que me vuelque… ¿Cómo?

—¡Ah! Eso ya es cosa tuya… Lo de la iglesia, tú sabrás como lo haces. Quizás uniéndote a un grupo parroquial, rezando más, ¡yo qué sé! Y respecto a tus padres, supongo que ellos no están nada felices por verte cómo estás, ¿no es así?

—No, desde luego. Ellos lo están pasando también muy mal.

—Pue repito, si lo que te une a la vida son ellos, ¡vuélcate con ellos! A ver, cuéntame, ¿cómo tendría que ser tu vida, para que ellos estuvieran contentos? Piénsalo bien.

—Pues no sé, Conchi, supongo que… ellos ya son mayores, y… teniéndome a mí a su lado, pues les hago compañía. Mi hermano vive ahora en el extranjero, con su familia, y sólo me tienen a mí.

—No, Charo, eso no puede ser. Ahora mismo ya les estás haciendo esa compañía que dices, y me acabas de decir que lo están pasando mal.

—Claro, porque estoy así. Si estuviera más alegre, pues ellos estarían más contentos.

—Me niego a creer eso, de verdad. Ellos ya llevan viviendo en el pueblo muchos años, ¿no?

—Sí, desde que se jubiló mi padre.

—Bien, y no creo que tú o tu hermano fuerais antes mucho por allí, ¿verdad?

—Bueno, íbamos de vez en cuando. Cada uno teníamos nuestras ocupaciones, y francamente, íbamos poco.

—Pue eso. Y ellos también eran ya mayores y no eran infelices, supongo. Aunque estuvieran solos. Porque ellos decidieron marcharse allí a pesar de que tú y tu hermano vivíais cerca de ellos, en Madrid.

—Sí, a mis padres siempre les gustó el pueblo, y estaban deseando jubilarse para irse allí. Allí están mis tíos, mis primos… Es el ambiente en el que han crecido y donde les gusta estar.

—Entonces, Charo, si antes de lo que te pasó con Luis ellos estaban contentos y sin embargo tú no estabas con ellos, la cuestión es volver a ese estatus, ¿no te parece?

—¿A qué estatus?

—Pues a que rehagas tu vida, Charo, es más que obvio.

—Claro, eso es muy fácil decirlo.

—Pues me temo que no te queda otra. Ni yo ni las pastillas podemos hacer nada más. Te quedan dos opciones: O seguir como hasta ahora indefinidamente, es decir, machacando a tus padres y machacándote a ti… o ser valiente —algo que yo sé que eres—, y aventurarte a salir del pozo.

—¿Cómo?

—Pues, en primer lugar, trabajando. Recuperar la rutina y tener la mente ocupada en otras cosas.

—Es que trabajar es difícil, porque…

—Sí, ya sé que tienes casi cincuenta años, y que a tu edad y siendo mujer es difícil encontrar algo, pero…

—No, si eso no sería problema, Conchi. Yo soy empleada pública en excedencia, y sólo tendría que presentarme en Personal y solicitar la reincorporación.

—¿Pues entonces?

—El problema es la somnolencia. Con las pastillas estoy todo el día muy cansada, y sólo por las tardes es cuando me encuentro algo mejor. Yo no podría comenzar ahora con los madrugones, y todo eso.

—Tonterías, Charo. Esa medicación te la voy a comenzar a bajar ahora mismo.

—Pero entonces… me sentiré peor…

—No. Has llegado a un punto en el que las pastillas ya no te hacen efecto, y por lo tanto, hay que comenzar a retirarlas. Lo haremos paulatinamente, reduciendo dosis cada quince días, para que de aquí a unos dos o tres meses te quedes con una dosis de mantenimiento que retiraremos cuando yo considere oportuno. Para entonces —siguió— ya estarás en condiciones de trabajar.

—Yo no estoy tan convencida.

—Pues yo sí. Salir del pueblo y volver a la rutina, estar con los compañeros, quedar con amigas el fin de semana… incluso conocer a una pareja, si surge, Charo. Es lo que se dice, rehacer tu vida. El cambio que tú necesitas y como tus padres se sentirían mejor. O eso, o seguir en el pozo. Tú decides.

Capítulo 56

A pesar de que ella lo seguía llamando «la Comisión» lo cierto es que Charo había sido trasladada desde hacía años desde la Comisión para la Prevención del Blanqueo de Capitales, hacia el Servicio Ejecutivo, que era el lugar donde había estado trabajando antes de nacer Daniel.

Y el SEPBLAC era ahora un organismo dependiente del Banco de España.

Cuando solicitó su reincorporación como le habían aconsejado, le dijeron que no había plazas disponibles para su categoría en ese momento, pero que le podrían buscar una dentro del propio Banco. Algo que ella aceptó, y unos meses después entró a trabajar en el departamento de Caja de aquella institución.

Además de ese, también hubo otro cambio bastante importante en su vida, pues se fue a vivir a otro lugar.

El mayor de sus sobrinos acababa de graduarse como ingeniero, siguiendo los pasos de su padre, y aunque la familia vivía en Alemania, se acababa de casar con una chica española y se querían venir a vivir a Madrid, donde le había salido un trabajo.

Los padres de Charo siempre habían sido muy activos. Además del trabajo en la portería, su padre ganaba un sobresueldo arreglando averías domésticas con los vecinos, y Laly limpiaba muchas casas y hacía arreglos de costura. Eso les permitió tener unos ahorros que con el tiempo invirtieron en viviendas. El primero fue el piso de Las Musas, y también con el tiempo compraron un pequeño chalet adosado en Alpedrete, el pueblo que estaba al lado de Mataespesa. Todo fue por indicación de los padres de Chus, que como tenían el chalet allí, vieron la ocasión y se lo comentaron. Y allí solían ir de vez en cuando a pasar los fines de semana en la sierra, cuando el calor apretaba en Madrid. También lo tuvieron alquilado durante un tiempo, pero ahora estaba libre.

Así que, cuando el sobrino se vino a Madrid, se estableció en el piso de Las Musas mientras se buscaba algo, pues le quedaba mucho mejor para ir al trabajo que no desde la sierra. A Charo no le importó en absoluto irse a vivir a Alpedrete, pues de esa manera completaba el famoso «cambio de aires». Además, no tenía buenos recuerdos de lo que le había pasado en el otro sitio, así que prefirió poner tierra de por medio.

En el Banco encontró un ambiente distendido, y un trabajo más interesante y menos burocrático que el que hacía en la Comisión. La pega era que los compañeros eran en su mayoría gente más joven, pero de todas maneras no le acogieron mal.

Lo malo eran las tardes. Llegaba a las cuatro a su casa y ya no tenía nada que hacer. Intentó volver a los estudios para procurar ascender, pero ahora no era lo mismo que cuando vivía con sus padres. No se concentraba, y la soledad era algo que llevaba muy mal.

Fue entonces cuando Chus volvió a aparecer en su vida. Con la separación se habían distanciado otra vez, pues en un caso como ese es difícil continuar siendo amiga de los dos. Es lo que se dice siempre: «el amigo de mi enemigo es mi enemigo». Chus tomó partido por Luis pues tenían negocios juntos. Pero pronto descubrió que la engañaba con los precios y comenzó a desconfiar de él.

Pero cuando ocurrió el fallecimiento de Daniel, y se enteró de que no había ido ni al funeral, cortó sus relaciones con Luis y se volvió hacia Charo. Le había tomado mucho aprecio a «su sobrino» como ella le llamaba.

Así que se telefonearon y volvieron a quedar, aunque esta vez fue en la sierra, donde tenían casa las dos.

—Es que me parece muy fuerte lo de Luis, tía. No me puedo creer que no haya ido ni al entierro.

—Al cementerio sí que fue. Quizás para que no le echaran en falta nuestros allegados, en una ocasión como esa. Pero a la iglesia desde luego no entró, ni se quedó fuera como hacen algunos.

Las dos mujeres se encontraban en la casa de Charo, donde esta le había invitado a comer un domingo. Chus se había desplazado desde el chalet de Mataespesa, donde estaba pasando el día con sus padres.

Dicen que cuando las mujeres llegan a cierta edad, o se inflan o se secan. Las dos estaban ya rondando la cincuentena, y Charo era de las primeras y Chus de las segundas. A pesar de que desde que dejó las pastillas y con su vuelta a la actividad había perdido muchos de los kilos que había engordado durante la depresión, todavía seguía siendo una mujer «rellenita», todo lo contrario que su amiga.

—Una puede tolerar que te llamen «gorda», «que no vales para nada», «que yo soy quién ha sostenido esta casa...», una puede tolerar muchas cosas, Chus, pero que te desprecien a un hijo... eso no se puede tolerar. Eso te deja una herida tan profunda en el alma, que… —se interrumpió, pues se le saltaban las lágrimas—. Ni se lo tolero ni se lo perdono.

—Bueno, mujer —dijo la amiga, agarrándola de la mano—. Ya pasó. ¡Ya pasó! Tu vida ha cambiado y ese capítulo de la vida ya es agua pasada. Ahora lo que tienes que hacer es crecer como persona y olvidarte del pasado.

—Es difícil olvidar el pasado, Chus.

—No lo es, Charo. Un clavo saca a otro clavo. ¿No has oído nunca esa expresión?

—Sí, ya sé a qué te refieres, pero no tengo yo el cuerpo para esas cosas. Ni el cuerpo ni la edad.

—Venga, mujer, el cuerpo está para lo que le echen. Mírame a mí. Tú y yo tenemos los mismos años, y yo sigo en plena forma. Sigo teniendo los mismos ligues que hace veinte años. O quizás incluso más, pues estoy conociendo a gente más interesante.

—¡Ay, Chus! Me dices unas cosas…

—De verdad, Charo, parece que estoy hablando con mi abuela. No puedes seguir con esa mojigatería. Tienes que cambiar y salir. Conocer gente, conocer otros hombres. Yo podría presentarte a…

—No, Chus —le interrumpió—. No es por ofenderte, y que sepas que no te culpo, pero mira lo que pasó con Luis.

—Ya, tía, mira que me arrepiento, pero eso no fue más que una casualidad. No tiene por qué ser siempre lo mismo. Me equivoqué con Luis, sí. Le vi que era como tú y pensé qué...

—Ya te digo que no te culpo. Tú no sabías lo que iba a pasar. Además, de mis sesiones con Conchi, la psiquiatra, he aprendido que hay que sacar el lado bueno de las cosas, y eso es lo que estoy haciendo. Me quedo con los buenos tiempos en el chalet, con las barbacoas en la piscina, y por supuesto, con las escasas sonrisas que me daba Dani. Sólo esos «destellos» son de lo mejor que me ha pasado en mi vida —le dijo, para volver de nuevo a llenarse los ojos de lágrimas—. Y todo eso, aunque parezca mentira, me lo ha dado Luis.

—Charo… ¡qué buena eres! Pocas mujeres que yo conozca se atreven de hablar bien de sus ex.

—Me ha hecho mucho daño, Chus, ¡Mucho! Tanto, que no sé si algún día podré recuperarme. No sé si algún día podría volver a ser la chica tranquila que era cuando quedamos aquel día en «el Seny» ¿lo recuerdas?

—Sí lo recuerdo, Charo, y por eso quiero que vuelvas a ser esa chica. Por eso quiero que te vengas conmigo cuando salga con algunos amigos y amigas. Para que te distraigas y dejes de pensar en todo eso. Sin necesidad de comprometerte con nadie... ¿Lo harás?

—Claro, Chus —respondió secándose las últimas lágrimas con un pañuelo—. Al final hago siempre lo que tú dices…

Capítulo 57

Las salidas ocasionales con Chus le vinieron muy bien. Conoció gente nueva, fueron a cenas con amigos, se distraía… No hubo ocasión de intimar con nadie, pero al no ser eso lo que iba buscando, no tuvo la presión de tener que complacer a su amiga.

Necesitaba compañía y eso es lo que tenía, pero salvo algún día entre semana esporádico, la mayor parte del tiempo estaba sola. Y eso era algo que nunca había experimentado. Nunca había estado sola, pues pasó de vivir con sus padres a casarse con Luis, y después a volver a vivir con ellos.

Fue entonces cuando una vecina le habló de las clases de «zumba» que se celebraban en el polideportivo de Alpedrete. Le dijo que allí había un nutrido grupo de mujeres de su edad, la misma edad que aproximadamente tenía su vecina, y que de vez en cuando quedaban por el pueblo para tomar algo.

Y entonces se apuntó a esas clases. Ella nunca había hecho ejercicio, y aquellas sesiones le vinieron muy bien para moldear un poco su figura y adelgazar algunos kilos. Allí conoció a otras mujeres que simultaneaban las clases con actividades en el Centro Cultural, y una de ellas le animó a participar en unos talleres de pintura.

Charo no había sido mucho de artes plásticas y sus aficiones culturales venían más por el lado de la literatura y de la poesía. Pero allí descubrió que no se le daba nada mal, y comenzó a aficionarse a los lienzos, los óleos, los caballetes, los emplastes, a las acuarelas… Todo un mundo nuevo de aficiones que llenaron un poco su vida, y comenzó a crecer como persona tras el descalabro que sufrió.

En eso estaba, cuando ocurrió un suceso totalmente inesperado.

Una noche, cuando se estaba preparando para acostarse, oyó el timbre de la puerta. «¿Quién podría ser a esas horas?», se preguntó. No esperaba a nadie y se asustó. Bajó las escaleras y abrió la puerta. La sorpresa no pudo ser más grande. En el umbral de la puerta se encontraba su hija Laura, portando una maleta, que le decía:

—Hola mamá. He venido para quedarme contigo.

Capítulo 58

La muchacha tenía solo dieciséis años, pero pareciera que tuviera veinte. Alta, buena figura, exuberante… similar a Charo cuando adelgazó, aunque mucho más espectacular. Ya la conocía de las fotos de las redes sociales, pero verla en persona… ciertamente le impresionó y comenzó a llorar.

—¡Hija mía!

Madre e hija se fundieron en un tierno abrazo, mientras la madre no paraba de llorar. Algo que por cierto no hizo la hija, que apenas le correspondió el intento.

La relación con Laura era nula desde hacía años, pues los pocos intentos que Charo había hecho de contactar con ella no habían dado resultados. No sabía su número de teléfono, y sólo conocía el de Luis quien la llamaba de vez en cuando para realizar algún trámite relativo al divorcio que ya estaba en marcha o algún asunto burocrático. También ella le llamaba para felicitar a la chica por su cumpleaños, aunque como nunca quería ponerse al aparato, finalmente se limitaba a enviar un mensaje pidiendo que la hiciera llegar sus felicitaciones. Esa era toda la relación que había tenido con «su familia» desde hacía más de tres años.

—Pero… ¿qué ha pasado? ¿Has regañado con tu padre?

—«Mi padre» ya no está conmigo, mamá —le dijo, con una expresión llena de odio.

—Pero… ¿por qué? ¿Se ha marchado? ¿Te ha dejado sola?

—No se ha marchado a ninguna parte. Sigue en mi casa.

—Pero entonces… es que no entiendo, Laura…

—Se ha traído a una puta a vivir con nosotros, y encima está preñada.

—Pero Laura… ¡qué estás diciendo…! —Charo iba de susto en susto y no salía de su asombro.

—La conoció en Rumanía, el muy cerdo. O quizás aquí, y luego le dijo ella lo de vender los materiales allá. Desde entonces están juntos… ¡y yo no lo sabía…! Aunque algo sospechaba, porque yo no soy tonta.

—O sea que ya tiene pareja… —comprendió la madre.

—No quiero que esté con esa puta. Mi padre tiene que estar solo conmigo. No puede compartirme con otra.

—Pero, ¿qué estás diciendo, hija? —preguntó, totalmente escandalizada— Tu padre también ha estado conmigo, ¿sabes?

—Ya lo sé —respondió, apretando los dientes, y con una intensa mirada de odio.

Charo se quedó absorta, mirando hacia su hija, incapaz de reconocerla. ¿Estaría soñando? Aquello no podía ser real. Tenía que ser un sueño. Había tenido una jornada intensa en el Banco y estaba cansada… Salió de su estupor cuando Laura le preguntó:

—¿Está preparada mi habitación?

—¿Tu habitación?

—Sí, donde me he quedado otras veces, cuando veníamos aquí con los abuelos.

—Pues… pues… sí, claro, supongo que sí. Ven, sube, deja que te ayude con la maleta…

—Deja la maleta. Yo la subiré.

Entraron en el cuarto, que tenía una cama, un armario vacío y un escritorio.

—Le faltan las sábanas. Espera, que voy a por ellas —la madre se apresuró en ir hacia un armario en una habitación contigua—. Cuando llegó y las trajo, intentó desdoblarlas para hacer la cama, pero la chica le interrumpió.

—Déjalo. Yo lo haré —ordenó, y se quedó parada, mirándola fijamente, como esperando a que se marchara. Como no lo hacía, fue la propia Laura quién le invitó a salir:

—Déjame ya. Estoy cansada. Hasta mañana —la despidió de forma seca, y la madre obedeció, saliendo de la habitación.

Capítulo 59

Otra noche de insomnio para la pobre Charo. Y ya iban… Pero lo que le faltaba por oír a la mañana siguiente, iba a ser todavía peor.

Se levantó temprano como siempre, para ir al Banco, después de haber dormido escasas horas. Y entonces se la encontró en la cocina.

—¿Ya estás levantada? —preguntó Charo.

—Sólo iba a beber agua. En esta casa hace mucho calor.

—Es por la buhardilla. Le da el sol todo el día y guarda mucho la temperatura.

—Ya —confirmó—. Oye, una cosa. Quiero que sepas que le he denunciado por abuso sexual.

—¿Cómo?

—Lo que has oído —contestó con semblante serio—. Y quiero que le denuncies tú también.

—¿Yo?

—Sí, tú. Y, como no lo hagas, no te voy a volver a hablar más en mi vida.

—Pero… ¿qué es lo que te ha hecho?

—Lleva abusando de mí desde los trece años. Quiero que lo denuncies y que digas que tú lo has visto todo, y que no lo has denunciado antes por miedo.

—Hija, esto que me dices es muy fuerte… —dijo, totalmente confundida. Sin esperar a que siguiera, ella le interrumpió:

—¿Lo harás, mamá? —preguntó, pero la madre estaba como paralizada. Ella insistió, gritando con fuerza—: ¿Lo harás? ¿Eh? ¿Lo harás? ¡Cómo no lo hagas, te voy a…!

—Está bien. Laura, está bien. Lo haré, no te preocupes.

—¿Cuándo lo harás?

—No lo sé, Laura, no lo sé, ahora me tengo que ir a trabajar… Lo haré en cuánto pueda, claro, pero… me tienes que contar más detalles, hija, pues me preguntarán, supongo, yo nunca he estado en la Policía para hacer ninguna denuncia, y claro. Pues…

—No te preocupes que yo te diré todo lo que les tienes que decir. Que será lo mismo que les he dicho yo, lógicamente.

Capítulo 60

—Hola Luis.

—Hola, Charo. ¿Está Laura contigo?

—Sí, está en casa. La he dejado sola porque me tengo que ir a trabajar —respondió, esperando que él dijera algo más, cosa que no hizo.

Le estaba llamando aquella misma mañana, durante su trayecto en el tren yendo hacia el Banco. Entonces siguió:

—Me ha dicho que estás con una mujer, que vive ahora con vosotros.

—Sí, con Nadia.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Y, ¿a ti que te importa?

Luis tenía razón. Sus asuntos no eran de su incumbencia. Entonces Charo creyó llegado el momento de preguntarle lo que deseaba saber.

—Laura me ha dicho cosas horribles de ti, Luis.

—¿Sí? A ver que se ha inventado ahora…

—Me ha dicho que has abusado de ella.

—Mira, esa niña está como una cabra. No la creerás ¿verdad?

—Yo no sé qué creer, Luis.

—¿Me crees a mí capaz de hacer eso, Charo?

—No lo sé… Siempre habéis estado muy unidos y…

—¿Qué siempre qué…? Mira, no digas tonterías. Tú has estado mucho más unida a Dani, por ejemplo, y yo no pienso cosas raras.

—Por favor, Luis, eso no es lo mismo. No puedes comparar la relación que me unía con…

—Vale, no es lo mismo, pero, ¿es que no puede querer un padre a una hija, Charo? ¡Yo la quería con locura! ¿Sabes? Bueno, la quería y la sigo queriendo, claro está.

—Dice que te ha denunciado por abuso sexual.

—¿Cómo?

—Eso me ha dicho.

—¡Jooooder! Lo que me faltaba ya… —exclamó, antes de dar un suspiro que atronó los oídos de Charo.

—Y me ha dicho que lo haga yo también.

—¿Y lo vas a hacer?

—No lo sé, Luis. No sé a quién creer.

—¡Pues haced lo que os dé la gana a las dos! —gritó, y a continuación colgó.

Capítulo 61

—Hola Chus, te llamo a ti, porque no sé a quién contárselo. Es algo que no lo puedo comentar con mis padres, y tú eres la persona que la conoces mejor, después de la familia.

—Hola Charo, no sé de qué ni de quién me estás hablando…

—De Laura.

—¿De Laura?

—Sí, se ha ido de casa de Luis y se ha venido a vivir conmigo.

Charo estaba de nuevo en el tren, pero esta vez en el trayecto de regreso. Le contó las dos conversaciones que tuvo con su hija; la que tuvo por la noche y la más sorprendente que tuvo por la mañana. Su amiga se había quedado de piedra.

—He llamado antes a Conchi, mi psiquiatra. Se lo he contado y me ha dicho que la niña probablemente tiene el llamado «complejo de Electra».

—¿Complejo de qué?

—El complejo de Electra, Chus. Es similar a lo que ocurre con el complejo de Edipo por parte de los chicos.

—Ya, el complejo de Edipo es una especie de atracción sexual de un hijo hacia su madre.

—Pues el de Electra es igual, pero con las chicas hacia los padres. Un exceso de afectividad que raya en lo sexual.

—Que raya…

—Entiendo que «solo» raya, Chus. No me puedo imaginar que haya ido más allá. Aunque según me habló anoche… parecía una mujer despechada. Como si una esposa descubriera que su marido le engaña con otra y entonces se larga de casa.

—No se podía referir a eso, Charo, no digas tonterías.

—Siempre ha tenido una especial predilección por su padre, siempre han estado muy juntos, muy unidos, no sé si me entiendes.

—Pues no, no te entiendo.

—Yo he visto cosas… cosas sueltas que quizás no significan nada… pero que todas juntas…

—No puede ser, Charo. Tú conoces a Luis mejor que yo, desde luego, pero no me le imagino haciendo una cosa como esa.

—Yo tampoco, si te digo la verdad. Yo puedo decir cosas muy feas de mi marido; a mí me ha hecho mucho daño y a Dani, no digamos. Pero una cosa no quita la otra.

—Pues, claro.

—Ya, Chus, pero es que, a mí en mi vida, me han pasado cosas muy raras…

—¿A qué te refieres?

—A nada, no me refiero a nada. Por otra parte, estoy recordando una cosa que me dijo Miriam…

—¿La has conocido?

—Sí, un día vino al chalet de Las Rozas. Vino a traer unos resguardos de la liquidación del chalet que tenían en Boadilla. De cuando estaba casada con Luis. Este no estaba y charlamos brevemente.

—Vaya… y, ¿qué te dijo?

—Fue una conversación muy breve. Fue algo así como «Te llevas una joyita, ya te darás cuenta a qué me refiero». No sé si se refería a eso o a qué.

—No creo que fuera por eso. Ellos no tuvieron hijos, así que no puede saber nada de ese tema.

—Quizás alguna sobrina….

—Pues, no sé. Creo que no tenía hermanos, pero no lo recuerdo, la verdad.

—Aparte de eso, hay algo muy extraño, Chus. Laura me dijo que se acababa de enterar del idilio de Luis con la tal Nadia, aunque según ella lo tenían desde la época del viaje a Rumanía. Y de eso hace ya cuatro años… ¿Por qué no se lo habría dicho a ella? ¿Por qué lo mantuvo en secreto?

—¿No se lo has preguntado a Luis?

—Sí, pero me ha mandado a freír espárragos. Vamos que me ha dicho que no me meta en su vida.

—Quizás se lo haya inventado la niña. No me cuadra que esas cosas se oculten. Salvo excepciones, los divorciados suelen reanudar rápidamente sus relaciones con otras mujeres, y los hijos lo saben desde el primer momento.

—Sí, ya lo sé, y por eso me extraña. Además, la mujer está embarazada, y supongo que, de él, con lo cual ya deben de llevar un tiempo juntos. ¿Cómo no lo ha sabido Laura hasta ahora? Y luego me viene con lo de los abusos… pareciera que es una forma de venganza… una denuncia por despecho, utilizando el arma más poderosa que tiene.

—Pero, ¿por despecho real? Quiero decir, ¿hubo algo o no hubo nada?

—Desde luego, si ha habido algo ha tenido que ser consentido. De eso no me cabe la menor duda. De no ser así, me lo hubiera dicho nada más verme. De haber huido de un infierno semejante… ¿por qué esperar a la mañana siguiente para contármelo? Además, según ella lleva así desde los trece años… Ha tenido tiempo más que de sobra para llamarme y decírmelo.

—Pero, aunque fuera así, eso es indiferente, Charo. Aunque haya sido consentido, aunque ella le haya forzado a él de alguna forma, fíjate lo que te estoy diciendo, aunque fuera así, él sería culpable de todas maneras, ¿no te parece?

—Por supuesto.

—Y, entonces, ¿qué vas a hacer?

—Creo que tendré que denunciarlo. No me queda otro remedio.

Capítulo 62

—¿Has ido a la policía?

—Sí, Laura. En cuanto salí del Banco me pasé por la comisaría y puse la denuncia.

—¿Has dicho todo lo que tenías que decir?

Charo miró a su hija y desvió la mirada, haciendo como que se quitaba la chaqueta y el bolso. Pero ella insistió.

—¡Contesta! ¿Les has dicho que lo has visto todo?

—No, Laura, no me he atrevido. No puedo mentir a la policía. No puedo decir que he visto algo que no he visto. Además, saben que la custodia la tenía él, y no me hubieran creído. Si no vivimos juntos, no puedo haber visto nada.

—¡La custodia la tenía él desde los catorce años, Charo! ¡Antes era compartida!

La muchacha rara vez usaba el pronombre «mamá». Casi siempre se refería a su madre como «Charo».

—Vale, custodia compartida, pero aun así no vivíamos juntos… él y yo sólo íbamos a recogerte, o a entregarte…

—¡Pues en esas ocasiones es cuando lo veías! ¡Es ahí donde veías los abusos! —gritó, apretando los dientes—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Venías a recogerme y le pillabas abusando de mí!

—Pero Laura, yo…

—¡Le pillabas haciéndome todas las cosas que te dije que tenías que decir! —exclamó, con furia, llena de rabia, mirando a la madre como si la estuviera perdonando la vida.

Charo se quedó callada. No daba crédito a lo que estaba oyendo, y en ese momento sospechó que todo era mentira. Una persona con semejante carácter no podía permanecer impasible aguantando todos esos supuestos abusos, contra su voluntad. Hubiera huido de allí o puesto la denuncia muchísimo antes. No se correspondía con el prototipo de niña abusada que huye de su padre totalmente asustada y conmocionada. De haber habido algo tuvo que ser con su beneplácito y nunca contra su voluntad; aunque lógicamente eso no lo disculpaba a Luis.

Iba a intentar razonar con ella, cuando la chica se introdujo en su habitación y cerró la puerta con un sonoro portazo.

Capítulo 63

De no haber sido por aquel embrollo de los abusos, la llegada de Laura a Alpedrete hubiera supuesto un consuelo muy grande para la soledad que sufría Charo. Pero lamentablemente, «la niña» no se comportó en absoluto como aquella madre podría esperar.

Tras tramitar la denuncia, y mientras el juzgado abría las diligencias, la chica se conformó con eso, y su actitud hacia la madre se suavizó. Eso sí, era una completa déspota y ejercía sobre ella una dominación casi total.

Charo siempre fue más o menos dominada por Chus. Es decir, las mujeres con carácter que estaban próximas, por alguna extraña razón conseguían hacer con ella lo que querían. Pues si su amiga de la infancia era dominante, eso no era nada comparado con Laura. Aquella mocosa de dieciséis años la tenía totalmente bajo su merced, y la madre se plegaba a sus exigencias casi sin rechistar.

La chica era inteligente, de eso no cabía ninguna duda, y había aprobado la enseñanza secundaria con facilidad. Y ahora se matriculó para hacer el bachillerato en el Instituto de Alpedrete. Con ese carácter que tenía, no era de extrañar que fuera una líder nata, y no le costó hacer nuevas amigas y amigos. Nuevas relaciones con las que se pasaba las tardes enteras sin hacer caso a su madre en manera alguna. Igualmente pasaba con los fines de semana. Cuando estaba en casa estaba casi siempre con la puerta de la habitación cerrada, inmersa en las redes sociales, y madre e hija sólo se veían prácticamente para comer y cenar. Y eso, cuando no lo hacía en su propia habitación. Se comportaban prácticamente como dos compañeras de piso donde cada una hacía su vida, y poco más.

Las esporádicas salidas con Chus, las clases de zumba, las clases de pintura… todo eso estaba muy bien, pero su vida continuaba vacía. Y para colmo, en 2020 llegó la Pandemia y el confinamiento, y todo eso se acabó. Ahora ninguna de las dos podía salir de casa.

Charo inició un teletrabajo que le apartó todavía más de las relaciones con los compañeros en el Banco, mientras Laura asistía a las clases de forma telemática. Por las tardes podría ser el momento propicio para coincidir las dos y tener una relación normal de madre e hija, pero ni con esas. Laura no estaba presencialmente con sus amigos y amigas, pero lo hacía mediante las redes sociales donde «conectaba» con todos ellos, y donde «desconectaba» de la madre.

Su único consuelo fue la pintura, y eso fue de alguna manera lo que la salvó de volver a las andadas. Ella pensaba que había superado su depresión, pero con todo lo que se vivió en el mundo durante aquellos tiempos, con la incertidumbre ante la nueva situación, el miedo a los contagios y el aislamiento, pues recayó de alguna manera. Se volvió otra vez triste y melancólica, y comenzó de nuevo a dormir mal.

Hasta que un día, en una conversación casual durante una comida, la madre no pudo más y se sinceró con la hija. Y, sorprendentemente, esta le hizo caso.

—Tú lo que necesitas es una pareja, Charo.

—¿Una pareja?

—Pues claro. Se te nota a la legua... Igual que mi padre se ha echado una novia, tú necesitas echarte un novio.

—Ya, hija, pero es muy difícil. He salido con Chus, con alguno de sus amigos, y no he encontrado a nadie apropiado. Aunque tampoco lo he estado buscando, desde luego.

—Eso de «apropiado» hoy en día es fácil de conseguir. Es cuestión de apuntarte en una aplicación de citas, poner lo que buscas, y entonces te llegan ofertas. Vas mirando, tú seleccionas, y si encuentras algo que te gusta, pues quedas con él y lo conoces. Tan fácil como eso.

—Ya, Laura, pero ahí te puedes encontrar con cualquier cosa. Hay mucha gente que se hace pasar por otras personas, y cuando les conoces te llevas un chasco. Por no hablar de la cantidad de degenerados que hay y que…

—Tonterías —interrumpió—. Eso puede pasar, no te lo niego, pero es fácil pillarlos. Si eso ocurre, desconectas y te buscas otro. Así de sencillo.

—¡Ay, hija! Pues ya me dirás tú cómo se hace, pues yo de ese tipo de cosas no tengo ni idea.

Capítulo 64

Para sorpresa de Charo, Laura ayudó a su madre en el asunto de las redes de contacto con verdadero entusiasmo. Ella no sabía nada de ese tipo de asuntos, y la ayuda de la muchacha le sirvió de mucho. Le abrió perfiles en las principales redes sociales, y en muchas de ellas colgó las fotografías de sus cuadros como «cebo» donde poder cazar a alguien rico, según las palabras de la hija. «Ese tipo de aficiones suelen ser de la gente bohemia, los que no trabajan, artistas, que tienen la vida resuelta, y que por supuesto tienen mucho dinero», le decía. «Ningún peón de albañil se dedica a pintar cuadros de paisajes, Charo».

Charo llegó a la conclusión de que Laura no solo buscaba un «buen partido» para su madre, sino de alguna manera que consiguiera emparejarse con alguien mejor que su padre, como para vengarse también de él de esa forma. La pareja de Luis, «la puta», como Laura siempre la llamaba, era una chica joven, de unos treinta años, rubia, y muy atractiva. Si Charo pudiera salir con alguien mejor que Luis, le estaría humillando de alguna manera. Vamos, lo mismo que había hecho él con ella, por mucho que Charo no se sintiera humillada por esa cuestión.

De aquella búsqueda de candidatos, consiguió encontrar uno que en principio hacía «match» con Charo. Un señor de unos cincuenta años, los mismos que tenía ella, pintor de brocha fina, que vivía de las rentas de una empresa que tenía, y vecino del barrio de Salamanca nada menos, el mejor barrio de la capital.

La cita tuvo lugar un tiempo después, cuando ya se había pasado el confinamiento y comenzaba la llamada «nueva normalidad».

Pero la verdad es que fue todo un desastre. Ni él le gustó a ella, ni ella le gustó a él. Después de citarse en una cafetería, el hombre la invitó a cenar en su casa, y tras la cena inició un cortejo estrictamente encaminado a acostarse con ella esa misma noche.

Charo salió espantada de aquel encuentro, y le recordó en cierto modo a lo que le pasó treinta años atrás en aquel coche al lado de Chus. Sólo que ahora el motivo del rechazo no fue porque era «estrecha» y mojigata. O al menos eso pensaba ella.

Tras el descalabro, se tomó un periodo de descanso y de reflexión, para intentar averiguar qué es lo que quería ella realmente, y qué es lo que necesitaba. Su hija le había abierto los ojos, y podría ser verdad que ella necesitara una pareja. Pero no tenía ninguna prisa, y menos por complacer a Laura. Además, la chica se olvidó del asunto en cuanto pudo volver a salir y reunirse con sus amigas, y sobre todo con «sus amigos», y ya la presionaba tanto como al principio.

Capítulo 65

La psiquiatra le había dicho que se aferrara a aquello que la mantenía con vida, y una de las dos cosas que se sacaron fueron sus creencias religiosas.

Desde que se fue a vivir a Alpedrete, visitaba la parroquia de la localidad con frecuencia, y asistía a misa muchos días de diario, además de los domingos, lógicamente.

En su intento de huir de la soledad se había apuntado a uno de los grupos de oración que se celebraban los viernes, y allí a veces coincidía con Sonia, una mujer de cuarenta años que ya tenía cinco hijos, y el último con síndrome de Down.

Charo simpatizó mucho con ella y se ofreció en numerosas ocasiones para ayudarle en lo que fuera. Pero Sonia no quería ponerla en compromiso y se resistía a pedir ayuda, a pesar de lo mucho que ella insistía.

Entonces pensó que podría echarle una mano en relación con el último chico, pues ella tenía mucha experiencia en el asunto. Pensó que podría quedarse con el pequeño por las tardes o los fines de semana, los momentos en que Sonia estaba más ocupada. Pero eso requería del permiso de la jefa, es decir de Laura, y esta se negó alegando una excusa de lo más baladí.

El caso es que un viernes, viniendo de las oraciones, iban las dos mujeres caminando hacia sus casas pues vivían relativamente cerca. Y Charo le comentó a Sonia acerca de lo sola que estaba y del chasco que se llevó con aquel pintor.

—Hoy en día solo se busca el sexo, Charo. Todas esas webs son para citas rápidas, y las que en teoría no lo son, al final sus usuarios siempre buscan lo mismo.

—Te doy toda la razón, Sonia. Vi los comentarios de algunas mujeres, y ese tipo de comportamientos son los que más abundan.

—Es una pena que en nuestro grupo no haya nadie de nuestro estilo. Me refiero, disponible, claro. Yo conocí a mí marido así, en el grupo de jóvenes que don Valeriano organizaba para las salidas al campo. Hace ya veinte años, fíjate.

—Claro, es que entre los jóvenes es más fácil.

—No te creas, Charo. Nosotros somos un grupo pequeño pero muy unido. Hace poco tuvimos en el coro a Carmelo, un viudo que se terminó casando con Amelia, no sé si lo conoces.

—No me suena…

—Bueno, es igual. Me refería a que entre nosotros podemos tener la seguridad de que no vamos a encontrar eso a lo que todos van.

—A ver, Sonia, yo no soy una mojigata, o al menos eso creo. Pero tampoco estoy dispuesta a entregarme a un hombre en la primera cita, ya me entiendes. Vamos, ni en la primera ni en la segunda. Y no es porque yo esté chapada a la antigua. Con mi marido hice lo mismo, es decir, contemporizamos, y solo me entregué cuando me enamoré de verdad. De hecho, fue cuando me casé.

—Como tiene que ser, pero… ¿tú estás casada?

—Divorciada.

—Pero… el divorcio no es válido, Charo. Una persona se casa para toda la vida…

—Sí, ya sé por dónde vas, pero mi matrimonio fue «por lo civil». Puedo volverme a casar, por la iglesia, en cualquier momento.

—¡Ah!, vale… me había hecho una falsa idea.

Estaban ya llegando a la intersección donde se separaban y Sonia se paró para decir:

—Estoy acordándome de una cosa, Charo. Mi hermana me habló hace poco de un sitio de citas cristianas, no sé si lo has probado…

—¿Citas cristianas?

—Sí, para gente como nosotras. En teoría todos los que se apuntan a ese sitio son cristianos, en su mayoría católicos. Son gente que, como tú dices, no se entrega en la primera cita. En teoría no se entregan hasta el matrimonio, como tiene que ser. ¿Por qué no lo pruebas?

—Pues no sé… ¿Sabes el nombre de la página?

—No lo recuerdo. Pero no creo que sea difícil encontrarlo. Seguro que si pones en el buscador "citas cristianas" o algo por el estilo, es posible que lo encuentres. De todas maneras, cuando vuelva a ver a mi hermana, se lo puedo preguntar.

Capítulo 66

El buscador ofreció todo tipo de resultados. Más de los que esperaba. La mayoría de las webs de encuentros entre cristianos eran de origen anglosajón, pero traducidas al español. Las que salían más arriba, las más famosas, parecían bastante prometedoras, aunque pronto descubrió que la mayoría de sus usuarios eran protestantes. Algunas eran simplemente portales donde se abrían salas de chats, mientras que otras eran aplicaciones de citas similares a las que había usado antes.

A priori no vio ninguna enfocada a los católicos españoles, aunque en la mayoría siempre se podían establecer como preferencias el país, y el tipo de confesión. Pero no le gustaron. Ese tipo de sitios «generalistas» son ríos revueltos donde «pescan» todos, y no se quiso arriesgar a que le pasara lo mismo de la otra vez.

Al final, en la segunda página, vio un sitio bastante mejor. Lo llevaba un grupo de cristianos de Cuenca, y tenía testimonios de católicos de toda España. Se decidió a apuntarse a ese, y justo cuando iba a comenzar a inscribirse como usuaria, recibió un aviso de mensaje. Un aviso que le llegó por correo electrónico, mediante una ventana emergente desde la aplicación del e-mail. Alguien había comentado algo sobre una de las imágenes de sus cuadros que había subido en una de las redes sociales donde los había expuesto.

Pensó en mirarlo después de inscribirse, pero le picó la curiosidad y abrió otra pestaña en el navegador para ver el comentario. No era la primera vez que alguien lo hacía. Ya había recibido alguna reseña con anterioridad. Normalmente eran simplemente «likes», «me gusta», o como mucho algún escueto comentario del tipo «¡bonito cuadro!».

Pero esta vez era totalmente diferente. Un usuario de nombre «Tony» le acaba de dedicar nada menos que cinco párrafos alabando su pintura, y con un tipo de detalle y sensibilidad exquisitas.

Así fue como «Tony» conoció a Charo Rodríguez Senoa, «Noa», en las redes sociales.

TERCERA PARTE

Capítulo 67

Patricio Jaramillo nunca hubiera imaginado que en tan solo cinco meses hubiera podido pagar el billete de avión que le llevó a Madrid. Ni que a partir del sexto mes de trabajo pudiera enviar el dinero suficiente a su mujer en Guayaquil para que ella y sus dos hijos salieran de la pobreza. Ni que tan solo un año después, fuera propietario de un piso en la capital de España.

Pero así era. El «sueño español» se había cumplido, y había dicho adiós a la pobreza.

Su primer salario había sido algo inferior a mil euros, es decir, era un «mileurista». Ese sueldo era considerado bajo para la época, aunque algunos años después quien tuviera esos emolumentos podría considerarse afortunado.

Pero en el año 2000, cuando el sector inmobiliario en España, y en gran parte del mundo estaba en ascenso, cualquier persona de cualquier país podía encontrar trabajo en la construcción.

Con doscientos cincuenta euros pagaba el alquiler de una pequeña habitación en el barrio de San Blas; con otros trescientos comía y se pagaba los gastos, y el restante lo enviaba mediante una agencia de envíos de dinero a Guayaquil, para que su mujer y sus hijos pudieran hacer lo propio.

Pero, como el tener dinero no se puede ocultar fácilmente, su mujer fue pronto conquistada por otro hombre ecuatoriano vecino de la casa en el país sudamericano. Esa relación llegó a los oídos de Patricio al otro lado del Atlántico, y en ese momento dejó de enviar dinero. Fue entonces cuando se casó en España con Liliana, otra ecuatoriana guayaca que trabajaba en el servicio doméstico, y que vivía con él en otra habitación del piso madrileño que compartían. Todo hay que decirlo, antes de que su primera mujer fuese conquistada, nuestro guayaco ya había «tirado la caña» a la mencionada vecina.

El mundo de la construcción no paraba de crecer, y ciertamente los obreros llegaban a escasear de tan demandados que estaban. Eso hizo que paulatinamente los salarios fueran incrementándose hasta el punto de que solo un año después, el sueldo de Patricio subió un cincuenta por ciento. Había encontrado un empleo a través de un contratista que le ofreció mil quinientos euros, y por eso se animó a comprarse un piso. Sobre todo, al sumar a eso los setecientos euros que ganaba su mujer. Era absurdo pagar entre los dos quinientos euros por un alquiler, si podían pagar poco más de setecientos por una hipoteca a cuarenta años para un piso en propiedad. Hipotecas que se concedían muy fácilmente, con solo presentar una nómina, pues en caso de fallar en el pago el banco se quedaba con el piso. Unos pisos cuyo valor no paraba de crecer año tras año, y los bancos hacían grandes negocios cuando eso ocurría.

Las cifras hablan por sí solas. Si en 1997 el número de ecuatorianos en España era inferior a treinta mil personas, solo cinco años después se podría estar hablando de medio millón de almas. La nacionalidad ecuatoriana era la primera entre los inmigrantes procedentes de América, y la segunda a nivel global, tan sólo superada por la inmigración marroquí.

La falta de exigencia de visado a los naturales de ese país, como no ocurría con los residentes de otras naciones iberoamericanas, la crisis económica endémica en esos países y el aumento del empleo en los sectores constructivos, fueron los desencadenantes de ese masivo movimiento migratorio. Un movimiento que comenzó a decrecer en 2003 al finalizar la no

exigencia de visado, en un esfuerzo por contener el flujo migratorio tan descomunal que se estaba produciendo.

En el año 2000, el poblado de Los Focos había sido desmantelado, y los gitanos habían sido realojados en pisos nuevos dentro de un barrio también nuevo que se denominó Valdebernardo. En el terreno donde antes estaban las chabolas se habían construido lujosos pisos que conformaron un barrio llamado «Las Rosas».

Los pequeños hogares de las denominadas «ciudades dormitorio» que en los años cincuenta y sesenta habían sido construidas para albergar a los que llegaban del campo a la ciudad, ahora eran los objetivos de compra y habitación de todos aquellos millones de inmigrantes de todas las nacionalidades que llegaron a España durante esa década.

San Blas, Simancas, Vicálvaro, Vallecas, Villaverde, Moratalaz… todos los barrios de la periferia madrileña donde antes estaban los andaluces, extremeños, manchegos y tantos otros, ahora estaban habitados por inmigrantes de todas las nacionalidades que habían desplazado a sus anteriores ocupantes.

Unos ocupantes, que, o bien habían prosperado y se habían desplazado hacia zonas mejores, o habían fallecido ya, y sus herederos vendían los pisos al mejor postor. Y el mejor postor para esos pisos pequeños como cajas de cerillas era el colectivo inmigrante. El nacional ya no compraba esos apartamentos tan diminutos, pues podía permitirse un piso nuevo u otro de segunda mano más grande en otro barrio mejor. Las viviendas de aquellos barrios eran las más baratas, pero no por eso eran malas. Por el contrario, los inmigrantes encontraban allí algo a lo que no estaban acostumbrados en sus países de origen.

Encontraban agua corriente en el domicilio, suministro eléctrico ininterrumpido, facilidades de transporte hacia los centros de trabajo, sanidad gratuita para toda la familia, educación gratuita para sus hijos… todo un paraíso comparado con la precariedad en la que vivían en los países de dónde procedían.

En San Blas ya no había drogadictos, la plaga que había asolado a los barrios de la periferia madrileña y de otras ciudades durante los años ochenta y noventa. Al pasear por sus calles ya no se veían *yonkis,* ni toxicómanos, sino personas de raza cobriza, mestizos, mulatos… Todo lo contrario a lo que ocurría en los barrios denominados «pudientes», donde nunca se vieron ni una cosa ni la otra. Las únicas personas inmigrantes que se veían por allí eran las mujeres que iban y venían de las casas de «los señores» que ahora trabajaban en el servicio doméstico sustituyendo a las amas de casa del país que antes buscaban un sobresueldo para el trabajo de sus maridos.

Cuando Patricio se casó con Liliana, compraron un piso en la calle Zubieta del barrio de Simancas, un barrio anexo al otrora conflictivo barrio de San Blas. Un piso de treinta y ocho metros cuadrados con dos habitaciones, salón, cocina y baño. Un piso pequeño pero suficiente para un matrimonio y el niño que estaba por venir, pues la mujer se quedó embarazada al poco de casarse.

El pequeño José nació en 2002, y su madre tenía la idea de que con el tiempo ocupara el pequeño dormitorio que estaba libre y que se constituyera como su habitación. Vamos, lo mismo que hacían los españoles, sus vecinos de aquel inmueble.

Pero como Liliana tuvo que dejar de trabajar para cuidar al pequeño, los ingresos del matrimonio se vieron muy limitados. No había subvenciones ni subsidios de maternidad para los inmigrantes que trabajaban «en negro», como era el caso de ella, y eso hizo que la pequeña

habitación fuera alquilada a un matrimonio con una hija que se ubicó en aquel pequeño cubículo. Un espacio ínfimo de solo seis metros cuadrados, donde apenas cabía la cama del matrimonio y otra pequeña para la niña.

Cuando aquellos inquilinos se marcharon, al encontrar una habitación más grande en otro sitio, Patricio pensó en buscar otros. Pero finalmente se convenció de que podía usar ese espacio para fines más lucrativos.

Su vecino del cuarto, otro ecuatoriano que se llamaba Raúl, alquilaba esa habitación para «citas». Citas de personas inmigrantes que buscaban un lugar donde tener intimidad durante algunas horas con sus novias, o bien con prostitutas.

Patricio se dio cuenta de que era más rentable el alquiler por horas que el alquiler por meses, y entonces montó un negocio similar al de su vecino, dándolo a conocer entre sus compañeros y amistades.

Capítulo 68

—Bonita tarde tenga, don Raúl.

—Bonita no es, don Patricio, si usted me sabotea el negocio.

Los dos vecinos que tenían la empresa de «las citas» se cruzaron por la escalera y comenzaron «un diálogo».

—No sé de qué la plática, mi vecino.

—Me está cortando usted la plata y eso no es muy lindo.

—Yo no corto nada de lo suyo, don Raúl.

—Usted maneja un negocio *de quedar* y me hace la competencia.

—*Simón*. Pero no veo qué problema.

—Ya le digo que lo deje, don Patricio, si no quiere que vaya a *la chapa*.

—*La chapa* no tiene incumbencia en estas cosas. No es de la suya.

—No diré, porque me afecta, pero no puede usted quitarme la clientela.

—Yo no quito eso a usted, don Raúl. Cada uno tiene su negocio.

—*Simón*, pero usted vive más abajo y me agarra a los que suben.

—Yo no hago cosa tal, don. Cada uno tiene lo que es suyo.

—Tiene que dejarlo, don Patricio.

—¡*Chuta*! Ya quisiera yo no tenerlo y darle el cuarto a mi *guaguá*, pero ando *chiro*.

—Yo también ando *chiro* y por eso lo del negocio. Pero dos de quedar en el mismo sitio no es negocio.

—Déjelo usted, don Raúl, y así solo quede uno.

—Yo llegué primero, don Patricio. Ya se lo digo. Tiene que dejarlo.

—No sea *cholo*, don Raúl. Podemos negociar los dos.

—Ya se lo digo. No va *chendo*.

—*A la buena*, don Raúl, tengo ocupación.

—Ya lo dije, don Patricio. Y no repetiré.

Don Patricio no cedió ante los «consejos» de su vecino, y pasados unos días el otro vio que seguían subiendo parejas por la escalera que no iban precisamente a su casa. Entonces, un tiempo después, por casualidad, «alguien» dio un empujón al ecuatoriano del segundo piso quien se cayó de bruces por la escalera fracturándose un brazo y el tabique nasal.

Eso supuso un perjuicio enorme para aquella familia, por la drástica reducción de ingresos que supuso una baja laboral de casi tres meses de duración.

De haber continuado en su anterior empleo, el perjuicio no hubiera sido tan grande. Pero Patricio encontró otro trabajo un poco antes del accidente donde le pagaban algo más, pero

con una distribución entre el dinero «blanco» y el dinero «negro» mucho más desproporcionada de lo habitual.

En efecto, el dinero blanco constituía solamente el salario mínimo que marcaba la ley, y que era un valor muy bajo en aquella época. Por tanto, el subsidio de enfermedad o de accidente se calculaba sobre este sueldo, y las percepciones de la familia durante esos tres meses se redujeron un setenta y cinco por ciento. Lo que condujo necesariamente a dejar de pagar la hipoteca durante ese tiempo, aunque negociaron con el banco una moratoria que cumplieron a pesar de todo.

Ante esa perspectiva, y, sobre todo, por las presiones de Liliana, el negocio de las citas cesó y volvieron a la práctica del alquiler mensual, aunque esta vez con un pequeño cambio. En lugar de alquilar la habitación pequeña, alquilaron la suya propia y ellos se desplazaron al salón, que quedó trasladado al cuarto chico. Total, era algo que allí se usaba poco, pues los ocupantes de la vivienda no paraban por la misma nada más que para dormir.

También, para evitar problemas futuros, Liliana volvió a trabajar de asistenta y se turnaba con la inquilina para cuidar al pequeño José. Ella también tenía otro bebito, y cuando una trabajaba, la otra cuidaba de los dos infantes. Además, también idearon otro negocio que tampoco fue del agrado del vecino del cuarto, porque él también lo hacía, y que consistía en lavar ropas ajenas.

En efecto, aquellos hogares precarios de los inmigrantes podían contar o no con lavadora automática, y en los casos en que no lo hacían, los vecinos de la calle o del barrio podían usar la de algún otro para lavar sus prendas por un módico precio.

Aunque aquí el perjudicado fue realmente Patricio, pues al estar en el segundo piso recibía las aguas de la ropa tendida de su vecino del cuarto.

—Cese usted el negocio de la ropa, don Raúl, pues sus prendas calan las mías.

—Cese usted el suyo, don Patricio, y así no recibirá las aguas.

—Yo no pienso, don, pues sigo andando *chiro*, y la plata viene en buena gana.

—Muestre usted las prendas a otras horas y así no habrá inconveniencia.

—No hay horas en el día ni en la noche, don Raúl, pues su cuerda está completa en todo tiempo.

—Pues las ponga por el patio y así no habrá competencia.

—¡*Chuta*! Por el patio no sopla el aire y se me amontonan en la cuerda, no más.

—Pues las ponga dentro de la *caleta* y enchufe una ventiladora. Fíjese que ya van dos consejos, no diga que no me intereso.

—*Simón*, pero no me sirven. Ya le digo que no es buena competencia. Y no se olvida lo del empujón.

—No sé qué platica, don Patricio. Y fíjese que voy de buena gana. Su ropa está bajo la mía, y se puede manchar… no más.

—No me *ahuevará*, con esa amenaza…

—Yo no amenazo, don Patricio. Solo informo de la colocación. Ya le digo. Y ahora le dejo, que tengo ocupación.

De poco sirvió la pataleta, pues las ropas de don Raúl mojaron si cabe más las de su vecino a partir de ese día. Y no porque el otro lo hiciera a propósito. Las lavadoras domésticas que tanto el uno como el otro encontraron en sus viviendas cuando compraron los pisos ya tenían unos añitos, y cada vez funcionaban peor. La centrifugación no era completa y las ropas se tendían más mojadas que nunca, con lo que el del segundo tuvo que poner plásticos para evitar que se calasen, con el consiguiente retraso en el secado. Hasta que al final fallaron las dos y se terminó el negocio por un tiempo, mientras ahorraban para comprar otras, los que podían hacerlo.

Pero no eran los reproches de los compatriotas los únicos que sufrían aquellos dos. La excesiva ocupación de las viviendas y las continuas coladas de ropa, hicieron que aquellas bajantes de desagüe no pudieran más. Unas viviendas básicas con cuarenta años de construcción hechas con materiales baratos no podían absorber un uso tan extensivo como el que se les daba, y los pocos vecinos españoles que quedaban en el inmueble no paraban de quejarse. No paraban de subir al hogar de don Patricio y al de don Raúl, a decirles que sus casas tenían humedades, que no podían dormir por las noches por el trasiego de gentes a todas horas, que no les gustaba encontrarse con prostitutas y proxenetas por las escaleras, que querían descansar los domingos y no tener que escuchar interminables horas de música «salsa»… No fue de extrañar que los del tercero, atrapados entre dos pisos con semejantes características, acabaran vendiendo el suyo y largándose de allí.

Capítulo 69

—Patricio, voy a tener que *pisar* para Guayaquil, no más.

—¿Secuestraron al Darwin?

—Lo secuestraron, Patricio, y quieren veinte mil dólares —dijo Liliana, antes de echarse a llorar.

Liliana se había casado con Patricio, pero tenía un hijo de una anterior relación que vivía en Ecuador. Estaba involucrado en el negocio del narcotráfico, y en una disputa entre bandas había sido secuestrado por los rivales, lo cuales exigieron un fuerte rescate.

—Saben que estamos acá, Liliana, y que tenemos plata.

—Pero plata no tenemos, Patricio. Solo quedan mil euros en el banco.

—No lo matarán, Lilita. Eso solo es una *chanza*.

—Yo no lo sé si es *chanza* o *chendo*, pero no lo puedo dejar solo allá.

—Si vas con el chamaco te matarán a ti también.

—No lo harán si llevo la plata, Patricio.

—Pero, qué plata, ¿Lilita? ¡Qué plata!

—Podríamos vender el carro. Nos costó *la bola* y lo pagarán bonito.

—¿Vender mi carro, Lilita? Hágame un favorcito y no mencióneme el asunto.

—¡Oh, Patricio! —Liliana comenzó a llorar de nuevo y su marido no encontraba forma de consolarla—. ¡El Darwin! ¡Me lo van a matar! —exclamó desconsolada.

—*Está chévere*, Lilita —terminó por ceder—, venderemos el carro, pero no será bastante. Se precisará más plata.

—Por lo menos cinco mil nos darán, Patricio —comentó, entre sollozos.

—*Simón*, pero faltan quince mil, ¿qué hacer con esa resta?

—Recién en la mañana me encontré con la Yasmina. Me dijo que ella lo pide al Edgar.

—¿Al Edgar, Lilita? Ese *palo grueso* hace usura… Por más que trabajemos como burros, la plata no lo alcanza. Y no creo que nos preste más de diez.

—Pues diez más cinco suman quince, Patricio. Al tiempo nos lo toman y salimos de *la vaina*. ¿*Sí muerdes*?

—Sí que *muerdo*, Lilita, pero entonces dejarás al *guaguá* muy solo.

—El *guaguá* se quedará con la Yéssica, como hacemos siempre.

—La Yéssica no está siempre a la mano, ya la conoces.

—Voy a ir, Patricio. ¡Voy a ir! Y que me ayude el Diosito, no más.

Capítulo 70

—No, mamita, no me dejes —lloraba el pequeño José cuando su madre le dijo que se marchaba. Solo tenía cinco años y nunca se había despegado de la madre más que cuando esta se iba a trabajar. Ninguna noche desde que nació, la había pasado sin ella.

—Un *puño* de días, no más, mi hijo. Y luego iremos a la feria de San Blas.

—Y ¿me comprarás una nube rosa, mamita?

—Una nube rosa de algodón y un martillo de caramelo, mi hijo. Y también te montaré en el redondel. ¡Verás que lindo! Tú y yo, mi José. ¿Podrás aguardarme?

—Mamita… ¡yo te espero, mamita! ¡Yo te espero!

La mamita se despidió del hijito, y con el corazón en un puño le dejó a cargo de la Yéssica. No le gustaba mucho aquella mujer, pero no tenía otra alternativa. Su otro hijo corría más peligro y solo rogaba que los quince mil euros fueran suficientes. Al cambio en dólares era más o menos la cantidad requerida y eso le consoló.

En Guayaquil volvió a encontrarse la misma situación de pobreza de la que había huido años atrás. Barrios sucios, autos desvencijados, jóvenes vagando por las calles en busca de algo que poder robar para después vender… Solo esperaba poder salir de allí cuanto antes y poder volver a Madrid. Porque tampoco tenía muy claro si se lo iban a permitir. La exigencia de visado ya estaba en vigor, pero en teoría a ella no le afectaba por haber llegado antes de que se tomara aquella medida. Además, su hijo José tenía la nacionalidad española y ella era su madre. No podía ser que no la dejaran pasar a la vuelta, pero había oído testimonios de compatriotas que lo habían pasado mal.

Lilita regresó a su casa, de la que había salido años atrás, y se la encontró tal y como la había dejado. Una casa de ladrillo en bruto, sin enlucir, con agujeros, y casi sin techo. Allí se encontró a su madre, una anciana, a pesar de que no llegaba a los 60 años. La mala vida y la mala alimentación es lo que tiene.

A pesar de llevar poco tiempo en España, ya se había acostumbrado a tener agua potable en la casa, a comer de forma decente y asearse con frecuencia, y la vuelta a la cruda realidad le pareció poco menos que insoportable. En cualquier caso, no pensaba estar por allí mucho tiempo. En cuanto pagara el rescate se volvería, y haría todo lo posible para traerse consigo al Darwin, su querido hijo. El chico aún tenía 17 años, y podría intentar llevárselo al ser menor de edad. Su plan era conseguirle un visado y después presentarse en Madrid con él. No sabía cómo le iba a sentar eso a Patricio, pero le daba igual. El caso era alejarle de aquel mundo tan peligroso.

Porque el caso es que el muchacho se había asociado con tipejos de la peor calaña, vecinos de su barrio en Prosperina, uno de tantos barrios malos en la periferia de Guayaquil. Un pandillero que, forzado a estar involucrado en asaltos y robos de todo tipo, finalmente entró en una de las mafias que controlaban el acceso a uno de los vertederos de la ciudad. Allí acudían diariamente miles de personas pobres que rebuscaban entre la basura para poder comer algo, o encontrar alguna cosa que pudieran después vender. Un lugar en el que, por cierto, aquella gente humilde tenía que pagar "una tasa" para poder entrar.

Y allí estaba el Darwin, cobrando la entrada… cuando lo hacía. Porque, como el pobre chico en el fondo tenía un corazón de oro, en muchas ocasiones dejaba entrar gratis a los más

desfavorecidos por la fortuna. Y el caso es que eso no sentaba nada bien a sus jefes mafiosos, quienes acabaron echándole de la «asociación».

Después se fue con otros tipos, todavía peores, que llevaban una parte del narcotráfico del barrio. Se disputaban la zona con otra banda, la de los Comadres, que pillaron al chico en una de tantas peleas que tenían entre esa pandilla y la suya, la del Yeison. Lo secuestraron, sabiendo que su madre estaba en España y podían pedir un rescate por el chaval.

El reencuentro de Liliana con su madre en aquella «casa» tan desvencijada la reconfortó, y le hizo más llevadera la espera. Porque el caso es que no le quedó más remedio que esperar, pues el Yeison, el cabecilla de la banda del chico, estaba ausente. Estaba en la otra punta del país, solucionando «unos asuntos».

Varios días después, por fin llegó, y se pudo reunir con él.

—¿Trajo la plata, señora Lilita?

—Sí, la traje. ¿Cómo está el Darwin?

—No lo sabemos, señora. No hemos platicado con él.

—Pero, ¿está vivo?

—Tenemos la creencia de que sí, pero no a cierto.

—¡Ay, mi hijo! ¡Ay! —gritó—. Diosito lindo, por favor te lo suplico —se arrodilló, como si estuviera sola— ¡Sálvamelo al Darwin! ¡Sálvamelo! Y te prometo que iré caminando descalza, a agradecértelo, a Jesús de Medinaceli, cuando regrese…

Capítulo 71

Aún no había amanecido cuando Lilita, el Yeison y otros dos miembros de la banda se dirigieron hacia el lugar donde se iba a hacer el intercambio. Se trataba de un complejo industrial abandonado, donde se suponía que tenían al Darwin. Allí esperaron a que les hicieran una señal desde una de las ventanas de un edificio destartalado, y eso sería signo de que ya estaba todo listo y de que se podían aproximar.

—Pero, Yeison, ¿no podemos avisar *a la chapa*?

Al decir eso, el aludido sonrió y sus dos secuaces hicieron lo mismo.

—¿A la policía, Lilita? Usted está mal de la *tutuma*, lo siento. Lleva poco tiempo en España, pero ya parece una de allí. Los de Comadres y la *chapa* son lo mismo, no más. Así avisamos a esos perros es como si les añadieran refuerzos, ¿no lo *cacha*?

La pobre Liliana estaba temblando de miedo y de angustia por no saber qué se encontraría en una situación como esa. En esos momentos de tensa espera, mil pensamientos pasaron por su cabeza, y se lamentó un tanto por haber cruzado el Atlántico y alejarse de su hijo. Quizás, de no haberlo hecho, no hubiera llegado a estar en ese trance.

Pero el caso es que no le quedó más remedio, por la situación de pobreza extrema en la que se encontraban. Y fue un acierto, de alguna manera, pues las remesas de euros que les mandaba pudieron sostener a su madre y al Darwin, y también a su exmarido, quién se apropiaba de una buena parte de ese dinero «como comisión». Algo que ella llevaba muy mal, pues aquel borracho no se merecía llevarse ni un céntimo de sus sudores. Solo se preocupaba de sí mismo y a veces no aparecía por casa durante semanas o incluso meses, hasta que desapareció del todo.

Por fin, les hicieron la esperada señal desde la ventana y el Yeison le entregó a la pobre mujer una bolsa con el dinero, mientras los otros se quedaban en el coche. La acompañó hasta las proximidades del edificio, y después volvió con los compinches. El plan era tapar la salida principal de la zona, por si los de Comadres se quedaban con la plata y no entregaban al chico.

Lilita entró en el edificio y allí fue recibida por un pandillero de la banda, quién, tras comprobar si llevaba armas, tomó la bolsa y la hizo pasar a una sala contigua a punta de pistola. La mujer estaba temblando de miedo, y más cuando vio la pinta que tenía el Erundino, quien era el jefe de la banda, y el resto de sus esbirros.

Pero el miedo se transformó rápidamente en emoción, cuando otro hombre sacó al chico de detrás de un muro, y se lo mostró a la madre:

—¡Darwin! ¡Mi hijo! ¿Cómo estás? ¡Ay! ¡Dios mío!

—¡Mamita!

El chico presentaba un aspecto lamentable, y no solo por la suciedad. También tenía aun frescas las marcas de golpes y los moratones que le habían propinado, por todas las partes de su cuerpo. Aun así, madre e hijo se estrecharon en un abrazo enternecedor, mientras dos hombres comprobaban el contenido de la bolsa. Pero enseguida, uno de ellos gritó:

—Pero, ¿qué chanza es esta? ¡Aquí no hay más que papeles de periódico, *pana*!

—Erundino comprobó por sí mismo lo que le decían, y se volvió a la mujer con ojos de profundo odio:

—¿Dónde está la plata, maldita pelleja?

—¿La plata? ¡La plata está ahí! ¡Tiene que estar ahí!

—Puta pelleja, ¡te voy a matar! ¡Y voy a matar a este chamaco, no más!

—¡No! ¡El Yeison! ¡El Yeison la tiene!

—¿El Yeison? ¡Mira dónde está ese perro! ¡Míralo!

En efecto, en la lejanía se veía cómo el jefe de su hijo se marchaba acelerando el coche, de forma que este adquiría gran velocidad en poco tiempo.

Les habían traicionado, y de poco sirvieron los ruegos de la madre. Erundino y los suyos, llenos de cólera, comenzaron a golpear a Liliana y al Darwin, quien, en la refriega, consiguió hacerse con la pistola de uno de los hombres, y consiguió acertar al animal que arremetía contra su madre. Pero de poco sirvió: otro esbirro le apuntó con la suya, y Lilita se interpuso entre los dos, suplicando que no lo matara. Demasiado tarde. La pistola ya se había disparado, y la bala entró directamente en el pecho de la mujer, que se derrumbó de inmediato. El Darwin, lleno de rabia, disparó a su vez contra ese hombre, pero no le acertó. Fue entonces cuando el propio Erundino fusiló con su arma al chico, quien en pocos segundos yacía en el suelo junto a su madre.

—¡Mamita!

—¡Mi hijo!

Con el último aliento de aquellas dos almas, madre e hijo se fundieron en un tierno abrazo, y juntos entraron en la Eternidad.

Capítulo 72

Patricio recibió la noticia con desolación. Verdaderamente quería a su mujer y madre de su hijo José, pero es que además se había truncado una parte importante de ingresos para su familia, y más con el préstamo que le había hecho el Edgar. Tuvo que afanarse más que nunca para conseguir pagar la deuda, y hubo de buscarse un trabajo los fines de semana para compensarlo. Un trabajo de reformas junto a otro compatriota que ya era oficial de albañilería, y que cobraba totalmente en negro.

Pero como no fue suficiente, tuvo que alquilar la otra habitación que le quedaba libre para poder tener ingresos extra, y por tanto aquel minúsculo piso de la calle Zubieta se quedó definitivamente sin salón. Es más, las otras habitaciones se llenaron todavía más y la vivienda se constituyó en lo que se denominaba «un piso-patera».

En el piso vivía la Yéssica con su marido y dos de sus hijos, que vivían en una habitación. En la que antes era el salón, que era la más grande, vivían ahora seis personas, que dormían en tres sets de literas. Y en la habitación pequeña dormía Patricio con su hijo José y otro de los hijos de Yéssica en una litera triple. Al fin y al cabo, los metros cuadrados son los que establecen el espacio de una vivienda, pero no hay que olvidar los metros cúbicos: las alturas también pueden ser habitadas hasta el techo.

En total trece personas entre adultos niños y bebés, cohabitaban en un espacio originalmente diseñado para un matrimonio con un hijo o como mucho dos. Ni que decir tiene que para entrar al baño era toda una odisea, sobre todo por las mañanas. Pero para todo hay ingenio, y las familias disponían de un cubo con tapa por habitación donde poder hacer las necesidades si el retrete estaba ocupado. Luego ya, cuando los hombres o las mujeres salían al trabajo y los niños iban al colegio, se hacía el silencio en la casa y se quedaban solo una o dos mujeres al cargo de los bebés.

Así fueron funcionando las cosas, más o menos, mientras el trabajo no faltaba, durante unos dos años desde que murió Liliana. Los inquilinos iban y venían según prosperaban, y las caras de los ocupantes del piso iban cambiando con el paso del tiempo. Pero a finales de 2008 explotó la burbuja inmobiliaria, y todo aquel tinglado se vino abajo.

Unos se quedaron en el paro ese mismo año y otros en los años que siguieron, en un gotear interminable de cierres empresariales de toda índole.

La caída de la construcción golpeó a todos los sectores, que fueron cayendo como un castillo de naipes. Sectores en los que trabajaba la población autóctona, es decir, los españoles, y que tuvieron que prescindir en muchos casos del servicio doméstico, al carecer de ingresos y tener exceso de tiempo para realizar unas labores que anteriormente desempeñaban las mujeres inmigrantes.

Afortunadamente había seguro de desempleo, pero este tenía una duración máxima de dos años, y se calculaba lógicamente sobre el salario «en blanco».

Así las cosas, muchos inmigrantes volvieron a sus países. Sobre todo, los que tenían allí algo a lo que agarrarse, aunque la mayoría no tenían nada y por eso no lo hicieron. Siempre era mejor quedarse en un país como España, donde había una cierta seguridad en las calles y la educación y la sanidad seguían siendo gratuitas. Además, a unas malas, se decía: «aquí el acceso a la basura es libre y esta es abundante, mientras que allí es escasa y hay que pagar a las mafias para que te dejen entrar».

Todos los que se quedaron en España tuvieron que apretarse el cinturón. Ni que decir tiene que el primer gasto que se resintió fue la hipoteca. La disyuntiva era clara: pagar la hipoteca o comer, esa era la cuestión.

Eso supuso que a la crisis de la construcción se le sumase una crisis financiera sin precedentes en 2012, que originó la quiebra de numerosos bancos. Unos bancos cuyos deudores, es decir, los hipotecados, dejaron de hacer frente a los pagos. Y para colmo, el estallido fue tan grande y la oferta de pisos embargados tan abundante, que los precios de estos se desplomaron hacia niveles incluso anteriores al año 2000, al no haber ahora compradores dispuestos a adquirir algo que no paraba de bajar. Los bancos no sabían qué hacer con tantos pisos que no podían transformar en activos líquidos, y terminaron quebrando. Sobre todo las cajas de ahorros, y entre ellas la icónica Bankia, el lugar donde Patricio tenía la hipoteca.

Él se quedó sin empleo en 2010, aunque ya su sueldo por esa época era bastante inferior al que tenía en 2008. Casi todo el sueldo en «negro» se había esfumado, y cuando entró en el desempleo, se quedó con unos ridículos setecientos euros de jornal que dos años después se perdieron definitivamente. En ese momento, el piso fue embargado y todos los habitantes que todavía permanecían en él se quedaron en la calle.

Capítulo 73

—José Antonio, vamos a cerrar ya…

Eran las ocho y media de la tarde, y como siempre, el chaval era el último en abandonar la biblioteca. Había acudido allí desde que habían abierto, es decir, desde las tres, y le vio echar una cabezada hacia las cinco. Y ahora el pobrecillo se había vuelto a quedar dormido.

Carmen era una de las bibliotecarias de la Biblioteca Municipal de San Blas, y conocía al chico desde hacía mucho tiempo. Ningún usuario era tan fiel como ese muchacho de quince años, que prácticamente vivía allí.

—Perdón señora Carmen. No me había dado cuenta de la hora.

—No pasa nada, ¡tranquilo! —contestó, mientras veía que el chico cerraba el libro que tenía sobre la mesa y se levantaba para ponerlo en su sitio.

—Déjalo, no te entretengas ahora en eso. Ya lo colocaré yo —le advirtió, mientras miraba los útiles que tenía sobre la mesa—. Oye, ¿hoy no te has traído los rotuladores?

—Me los han vuelto a quitar. A ver si consigo recuperarlos mañana —dijo, con resignación.

—A ver, ¿qué libro has estado leyendo hoy?

—Uno de poesía. De Machado.

—«Campos de Castilla…» —contestó mientras leía el título del volumen que se disponía a colocar—. Este es el mejor de ese autor, ¿no te parece?

—A mí me gusta más «Desdichas de la Fortuna». Pero vamos, es cuestión de gustos.

—Ese no lo conozco. ¿De cuándo es?

—Es algo posterior a este. Lo escribió en los años veinte, creo. Es una obra ambientada en la corte de Felipe IV.

—¡Ah! —la mujer se había quedado con la boca abierta.

El muchacho terminó de recoger sus cosas y se dirigió hacia la puerta. Pero antes de salir se volvió hacia la mujer y preguntó:

—Una cosa… ¿se sabe algo de la apertura de la biblioteca los sábados?

—No, José Antonio. No se sabe nada. Ese asunto está parado, creo yo.

—Una pena.

—Pero… ¿vendrías los sábados, si fuera posible?

—Pues claro. Ahora sólo puedo ir a las de la Comunidad de Madrid, que son las únicas que abren los sábados. Pero, por aquí no hay ninguna. Me tengo que desplazar a la biblioteca Manuel Alvar, la que está en la calle Azcona.

—Bueno, esa no está tan lejos. Se toma el autobús 48 y estás allí en quince minutos.

—Ya, señora Carmen, pero es que yo me tengo que desplazar caminando. No puedo pagarme el billete.

Capítulo 74

Carmen sentía remordimientos, de alguna manera. Mientras se desplazaba por la autopista M-30 en dirección a su casa, no dejaba de pensar en el chico. Ella tenía un coche privado en el que podía desplazarse sin problemas, mientras que aquel diamante en bruto no tenía ni para tomar un autobús.

Hacía años que tenía aquel puesto de bibliotecaria, y había tenido varios turnos. Salvo cuando coincidía con el horario escolar, era raro el día que no le veía por allí. Algo totalmente infrecuente para un inmigrante como aquel, de tan solo quince años, edad a la que la mayoría de sus congéneres pasaban la mayor parte del tiempo en la calle.

La Biblioteca Pública Municipal de San Blas contaba con usuarios de muchas nacionalidades, al ser un barrio de alta ocupación inmigrante. Y en cuanto a los usuarios adolescentes, también había alguno, aunque se limitaban básicamente a consultar algún libro o tomarlo prestado de cara a la realización de algún trabajo escolar. Pero que se quedaran allí todas las tardes… de esos no había ninguno. Y mucho menos en verano, estación en la que José Antonio prácticamente vivía allí. «Se está mejor aquí que en mi casa, señora Carmen. Y no solo por el aire acondicionado», le había dicho en alguna ocasión.

Siempre solía estar allí de los primeros, con el objetivo de ocupar alguna de las mesas de lectura que tenía aquella biblioteca. Allí leía y dibujaba, dibujaba y leía, y también escribía. Incluso alguna vez llevó un ordenador portátil que conectaba a la red wifi gratuita que ofrecía el establecimiento.

Un muchacho muy atípico desde luego. Y muy extraño, aunque esa extrañeza era causada por la infrecuencia con la que se veía un comportamiento semejante en un chico de quince años, y además inmigrante. Quizás en las chicas era algo menos extraño, y de hecho también proliferaban por allí algunas que se quedaban por la tarde a hacer los deberes. Pero, en cualquier caso, nunca hasta el extremo de un usuario como José Antonio.

En el aspecto externo era un ecuatoriano típico como los miles que vivían en el barrio. Tez morena, pelo oscuro, rasgos cobrizos típicos de los indios incas… tan solo un poco más grueso de lo normal para un chico de su edad. Pero en el aspecto interno, era único. Sus maneras, su educación, su comportamiento y cortesía… en eso no tenía nada que ver con lo que ella conocía.

Había perdido todo el «acento latino» que todavía conservaban muchos chicos como él a pesar de haber nacido y haberse criado en España. Salvo por algún modismo, como aquello de «señora Carmen», cualquiera diría al oírle hablar que era el hijo de un español de clase media o alta y que frecuentaba un exclusivo colegio privado. «Es lo que tienen los guetos», se dijo. «Este tipo de personas solo se relaciona con gente de su propio ambiente, y nunca llegan a perder el acento». Algo que desde luego no era el caso de José Antonio. Un nombre, por cierto, también atípico para un ecuatoriano, e incluso para un español. Un nombre antiguo que solo conservaban ya las personas de cierta edad, pues ahora se llevaban los nombres más cortos.

Estaba ya llegando a su casa, y dejó de pensar en él. Eso sí, se anotó una tarea en su mente para realizar antes del sábado. Determinó regalarle un bono-bus de diez viajes al chico, para que pudiera desplazarse a la Biblioteca Manuel Alvar con total comodidad.

Capítulo 75

En el año 2017 la crisis estaba ya terminando, y Patricio había encontrado un empleo de repartidor. Los escasos cuatrocientos veintiséis euros que le habían dado en los últimos cinco años gracias a tener un hijo a su cargo le habían servido únicamente para mal comer y nunca mejor dicho. Había intentado hacer algunas chapuzas en negro para no perder el subsidio, pero era tal la cantidad de ex obreros que estaban intentando hacer lo mismo, que apenas conseguía alguna que otra. Aunque gracias a ellas podía pagar los doscientos euros que ahora le cobraban por alquilar un pequeño dormitorio en la calle Amposta, en otro piso-patera.

El trabajo de repartidor tampoco era la panacea y apenas ganaba seiscientos euros. Su contrato era de media jornada, aunque en realidad trabajaba la jornada completa e incluso más. En definitiva, estaba ganando lo mismo que antes, aunque ahora tenía la seguridad de cobrar puntualmente, y no tener que depender de las chapuzas. Cuando conseguía alguna, eso le servía para poderse permitir algún «capricho», como por ejemplo, comprarse un teléfono móvil.

Pero así era el mundo precario de la post-crisis. Diez años después del estallido de la burbuja inmobiliaria, muchos de los antiguos parados habían encontrado trabajo, aunque fueron empleos precarios. El antiguo y minusvalorado mileurista, ahora era todo un privilegiado.

Con esas mimbres no era de extrañar que su hijo José estuviera «gordito». La obesidad era antiguamente un sinónimo de opulencia, pero en la actualidad es precisamente una señal de todo lo contrario. Los alimentos ultra procesados, con grasas saturadas e hidrogenadas son los más perjudiciales para la salud en ese sentido, y son precisamente los que comen los pobres por ser los más económicos.

Pero es que además se juntaba otro factor. Y es que José Antonio, el hijo de Patricio, era un «checho», es decir, un soso, un aburrido, «un paradito», y apenas tenía amigos. No se le daban bien los deportes, y en los equipos de voleibol donde jugaban sus nacionales no era admitido. La falta de ejercicio en un chico de su edad incrementó la obesidad, y eso hizo que sus relaciones sociales empeorasen si cabe más. Por si fuera poco, le interesaban más los libros que la calle, y eso, en un mundo marginal como en el que él vivía, era pecado mortal.

En el colegio y en el instituto intentó acercarse a la parte contraria, es decir a los estudiantes españoles autóctonos, que tenían teóricamente más afinidad con él por su modo de ser. Algunos, que no todos, lógicamente. Pero ahí encontró también rechazo, pues recelaban de él por ser inmigrante. Quizás le faltaba el arrojo, el empuje necesario para afirmar su personalidad y hacer entender su carácter en un mundo como el adolescente, tan proclive a los estereotipos. Un empuje que comenzó a desarrollar, no obstante, hacia el final de su adolescencia.

Estaba atrapado entre dos mundos, y por eso encontró una vía de escape en los libros y en una afición que le apasionaba: el dibujo.

Pero esas «vías» eran incomprendidas entre sus iguales, y a sus quince años todavía era un niño timorato que se dejaba avasallar por los demás. Sobre todo por Nelson, un vecino de su misma casa que dormía en la habitación contigua y que le hacía la vida imposible en cuanto que le veía. Pero no sólo era este sujeto la causa de sus problemas. En la casa habitaban también niños más pequeños, traviesos y juguetones que se hacían con sus rotuladores

y con sus materiales de dibujo y que se dedicaban a pintarrajear todo lo que pillaban a su paso; incluso sus propios dibujos ya terminados eran víctimas de ese vandalismo.

A pesar de que la puerta de la habitación que compartía con su padre tenía llave, su cuarto era visitado con frecuencia por esos vándalos, que rogaban a Nelson que les abriera la puerta con sus ganzúas. Es lo que había ocurrido aquel día, cuando la bibliotecaria le preguntó por sus rotuladores. Cuando llegó a casa se los encontró dispersos y descapuchados alrededor de la misma, y algunos colores nunca los encontró.

No era de extrañar por tanto que el chico se pasara las tardes en la biblioteca. Cualquier sitio era un hogar mejor que su propia casa, pues ni de noche podía descansar bien, con la cantidad de ruidos y trasiego que tenía el piso. En la biblioteca encontraba silencio y una mesa en la que poder leer y dibujar sin distracciones, algo de lo que carecía absolutamente en su propia casa. Lo malo eran los sábados por la tarde y los domingos, momentos en los que no le quedaba más remedio que permanecer allí. Y allí se pasaba el día tumbado en la cama leyendo los libros que había tomado prestados para el fin de semana, y que devolvía el lunes siguiente. También intentaba dibujar, pero eso era mucho más complicado. En su habitación no había mesa ni escritorio alguno, pues no cabía, y se tenía que conformar con pintar sobre la mesita de noche tras poner la lámpara en el suelo. Pero le terminaba doliendo la espalda al tener que mantener una postura forzada. El hueco que quedaba entre la pared y la cama era tan pequeño, que apenas cabía una silla y se tenía que conformar con sentarse en la litera, donde se golpeaba la cabeza con la cama de arriba.

Le había irritado mucho perder tantos dibujos, y por eso, cuando descubrió las posibilidades del dibujo electrónico, encontró el cielo abierto.

Él ya sabía utilizar los ordenadores bastante bien. En el instituto los manejaban, y sobre todo en la biblioteca, pues disponía de un «servicio de acceso público a Internet», además de zona wifi. Pero eran pocos los puestos disponibles, y el tiempo era limitado.

Entonces fue cuando se encontró un ordenador portátil en la basura. Lo encontró cuando iba desde su casa en dirección a la biblioteca, y alguien lo acababa de dejar allí apoyado sobre los contenedores. «Una suerte que no lo hayan llevado al punto limpio», pensó. El caso es que lo recogió, y cuando llegó al que era su verdadero hogar, se fue hacia el espacio habilitado como zona wifi y allí ocupó una de las mesas. El portátil era un modelo antiguo ya obsoleto, y tras cargar la batería descubrió que no arrancaba por imposibilidad de cargar el sistema operativo. Entonces lo cerró con cara de disgusto, y pensó en devolverlo al sitio donde lo había encontrado. Pero lo pensó mejor, y comenzó a consultar manuales de reparación de ordenadores de los que encontró por allí, y también páginas webs y foros de consulta.

Después de algunos días investigando sobre el asunto, llegó a la conclusión de que lo mejor sería cambiar el sistema operativo que traía de serie, y que no arrancaba, por uno diferente que consumiera menos recursos de la máquina. Y entonces descubrió el sistema operativo Linux: un sistema robusto, ligero, moderno, y lo mejor de todo, gratuito. Así que se lo instaló, y ¡voila! ¡Ya tenía ordenador!

Ahora solo faltaba una tableta para dibujo digital, y eso era un problema más que serio. Las de calidad costaban más de doscientos euros, aunque las había más modestas por unos cincuenta. Pero aun así, ese dinero era prohibitivo para la maltrecha economía de la familia. Su padre no podía darle más de veinte para una cosa así, y después de muchos ruegos.

Pero él no desistió. Buscó tabletas usadas, pero las más asequibles las encontró fuera de Madrid. Puso un anuncio en una página web de segunda mano, y por fin encontró una que se amoldó a su presupuesto, y quedó con el propietario en un punto intermedio. Eso sí, tuvo que ir caminando.

El caso es que lo había conseguido, y por fin podría dedicarse al dibujo digital al conectar la tableta con el ordenador. Con un lápiz óptico que venía incorporado, dibujaba sobre la tableta como si lo hiciera sobre un papel, y podía ver el resultado en la pantalla. Solo faltaba descargarse e instalarse el programa de dibujo adecuado, y el día que lo logró fue uno de los más felices de su vida.

Durante meses no se dedicó a hacer otra cosa, y llegó a crear muchos dibujos que guardaba «en la nube», es decir, en internet, y así no había riesgo de que nadie se los tocara. El ordenador y la tableta eran los mejores regalos que la Fortuna le había dado, y los guardaba como oro en paño.

Aunque en paño no era precisamente donde los guardaba, sino debajo del colchón. Tenía sumo cuidado de que nadie en su casa se enterara de que los tenía, y de que no le vieran meterlos y sacarlos de allí. Pero un día no pudo evitar que Nelson le echara un ojo en un momento en que su padre entró en la habitación.

Y así fue como los perdió. Unos días después de aquello, se encontró el portátil destrozado por los vándalos, pues habían intentado jugar con él y no habían podido.

Capítulo 76

Patricio se aficionó a la bebida a raíz de quedarse en el paro, y cuando encontró trabajo intentó dejarlo; pero no pudo. Él siempre decía que lo tenía bajo control, pero aun siendo cierto, cuando tuvo un accidente con la furgoneta de reparto lo perdió todo.

El accidente no fue por culpa suya, pero la policía le hizo un test de alcoholemia como era preceptivo, y le retiraron el carnet de conducir durante un año.

Eso supuso su despido fulminante en la empresa en la que trabajaba, aunque tuvo derecho a cuatro meses de subsidio de desempleo y una pequeña indemnización que le permitió vivir durante dos meses más.

Pero tenía que buscar algo rápidamente pues el tiempo pasaba, y las chapuzas de las reformas no daban para mucho. Su condición de inmigrante era un hándicap que no ayudaba, pero también lo eran y si cabe más sus cincuenta y cinco años cumplidos.

Los sectores de la actividad en los que se colocaban mayoritariamente las personas inmigrantes solían ser la construcción, los restaurantes, el reparto y el servicio doméstico. Imposibilitado para el transporte, con un sector constructivo que seguía muerto, siendo demasiado mayor para la hostelería y descartado el servicio doméstico, Patricio no tenía dónde encontrar trabajo. Hasta que su hijo descubrió, investigando en Internet como siempre, que había un quinto sector donde también se empleaban los inmigrantes: el trabajo agrario.

—Pero, mi hijo, ¡yo nada sé de labranzas!

—Papito, usted tiene que aceptar ese trabajo. No nos queda más remedio si queremos comer, y si usted quiere beber. Además, usted no tiene que saber nada. Para eso estará el capataz, que será quien le enseñe. Para recoger aceitunas no hace falta saber.

—Simón, pero yo no tengo cuerpo ya de jovencito para esas faenas, mi hijo. Eso es para chamacos o para peladas…

—No me venga con huevadas, papito, que esto ya está hablado. Llame usted a ese teléfono antes de que nos quiten esa oportunidad. Es la única que tenemos.

—Ya lo sé mi hijo, pero ese trabajo no es solución; los seis meses pasan pronto y volveremos a andar chiros.

—Pues entonces ya veremos. De momento, es lo que hay, y si no llama usted llamaré yo.

—Tú no puedes trabajar, mi hijo, no tienes la edad.

—No me cacha, viejo, le estoy diciendo que llamaré yo, pero para que trabaje usted.

Capítulo 77

José Antonio convenció a su padre a duras penas, y los dos se trasladaron a vivir a Torre del Campo, un municipio de Jaén famoso por su producción olivarera que se ubicaba a diez kilómetros de la capital jienense. A Patricio le hicieron un contrato de seis meses, que era lo que duraba la temporada. El trabajo comprendía la recogida, que era la parte principal, pero también tenía un importante peso el tratamiento posterior en la almazara donde se procesaba el aceite y finalmente se envasaba.

El salario era bajo, como siempre, y más para labores de ese tipo. Pero era suficiente para poder mantenerse el padre y el hijo en un ambiente rural donde los precios de los alimentos eran mucho más bajos. Además, por el mismo dinero que pagaban en Madrid por una mísera habitación, allí se podía encontrar una mucho mejor, que contaba hasta con baño propio.

Aquel cambio fue muy importante para los dos. Patricio descubrió que el trabajo del campo no era tan duro como pensaba, pues la mecanización de las labores había reducido el cansancio de los jornaleros de antaño. Además, el trabajo en la almazara era «a cubierto», algo que, por ejemplo, no ocurría con la construcción.

En el caso de José Antonio, las ventajas eran indudables. Se había librado de Nelson y de los vándalos, y los inmigrantes que ahora habitaban el piso que compartían no eran más que personas adultas que no se metían con él ni con sus cosas, ni tampoco hacían demasiado ruido.

Él ya tenía diecisiete años y estaba dejando de ser el chico reservado que era antes, para convertirse en una persona decidida y con arrojo. Por eso, pocos días antes de la mudanza hacía Jaén, se marchó al Punto Limpio de san Romualdo y habló con una de las personas que allí trabajaban para que, si no era demasiada molestia, le pasaran alguno de los ordenadores que se llevaban allí para reciclar. Así consiguió dos, de los cuales uno pudo salvar y que le vino muy bien en Jaén para desarrollar su gran pasión que era el dibujo.

El problema fue que allí no había biblioteca con acceso público a Internet, ni él tenía conexión wifi. José Antonio no tenía teléfono y se tenía que conformar con compartir el de su padre, que era el que utilizaba para consultar cualquier cosa.

Allí terminó el segundo curso de bachillerato, que libre de distracciones aprobó con sobresaliente. Cuando no estaba estudiando estaba dibujando, y así pasó el año hasta que cumplió dieciocho, y entonces buscó trabajo en Jaén.

Su padre ya no trabajaba, pero cobraba el subsidio agrario en espera de que la temporada siguiente volvieran a contratarle. La producción de aceite de oliva en Jaén era la primera en volumen del mundo, y era un negocio que no sufría crisis.

El trabajo que encontró Tony fue en una hamburguesería. No estaba nada mal para un país en el que más de la mitad de los jóvenes estaban en el paro, incluyendo a nacionales e inmigrantes. Un sueldo bajo, naturalmente, pero que sumado al del padre cuando trabajaba o al subsidio cuando no lo hacía, les dio para abandonar aquel piso compartido y arrendar una pequeña vivienda a su entera disposición en la parte de arriba de una casa familiar, y con entrada independiente.

Allí contrataron una conexión a Internet y José Antonio tuvo un teléfono móvil propio y un ordenador nuevo. Con la mejora de la alimentación y con el aumento de la actividad física

por el trabajo que encontró, consiguió adelgazar, y ahora era una persona con una complexión normal para su edad. En definitiva, todo un sueño, en comparación con lo que habían estado acostumbrados anteriormente.

Capítulo 78

El sector agrario andaluz estaba monopolizado en su mayor parte por los inmigrantes procedentes del Magreb, principalmente marroquíes.

Por eso, cuando Tony entró en segundo de bachillerato en el instituto de Torre del Campo, fue mirado con extrañeza, y no solo por su procedencia ecuatoriana. Fue un caso raro porque era raro que un inmigrante cursara bachillerato, pues la mayoría solía abandonar los estudios una vez finalizada la enseñanza obligatoria. Y más raro aún que el estudiante en cuestión fuera el primero de la clase.

Aunque los chicos de diecisiete años ya son más civilizados y no suelen ser los acosadores escolares que muchos son con menos edad, la irrupción de José Antonio en aquella clase —que decidió llamarse "Tony" para comenzar su nueva vida—, no fue bienvenida.

Cuando llegó todavía seguía siendo un chico gordito, ecuatoriano, empollón… raro, en definitiva, y los compañeros y compañeras le trataron con indiferencia.

El primer día de clase se sentó en una mesa compartida con otra chica nueva para ese curso que se llamaba Sonia, y que era repetidora.

Había repetido curso porque no era muy hábil con los estudios, y se había quedado descolgada de sus compañeras que habían aprobado. Además, no era particularmente agraciada, y eso hizo que los dos sintonizaran por exclusión. Tony le ayudaba con los estudios, y ella le hacía algo de caso; los dos salían ganando.

A él no le gustaban las chicas superficiales. Era algo que no soportaba. En su infancia y en su juventud había estado rodeado de ellas y quizás por el rechazo que siempre había sufrido por su parte las tenía manía. Sonia no era superficial en el sentido frívolo, ni quizás en el sentido de mujer simple. Se la podría definir como «sencilla», sin más.

Sin estar demasiado atraído por ella, habían comenzado una relación que iba avanzado despacio ante las dudas del uno y de la otra en el sentido de si seguir o dejarlo. Ya llevaban más de un año, cuando de repente apareció Yoana.

—¡Cómo va, mi ñaño! ¡Acá la Yoana, su hermana!

—¿Yoana?

—¡Claro, *chamaco*! ¿Besarásme, no más?

Ante la puerta de su casa se encontraba una chica joven de anchas caderas y mucho pecho, con una cara risueña y algunas pecas, y que decía ser su hermana. Tras darle unos cuantos achuchones afectuosos y algunos besos, la muchacha siguió:

—¿Papito no le dijo que venía?

Entonces cayó en la cuenta. Efectivamente era su hermana, o mejor dicho, su hermanastra.

Cuando Patricio se casó con su madre, con Liliana, venía de dejar una relación anterior que le había dado dos hijos: uno varón, el mayor, y una chica, Yoana, que tenía cuatro años más que Tony. Abandonó a la mujer, que permanecía en Guayaquil con los pequeños, porque se enteró de que se había liado con otro ecuatoriano, y dejó de enviar remesas de dinero.

Eso era lo normal en esos casos: si un hombre se lía con la mujer de otro, se tiene que hacer cargo de la prole.

Eso no significaba, lógicamente, que el padre se desentendiera de los hijos, aunque la relación con los mismos se enfriaba bastante. Y más si había un océano de por medio que impedía que unos y otros se vieran.

En el caso de Patricio y sus dos hijos, él les solía llamar de vez en cuando, y les enviaba regalos cada vez que podía. Hasta que sobrevino la crisis y entonces se cerró el grifo definitivamente. Aunque no por ello se perdió la relación, sobre todo con la chica.

Tony había visto fotos suyas hacía algunos años, en alguna carta que le mandó al padre. Eran fotos de cuerpo entero, donde estaba con el hermano. La muchacha era mucho más joven que ahora, y no recordaba bien la cara. Unas fotos que por cierto habían desaparecido, expoliadas por los vándalos que vivían en su casa.

—¿Bueno? ¿Está acá el papito, ñaño?

—Sí, claro, sí —respondió él, saliendo un poco de la impresión inicial—. Estará durmiendo la mona, como siempre.

—¿Durmiendo con una mona?

—No, Yoana —sonrió— solo se *chumó* y ahora se está pegando una *ruca*. Estará con el *chuchaqui*.

—¡Ah! Ya *cacho*, *ñaño*. ¿Suele estar *trompado*, no más?

—Suele, suele. Sobre todo cuando no trabaja, como ahora.

—¡Ah! Pero yo pensé que tenía trabajo…

—Lo ha tenido, pero le despidieron. Ahora está cobrando un subsidio, y probablemente le vuelvan a contratar en otoño.

—¿Están flojos de plata, entonces?

—No, porque yo trabajo. Trabajo en un restaurante.

—¡Ah!

La muchacha dejó la maleta en la entrada, y acompañó a su hermano hacia el interior de la casa. Una casa pequeña, en el sobrado de una vivienda que se había habilitado como un piso alquilable. Atravesaron el salón y Tony entró en el dormitorio. El viejo se había despertado con el timbre, y se estaba levantando.

—¡Yoanita, mi hija! ¡Venga a mis brazos!

Padre e hija se abrazaron y se besaron, y después de un buen rato de besos y caricias, por fin Tony pudo hablar y dijo:

—Pero padre, ¿por qué no me avisó de su llegada?

—¡Ah! ¿No lo hice? ¡Pues me olvidé, no más!

Capítulo 79

Aquel piso solo tenía dos dormitorios que usaban respectivamente cada uno de sus ocupantes. Pero al venir la chica, padre e hijo volvieron a compartir uno de ellos como en los viejos tiempos.

—No quisiera perturbarles, *ñaño*, veo que no tienen mucha plata.

—No te preocupes, ñaña, donde comen dos comen tres, se dice por aquí —respondió Tony, mientras apagaba el ordenador. Desde que había venido la hermana apenas tenía tiempo para dibujar. Como él trabajaba por la tarde, la muchacha se aburría y esperaba a las mañanas para poder estar con él ante la desidia del padre.

—¿Tuviste algún problema para venir, Yoana? ¿Cómo conseguiste el visado?

—Alegué por el papito y se logró, mi *ñaño*.

—Reagrupación familiar…

La chica se encogió de hombros y siguieron la conversación. A pesar de las diferencias culturales y sociales entre los dos, Tony tenía mucha simpatía por su hermana y se sentía muy cómodo con ella.

—Oye, Yoana, ¿qué hacías en Guayaquil? ¿A qué te dedicabas?

—Estaba en una *caleta* de quedar, mi ñaño.

—¿En un burdel?

—Sí —respondió la chica, avergonzada.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué acabaste allí?

—Fue mi padrastro, José. Me abusó y *pisé* para allá.

—Pues menudo cambio, Yoana. ¡Menudo cambio!

—En Ecuador no hay trabajo, mi *ñaño*.

—¡Toma! Ni aquí…

—Pero allá tampoco hay subsidios, no más.

—Podías haber venido antes, Yoana. Aquí tampoco estamos bien, pero antes que eso…

—No pude venir antes, José.

—¿No tenías dinero para el pasaje?

—No solo eso, ñaño. Los sicarios del patrón sabían cuál era la *caleta* donde vivías con el papito y no podía mudarme.

—Pero, ¿por qué?

—Era peligroso, ya te lo digo. Otras *peladas* se mudaron y acabaron muertas. Y el patrón sabía de vuestra caleta, la de Madrid. No sé quién se lo pudo contar.

—Eso que estás diciendo es muy fuerte, Yoana. ¿Lo sabía la policía?

—La *chapa* no sirve, *ñaño*. Algunas compañeras acabaron en la *cana* solo por hablarlo. Y lueguito las devuelven al patrón y entonces es peor.

—¿Sólo por denunciarlos les meten en la cárcel? No me lo puedo creer.

—Así es, José. Guayaquil es peligroso. Ustedes aquí viven muy lindo, pero allá es diferente. Yo no pude *plegar* para acá hasta que papito me dijo que se mudaron, y entonces no perdí ocasión.

—¿Pueden descubrir que estás aquí?

—No lo sé, mi *ñaño*. ¿Ustedes lo dijeron al partir?

—Yo no dije nada, desde luego, ni creo que el papito lo dijera. Pero usaba mucho del trago y se le pudo escapar.

Yoana miró hacia otro lado, con la cara algo triste. Parecía mentira la jovialidad y la alegría que había mostrado hasta ahora a pesar lo mal que lo había pasado. Entonces él la abrazó por los hombros y la atrajo hacia así, dándole un beso en la mejilla.

—No te preocupes, *ñaña*, aquí es difícil que te encuentren. Y si lo hacen, llevamos aquí poco tiempo. Antes estábamos en otra casa y a unas malas, te irán a buscar allí. Era un piso alquilado por inmigrantes itinerantes; y el arrendador no sabe que estamos aquí.

—Me parece muy lindo José, pero me pesa que yo esté aquí de más. Sé que tienen poco que *jamar* y me agradaría poder aportar alguna plata.

—El trabajo escasea, Yoana, pero el papito podría haberlo dicho antes. Hace unos días, un compañero precisaba una chica interna para atender a su madre. Pero creo que ya la consiguió. De haberlo sabido antes, pudiera haber intercedido por ti.

—¿Y no hay más trabajo así, José?

—Se puede buscar en los portales de empleo. Si te parece podemos poner un anuncio y presentarte a algunas ofertas.

—Un anuncio público, no, mi *ñaño*. Es peligroso. Tendrá que ser por algo platicado.

—Eso es más difícil, *ñaña*. Nosotros aquí conocemos a muy poca gente, y no nos enteramos de esas cosas. Pero podemos crear un perfil anónimo en algún portal y buscar algo. No te preocupes que yo me encargo de eso.

Capítulo 80

—*Plego* para Alicante, papito.

—¿Para Alicante?

—Sí, mi viejo. Me han ofertado un trabajo para fregar allá.

Dos meses después de haber llegado a Jaén, Yoana se marchaba. Patricio se la encontró cuando él venía del supermercado, ya lista para salir y con la maleta en la puerta. Al oír que la hija se le iba se entristeció, pero no dijo nada. Simplemente se encogió de hombros y añadió:

—Convérsame de vez en cuando, mi hija. ¿Llamarásme, no más?

—¡Claro papito! ¡Descuide usted en eso!

Tony hizo lo que pudo para encontrarle algún empleo en Torre del Campo, en Martos o en Jaén, pero no lo consiguió. Fue ese día, cuando llegó del restaurante y no la encontró en casa cuando le preguntó al padre, y se encontró con la noticia.

—La Yoana *plegó* para Alicante, mi hijo.

—¿Cómo qué para Alicante? ¿Con quién? ¿Con quién se ha ido?

—No lo sé, José. No lo relató.

—Pero, ¿no le preguntó usted?

—Solo me dijo que se iba para fregar allá, mi hijo. No me dijo más.

—¡Tenía que haberle preguntado dónde se iba exactamente!

—No me apercibí…

—¡Está usted siempre con el trago y no se entera de nada! —replicó, francamente enfadado.

Inmediatamente sacó su teléfono del bolsillo y marcó el número de su hermana. Pero fue inútil: «el teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura», le dijo el mensaje automático. Lo intentó algunas veces más, y con el mismo resultado. Lo intentó al día siguiente, y al otro, y al otro… y nada. Había perdido a su hermana, y sólo quedaba la esperanza de que cumpliera la promesa que le hizo al padre de que le llamaría de vez en cuando.

Porque Tony se temía lo peor. Se temía que la chica hubiera huido y se hubiera refugiado en cualquier sitio. Le parecía inverosímil que hubiera encontrado un trabajo en Alicante para limpiar, cuando lo habían intentado en Jaén sin éxito. Ella no tenía a nadie conocido en España, aunque sí que era cierto que había hablado por teléfono con alguna amiga que pareciera estar en el país.

El tiempo fue pasando y la chica no llamaba, y entonces se resignó a perderla, pues le había tomado muchísimo cariño.

Él nunca había tenido hermanos ni primos ni nada que se le pareciera, y la irrupción en su vida de aquella muchacha jovial y alegre le llenó de vida.

Yoana era trigueña, que es como se llaman en Latinoamérica a las personas de tez clara en comparación con el nativo de piel más oscura. Su madre era mestiza, y trigueña como ella,

por lo que los rasgos indígenas estaban más ocultos. Mirándola sin demasiada atención bien pudiera pasar por española, justo el tipo de chicas que a él le gustaban. Sus anchas caderas, sus pechos grandes, sus pecas en una cara con piel gruesa y clarita… De no haber sido su hermana hubiera sido su novio sin dudarlo. Porque ella era latina en todos los sentidos de la palabra: siempre le acariciaba y le abrazaba y se achuchaba con él en todo momento, como quizás habría hecho con su otro hermano allá en Guayaquil. Un amor entre hermanos que despertó su sensualidad y que le hizo quererla casi hasta el punto de desearla como mujer, sino hubiera sido por la barrera ancestral interpuesta desde el principio de los tiempos en todos los seres vivos, y que le hacía rechazarla de forma instintiva.

Cuando le abandonó se sintió otra vez solo e intentó retomar su relación con Sonia, su antigua compañera del instituto. Se habían visto muy poco desde que llegó Yoana, y la relación estaba ya en un punto muerto. Él intentó avanzar en la misma, y quedó con ella para reconducirla, pero fue en vano: también Sonia le abandonó. Le había visto con su hermana agarrados de la mano, algo que es muy habitual en su país. Pero ella no lo entendió así, como tampoco creyó que fuera su hermana aquella chica que no se le parecía en nada. Entre eso, y que sus padres nunca vieron la relación con buenos ojos por los dichosos prejuicios raciales, aquello se terminó.

Capítulo 81

Fue entonces cuando se puso a «buscar novia» a través de Internet. Pero, pensándolo bien, era una tarea bastante difícil. A priori, él no deseaba salir con ninguna chica inmigrante, pues al igual que los españoles tenían prejuicios infundados con él, también a él le pasaba un poco lo mismo con esas chicas. Cierto es que las que había conocido en su entorno eran como eran, pero eso no significaba que todas fueran así. También podría ser posible encontrar a alguien como él, aunque fuera más difícil. Pero es que además estaban los gustos, claro, y a él le gustaban las españolas, igual que a unos les pueden gustar más las rubias o las morenas.

Pero descubrió que era difícil buscar pareja si uno no ponía una foto en la red social de turno. Pero claro, poner una foto suya podría significar con gran probabilidad «espantar» al tipo de chicas que a él le gustaban, y no era de recibo poner una foto falsa para que luego al quedar con la persona se llevaran el chasco.

Entonces se decidió a poner un símbolo, o una foto de un paisaje, o alguna cosa que le definiera, pues era algo que se hacía con frecuencia entre la gente que no era muy agraciada. Eso daba a entender ya de por sí que había alguna barrera «estética», y que la persona a conquistar debería valorarle por sus cualidades y no por su aspecto físico. Y ahí fue cuando se decidió por establecer un avatar que consistió únicamente en un conjunto de rotuladores dispuestos sobre un bloc de dibujo. Eso le definía de forma más que suficiente, y así podría atraer a chicas que compartieran esa afición. Una afición que fue la que colocó como definición de sus valores:

«Soy un chico apasionado por el dibujo, la pintura y las artes gráficas. Me defino como una persona amable, sencilla, de mente despierta y gustos refinados en lo que se refiere al arte, a la literatura y a las expresiones plásticas. En la poesía me gusta Machado, Neruda, Becker y Benedetti; y en la prosa prefiero a Delibes, Cortázar, García Márquez y mi preferido que es Unamuno. Me gustaría encontrar una chica, preferiblemente en Jaén, que comparta mis aficiones, el amor a la vida, a la naturaleza… y que tenga muchos deseos de abandonar la soledad».

Un anuncio como ese descartaba a las chicas «superficiales». Eso era más que evidente, y era lo que pretendía. Pero también descartaba a la mayoría de las chicas jóvenes. De eso se dio cuenta nada más empezar a chatear con algunas, que resultaron ser mujeres en su mayoría mayores de cuarenta años. Mujeres divorciadas o separadas de un marido demasiado «superficial» según los mismos estándares.

Ese era un problema, desde luego, aunque era un problema menor. Siempre le habían gustado las mujeres mayores, como Elisa, su profesora de matemáticas en el instituto Simancas. La mujer debía tener esa edad, o ser incluso mayor, y recordaba cómo le ponía los pechos casi en la cara cuando le explicaba los problemas al inclinarse sobre su pupitre. No sabía si se sentía atraído por ella sexualmente, o quizás como la añoranza de una madre que le abandonó con tan solo cinco años, pero que aún recordaba.

Pero si bien él podía tolerar ese inconveniente, es decir, la diferencia de edad, ellas no lo toleraban en absoluto, y la relación se terminaba en cuanto que les decía los años que tenía.

Así que añadió la palabra «joven» a la definición anterior, para ir concretando y no perder el tiempo con mujeres que a la postre iban a rechazarle.

Pero claro, ya eran demasiadas exigencias, y las candidatas que reunían esos requisitos no abundaban. Encontrar una chica joven sin presentar una foto, que tuviera gustos típicos de personas adultas, y que además viviera por Jaén… Apenas salía nada salvo alguna persona despistada que compartía las aficiones mencionadas pero que no buscaba novio, y que simplemente buscaba conversación.

Hasta que un día, por casualidad, buceando por las redes sociales encontró la fotografía de una pintura al óleo que inmediatamente reconoció. Se titulaba «Reflejos de una Librería», y ciertamente le llegó al corazón. ¡Se trataba de su querida biblioteca de la calle Azcona! La misma biblioteca a la que iba todos los sábados, el sitio donde tenía que ir porque la de San Blas no abría en ese día:

La representación estaba colgada en el perfil de una chica que se llamaba Noa, donde también había muchas otras pinturas de paisajes. No pudo por menos que mandarle una invitación para «conectar» a la que acompañó el siguiente texto:

«La Biblioteca Manuel Alvar… ¡Qué recuerdos! Y por cierto, ¡impresionante ejecución! Las ventanas de la planta baja, con sus claroscuros verdes de diversas tonalidades… Imagino las mezclas de pinturas que has tenido que hacer para conseguir todos esos efectos... Al igual que las ventanas, en esa elaborada mezcla de grises ligeramente verdosos».

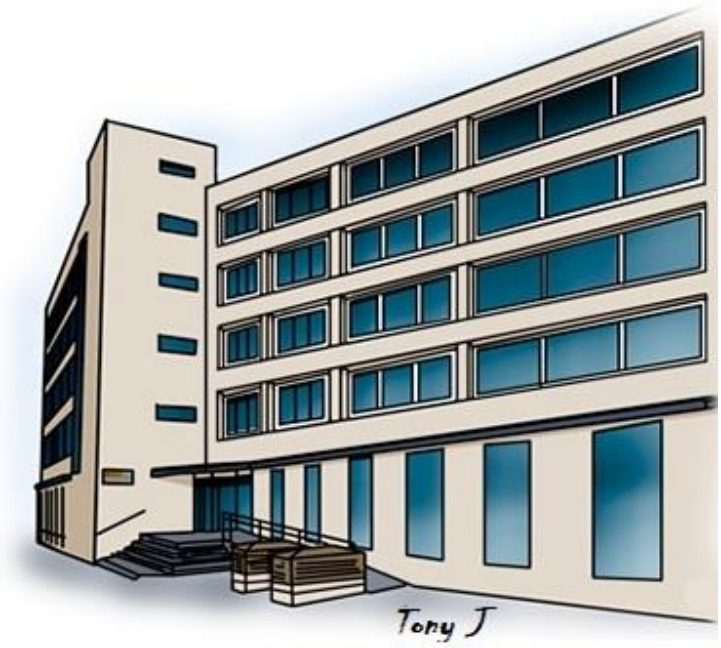
«Pero lo mejor es la plasmación de la luz, Noa. ¡Parece una fotografía! ¿Qué hora puede ser? Yo diría que a las seis de la tarde en otoño, a falta de media hora, o una hora para anochecer… O quizás un poco antes si el día estaba nublado. Las ropas de los viandantes así lo delatan. Podría ser primavera también, y establecer la hora en las ocho de la tarde, aunque me inclino por la primera opción pues recuerdo que la biblioteca cerraba sobre esa hora y por lo que veo aún tiene las luces encendidas. Unas luces… ¡qué logradas! Es perfecta la forma de dibujar esas ventanas, con sus diversas tonalidades. Unos tonos que reciben de la luz, claro está, tanto la que se emite desde el interior como la que viene del exterior».

«Y es una pintura con dinamismo. Uno casi parece observar cómo va cambiando la luz según esa pareja pasa por delante. Una instantánea de dos novios, o de dos esposos, donde él le

pasa el brazo derecho sobre los hombros a ella. Unos viandantes casuales, que quizá pasaban por ahí o quizás venían de la biblioteca pues parece adivinarse un libro en los brazos de ella. Sólo medio segundo después, la pintura sería otra, pues la pareja se habría movido de forma acompasada. ¿Te das cuenta como guardan el paso? Cuando él mueve su pie derecho, ella hace lo propio para no dar trompicones y de esa forma conseguir que el paseo sea suave y con cadencia.

Pero, ¿sabes qué es lo mejor, Noa? No sé si te lo habrán dicho alguna vez. Lo mejor son los bancos. ¡Sí, los bancos! Ahí es donde se demuestra lo gran artista que eres. Quizás sea un detalle que pase desapercibido, pero que a mí, como dibujante que soy, me cuesta muchísimo poder plasmar. Recuerdo que eran bancos metálicos, acerados, calados mediante agujeros cuadrados de un centímetro de lado. Cualquier pintor mediocre hubiera puesto un ajedrezado de grises para representarlos. Pero tú no lo has hecho y has conseguido un efecto de realidad que todavía me deja perplejo, pues no para de mirarlo. Esa difuminación de grises que deja entrever la parte del asiento que da para el otro lado… ¡es impresionante, Noa!

Nada más verlo pensé enviarte un dibujo que yo hice, hace unos años, mientras esperaba que la biblioteca abriese sus puertas. Era un sábado, y había llegado con mucha antelación. Me senté en la esquina de Martínez Izquierdo, y desde allí lo hice, mientras llegaba la hora de entrada. Pero me daba vergüenza, Noa, porque es un dibujo mediocre comparado con semejante belleza. Pero quizás por eso, te lo voy a mandar. Para que, en la diferencia, se manifieste aún más la grandeza de tu pintura. Allá va:



CUARTA PARTE

Capítulo 82

Ella pensaba que se iba a encontrar a un hombre de su edad. Era la hipótesis más probable de todas las que manejaba: sería una persona culta, experta en literatura contemporánea, sensible a las artes plásticas, experto dibujante… Una persona «de letras», como ella, que había tenido una profesión en la empresa privada. Quizás en una imprenta, o en un lugar en el que se precisara el conocimiento gráfico que el poseía. Después, con la crisis fue despedido, y se encontró con que era demasiado mayor para que le contrataran en lo suyo, pues se suele preferir a gente más joven. Charo había visto situaciones similares en todas las profesiones: gente que habían tenido que abandonar su oficio y habían tenido que agarrarse al primer trabajo que les saliera, aunque fuera hacer hamburguesas. Mismamente, un vecino de Las Musas había tenido que hacerse guardia de seguridad al ser despedido de una oficina con cincuenta y cinco años. Y otro, un montador de relojes, había conseguido a duras penas que le contrataran como empleado en una gasolinera.

Pero encontrarse a un chico de diecinueve años… Eso sí que no se lo esperaba. Aunque era probable, desde luego, pues en ese tipo de restaurantes suele trabajar gente muy joven.

Se habían dicho la edad, lógicamente. Las cartas ya estaban boca arriba y no tenía sentido seguir ocultándola. No tenía sentido que ella hubiera dicho, por ejemplo, que «solo» tenía cuarenta años, cuando en realidad tenía doce más. Aunque él podría haberse puesto diez más sin ningún problema. La gente de su raza no envejece igual de rápido, y para los que no están muy familiarizados, suele haber errores de bulto en el cálculo según las apariencias.

Pero de nada hubiera servido que él tuviera treinta. Aun así, la diferencia de edad era abrumadora, y esa relación era imposible.

Era imposible, porque él terminaría abandonándola tarde o temprano. Por mucho que pareciera no haberle importado eso cuando la vio, realmente una relación con esa diferencia de edad estaba condenada al fracaso.

A sus cincuenta y dos años, Charo era todavía una persona relativamente atractiva. Atractiva en el sentido de lozanía, pues ella nunca fue llamativa ni siquiera de joven. Tan solo cuando adelgazó durante el suceso de Fernando pudo considerarse una mujer sexy, algo parecido a lo que ahora era su hija Laura. El hecho de haber estado siempre en casa o en la oficina y él no haberse expuesto nunca al sol, le hacían tener una piel fresca y tersa sin las arrugas típicas que otras mujeres tienen con esa edad. También estaba lógicamente la cuestión de su ligera obesidad, que también jugaba a su favor en ese sentido. Como ella siempre decía, «las que estamos infladas, no podemos tener arrugas».

Pero, aunque ahora mismo quizás pudiera despertar algún apetito en los hombres, a buen seguro que algo más tarde, cuando ella tuviera, digamos, sesenta y cinco años, ya no los despertaría de ninguna manera. Y lo peor sería que Tony tendría solo treinta y dos años cuando llegara ese momento. Un hombre en la flor de la vida, estando con alguien de esa edad… la relación no se podría mantener.

Y ella no estaba para más descalabros sentimentales. Un descalabro previsible, un «te lo dije» de libro, que se podría producir en cualquier momento, solo unos años más adelante.

Ella esperaba que Tony tuviera una reacción similar a la suya, pero esta no se produjo. Él en ningún momento le dijo que no se esperaba a una persona de su edad, y no se mostró en absoluto contrariado. Pero esa actitud no podía durar mucho tiempo.

Era tan joven… Era demasiado joven para tener las ideas claras, y el amor le había cegado. Pudiera ser que esa ceguera le durara un tiempo, que podría ser mucho o poco. Pero se acabaría despertando y vería que no podían seguir juntos. En cualquier momento podría cruzarse en su vida una chica de su edad y la abandonaría. Y ella no estaba para más abandonos ni para más desplantes. Había perdido un marido, había perdido un hijo, había perdido a una hija que sólo había recuperado en parte, y no quería arriesgarse a sufrir otra pérdida; su estado anímico no lo soportaría. Ella buscaba una pareja estable y eso no podía durar. Aquella relación había sido muy bonita, y había disfrutado mucho de un sueño, de una fantasía. Pero los sueños, sueños son y lo malo que tienen es que se acaba uno despertando. Mejor dejarlo así, y recordarlo de esa manera, que hacer el sueño realidad y luego sufrir con un rechazo.

La decisión estaba tomada, o al menos eso creía ella. Pero ahora faltaba por hacer algo muy difícil que no sabía cómo afrontar, y que era decírselo. Decírselo a él.

Durante las escasas tres horas que se habían visto aquella tarde, ella se mostró fría. Triste, taciturna y fría. Todo lo contrario que él. Tony rebosaba felicidad por los cuatro costados, y no paraba de decirle una y otra vez que era la persona más feliz que había sobre la faz de la tierra. Que iba a marcar ese día en el calendario como una fecha clave en su vida, y que iba a volver a Madrid el lunes siguiente y así todos los lunes.

¿Cómo decirle ahora que la relación había terminado?

El tren estaba ya llegando a la estación de Alpedrete y la noche era lluviosa. Las ráfagas de lluvia golpeaban los cristales del vagón y formaban líneas oblicuas de pequeñas gotitas que desaparecían movidas por el aire. Movidas por nuevas líneas que se formaban de forma espontánea según los caprichos del viento.

Se secó una vez más las lágrimas y se levantó del asiento dispuesta a salir. Cuando lo hizo, sintió como si en ese momento, al volver a su casa sola, hubiera dejado en la Puerta del Sol una parte de sí misma.

Capítulo 83

Habían quedado en volver a llamarse el martes a media mañana, cuando ella tuviera el descanso en la oficina. No dijeron quién iba a llamar a quién, pero el caso es que no se llamaron ninguno de los dos. Tampoco ella le llamó durante el trayecto de vuelta del trabajo en el tren como siempre solía hacer, ni se escribieron ningún mensaje.

Él solía llegar del restaurante pasadas las doce de la noche, y allí estaba ella, en la cama, sin poder dormir, esperando que sonara el teléfono. «¿Se habría desengañado? ¿Habría fingido alegría cuando me vio porque no se atrevía a decirme en persona que no era lo que buscaba?», se consoló pensando, y deseaba que fuera así. Eso le evitaría un trance muy duro por el que no le quedaba más remedio que pasar.

Pero no. A la una y media de la madrugada recibió un mensaje: «¿estás despierta?».

Pensó en no responder, pero era absurdo. No podía cerrar aquella relación «a la francesa», es decir, sin aparecer más, y entonces se decidió a contestar. «Cuanto antes se lo diga, mejor».

«Sí, Tony. Estoy despierta».

«Te llamo», contestó él. Y a los pocos segundos, sonó el teléfono.

—Hola Tony.

—Hola Noa.

Eso fue todo lo que se dijeron, durante un buen rato. Más de cinco minutos en los que no oyeron más que la respiración el uno del otro, como en los viejos tiempos. Parecía que había vuelvo la magia… hasta que él rompió el silencio:

—¿Por qué, Noa?

—¿Por qué, qué? —respondió ella.

—Lo sabes.

—No sé a qué te refieres… —dijo, cobardemente.

—Por qué lo quieres dejar.

Charo siempre se maravilló de lo inteligente y perspicaz que era su novio. Ella no era tonta, desde luego, pero esa brillantez en un muchacho de diecinueve años… Se había quedado perpleja, una vez más.

—Porque no puede ser, Tony —respondió finalmente, y tras lo cual se hizo un silencio en la línea, aunque no tan largo como el anterior. Fue ella esta vez quién lo interrumpió:

—¿Cómo lo has sabido?

—Ayer no eras tú la persona que conocí.

—Esa soy yo, realmente.

—Sí, realmente era tu persona, pero la mujer que yo conozco, la que he conocido a lo largo de todos estos meses, no estaba allí. Yo lo noté enseguida, pero lo achaqué a la emoción;

quizás un poco a la sorpresa por encontrarte una apariencia que no esperabas, quizás a una timidez que sé que tienes y que nunca has vencido…. No lo sabía, y pensé que se te pasaría.

—Pero al ver que no te llamaba lo adivinaste ¿verdad?

—Lo adiviné antes, pero eso me lo confirmó, desde luego. Y quiero saber por qué, Noa.

—Porque eres muy joven para mí —contestó, sin pensarlo—. Yo no puedo salir con una persona que podría ser mi hijo, Tony.

—¿Esa es la única razón?

—Sí, desde luego. ¿Qué otra cosa podría ser?

—No lo sé. He tenido muchos rechazos en mi vida.

—Esa es la única razón. Te lo aseguro.

—No lo entiendo, Noa. Las almas no tienen edad. Es lo que nos hemos dicho muchas veces, ¿recuerdas?

—Sí, ya lo sé, Tony, pero ahora nos toca poner los pies en el suelo y pensar con la cabeza y no con el corazón.

—Yo no puedo pensar con la cabeza cuando pienso en ti.

—Eso es lo malo, amor mío —no pudo evitar decir esa expresión, tras lo que acababa de oír—. Pero yo no podría soportar un nuevo desplante.

—¿Qué desplante?

—El que tú me darías en cuanto conocieras a una persona más joven. Una persona de tu edad, que fuera como tú. Yo no podría rivalizar con ella.

—Yo no he conocido nunca a tal persona. Solo te he conocido a ti.

—Tienes toda la vida por delante, Tony. La conocerás, sin lugar a dudas. El mundo es muy grande y da muchas vueltas. Algún día te encontrarás con ella, y me abandonarás.

—Tú eres mi alma gemela, Noa.

—Me olvidarás, Tony. En cuanto encuentres una chica de tu edad que te guste más, me olvidarás.

—¿Que me guste más?

—Sí, que te guste más, físicamente.

—Tú me gustas mucho físicamente, Noa.

—Eso crees, pero no es así.

—¿Acaso puedes tú saber cuáles son mis gustos? ¿Hemos hablado de eso en algún momento?

—No, pero es lo normal, Tony. Un chico de tu edad no puede desear a una mujer como yo.

—Yo no soy un chico normal, Noa. ¿Eres tú una mujer normal?

—No lo sé. Supongo que sí. Soy una mujer normal y corriente, creo.

De nuevo se hizo un silencio en la línea, tras el cual él dijo:

—Somos Uno, ¿recuerdas? Ahora yo solo seré media persona, como supongo que lo serás tú también, si no me has engañado.

—Lo superarás, Tony, y dentro de poco ni te acordarás de mí. Las pérdidas se superan.

—Yo no estoy tan seguro de eso.

—Yo sufrí la pérdida de un amor cuando tenía tu edad, y la de un hijo hace unos años, y lo superé.

—¿Estás segura de que lo superaste, Noa?

La pregunta puso el dedo en la llaga y ella no fue capaz de contestar. Él siguió:

—Yo perdí a una madre cuando tenía cinco años, y a una hermana hace poco, y todavía no lo he superado.

—¿Perdiste una hermana?

—Sí. La hija de mi padre con otra mujer. Yo no la conocía y estuve con ella solo un par de meses. Un buen día se marchó sin avisar y no he vuelto a saber de ella.

—Eso no es una pérdida.

—Cuando quieres a una persona y no la vuelves a ver, ni la vuelves a hablar, ni sabes nada de su vida, es que la has perdido.

—La vida da muchas vueltas, Tony. Yo también pensé que había perdido a una hija cuando me divorcié, y ahora la he recuperado y vive conmigo.

—Eso que dices me consuela, desde luego.

—Es mejor terminar ahora que la relación no ha empezado, que sufrir después con una ruptura.

—En eso te equivocas. Nuestra relación comenzó hace mucho tiempo, y la ruptura se está produciendo ahora.

—¿Acaso no fue bonito lo que vivimos?

—Fue maravilloso, Noa. Pero no comprendo por qué tiene que finalizar.

—Porque las cosas terminan, Tony. Así es la vida.

—Hay cosas que no terminan nunca. Hay cosas que ni la muerte puede hacer que terminen.

—¿El amor?

—Mismamente. Pero yo no iba tan lejos. Quizás fue culpa mía avanzar en una situación en la que tú estabas cómoda. Forzar el hecho de hablarnos primero, y luego de vernos. Estábamos viviendo una experiencia maravillosa y por mi culpa se ha estropeado.

—Tú no tienes la culpa de nada, Tony. Quizás la culpable fui yo por no haber averiguado antes quién eras.

—Y, ¿quién soy?

—Una persona que no se merece estar conmigo.

—¿Porque eres mayor que yo? ¿No habíamos quedado en que quien iba a sufrir con esa supuesta ruptura ibas a ser tú? ¿Ahora me vienes con que yo soy el que sufrirá si seguimos adelante?

—Estoy muy confundida, Tony —admitió.

—Ya lo sé, mi vida. Yo tengo las ideas muy claras, pero tú quizás necesites reflexionar.

—Sí, puede ser.

—Y yo no te quiero forzar. No quiero que estés conmigo por pena, o porque no quieras desilusionarme. Nada sería peor para mí que hacerte sufrir.

—Es lo mismo que pensaba yo antes. Prefería sufrir yo, antes que hacerte sufrir a ti.

—Ese es el verdadero amor, Noa. Quien sufre por el amado es quien ama de verdad. Ya veo que has cambiado de opinión.

—Déjame pensarlo, Tony. Deja que averigüe qué es lo que quiero. Necesito aclararme y pensar…

—Claro que te dejo, amor mío. Piénsatelo y decídete. Yo te estaré esperando. Y, por mi parte, los abrazos y los besos que nos dimos ya han colmado mi felicidad. Es lo que yo deseaba, ¿recuerdas?

—«Materializar en algo físico este sueño». Eso fue lo que me dijiste.

—Y eso ya ha ocurrido, Noa. Todo lo que la Fortuna me entregue a partir de ahora será un añadido. Un regalo.

—¡Oh, Tony! —exclamó, como siempre hacía cada vez que él decía una cosa semejante—. Lo pensaré, mi vida.

—Piénsatelo, pero ten muy clara una cosa.

—¿El qué, amor mío?

—Que la decisión que tomes tiene que ser la que te satisfaga a ti. No vuelvas a mí por pena. No podría soportarlo.

Capítulo 84

Tony había demostrado una madurez que le había impresionado. Ya sabía que la tenía, antes incluso de conocer que era tan joven.

Ella siempre se había dejado dominar por las personalidades fuertes. El caso de Chus era paradigmático, pero no lo era menos el de su hija Laura. Aquella mocosa de casi diecisiete años era quién manejaba su vida. Y ahora se estaba dando cuenta de que Tony también era una persona de carácter. Pero no de carácter en el sentido de tener genio o de enfurecerse, sino en el sentido de tener las ideas claras y no titubear.

Cuando llegó a su casa aquella noche, pensaba que era al contrario, es decir, que era ella la persona madura, y que ese crío de poco más que la edad de su hija se había enamorado de una quimera. Pero ahora no estaba tan segura de eso. No estaba segura ni de eso, ni de si estaba dejando escapar la oportunidad de su vida.

Pero cada vez que caía en la autocomplacencia, la realidad le despertaba. «¡Tiene sólo diecinueve años!», se decía una y otra vez. «¡No puede ser, Charo!» se repetía a sí misma, cada vez que recordaba los momentos felices que habían pasado.

La relación se había terminado, o más bien se había quedado «en pausa», que era lo mismo que haberse terminado a efectos prácticos. Al día siguiente, no se llamaron. Ni tampoco lo hicieron el miércoles, ni el jueves, ni el viernes… ni el fin de semana… ni se pusieron mensaje alguno.

Charo estaba sufriendo un duelo. No tan duro como cuando se quedó sin Fernando, pero duelo, al fin y al cabo. Ya se había acostumbrado a hablar con él, a ver películas juntos a través de Internet, a charlar, a reír, a comentar todo lo que les pasaba en la vida… y de repente todo eso se cortó en seco, y por culpa suya. Le echaba mucho de menos, y los fines de semana, sobre todo, los pasaba mal. Pero era un mal necesario, pensó, un problema menor por el que transitar, para así evitar un mal mayor en el futuro.

Días tristes y desolados se sucedieron uno tras otro. Días aciagos en los que la hiel de la depresión se asomó a su casa, aunque de momento sin entrar en ella.

Su hija Laura tampoco ayudaba en absoluto. Si bien entre diario solía estar en casa —encerrada en su habitación—, los fines de semana desaparecía. Tanto el viernes como el sábado llegaba a las tantas de la noche, se levantaba para comer y se volvía a marchar. Y eso cuando estaba en casa, pues muchas veces la veía el viernes y ya no la volvía a ver hasta el domingo por la noche.

Pensó que la distancia iría mitigando el duelo, pero no fue así. La soledad le pesaba como una losa, y pensó en volver a buscar otra pareja. Pensó en apuntarse al grupo de los cristianos de Cuenca y que le buscaran algo. Pero no estaba preparada para eso, pues seguía estando colada por Tony. No podía quitárselo de la cabeza, y para no perder contacto con él, cada día entraba en su página web y miraba si había hecho algún dibujo nuevo, o había escrito algún poema. Y vaya si lo hacía…

Al pobre chico también le pesaba aquel abandono, y como ya no hablaba ni estaba con ella se desahogaba dibujando y escribiendo. Pero ahora no eran motivos florares, alegres y joviales, sino dibujos tristes, sombríos y melancólicos. Igual pasaba con los poemas. Poemas tristes de desamor al estilo de los poemas de José Ángel Buesa, o si cabe más sombríos.

Ella se moría de ganas de llamarle y de consolarle, de comentar los dibujos tan espectaculares que estaba haciendo a pesar de ser tan tristes, pero no se atrevía. Había relegado al corazón a un segundo plano, precisamente para que no le diera disgustos, aunque disgustos era precisamente lo que estaba recibiendo por esa actitud.

Se volcó de nuevo con las cosas de la religión, y comenzó a pensar en Dios. Intentó llenarse con eso la cabeza para sacarse a Tony de la misma, pero no lo conseguía.

Una tarde, a la salida del Banco, se quedó a comer por la zona y después se marchó a la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga en la Plaza de Manuel Becerra. Su parroquia de toda la vida seguía contando con los sacerdotes que ella conocía, y con quien se solía confesar antes de marcharse a Alpedrete. Allí estaba orando y rogando a Dios que le iluminara y que le indicara qué debía hacer, cuando se encontró con don Ramón:

—Hola Charito, hija, ¡Cuánto tiempo hacía que no te veía!

—Hola padre. Sí, es que ahora vivo en Alpedrete, y voy a misa allí.

—¿Ya no vives en Las Musas?

—No. Mi sobrino necesitaba la casa y yo me fui a vivir a la sierra.

—Bueno, pues me alegro de verte, hija —terminó diciendo, y se dispuso a marcharse. Entonces ella le detuvo:

—Don Ramón…

—¿Sí? —dijo, volviéndose.

—¿Podría hablar con usted un momento?

—¡Claro, Charito! Siempre es un placer hablar con los hijos pródigos…

Ella sonrió y le acompañó al despacho parroquial, con la idea de contarle un poco aquello que le afligía. Don Ramón era un hombre bueno y cercano, y su madre le tenía mucho aprecio.

—No sé si le estaré quitando de sus quehaceres, padre…

—Hasta las seis y media no comenzamos el Rosario, y luego tendré que pasar al confesionario antes de la misa. Así que tenemos tiempo. Antes de nada —siguió—, ¿qué tal siguen tus padres?

—Mi padre está bien. Con sus achaques, por la edad que tiene, pero hace una vida normal dentro de lo que cabe.

—Y, ¿tu madre?

—Es quien está peor. Está comenzando a perder la memoria, y tiene algunas lagunas. Se desorienta un poco, y mi padre tiene que estar encima casi para todo. Pero bueno, mientras esté él, no lo llevan mal.

—Y, ¿no estarían mejor en Madrid, con vosotros?

—Mi padre no quiere. Siempre les gustó más el pueblo. Allí tienen sus amistades, sus hermanos, sus sobrinos…

—Ya, pero no os tienen a vosotros.

—Les visitamos de vez en cuando. Yo suelo ir por allí cada dos o tres fines de semana, y mi hermano también. De hecho, ahora yo les estoy visitando más que nunca.

—¿Y eso?

—Pues porque ahora la que está sola soy yo, y de eso le quería hablar.

—A ver, pues, cuéntame…

—Pues verá, el caso es que comencé una relación a distancia con un chico…

—Hombre, un chico no será.

—Pues precisamente, un chico es. Un chico de diecinueve años, padre.

El cura se quedó sorprendido, pero no dijo nada.

—Es una relación a distancia como le digo, y hace poco nos vimos en persona. Yo no sabía su edad, y él no sabía la mía y…

—Y claro, cuando os visteis os llevasteis un chasco los dos.

—Bueno, más o menos.

—¿Más o menos?

—El chasco me lo llevé yo más que él, padre… Y lo hemos dejado.

—Hija, es normal. A los hombres por lo general les gustan las mujeres jóvenes, a menos que uno ya tenga su edad y se tenga que conformar. Pero claro, un chico de diecinueve años con una mujer de….

—Cincuenta y dos.

—De cincuenta y dos, pues claro, es normal que te deje. ¿Te habías enamorado, Charo?

—Me había enamorado, y él se ha enamorado de mí. Pero quién le ha dejado he sido yo a él.

—¡Ah! Y… tienes remordimientos, por lo que veo.

—Estoy muy confundida, padre. Y también me siento culpable por no haberme preocupado antes de saber su edad. De haberlo sabido, no hubiéramos llegado tan lejos.

—Como… ¿tan lejos?

—Tan lejos en la relación a distancia, padre. Han sido muchos meses de escribirnos, de llamarnos, de compartir escritos y pinturas… todo eso.

—Ya veo. Pero, ¿él quería seguir, una vez que descubrió tu edad?

—Sí, padre, él no veía ninguna pega en ese sentido... Pero yo sí. Temo que me abandone en cualquier momento, cuando encuentre a una chica más joven que le guste más.

—¡Ay, hija! Ese temor lo tienen todas las mujeres... Sobre todo las mayores —sonrió, y ella le siguió.

—¿Qué me aconseja, don Ramón? —preguntó, después de unos segundos.

—Bueno, esto no es el consultorio de Elena Francis, pero… —el cura estaba de buen humor ese día—, pero yo te diría que le preguntes a tu corazón. ¿Lo has hecho ya?

—Sí, padre. El corazón me dice que siga, pero la cabeza me dice que pare.

—Ya veo. Y estás, que no sabes qué decisión tomar. ¿No es así?

—Estoy dejando pasar el tiempo, pero el tiempo no pasa, padre. Esa es la cuestión. El tiempo no pasa y a mí no se me va de la cabeza.

El cura contempló a su antigua feligresa con una mezcla de cariño y paternalismo, con una sonrisa a medio camino entre la ternura y la sorna, y luego añadió:

—El amor no tiene edad, Charo. Aunque hay por ahí algunas convenciones sociales que establecen algunas reglas, podríamos decir, machistas.

—¿Machistas?

—Sí. Te pongo el caso de un hombre de cincuenta años que se casa con una chica de veinte. Eso no se ve tan mal como si invertimos los papeles, ¿verdad? Vamos, como es tu caso.

—No, el primer caso se ve mejor. El segundo es…

—Chocante.

—Eso es.

—Y, ¿por qué? —preguntó el cura.

—No lo sé. Supongo que será porque en el primer caso puede haber descendencia y en el segundo no.

—Podría ser. Pero para Dios no hay nada imposible. Mira Sara, la mujer de Abraham: era estéril por su ancianidad, y sin embargo tuvieron a Isaac. O Isabel, la madre de Juan el Bautista. Es el mismo caso. Y ambas tuvieron a personajes muy importantes de la Historia de la Salvación.

—Venga, padre, no me diga que yo ahora me podría quedar embarazada…

—Solo te digo que no es imposible. Cosas más difíciles se han visto, como las que te acabo de referir. Sara tenía sesenta y cinco años y…

El hombre se detuvo, ante la cara que exhibía su antigua feligresa, y entonces volvió a la sonrisa esperando que ella siguiera.

—Entonces, ¿qué me aconseja?

—Pues que hables con tu corazón, Charo. Pregúntale a él. Los cristianos somos los que más nos tendríamos que guiar por ese órgano, hija. La nuestra es la religión del amor, más que ninguna otra... ¿Recuerdas la famosa cita de San Agustín?

—Ama y haz lo que quieras, ¿no?

—Eso es: *«Ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos»*.

—Entonces, ¿su consejo es que sigamos?

—Yo no he dicho tal cosa. Es tu corazón quien tiene que decidir. Decidir amar, o decidir sufrir. Y no te olvides de que amar es casi siempre sufrir.

—Pues no me soluciona mucho, padre.

—Bueno, esto es parecido a lo que hacen los psicólogos. Por lo que me cuentan, ellos no dan soluciones, sino que te enseñan a buscarlas en tu interior.

—Pues, sí.

—Y además, nosotros lo hacemos gratis —aseveró—. La gente no sabe lo que se está perdiendo… con no venir a vernos tanto como hacían antes.

Capítulo 85

—Hola, Charo.

—Hola, Luis.

—Llamaba para felicitar a Laura. Hoy cumple diecisiete años. Me tiene bloqueado en el teléfono y…

—Sí, ya lo sé. Está abajo, en el salón. Espera, que la llamo. ¡Laura!

—¡Qué quieres! —se oyó, desde el piso de abajo.

—¡Sube, por favor!

—¡Ya voy! —contestó.

—Oye, ¿sabes algo de la denuncia? —preguntó Charo, mientras la chica subía.

—Todavía no ha llegado la citación para el juicio. Solo tengo la orden de alejamiento. ¿Cómo está?

—Cómo está… ¿quién?

—Laura.

—Puf… No puedo con ella, Luis. Es superior a mis fuerzas, en todos los sentidos. El otro día desapareció, sin decir nada, y llegó a casa una semana después. Me dijo que había estado con unas amigas en un camping, pero cuando lavé su ropa me encontré una pulsera de «todo incluido» de un hotel de cinco estrellas en la costa…

—¿Te pidió dinero?

—Sí, claro, no para de pedirlo. Pero no tanto como para eso. No sé de dónde lo saca, la verdad.

—Ya…

—Espera, está subiendo…. —se calló, mientras la oía venir por las escaleras—. Ya está aquí. Te la paso.

La chica miró el teléfono que la madre le ofrecía, y antes de tomarlo miró el nombre: «Luis». Puso cara de desagrado, y a continuación contestó:

—¿Sí?

—Felicidades, Laura.

—¿Sigues con esa puta? —replicó ella.

—Hija, no llames así a Nadia, por favor, no tienes derecho a…

—Deshazte de ella. Deshazte de ella y de la bastarda que tenéis, y entonces me llamas —masculló con rabia, y a continuación colgó, dando un fuerte golpe con el dedo índice en el botón de color rojo.

Laura y su madre se miraron fijamente durante unos segundos, y Charo añadió:

—Han tenido una hija…

—Sí —replicó, con una mirada de intenso odio—. Me lo ha dicho una amiga de Las Rozas que los ha visto. Para eso quería a la puta esa… para preñarla y tener otra niña.

Capítulo 86

Las desavenencias con Laura se fueron incrementando a medida que pasaba el tiempo. La «niña» estaba ya en un plan totalmente intransigente con todo, y le estaba dando una adolescencia que a veces se preguntaba si no hubiera sido mejor que se hubiera quedado con el padre. Llegó un momento en que las discusiones eran tan frecuentes, que casi prefería que la chica no estuviera en casa con tal de no provocar ocasión de discutir. Aunque llamar «discutir» a lo que tenían entre las dos era ir demasiado lejos. En la práctica todo se quedaba en una mera sumisión de su voluntad a las conveniencias de la hija, que la madre no tenía más remedio que aceptar precisamente para eso, para no discutir.

Y lo más triste de todo eso es que no tenía en quién refugiarse. Su corazón era todavía joven y necesitaba amar, y amor era lo que no tenía. ¿O sí?

Entonces consultó a su corazón como le habían sugerido, y este le pidió a gritos que saliera con Tony. Pero ella seguía reticente, y no se decidía a dar el paso. No se imaginaba a sí misma yendo por la calle agarrada de la mano de un chico que podría ser su hijo. Es lo que pensarían quienes no la conocieran: que era su hijo. Pero lo peor sería lo que pensarían los que sí la conocían.

Eso era lo que más le echaba para atrás. Lo que pensarían sus padres, lo que pensaría su familia, y lo que pensaría Laura... Sobre todo, esto último era lo que más temía.

En cualquier caso, iniciar «una relación» con Tony no tenía por qué ser formar una vida de pareja desde ya. Podían iniciar una relación «a la antigua», es decir, quedando como lo habían hecho aquella tarde, continuar con las llamadas, comentar los dibujos, yendo juntos a alguna excursión… Vamos, como hacían los novios de toda la vida, aunque eso ya no estuviera de moda. Así podrían conocerse mejor y quizás él se desengañaría y vería que esa mujer que podía ser su madre, no podía ser su mujer.

Ahora bien, ¿estaría él dispuesto a aceptar una relación "a la antigua"?, se preguntó. Tony era una persona joven, y entre los jóvenes una relación sin sexo es algo absurdo, superado, obsoleto y arcaico. Desde luego, en caso de volver, ella no estaba dispuesta a aceptar otra cosa. Y no solo por ponerle «a prueba». Sus convicciones religiosas ya no se lo permitían, pues el sexo fuera del matrimonio está prohibido.

En eso estaba cuando recibió una llamada de su tío, desde el pueblo.

—Hola Charito, soy el tío Anselmo.

—Hola, tío, ¿qué tal estáis?

—Pues bien, hija, pero tus padres no están bien.

—¿Mis padres?

—Sí. Esta mañana ha tenido que venir una ambulancia a llevarse a Gumer al hospital, porque no paraba de toser, y…

—Pero —interrumpió— ¿está peor del catarro? Ayer hablé con él y me dijo que estaba mejor.

—¡Qué va, hija! Ha recaído. Y ahora tu madre está también con fiebre.

—No entiendo por qué no me han llamado…

—Bueno, ya sabes cómo son. No querían molestarte cuando estás trabajando. Ni a tu hermano tampoco. Me llamó a mí y me dijo que te llamara por la tarde, y es lo que he hecho.

—Pero, ¿qué les han dicho? ¿Qué es lo que tiene mi padre?

—Covid, Charito. Tiene Covid. Y tu madre seguramente también.

—¡Covid…! Y, ¿mi madre está sola?

—Sí, está en casa, sola. Nosotros estuvimos con tu padre y estamos en cuarentena, sin poder salir.

—¿Vosotros estáis bien?

—De momento, sí.

—Bueno, pues gracias por llamar, tío. Mañana mismo estoy por allí. No creo que le pase nada a mi madre por quedarse una noche sola.

Capítulo 87

—Es la variante Delta, señora. A pesar de que sus padres están vacunados, la vacuna que les pusieron estaba basada en el virus original, el de Wuhan. Pero el virus ha cambiado mucho, y para esta nueva mutación la vacuna no es tan efectiva.

Charo estaba en la casa del pueblo con su madre, y estaba hablando por teléfono con el médico del hospital que atendía a su padre.

—Pero doctor, mi madre también tiene el mismo virus, y sin embargo ella ya está casi bien…

—Claro, señora, es que esto es así. Lo estamos viendo a diario. El virus entra en una casa y a unos les afecta y a otros no. Y muchas veces no tienen por qué ser los de más edad los que pagan el pato. Usted se está arriesgando mucho al estar con su madre.

—Lo entiendo, pero ella no se puede quedar sola durante mucho tiempo, y no tiene a nadie.

—Usted sabrá lo que hace, desde luego.

—Y, entonces, mi padre… ¿cuál es el pronóstico?

—Tiene neumonía bilateral y está con oxígeno. Habrá que ver cómo evoluciona —repuso el médico—. Y ahora le dejo, tengo otros pacientes que atender.

—Muchas gracias, doctor. Si tiene alguna novedad, le agradecería que me llamara.

—Descuide —dijo, y a continuación colgó.

Charo soltó el teléfono sobre la mesa del recibidor, y pasó a ver a su madre, que estaba en la cama. Pero cuando llegó a la habitación estaba levantada.

—Hija, es que estoy harta de estar tumbada. Me voy a ir al salón a ver la televisión.

—Espera, déjame ver el termómetro… —le pidió, mientras miraba lo que marcaba aquel instrumento que le había puesto, un poco antes de hablar con el médico—. Treinta y seis y medio —dijo, tras comprobar lo que marcaba—. Bueno, está bien. ¿Quieres algo para merendar?

—No tengo hambre. Siéntate conmigo a ver la novela. Creo que está al empezar.

—Mamá, la novela es por la tarde. Ahora por la mañana no hay novelas.

—¡Ah! Pensaba que era ya por la tarde. Como hace poco que hemos comido… Bueno, pues vemos la tele de todas maneras. Algo habrá. Seguro que hay alguna película, en algún canal.

Charo se sentó con Laly, y comenzaron a ver un magazine de tertulias. La mujer estaba cada vez peor, y no por el Covid precisamente. Gumer ya le había informado de que tenía muchos despistes, pero ella no pensaba que fuera a ir tan allá. La comida a la que ella se refería era un vaso de leche con un bizcocho que se había tomado hacía ya tiempo, y no se había dado ni cuenta.

Después de un rato, la mujer se durmió, y Charo se levantó a dar una vuelta por las habitaciones y por el patio. Todo seguía igual desde que ella dejó la casa para reincorporarse al Banco, a excepción de algunos trabajos de carpintería que había en el cobertizo y que estaban a medio hacer. Era la afición de su padre, y en lo que pasaba los días de su vejez.

Era una casa antigua, restaurada recientemente con el dinero que todavía tenía la pareja, y que era fruto de aquellos ahorros que habían hecho cuando trabajaban los dos. La reforma había eliminado alguna de las estructuras que había de la casa original, una casa que ya tenía casi cien años.

Allí era donde pasaba Charo los meses de agosto, cuando su padre tenía las vacaciones en la portería. Era la casa familiar de su madre, que le compró a sus hermanos cuando su abuela murió. La casa donde se quedaban sus primos de Barcelona cuando venían en alguna ocasión.

Tanto Gumer como Laly eran los más pequeños de muchos hermanos, y los primos de Charo eran todos mayores que ella. Todo excepto uno, cuyos padres se marcharon a Barcelona, igual que el suyo lo hizo a Madrid.

Su tía Josefa había tenido tres hijos, y el más pequeño era solo un año menor que Charo. Era con el único que tuvo una relación «de primos», y con el que jugaba cuando eran pequeños durante aquellas largas tardes de verano.

Paco no venía todos los años, pero cuando lo hacía, Charo veía el cielo abierto. Una muchacha introvertida como ella, veía en aquel chico a un compañero de juegos con el que se volcaba, de la misma manera que lo hacía con su otra amiga de Madrid, es decir, con Chus.

De alguna manera Paco fue su primer referente sexual, aunque nunca llegaran a ser más que compañeros de juegos. Pero a ella siempre le gustó. Solo se llevaban un año, y pasaban juntos la mayor parte del tiempo cuando él aparecía por allí. Correteaban juntos por la casa, se bañaban juntos en el río… Hasta que llegó la adolescencia y él cada vez iba menos por el pueblo. «Paco se ha echado novia en Barcelona», le dijo una vez su tía Josefa. Una novia con la que se terminó casando, por cierto.

Y ese fue quizás su primer «desplante sentimental» propiamente dicho. Entre los dos nunca hubo nada, pero ella más de una vez deseó que lo hubiera. Estaba claro que el chico no la veía a ella de la misma manera, y cuando dejaron de ser niños prefirió a otra «más guapa», según creía Charo, y probablemente fuera cierto.

Aquel no fue ni el primero, pero marcó la pauta de todo lo que vino después. Siempre que se enamoraba de un hombre lo perdía de una manera u otra, y envidió a sus padres, quienes siempre habían estado juntos desde hacía más de sesenta años.

Entonces pensó en Tony, y en la posibilidad que ahora le daba la vida para enmendar esa situación de soledad en la que se encontraba. Ella había nacido para casarse, se dijo, y el problema era que no había encontrado al hombre adecuado. El hombre adecuado que no la abandonara, claro está, pues ella nunca había dejado a nadie. Fernando la abandonó, y Luis la abandonó, y no pudo hacer nada por remediarlo por mucho que intentó lo de Luis.

Este le había dejado por una más joven, que según su hija ya conocía desde los tiempos del viaje a Rumanía. Un viaje que se produjo cuando todavía estaba con él en Las Rozas, y que probablemente precipitó su divorcio. La había dejado por una más joven a pesar de que Luis era mayor que Charo, y se llevaba con esa chica casi los mismos años que ella se llevaba con Tony.

¿Estaría dispuesta a pasar otra vez por lo mismo? ¿Podría soportar su corazón que Tony la abandonara por otra más joven, igual que lo hizo Luis?

Estaba allí en el patio, contemplando aquella columna en la que jugaba a contar mientras su primo Paco se escondía, cuando su madre la llamó desde el salón.

—¡Gumer! —gritó—. ¡Deja ya de serrar esas maderas, que es la hora de la cena!

Capítulo 88

La evolución de Gumersindo fue mala, y a los quince días falleció. El golpe para Charo y para Miguel, el hermano, fue terrible, aunque más para ella, que al estar en cuarentena no pudo asistir más que al funeral.

Los momentos de angustia vividos por aquella maldita enfermedad fueron terribles. Una espada de Damocles que se cernía sobre la gente mayor, y que se materializó en su padre, después de muchos días de miedo para que a la madre no le pasara lo mismo.

Pero en eso hubo suerte. Tanto Charo como Laly no sufrieron más que algunos síntomas gripales, y cuando terminaron la cuarentena, se enfrentaron a una difícil decisión.

Allí estaban los dos hermanos con la madre en la casa del pueblo, unos días después, decidiendo qué iban a hacer con una mujer que claramente no se podía quedar sin tener algún tipo de asistencia.

—No puede quedarse sola, Charo. Con papá funcionaba bien, pero él ya no está.

—Me la llevaré a Alpedrete. Conmigo estará atendida.

—No creo que sea lo más conveniente, de verdad. Tú estás muchas horas fuera, y ella no se debería quedar sola durante tanto tiempo.

—Yo estoy bien, Miguel —intervino Laly—. Me puedo quedar sola perfectamente.

—No, mamá, tienes muchas lagunas de memoria y te levantas desorientada. Eso no puede ser. Por no hablar de los problemas vasculares, Charo —dijo, mirando a su hermana—. No puede subir las escaleras, y en tu casa las hay.

—Podríamos contratar a una mujer para que se quede con ella por las mañanas, mientras yo estoy en el Banco.

—Esa solución no me gusta —respondió el hermano—. Además, una mujer no tiene la fuerza necesaria para desplazarla cuando se cae o para subir y bajar con ella.

—Me puedo quedar en esta casa, Miguel. Aquí no hay escaleras —dijo la madre.

—No mamá, no puedes estar sola. Lo mejor sería ingresar en una residencia.

—¿En una residencia? —increpó Charo.

—Sí. Allí estará atendida las veinticuatro horas, y por gente profesional. No por una «mujer», como tú dices.

—Pero es que una residencia… —la hermana no estaba nada convencida.

—La residencia del pueblo, lógicamente. Mamá —dijo, refiriéndose a la madre— ¿A ti te importaría irte allí?

—¿A dónde las monjas?

—Sí, claro, a la residencia de las monjas de la Purísima.

La mujer se encogió de hombros y simplemente dijo: ¡Allí tengo muchas amigas!

Capítulo 89

Charo estaba sufriendo otro duelo, y ya iban… unos cuantos. Todos los fines de semana se marchaba al pueblo para estar con su madre, y se la traía a la casa que ahora estaba vacía para poder estar junto a ella. Pero pronto dejó de hacerlo. La mujer se desorientaba con el cambio de hábitos y de rutinas, y finalmente desistió. Al poco tiempo se limitó a visitarla en la residencia durante las horas de visitas, y allí la colmaba de besos.

Afortunadamente, la mujer se conformaba con todo y eso no supuso un problema añadido que le hubiera acabado de destrozar el corazón.

Recordó las escenas de dolor en el funeral, donde el marido de su prima Hortensia abrazaba a su mujer intentando consolarla por la pérdida de su tío. Aquellos primos habían estado muy unidos a Gumer y a Laly, y lo habían sentido mucho.

Pero a ella nadie le abrazaba ni le besaba después de salir de aquellas exequias, y se sentía tremendamente sola. Su hija Laura ni siquiera acudió al funeral achacando que "tenía exámenes".

Pero como se habían dicho alguna vez, su alma gemela se comunicaba con la suya en el más allá, y le informó de la necesidad de esos abrazos.

Fue entonces, en una de esas noches de soledad, cuando recibió un mensaje de su amor:

—Hola, mi vida, ¿cómo va la reflexión?

Era la primera vez que se comunicaban después de que se dieran un tiempo para pensarlo, y ella se alegró sobremanera al recibir ese mensaje.

—La reflexión va bien, Tony. Pero me ha ocurrido una cosa muy triste. Mi padre falleció.

—Vaya. Cuanto lo siento. Supongo que estarás fatal. Si hay algo que yo pueda hacer…

—Estar ahí Tony, estar ahí. Con eso me conformo.

—Aquí estaré, amor mío, para lo que necesites.

Fue todo lo que se dijeron. Él no quiso perturbar "sus reflexiones", pues no la quería presionar. Aunque ella hubiera deseado que él le hubiera seguido hablando, y muchísimo más que la hubiera llamado. Pero Tony no hizo tal cosa. Por el contrario, se limitó a respetarla en espera de que ella diera el siguiente paso, como habían quedado.

Una decisión que le costó tomar, porque él se quedó muy afectado por lo que había oído. Recordó su propio duelo en una ocasión similar, cuando perdió a su madre:

«La mamita se ha muerto, mi hijo», le había dicho el padre cuando ya no pudo ocultárselo por más tiempo. «Ya no va a volver más», le dijeron, y le cambiaron a «la mamita» por la Yéssica, aquella mujer fría e indiferente.

Y entonces fue cuando se decidió a ir. Le daba igual que ella estuviera en «período de reflexión». Se moría de ganas de verla de nuevo, y ahora también de consolarla, y el siguiente lunes que libró se marchó para Madrid sin previo aviso.

Capítulo 90

Ella salía del Banco a las tres menos cuarto, como todos los días. Había fichado en el reloj de salida de la calle Alcalá, y se dirigía hacia la plaza de Cibeles para cruzar el paso de peatones en dirección a Recoletos.

Y entonces fue cuando le vio. Él estaba en la esquina del paseo del Prado con Alcalá. Allí estaba, de pie, mirando si la veía salir del Banco. Y él también la vio a ella, con su media melena característica y su mirada triste. Charo se dirigió hacia él despacio, como atraída por un imán, mientras Tony no la perdía de vista ni un solo instante.

Por fin llegó a su lado, y entonces se detuvo y se miraron los dos a los ojos antes de fundirse en un tierno abrazo. Permanecieron así juntos durante un tiempo indefinido, en el que ella recobró la vida que antes le faltaba.

Por unos instantes olvidó todo lo que le había pasado. Se volvió a sentir querida y amada por alguien, por un hombre que no era de su familia, y eso le hizo levantar todas las barreras que le quedaban, si es que le quedaba alguna.

—Sólo había venido a darte un abrazo, por lo de tu padre. Me vuelvo ya, en el autobús de las cuatro —le dijo.

—No te vayas, Tony. No me dejes sola otra vez —respondió, sin dudar—. No podría soportarlo —añadió, para darle a continuación un apasionado beso, como había hecho él con ella el primer día que la vio.

Capítulo 91

Tony regresó a Jaén en el autobús de las diez, tras pasar la tarde con su gran amor. Ese día comieron juntos, pasearon, se sentaron en un parque, estuvieron en una cafetería… agarrados de la mano sin importar lo que nadie dijera, sin importar si nadie les veía o les reconocía. Charo se volvió a sentir joven otra vez, y disfrutó de un noviazgo entre adolescentes a pesar de que ella ya no lo era.

Jamás había sentido lo que sentía con Tony. Era como un primer amor entre chiquillos que huyen de los padres por miedo a que se enteren. Estaban en Madrid, desde luego, y no en Alpedrete donde podrían reconocerles, y no estaba haciendo nada malo. Pero tenía la sensación de la aventura, del riesgo, como el chaval que comienza a fumar siendo muy joven y tiene miedo de que le descubran los padres. Un placer prohibido y deseado al mismo tiempo, que nunca había experimentado, y con el que se sentía completamente feliz.

Tony podía parecer un chico estándar de diecinueve años a primera vista. Pero cuando miraba y hablaba a Charo se transformaba completamente. Se convertía en una persona madura, culta, interesante, como si tuviera incluso una edad superior a la de ella. Y ella sufría una atracción casi magnética cuando eso ocurría. Se quedaba hipnotizada con esos ojos oscuros que la miraban de forma intensa, con esas palabras graves que emanaban de sus labios juveniles. Sufría una atracción que le fascinaba, como la fascinación que tiene una chica adolescente hacia el hermano mayor de una amiga, o hacia el profesor del instituto.

—No te voy a llamar «Charo», mi vida. Me gusta más «Noa».

—Llámame como quieras, amor mío. De la manera que más te complazca.

—¿Cómo se te ocurrió ese seudónimo?

—Es mi segundo apellido: «Senoa». Cuando comencé a pintar cuadros empecé a firmar así, y luego lo abrevié por indicación de Laura. Ella fue quien me sugirió que usara ese nombre para identificarme en las redes sociales de parejas, donde te comencé a buscar. Me dijo que «Charo» era demasiado vulgar.

—A mí no me parece vulgar. Pero me gusta más «Noa».

—En tu caso, «Tony» es mucho más obvio.

—Sí, claro, pero es que a mí nunca me gustó demasiado «José». Si me hubieran llamado Jose, sin la tilde, quizás me lo hubiera quedado. Pero mi familia siempre lo acentuaba, y así me llamaban también los vecinos de mi casa. Y ese es un ambiente del que siempre he querido huir.

—Es curioso, «José Antonio» es un nombre que ya casi nadie tiene. Se asocia a las personas mayores, a la generación del «baby boom», es decir, la mía, los nacidos en los años sesenta.

—Fue cosa de mi padre. Cuando llegó a España pensó en ponerme un nombre «español» a diferencia de los nombres de moda en su país para niños, que eran «Nelson», «Darwin», «Wilson»… nombres que aquí categorizan a una persona aunque no la conozcas. De esa manera se podrían evitar los prejuicios a priori. No sé si me entiendes.

—Sí, claro, te entiendo perfectamente, lo que pasa es que no acertó. Te puso un nombre «español», sí, pero pasado de moda. Es como el mío. Son nombres de otras épocas. De la época de mi abuela precisamente, pues así se llamaba ella.

Los dos se rieron, y ella añadió:

—La clave ahora son los nombres cortos, como Noa.

—Como tú, amor mío. Tú eres Noa. Tienes cara de llamarte Noa, y no de llamarte María del Rosario.

—Eso es porque me conoces, Tony. Aquí en España las Charos son como yo.

—¿Todas tienen pecas?

—¿Pecas?

—Sí, tú tienes pecas. En la cara y también algunas en el cuello.

—¡Ah! Pero esto no son pecas, Tony. Son manchas que me salieron con mi segundo embarazo. En verano, cuando les da el sol, se acrecientan, y en invierno pasan algo más desapercibidas.

—Te pareces mucho a mi hermana. Ella es similar a ti. Se os podría describir igual. Ella sí que tiene pecas de verdad.

—¿Tienes alguna foto de ella?

—Sí, claro. Verás…

Tony sacó su teléfono móvil y le enseño algunos de los «selfies» que se hicieron cuando estuvieron juntos.

—Pues sinceramente, yo no sé dónde ves el parecido, Tony. Esta chica tiene treinta años menos que yo…

—Jajá, pues será que todas las mujeres a las que quiero se parecen. Quizás tú con su misma edad eras igual…

—Yo creo que no, pero bueno. Entonces, ¿qué fue lo que pasó con ella?

—Estaba en un prostíbulo en Guayaquil. Llegó a España huyendo de allí y se refugió con nosotros. Pero a los dos meses se marchó, y no volvimos a saber de ella.

—¿Tú no la conocías de antes?

—Había visto algunas fotos, pero eran antiguas. Cuando se presentó aquel día sólo supe que era ella porque mi padre le saludó.

—Encontraste una hermana y enseguida la perdiste…

—Eso es.

—Eso me ha pasado a mí muchas veces, Tony. Encontrar una persona y perderla, ha sido la tónica de mi vida.

—Esta vez no será la «tony-ca» de tu vida, Noa. A mí nunca me perderás —respondió, y ella sonrió con el juego de palabras—. Yo siempre estaré contigo… si tú quieres —dijo antes de atraerla hacia sí mientras ella le ofrecía sus labios para que él los besara. Un beso que no pasó desapercibido para otra persona que estaba en la mesa de al lado de aquella cafetería, y que se les quedó mirando durante unos segundos.

—Eres lo mejor que me ha dado la vida, Noa.

—Ahora mismo también eres tú lo mejor que tengo.

—¿Más que tu hija?

—Es diferente —contestó, tras pensar unos segundos—. El amor de los hijos es diferente. Es diferente, aunque coincide en algunas cosas con el amor de pareja.

—¿Por ejemplo?

—Pues coinciden en lo que has dicho antes, Tony. Yo no puedo decir que tú seas lo mejor que me ha dado la vida.

—¿Qué es entonces?

—Pues, lo mejor que me ha dado la vida es la sonrisa de mi hijo Daniel. Me daba muy pocas, el pobre, pero las que me dio las tengo grabadas en el corazón.

—Debe ser precioso tener un hijo, Noa.

—Sí que lo es, Tony. ¡Es maravilloso! Una pena que yo ya no pueda tener más…

—Podemos adoptar uno, amor mío. Podemos adoptar uno y quererlo tanto como si hubiera salido de tu vientre.

—Sí, eso dicen. Dicen que se les quiere igual que a los naturales.

—Estoy convencido de que es así, mi vida. Cuando tú y yo nos casemos…

—¡Tony! —interrumpió— ¿Ya te quieres casar conmigo? Solo nos hemos visto dos tardes…

—Te conozco desde toda la vida, amor mío. ¿No lo sabías? —dijo él, y tras atraerla de nuevo hacia sí le dijo: —Somos Uno, Noa.

—Somos Uno, Tony —respondió, antes de darle un profundo beso.

Capítulo 92

Comenzaron un noviazgo «tradicional», en el que se veían cuando podían. Normalmente ella viajaba a Jaén los sábados o los domingos, en un autobús que salía de Madrid a las seis de la mañana y llegaba a Torre del Campo cuatro horas después. Cuando él entraba a trabajar a las cuatro, ella se marchaba en el autobús que salía a esa hora y llegaba a Madrid a las ocho de la tarde. A veces también se quedaba en un hotel de Jaén, y se veían al día siguiente para regresar el domingo por la noche a su casa.

Igualmente, él hacía algo similar a lo que hizo el día que la vio en el Banco. Y así los lunes, que era cuando libraba, se marchaba a verla.

Pero claro, tantas horas de viaje en autobús era extenuante tanto para él como para ella, y comenzaron a pensar en una alternativa.

Al final decidieron tomarse pequeñas vacaciones de dos o tres días, algo que era factible tanto en el caso de él como en el de ella: «mi jefe prefiere que lo haga así, antes que tomar vacaciones más seguidas», le había dicho Tony. De esa manera ella podía pasar días entre semana con él alojándose en el hotel de Jaén, y él pasaba fines de semana en Alpedrete, alojándose en su propia casa, en una habitación que tenían libre.

Pero el problema era Laura. Siempre Laura.

Al principio la chica puso mucho interés en conseguir un novio para la madre, sobre todo para fastidiar al padre. Pero luego se olvidó del asunto, aunque sabía que su madre tenía una «relación telemática» con alguien. Cuando la relación pasó del mundo cibernético al mundo real, Charo se limitó a decirle que se llamaba Tony y que trabajaba en un restaurante en Jaén. Ahí quedó la cosa, y la chica no se volvió a preocupar.

Aun así, Charo temía cualquier reacción de la muchacha, y traía a Tony a su casa cuando sabía que no estaba ella. No quería que se conocieran, aunque sabía que tarde o temprano eso tenía que ocurrir.

Y, lógicamente ocurrió. Y sucedió, además, en el peor momento.

Estaban desayunando un domingo por la mañana en la pequeña mesita que tenían en el jardín, mientras mantenían la siguiente conversación:

—Me lo dijo tu padre, Tony, pero no le entendí —dijo ella, refiriéndose a una conversación que tuvieron los tres en el piso de Torre del Campo.

—Ya, es que no pierde el acento. Lleva aquí más de veinte años y todavía no sabe hablar sin usar palabras ecuatorianas.

—Tú sin embargo no tienes nada, nada de acento.

—Yo creo que eso depende de dónde te críes. Yo soy de aquí y habló como los de aquí. Aunque también te digo que cuando hablo con él, a veces me sale el acento, sin quererlo.

—Bueno, eso me pasa a mí también en el pueblo. Que, por cierto, a ver si vamos allí un día y te presento al resto de mi familia.

—Bueno, al resto… sólo conozco a tu hermano y a tus sobrinos.

—Pues sí, a ver si vamos un día y así conoces a mi madre. Seguro que te va a caer muy bien.

—Si se parece a ti, seguro —se dieron un beso.

—Sí, es un poco más vieja que yo, pero sólo un poco —dijo ella que siempre estaba bromeando con su edad—. Bueno, lo que te decía de los acentos, allí en el pueblo, cuando hablo con mis tíos o con mis primos, me sale el acento extremeño. No lo puedo evitar.

—Claro, lo mismo me pasa a mí; quiero decir, con el acento ecuatoriano.

—Pero en el caso de tu padre, cuando me dijo lo de irte a buscar al Burger, no lo entendí porque no lo expresó bien.

—Ya. Estaría borracho, como siempre.

—No me lo pareció.

—Es que lo disimula muy bien, pero a mí no me engaña. Puede que con su patrón cuele, pero un día le va a pillar y se va a quedar en la calle. Pasó lo mismo el día que se fue mi hermana. Si hubiera estado en condiciones, le hubiera preguntado a dónde se iba.

—¿No tenéis ninguna noticia de dónde puede estar?

—No, pero me temo lo peor.

—Que esté en otro...

—Si, en otro burdel. Si llego yo a estar allí, no lo hubiera consentido. No hubiera consentido que se marchara sin darme una dirección y sin decirme cómo le había salido ese trabajo.

Fue terminar de decir eso, cuando Charo apercibió la presencia de quién menos esperaba en ese momento:

—¡Laura! —exclamó, viendo que su hija estaba allí, en la puerta de acceso desde la vivienda hacia el jardín—. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo —respondió—. Acabo de entrar, pero se ve que no te has dado cuenta.

—Pero, ¿no me dijiste que ibas a llegar por la noche?

—Cambio de planes, ya ves.

—Bueno, pues pasa, hija, pasa, ¿has desayunado ya?

—No tengo hambre —contestó, sin dejar de mirar a Tony.

—Bueno, pues vente con nosotros, y siéntate… quisiera presentarte a Tony. Tony, esta es Laura.

El chico se acercó para darle los dos besos acostumbrados, pero se detuvo al ver que ella había dejado de mirarle. Estaba con la cabeza vuelta, mirando hacia un lado, sin dejar aquella postura hierática y seria. Finalmente se dio la vuelta y desapareció sin decir nada, pero Charo salió detrás.

—¡Laura! ¡Dónde vas! ¡Laura!

La chica recogió un bolso que había dejado sobre el recibidor, y se dispuso a salir por la puerta hacia la calle.

—¡Laura! —continuó llamándola, pero ella se limitó a decir, ya desde la calle:

—¡He quedado!

Charo volvió hacia el jardín, y allí permanecía Tony, con cara de circunstancia.

—Tienes que perdonarla, mi vida. Esta niña está pasando una adolescencia complicada, y es un poco rebelde.

—Claro, cosas de la edad. Ya se le pasará —dijo, quién solo tenía dos años más que «la niña».

—Sí, eso espero. Eso espero, Tony.

Capítulo 93

—Tienes que dejar a ese negro, Charo.

—No es negro, Laura, es sudamericano.

—Me da igual. Tienes que dejarle.

Tony se había vuelto a Jaén después de comer, y por la noche regresó la hija a la casa. Por mucho que la madre intentó averiguar dónde había estado y con quién, solo consiguió que le dijera un lacónico «por ahí» y un escueto «con gente». Pero Laura enseguida abordó el otro asunto, y se puso a discutir con la madre.

—Si no es mucha molestia, ¿podría usted decirme la razón por la que debo dejarle? —preguntó Charo, con ironía.

—Porque no te conviene.

—Claro, mamá, yo haré lo que usted me diga, no faltaba más. Usted sabe mejor que yo, con su experiencia y sabiduría lo que a mí me conviene.

—¡Tienes que dejarle, Charo! —gritó, con rabia—. ¿Es que no lo entiendes?

—Pues no, hija, no lo entiendo. ¿Me lo podrías explicar?

—Pues porqué estás haciendo el ridículo, Charito. ¿Es que no te da vergüenza?

—Vergüenza, ¿de qué?

—De salir con un niño, joder, ¿cuántos años tiene? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? Por favor…

—Tiene sólo dos años más que tú. Diecinueve, a punto de cumplir veinte. ¿Qué te parece? —se atrevió a decir.

—Joder…. —la cara de Laura era todo un poema—. Es alucinante, Charo… De verdad… ¡Es alucinante!

—Sí, sí, es alucinante, pero me gustaría saber por qué es alucinante. Es una persona mayor de edad, como yo, y, por cierto, bastante maduro. Muchísimo más maduro que tú, y en muchos aspectos también más maduro que yo. Sinceramente no veo cuál es el problema.

—O sea, que este es el famoso Tony… Qué fuerte… ¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte!, tía, joder… ¡qué fuerte!

—Pues no sé, Laura, le has visto esta mañana, hija, y ya han pasado casi doce horas ¿todavía estás sorprendida?

—Me quedé de piedra cuando le vi, y no daba crédito, desde luego, pero es que, es para quedarse con la boca abierta y seguir alucinando, joder.

—Yo creo que no es para tanto, Laura.

—¿Qué no es para tanto, Charo? ¿Qué no es para tanto? Vas a ser, y yo voy a ser, el hazmerreír de todas mis amigas, por no decir de mi padre, desde luego. Se va a burlar de ti hasta que se muera. Menudo negocio el que he hecho yo contigo, joder.

—Tú misma me animaste a que buscara novio, ¿recuerdas?

—Sí, ya, ¡en qué hora, Charo! ¡En qué hora! Si lo llego a saber, hubiera preferido que te hubieras quedado muerta de asco, antes que salir con «eso».

—«Eso» se llama Tony.

—Sí, Tony, sudaca hasta la médula.

—Sudaca, vale, ¡y qué!

—Pues es más que obvio, joder, ¿es que no lo ves? Esta gente no tiene formación alguna, se va a pasar la vida haciendo hamburguesas, y cuándo le echen, que algún día le echarán, vendrá a pedirte dinero y le tendrás que mantener si sigue encoñado contigo. ¿Es que no lo entiendes? ¡Menudo braguetazo!

—Tony ha sacado sobresalientes en el instituto, hija, pero no ha podido estudiar Bellas Artes, como pretendía, porque en este país las becas no se dan por adelantando, y no tiene dinero para pagarse la matrícula.

—¡Ja! ¡Sobresalientes! ¡Eso habría que verlo! ¿Y tú te lo crees? Esta gentuza, lo único que sabe hacer bien es camelarse a la gente decente, con su labia, y dando pena… ¡Joder, si son todos iguales!

—Tony no es así, hija.

—¡Que no! —gritó con rabia—. Estás *enchochada* con él, y no lo ves. Pero este tío es un mangante, joder… el padre borracho, la hermana puta… ¡Y encima te lo dice en tu cara, y tú tan contenta! ¡Es que es alucinante!

—Laura, de verdad, quien no da crédito soy yo. No tienes derecho a decir que…

—Escucha, Charo —interrumpió—. Si quieres beneficiártelo, por alguna cualidad oculta que yo desconozca, pues mira, me parece hasta bien. Pero lo haces en secreto, y sin que nadie se entere, ¿me entiendes?

—Yo no me beneficio de los hombres como tú dices… o quizás como tú haces —la madre estaba comenzando a enfadarse y lo que dijo acabó por encender a la hija:

—Pues no te lo voy a volver a repetir, ¡eh! ¿Me oyes? Quiero que lo dejes.

—Yo no tengo porqué recibir órdenes de…

—¡Que lo dejes! ¿Me has oído? ¡Que lo dejes! Y quiero que lo dejes, ya.

—Y, ¿si no lo hago?

—Entonces me iré yo. Me iré yo, y no me volverás a ver en tu puñetera vida. Tienes que elegir entre él y yo.

—Pero, Laura…

—¡Entre él y yo! ¿Entiendes? ¡Entre él y yo! ¡Luego no digas que no te he avisado! —exclamó con rabia, y se marchó rápidamente hacia su habitación, donde se introdujo y cerró dando un sonoro portazo. De nada sirvieron las voces de la madre y los golpes sobre la puerta implorando que le abriera y que atendiera a razones.

Capítulo 94

—Oye, Chari, me han dicho que estás saliendo con un *yogurín*… ¡Qué calladito te lo tenías!

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho un pajarito... Se dice el pecado, pero no el pecador.

—Ya. Ya me imagino quién ha sido —dijo Charo, pensando en Choni, la vecina del tercero en casa de sus padres. Siempre se había llevado muy bien con Estrella, su cuñada.

Chus había quedado con su amiga para comer en el Seny, a la salida del Banco. Como en los viejos tiempos, el local seguía abierto, y la rubia le llamó y quedaron.

—Vaya, las noticias vuelan.

—Es que es un notición, tía. Y más tratándose de ti.

—¿De mí? Claro, como yo soy una estrecha que casi no tiene deseos sexuales, ¿no?

—No, joder, no seas cínica, tía. Pero no me negarás que has salido con pocos tíos…

—Ya, comparada contigo…

—Te advierto que los jovencitos son los mejores —siguió Chus, sin haber oído el comentario anterior—. Los mayores no dan la talla, ya me entiendes —apuntó, antes de soltar una carcajada que la otra secundó parcialmente—. Además, así te vengas de Luis. ¿No se fue él con una más joven? pues tú haces lo mismo, ¿no te parece?

—No sé, Chus…

—Bueno, enséñame una foto, que yo lo vea.

Charo sacó su teléfono del bolso y buscó en la galería alguna de las instantáneas que se habían hecho en alguna de las citas que habían tenido.

—Pues mira, en esta se nos ve bien a los dos.

—¡Ah! Pero es… —comenzó a decir tras ver la foto.

—Sudamericano. Es ecuatoriano, para ser más exactos.

—Pero, ¿de dónde lo has… sacado?

—Contactó conmigo por las redes sociales. Vio mis cuadros y le gustaron, y yo vi sus dibujos y me encantaron. Eso fue lo que nos unió, en un principio.

—Pero él no es delineante, ¿no? Choni me dijo que trabaja en un Burger…

—Ya le gustaría a él ser ilustrador. Pero no tiene más remedio que trabajar en lo que puede.

—Ya veo… y, oye, ¿qué le pareció a tu hermano?

—¿A Miguel? Pues ya sabes cómo es. Cuando no está pensando en la resistencia de las estructuras está pensando en música. Le dijo que diecinueve años es una edad buenísima. Que con esa edad compuso Mike Oldfield su obra maestra, el LP «Tubular Bells». Y que con la misma edad creó Michael Schenker otra obra maestra el heavy metal, el álbum «Phenomenon», y que también con esa edad Alejandro Magno conquistó el Imperio Persa.

—¿Eso fue todo?

—Pues sí. Intentó sintonizar con él por el asunto de la música, pero Tony no es melómano precisamente. A él háblale de colores, de tonalidades, de degradados… O de literatura contemporánea. En eso es un experto mayor que yo.

—¿Mayor que tú? Jo, tía, pero tú tienes la carrera de literatura…

—Me supera en muchas cosas, Chus. A pesar de su juventud.

—Bueno, ¿y Laura? Con ella se llevará bien, ¿no? Son más o menos de la misma edad.

Charo suspiró y tardó en contestar, mirando para otro lado, esperando a que el camarero terminara de servir unos platos.

—Lo de Laura es lo peor, tía.

—¿Y, eso?

—Se opone frontalmente. Yo sabía que no le iba a sentar bien, y he tardado en presentárselo, hasta que un día que no la esperaba se presentó en casa y nos vio.

—Y os vio haciendo…

—Estábamos desayunando —interrumpió—. Agarró tal cabreo que se largó de casa, y no vino hasta la noche, cuando él ya se había marchado. Tuvimos una buena bronca. Últimamente todo lo que hablamos es a base de broncas.

—Pero, ¿por qué no lo acepta? ¿Por ser sudamericano?

—Sí, principalmente. Por ser sudamericano y pobre. Ella quería que yo saliera con alguien, y de hecho, fue quien me animó a buscar por las redes. Pero yo creo que era para fastidiar a Luis.

—Ya, por lo del tema del abuso, ¿no?

—Sí, por lo del abuso, pero sobre todo por los celos que tiene de Nadia, la chica con la que está. Quería que yo saliera con alguien mejor que él, para fastidiarle… No sé qué me veía, la verdad.

—Oye, y, ¿cómo sigue eso?

—¿Lo del abuso? Eso está igual que estaba. La justicia es lenta, ya lo sabes. Por lo que sé, Luis solo ha recibido una orden de alejamiento.

—Joder, pues vaya panorama que tienes, entre el padre y la hija.

—Pues sí. No te puedes imaginar lo que me dijo.

—¿Te insultó?

—Si solo me insultara… Me soltó, que como siga con Tony se marcha de casa y que no le iba a volver a ver en la vida.

—Es un farol, Charo, ¿dónde se va a ir?

—Con el padre no, desde luego, le tiene un odio visceral.

—Pues entonces, ¿dónde?

—No lo sé, tía. Esta niña tiene muchos recursos.

—¿Qué clase de recursos?

—Los recursos que toda mujer tiene. Ya me entiendes.

—No me dirás qué…

—Esta chica tiene ya mucho mundo, Chus. A mí no me cuenta nada, pero yo no soy tonta y me doy cuenta de las cosas. Tiene un cuerpo imponente. Un cuerpazo capaz de volver loco a cualquier hombre. No es nada tonta y sabe manejarse bien.

—Pero tía, tiene diecisiete años. Es menor. Nadie con dinero se arriesgaría a estar con ella, y menos con ese carácter.

—No aparenta esa edad, ya lo sabes. Aparenta ser mucho mayor. Y el carácter… lo muestra conmigo que soy su madre. No creo que conquiste a los hombres con amenazas.

Terminaron de servir los platos y se dispusieron a comer, cambiando el tema de conversación. Aunque era un asunto tan candente, que cuando estaban con el café volvieron a él.

—De todas formas, Charo, no tienes por qué preocuparte. En cuanto le dejes, Laura se olvidará del asunto y te dejará en paz.

—Es que no pienso dejarle, Chus. Esa es la cuestión.

—¿Cómo que no piensas dejarle?

—Pues, no. Es más, estamos pensando en casarnos.

Capítulo 95

—Estás de coña, ¿no?

—No, tía. El otro día estuvimos en la iglesia, en Covadonga, ya sabes, para tantear posibles fechas.

Chus se había quedado de piedra. Por alguna razón se había olvidado de quién y cómo era su amiga. Se pensaba que se había vuelto como ella, una mujer que usa a los hombres para usar y tirar.

—Pero, ¿te vas a casar con un niño de 19 años?

—Bueno, un niño… un niño…

—Charo, ¡un niño!, joder, ¿no te das cuenta?

—Pues no, no me doy cuenta. También nosotras éramos unas niñas cuando estuvimos en un Seat 124 con dos tíos haciendo cosas que no son precisamente las cosas que hacen los niños. ¿Te acuerdas? Teníamos la misma edad que Tony.

—Me acuerdo porque tú me lo recuerdas de vez en cuando, como ahora. Si no, se me habría olvidado. No sé qué fijación tienes con eso.

—Hay cosas que te marcan muy profundamente, Chus. Y aquello significó para mí más de lo que tú te crees. Sobre todo, por lo que vino después.

—Y, ¿qué fue lo que vino después?

—Pues después busqué a Fernando, lo encontré, y me acosté con él.

—Que te acostaste con…

—Con un drogadicto, Chus. No te lo he dicho nunca hasta ahora, pero ya han pasado más de treinta años y no me importa que lo sepas. Me acosté con él en las… —Charo se interrumpió al comenzar a decir eso. Iba a contarle más detalles de lo que ocurrió, pero lo pensó mejor. No iba a ser creída, y suavizó la historia—. Me acosté con él porque fue el primer hombre que me tocó de alguna manera, y como tú me dijiste en su día, yo tenía una «relación interruptus». Una relación que me había causado un trauma y comprendí que la única forma de salir de él era completando aquello. Me acosté con él y me enamoré de él, Chus. Las dos cosas. Pero solo fue una noche, para mi desgracia, porque días más tarde me enteré de que se murió por una sobredosis.

Chus se quedó de piedra al oír aquello. Si no fuera porque su amiga nunca le había mentido, pensaría que era una broma. Pero ella no solía bromear, y más con esas cosas. Su expresión era totalmente seria, y entonces dijo:

—Estás loca, tía. Estabas loca cuando hiciste eso, y estás loca ahora.

—¿Recuerdas la película “Ciudadano Kane”?

—¿La de Orson Welles?

—Exacto. Hay una escena en la que un periodista le pregunta a Bernstein si la famosa palabra «Rosebud» podría ser el nombre de una chica que Kane recodaba de su juventud. Este lo descartó, pues no podía ser posible que una mujer que hubiera conocido por casualidad,

su nombre fuera la última palabra que dijera cincuenta años después en su lecho de muerte. Pero Bernstein le dijo que eso no era así. Que él mismo se cruzó con una mujer en el ferry de Jersey cuando era joven, que sólo la vio durante un segundo, pero que no había pasado un solo mes desde entonces sin que el viejo la recordara.

—No me acuerdo de esa escena, la verdad —reconoció Chus.

—Welles reconoció que eso le había pasado a él con una chica, y que décadas después se seguía acordando. Pues lo mismo me pasa a mí, Chus. Lo mío no fue un segundo, fue toda una noche, y viví una experiencia… inolvidable por muchas razones. No te digo que me acuerde de eso todos los días, pero cuando he estado sola lo he tenido muy presente.

—Vale, y ¿qué me quieres decir con eso? ¿Que intentas sustituir a aquel chico con este de ahora? ¿Que sales con él porque te recuerda a ese otro?

—No, no tienen nada que ver. Aquello ya terminó, y lo conservo en mi corazón como un bonito recuerdo. Quizás fuera una locura de juventud, como tú dices. Solamente lo he sacado para que veas que el amor o el sexo no tienen edad. Que tú y yo éramos lo suficientemente mayores con diecinueve años para acostarnos con chicos, y por eso no te puedo aceptar que me digas que Tony es «un niño», y que por eso no me puedo casar con él.

—Es que casarse es otra cosa, Charo.

—O sea, no ves mal que me acueste con él, pero sí ves mal que me case con él. ¿No es cierto?

—Pues sí. Es que te repito que no es lo mismo.

—Pues chica, no sé cuál es la diferencia, sinceramente.

Las dos mujeres se quedaron mirándose, y luego Chus añadió:

—Y, ¿eso lo sabe Laura?

—No.

—Pues, se lo va a tomar…

—Fatal, ya te puedes imaginar.

—Mira, yo no veo bien esa decisión. Creo que es un error. Pero si sigues adelante, tienes que pasar de lo que ella te diga.

—Ya, tía, pero no es fácil. Los hijos duelen mucho. Duele mucho que te dejen de hablar, que no te llamen, que no sepas de ellos… De un marido te puedes divorciar o separar. Lo puedes mandar a la mierda y no saber más de él. Pero a una hija… ni la puedes olvidar ni la puedes expulsar de tu vida de ninguna manera.

—Yo no lo veo así, Charo.

—Tú no tienes hijos, Chus, no puedes entenderlo.

Capítulo 96

Habían coincidido en el pueblo, donde los dos hermanos habían acudido a visitar a Laly, la madre de Charo. Él se había traído también a su mujer y a sus hijos.

Estaban en la sala de visitas de la residencia, donde Estrella y los sobrinos estaban charlando con la abuela. Mientras, Charo y Miguel conversaban un poco apartados.

—¡Qué envidia me das, Miguel! Que vengan tus hijos a visitar a su abuela…

—Bueno, a veces se hacen los remolones, ya sabes. A veces hay que recordarles que todavía existe, pero bueno, no me puedo quejar. Muchas veces son ellos mismos los que lo piden. Sobre todo, la chica.

—Pues eso, ¡igualito que Laura! Desde que mamá está en la residencia no ha venido a verla ni una sola vez.

—¿Sigue igual de rebelde?

—Igual o peor, Miguel. El otro día descubrió a Tony en casa, y está de uñas.

—¿Cómo de uñas?

—No le traga. Racismo con toda seguridad, y también porque es muy joven, solo dos años mayor que ella. Aunque no sé si cambiaría algo si fuera de mi edad, sinceramente.

—Es una cría, Charo, no se lo tomes en cuenta. Cuando madure, seguro que cambia.

—Lo veo difícil, Miguel. Todas las chicas adolescentes son rebeldes, ya lo sabes, pero es que Laura… es de otro nivel. Me amenazó con irse de casa y dejar de hablarme si sigo con él.

—Eso no es nuevo. Ya estuvo mucho tiempo sin hablarte, ¿no?

—Pues sí, casi cuatro años, pero era pequeña, tiraba mucho por Luis, ya lo sabes, y con el divorcio, pues se fue con él.

—No parece que haya madurado mucho desde entonces…

—Ha madurado mucho, para algunas cosas. Para otras, desde luego que no.

—Pues eso, tendrá una rabieta, pero luego volverá, como hizo la otra vez. Se irá con Luis una temporada, después se enfadará con él por cualquier chorrada, y luego volverá contigo. Hasta que madure y deje de hacer tonterías.

—Dios te oiga, Miguel.

En ese momento los sobrinos parecieron dejar de hablar y entonces Laly se volvió hacia sus hijos:

—¿Sabes, Miguel? El otro día conocí al nuevo novio de Charo.

—¿Ah sí? Y… ¿qué te pareció?

—¡Es muy moreno! Con lo blanquita que es Charo… Van a tener unos niños, café con leche.

—Mamá, yo ya no puedo tener hijos.

—¡Anda, no digas tonterías! ¿Cómo no vas a poder tener hijos? ¡Con lo joven que eres!

Capítulo 97

—¿Quieres que tenga una charla con ella?

—No, Tony, no creo que te deje ni empezar a hablar. A esta situación me tengo que enfrentar yo sola.

Hacía más de treinta años que pasó lo de Fernando, pero una vez más, Charo se encontraba entre la espada y la pared. Más de tres décadas habían pasado desde que decidió enfrentarse ella sola a un trauma que la había arrastrado a perder casi veinte kilos y a perder el sueño durante muchos meses. Y lo superó. Lo superó sin ayuda de nadie, y todo transcurrió en menos de una noche.

«Nuestra relación es imposible», le había dicho Fernando, queriendo preservarla de los horrores de la droga. «Nuestra relación es imposible», le había dicho, cuando ella se moría de ganas de continuar. Había pasado mucho tiempo desde aquello, pero pareciera que estuviera ahora mismo oyéndoselo decir de sus labios en aquella humilde chabola. Quizás, solo quizás, si hubieran continuado, él no se hubiera muerto y el amor que se hubieran dado los dos le hubiera ayudado a salir de aquella situación. Porque no hay nada imposible si el amor está por medio.

Ese fue uno de los factores que le llevó a aceptar a Tony tras aquel período de reflexión. Ella misma había caído en una trampa que se había tendido sola, y se dio cuenta de que se estaba comportando como el gran amor de su juventud, al cometer su mismo error. «Nuestra relación es imposible» le había dicho ella a Tony, pero se dio cuenta a tiempo; antes de que fuera demasiado tarde.

«Ama y haz lo que quieras», le recordó el sacerdote. Y el amor fue quien guio sus pasos en todo momento.

Pero ahora había alguien más que le decía desde fuera, la misma frase: «vuestra relación es imposible».

Lo que ocurrió ese domingo por la mañana le abrió los ojos de par en par, sin que se lo dijera nadie. «¡Es alucinante!», le había dicho su hija. Pero lo realmente alucinante era la escena que se había producido. ¡Estaban los papeles cambiados! Charo trae a su novio a casa cuando no está Laura. De repente llega Laura y le echa la bronca a Charo porque no acepta al novio que tiene y le dice que lo deje. Charo se resiste y Laura le da un ultimátum. ¿Quién es la madre y quién es la hija? Laura es la madre y Charo es la hija. Es lo que dirían el cien por cien de las personas… y eso no podía ser. ¡No podía ser de ninguna de las maneras!, se dijo.

No podía estar a sus expensas. La elección entre Tony o ella era falsa, pues Laura, aparte de que no le hacía mucho caso, por no decir nada, no garantizaba que no se marchara después. Podría marcharse en cualquier momento, por cualquier otra tontería que surgiese. No podía supeditar su felicidad a mimbres tan frágiles.

«Los hijos van y vienen, y a su conveniencia. No puede una esperar nada de ellos, salvo honrosas excepciones. Una madre atiende a cien hijos, pero de cien hijos, no encontrarás uno sólo que sea capaz de atender a una madre». Es lo que siempre había dicho Laly cuando veía casos de abandono a su alrededor. Por eso ella se negaba a abandonar a su madre en una residencia, y si no hubiera sido porque su hermano insistió, Charo se hubiera quedado con ella.

Chus le había dicho que casarse con Tony era un error. Pero también su amiga le había «ordenado» que no buscara a Fernando, más de treinta años atrás.

Cuando ella le había desaconsejado un novio había sufrido, pero cuando le aconsejó otro, sufrió si cabe más. Siempre que le había hecho caso en cuestiones sentimentales había salido escaldada, y ahora se decidió a hacer todo lo contrario.

«Ama y haz lo que quieras», se repetía en su mente una y otra vez. Porque Charo amaba a Tony y también amaba a su hija, y le habían dado a elegir. Una elección falsa, pues no podía renunciar a ninguna de las dos cosas. Pero el amor sería su guía e intentaría quedarse con los dos.

Pero igual que no se dejó manipular por Chus cuando le dijo que no viera más a Fernando, ahora tampoco estaba dispuesta a dejarse manipular por esa mocosa engreída; Ahora, al igual que hizo aquella vez, se armó de valor y decidió enfrentarse a lo que más temía.

Porque ella no era cobarde precisamente; la propia psiquiatra se lo había dicho. El hecho de acostarse con un drogadicto en las chabolas de San Blas daba buena prueba de ello. El hecho de haber consentido en tener un hijo con síndrome de Down era señal de que no era cobarde sino todo lo contrario, que era muy valiente. Por amor había acompañado a Fernando a las chabolas, por amor había tenido un niño con problemas, y por amor iba a seguir adelante con Tony.

Capítulo 98

El plan era mantener una charla «civilizada», intentando razonar con ella. Tony se había ido a Alpedrete y la pareja se había tomado una semana de vacaciones para preparar la boda. La decisión estaba ya tomada, y solo faltaba ese fleco suelto. Estuvieron esperando a Laura ese lunes, para dialogar cuando viniera del instituto, pero tardaba en llegar.

—¿No puedes enviarle un mensaje, para saber a qué hora llegará?

—Podría, pero no serviría de nada. Jamás hace caso a los mensajes que yo le envío. De todas formas, las clases han terminado ya. Quizás se haya entretenido en alguna celebración con los amigos —dijo Charo.

—Pues mejor así. Si viene de buen humor, estará más receptiva.

—Mi hija no suele estar nunca receptiva, Tony. Al menos conmigo.

—Ya, Noa, pero es que no le queda alternativa, creo yo.

Terminaron de comer, y como seguía sin venir, comenzaron con los preparativos que tenían por delante. Ya era avanzada la tarde cuando Tony recibió una llamada de un número que no tenía en la agenda de su teléfono.

—¿Sí? —contestó.

—Aló, mi *ñaño*, soy la Yoana, su hermana.

No daba crédito a lo que estaba oyendo, después de tanto tiempo, y se alegró sobremanera.

—¡Yoana! ¡Qué alegría! ¿Dónde estás? —replicó, emocionado.

—Estoy en Alpedrete, *ñaño*. Papito me dijo que estabas por acá, y partí.

—Pero ¿dónde? ¿Dónde estás?

—En la plaza, José. Me trajo un carro y estoy en una plaza. En una plaza con una iglesia.

—En la Plaza de la Iglesia... Quédate ahí, Yoana. Ahora mismo voy a recogerte.

Tanto Tony como Charo salieron deprisa al reencuentro, y la hallaron allí, en la plaza. La muchacha tenía el pelo largo y alborotado, y había engordado algo respecto a la última vez que se vieron. Llevaba un vestido largo, con sandalias, y tenía la cara demacrada y con ojeras.

Nada más verla, los dos hermanos se abrazaron y se besaron, y después de derramar algunas lágrimas, le presentó a su novia:

—Esta es Noa, mi prometida.

—Tanto gusto, señora Noa —replicó, mientras las dos mujeres se daban dos besos. A continuación, Tony agarró la maleta y se dirigieron hacia la casa. Cuando llegaron, Charo le dijo:

—¿Has comido, Yoana? ¿Te apetece tomar algo? —la mujer se deshacía en atenciones.

—Si me sirven algo de agua, por favor.

Tony y su hermana se sentaron en los sillones del salón, mientras la anfitriona traía un vaso de agua y preparaba un plato con algunos aperitivos. Cuando llegó, este preguntó:

—¿Qué te pasó, mi *ñaña*? ¿Cómo que viniste?

—Preguntaron por mí en el hotel, y me asusté. Quise volver con ustedes a Jaén, pero papito tuvo miedo también, y me platicó de este lugar.

—Has hecho muy bien en venir, Yoana —dijo Charo.

—Tuve miedo porque... —la muchacha miró para otro lado y puso una expresión de angustia—. Porque estoy encinta, no más.

—¿Estás embarazada? —preguntó Tony, tras lo cual ella asintió con la cabeza—. Pero quién... ¿Quién es el padre?

La chica se encogió de hombros y comenzó a llorar amargamente, con las manos sobre su rostro.

—No te preocupes, Yoana. —dijo Charo, abrazándola tiernamente—. Te puedes quedar con nosotros el tiempo que necesites.

Capítulo 99

—Se lo agradezco, doña Noa. Pero no quisiera incomodarles, señora. No quisiera por mi causa, causarles un perjuicio.

Y fue en ese momento, como siempre, de la forma más inoportuna, cuando llegó Laura. La chica miró unos instantes a los tres ocupantes del salón, y sin decir palabra subió las escaleras hacia la planta de arriba, con la madre saliendo detrás de ella.

Entró en su habitación, y cuando iba a cerrar la puerta, Charo se lo impidió y entró con ella.

—¿No te dije que te deshicieras de ese negro? —le espetó, con rabia—. Ya se están largando esos dos de mi casa ahora mismo.

Charo suspiró y miró hacia otro lado durante un instante. Después comenzó a decir:

—Lo primero, no es tu casa. Es la casa de mi madre. Y si no te gusta, pues vas al pueblo y se lo dices a ella. Ya sería hora de que fueras a verla alguna vez.

—¿Es que no recuerdas lo que te dije? —siguió Laura, ignorando el comentario anterior.

—Mira, hija, venía con muy buenas intenciones. Venía con ánimo de razonar y de hablar, pero me lo estás poniendo muy difícil.

—Te dije que tenías que elegir entre él y yo. Y ya veo cual ha sido tu elección —le soltó, mientras se daba la vuelta y comenzaba a sacar ropa del armario. La madre se dirigió hacia ella y la tomó del brazo para intentar que se volviera.

—Escucha, Laura, no tienes por qué tomártelo así. Tony y yo hacemos muy buena pareja, sintonizamos muy bien y cuando nos casemos, estoy segura de que…

—¿Qué? —interrumpió—. ¿Que te vas a casar con él? ¡Lo que me faltaba ya por oír! —exclamó, soltándose de ella con brusquedad, y volviendo a sacar más ropa. A continuación, extrajo una maleta de una estantería, y se dispuso a colocarla dentro.

—¿Qué estás haciendo, Laura?

—Pues es más que obvio, ¿no te parece?

—¿Vas a volver con tu padre? Te recuerdo que está con «la puta», por si te habías olvidado. Además, tiene una orden de alejamiento. No te puede tener cerca.

—Retiraré la denuncia. Además, yo sé muy bien cómo convencerle y hacer que la deje. La otra vez fue culpa mía, porque no me esmeré lo suficiente y me dejó por esa guarra. Pero ahora será distinto... Los hombres siempre hacen lo que yo quiero.

—¡Laura! ¡Qué estás diciendo! ¡Es tu padre! —Charo se turbó y mudó la cara al oír aquello. Se escandalizó una vez más y añadió: —¡Serás…! A ver si la puta vas a ser tú y no esa chica…

Eso encendió a la muchacha de tal manera, que le dio un bofetón a la madre, así, como movida por un resorte.

—¡Laura! —exclamó con la mano en la mejilla, mientras la hija siguió con lo que estaba haciendo, metiendo la ropa en la maleta deprisa y con furia.

Entonces Charo ya no se pudo contener más, y totalmente ofuscada, horrorizada y dolida por la bofetada y por lo que acababa de oír, le espetó:

—Vas a volver con tu padre entonces, ¿eh? Vas a ver cómo te pone los cuernos con tu hermana la bastarda y con la puta de su madre, ¿eh? ¿Vas a soportar todo eso, Laura, hasta que le conquistes? ¿Eh? —dijo, dándole algunos empujones.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! —gritó la hija, totalmente desquiciada, mientras le daba más bofetadas, que pronto se transformaron en puñetazos y patadas. —¡Cállate! ¡Cállate!

Charo había «perdido los papeles», pero Laura los perdió todavía más. Le había dado donde más le dolía, y explotó.

—¡Cállate! ¡Cállate! —siguió rugiendo, fuera de sí, mientras golpeaba ciegamente a la madre. Esta comenzó a chillar de dolor, y eso hizo que Tony subiera rápidamente.

Cuando llegó se las encontró en medio de la refriega, y se interpuso entre las dos mujeres agarrando a Laura de los brazos para que no le diera más golpes a Charo.

—¿Qué estás haciendo, Laura? ¡Estás loca!

—¡Suéltame! ¡Suéltame ¡Sudaca de mierda! —exclamó con furia— ¡Suéltame! ¡No se te ocurra volver a tocarme en tu puta vida! ¡Te voy a denunciar por agresión sexual por haberme tocado! ¡Asqueroso! ¡Os voy a denunciar a los dos! —gritó, totalmente fuera de sí, mientras cerraba la maleta y se disponía a bajar.

Cuando llegó a la salida, Charo consiguió alcanzarla, e intentó de nuevo hacerla entrar en razón:

—¡Laura, por favor! —suplicó, en un último intento, agarrándola una vez más del brazo—. ¡Laura, escúchame!

Pero la chica se sacudió fuertemente de la madre, y antes de salir a la calle se volvió para decir, para escupir, con una mirada de intenso odio:

—Que te folle muy bien tu negro, Noa —masculló, y se fue, deprisa.

Capítulo 100

—Buenos días. ¿Qué desea?

—Buenos días. Quisiera que buscaran a mi hija. Hace más de una semana que se marchó de casa y no sé nada de ella.

Charo se encontraba en la comisaría de la policía, acompañada de Tony. Habían pasado una semana de angustia y ya comenzaban a estar preocupados. La chica no daba señales de vida, y el padre tampoco sabía nada.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Diecisiete años. La semana que viene cumplirá dieciocho.

—¿Cuándo fue la última vez que supieron de ella?

—El lunes de la semana pasada. Tuvimos una fuerte discusión, y entonces hizo una maleta y se marchó de casa.

El policía dejó de tomar notas y miró a Charo. Después de unos instantes le dijo:

—Pero, ¿se marchó voluntariamente?

—Sí, claro —respondió la madre.

—Entonces no es una desaparición. ¿Han preguntado a las amigas? ¿Saben si está en casa de alguna? o, ¿en casa de alguna otra persona? Un familiar, o algo así…

—Sí, señor. Hemos preguntado a algunas amigas, a su padre, a la gente que podría saber algo de ella, y nada. No es la primera vez que lo hace.

—¿No es la primera vez que lo hace? ¿Se ha marchado otras veces, sin decir nada? Entiendo que luego ha vuelto, ¿No es así?

—Sí, se ha marchado otras veces, y luego ha vuelto. Pero nunca durante tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo se ha marchado, las otras veces?

—Dos o tres días, a veces algo más. Pero siempre avisaba.

—Y, ¿dónde se iba?

—No lo sé. Según ella, con las amigas, a alguna excursión con el instituto, o de vacaciones… Pero no estoy segura de sí me decía la verdad.

—Está bien —dijo el hombre, tras pensar unos segundos—. Tenemos dos alternativas. La primera es tramitar una orden de búsqueda por reclamo de una menor bajo patria potestad. Entiendo que la chica está bajo su custodia, ¿no es así?

—Sí, así es. Yo estoy divorciada de su padre, pero tengo la custodia.

—Bien, pues entonces usted tiene derecho a tenerla a su cargo, y le podemos obligar a que permanezca en su casa, o donde usted estime. Pero si la semana que viene cumple dieciocho años, me temo que si no quiere estar en su casa cuando la encontremos, usted no va a poder hacer nada para que vuelva.

—Y, ¿la segunda opción? —preguntó Tony.

—La segunda opción es tramitar una desaparición, claro. Pero al no haberse producido en circunstancias, digamos «inesperadas», se le va a dar una prioridad más baja que las desapariciones estándar, es decir, aquellas en las que no hay una causa para la misma.

—Entiendo. Pues hagamos aquello en lo que ustedes pongan más medios para que aparezca cuanto antes —siguió Tony.

—Pues haremos el trámite por reclamo de menor, aunque, cuando sea mayor de edad, tendrán que interponer una denuncia por desaparición, si no la encontramos antes.

El hombre procedió a tomar todos los datos sobre Laura y sobre las circunstancias en que se marchó. Recabó todos los datos de filiación, domicilio, características físicas y personales… Y cuando hubo terminado, Charo le dijo:

—Agente, ¿podríamos saber si ha hecho alguna denuncia?

—¿Si alguien más ha puesto una denuncia por desaparición?

—No. Si ella ha denunciado a alguien.

—No la entiendo, señora.

—Verá, durante la discusión, ella nos amenazó con denunciarnos.

—Pero… ¿le hicieron algún daño?

—No, señor. Fue ella quien nos golpeó a nosotros. A su madre, principalmente, aunque yo también recibí algún tortazo —contestó Tony.

—Todavía se me aprecia el moratón en el cuello —dijo Charo, mostrándole uno de aquellos empellones.

—Entiendo que no querrán denunciarla…

—No, señor. Sólo queremos saber dónde está, y saber si ella nos ha denunciado a nosotros.

—Ese tema es privado.

—Ya, pero…

—Pero siendo usted la madre de la menor y con la debida acreditación, puedo acceder a los registros, claro.

—Una acreditación que ya tiene —apuntó Charo—. Ya le he mostrado mi documento de identidad, cuando hemos interpuesto la denuncia.

—Desde luego. Vamos a ver… déjeme consultar un momento… sí, aquí está —comenzó a decir, tras invocar los registros de la policía—. Laura Milar Rodríguez… pues tiene un bonito historial de denuncias, ya lo creo.

—O sea, que nos ha denunciado…

—No hay denuncias en los últimos dos meses. Las que veo son anteriores. Unas cuantas, vaya. En la mayoría de los casos las denuncias han sido retiradas a las pocas horas o días de interponerlas. Todas excepto una. La que puso a Luis Milar.

—Su padre.

—Sí, su padre… Pues sí… a ver déjenme consultar…

El hombre estuvo unos minutos revisando los expedientes de las denuncias que aparecían en la computadora. Consultó algunos datos, revisó los casos y los nombres, las ocupaciones de los denunciados… hasta que finamente dijo:

—Una *matahari* del amor, me temo.

—¿Cómo dice?

—Sí. Es un caso que se ve con relativa frecuencia: una chica atractiva, menor de edad, seduce a un hombre con dinero, preferiblemente casado, y le exprime lo que puede. Cuando él se harta, le amenaza con un escándalo si conoce a la mujer, o con denunciarle por tener relaciones con una menor. O lo denuncia directamente para seguir extorsionándole a cambio de retirar la denuncia. Lo que estoy viendo aquí encaja perfectamente con este tipo de actuaciones.

Charo se quedó con la boca abierta, y Tony también. Entonces dijo:

—Mi hija no puede haber hecho eso, agente. No ha recibido dinero, que yo sepa.

—Bueno, lleva ya más de una semana fuera… de algo tiene que estar viviendo. ¿Le dio usted dinero cuando se fue?

—No.

—¿Tiene ella dinero? Quiero decir, ¿tiene alguna fuente de ingresos?

—No, que yo sepa.

—¿Qué usted sepa? ¿No es acaso usted su madre, y vive con ella?

—Mi hija y yo no nos llevamos bien, agente. Gran parte de su vida es un misterio para mí.

—Entiendo. Eso cuadra con lo que le he dicho antes. Puede estar ahora mismo con otro hombre, haciendo lo que hemos comentado. Usted me dijo que había estado fuera otras veces, y que sospechaba que no había estado con las amigas, ¿no es cierto?

—Sí, claro, pero…

—Puede ser que no lo haga por dinero. A veces es simplemente por deseos de aventura, de presumir con las amigas… Puede querer regalos, o diversión en lugares caros… Es bastante habitual, señora.

—¿Bastante habitual? —preguntó Tony.

—Bastante habitual en estos casos, caballero. Pero yo no me preocuparía demasiado. En cuanto sea mayor de edad, o sea, ya, supongo que lo dejará de hacer.

—¿Por qué?

—Porque la podrían denunciar por extorsión, claro, y podría ir a la cárcel. Por no hablar de que se podrían alegar relaciones consentidas, lógicamente. Pero siendo menor de edad, ella siempre tiene la sartén por el mango, ¿me comprende?

—Sí, creo que sí —dijo Charo, resignada.

—¿De verdad que no sabían nada, de todo esto?

—Pues no, la verdad. Mi hija siempre fue muy… muy atrevida, por decirlo de una manera fina. Pero tanto…

Capítulo 101

—Hola, Luis, soy Charo.

—Hola, Charo, ¿sabes algo de Laura?

—No. Llamaba por si tú sabías alguna cosa, pero ya veo que no. Hemos puesto una denuncia por desaparición, porque estoy comenzando a preocuparme. Nunca se había ausentado durante tanto tiempo.

—¿Hemos?

—Sí, Luis. Voy a casarme, con un chico que he conocido.

—¿Le conozco yo?

—No. Es un chico ecuatoriano, que vive en Jaén.

—Y… ¿cómo lo has conocido?

—Le conocí por las redes sociales. Pero… no debería contarte esto, Luis. Tú tampoco fuiste muy explícito, cuando yo te pregunté por tu pareja.

—Tienes razón —reconoció—. Y te pido que me disculpes, Charo. A estas alturas… Ya no merece la pena seguir enemistados.

—Pues sí, Luis. Si quieres saber cualquier cosa, yo…

—No te preocupes. A mí lo que me importa ahora es saber cómo y dónde está Laura.

La mujer suspiró, y después de dejar pasar unos segundos, le dijo:

—Pues de eso lamentablemente no te puedo informar. Se fue por una discusión que tuvimos, cuando le dije que me iba a casar con Tony, mi novio. Ya me avisó antes de que no le gustaba, y me amenazó con marcharse si seguía con él. Y vaya, ha cumplido su palabra.

—Esta cría siempre ha sido así. Muy soberbia —afirmó—. A mí me pasó lo mismo, Charo. Mantuve oculta mi relación con Nadia por la misma razón. Temía que se enfadara conmigo y la perdiese.

—Justo lo que me pasó a mí —admitió ella.

—Tenía unos celos que no eran normales para una hija. Algo de psiquiatra, ya te digo. Hasta que un día dejamos de tenerle miedo y nos enfrentamos con ella.

—Jo, Luis. Parece que estás describiendo mi caso. Aunque conmigo no son celos, o al menos eso creo.

—Soberbia, celos, despotismo… cualquiera sabe. Ya te digo que está mal de la cabeza. Yo pensaba que era por estar en «la edad del pavo», pero según me cuentas, ya han pasado los años y sigue igual.

Los dos callaron por un momento, y Charo continuó:

—Quizás fue por el divorcio. Son situaciones traumáticas donde sufren todos los miembros de la familia. Los hijos casi tanto como nosotros y…

—No, Charo. Divorcios hay muchos, y casi la mitad de la gente que conoces acaba así con el tiempo. Y las hijas no van por ahí diciendo que sus padres se han acostado con ellas.

—Quizás todos los problemas que tuvimos antes… la crisis, el problema de Dani… si a eso le sumas el divorcio, al final, quizás todo junto…

—No busques un culpable, de verdad. Sé que te gusta auto machacarte, pero esta vez tú no has tenido culpa de nada. Hemos tenido problemas, sí, y quizás problemas graves. Pero eso no implica que una hija a quién yo he querido mucho, y supongo que tú también, nos trate de esa manera. Porque ni tú ni yo la hemos tratado mal.

—Eso por descontado. Más bien al contrario. La he consentido todo, Luis. Todo lo que me ha pedido se lo he dado, incluso sabiendo que no le convenía.

—Pues igual me pasó a mí.

—Quizás sea por eso, por haberle consentido todo. Quizás si hubiéramos sido más estrictos…

—No le des más vueltas, Charo. Ya no tiene remedio. Puede que nos hayamos equivocado, no lo sé. Ahora lo único que importa es saber si está bien. Yo con eso me conformo. Aunque no vuelva conmigo, si sé que está bien, me daré por satisfecho.

—Lo mismo digo yo, Luis. Con eso me conformo.

—Aparecerá, ya lo verás. A pesar de estar loca, no es nada tonta y sabe cuidarse. Simplemente se está vengando de ti por no haberle hecho caso. Sabe que su silencio es la manera más efectiva de hacernos daño.

—Y vaya si lo consigue…

—Pues sí. Pero su ego es más poderoso que su rencor, Charo, y te apuesto a que no tardará en subir a Instagram una foto con un tío bueno para dar envidia a sus amigas.

—Pues no sé cómo nos enteraremos de eso, Luis. A mí ya me ha bloqueado en todas ellas.

—Yo ya llevo años bloqueado, si te sirve de consuelo. Pero sus amigas no lo están, precisamente para eso, para pavonearse montada en un cochazo con un macizo, o con un culturista. Mantente cerca de ellas y te lo contarán. Ya lo verás.

—Dios te oiga, Luis.

—Ya verás como sí, mujer. Mantenme informado, si sabes algo.

—Así lo haré, no te preocupes. Haz tú lo mismo si te llama, ¿de acuerdo?

Capítulo 102

La preocupación no duró mucho más tiempo, pues a los pocos días comenzó a haber actividad en las redes sociales, según lo que les dijo la policía. Y cesó de alguna manera cuando una amiga de la chica le dijo a Charo que Laura estaba en Mónaco con un «tío rico».

La incorregible de su hija se había salido con la suya, y Charo comprendió que de nada hubiera servido haber renunciado a Tony a cambio de ella. Al final, hubiera perdido a los dos. Hubiera perdido a la última esperanza que le quedaba de no estar sola, de estar con alguien que la quisiera.

Los planes de boda siguieron adelante, y finalmente esta tuvo lugar en la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga en la plaza de Manuel Becerra.

Charo había visto durante décadas los restos de confeti y arroz que se arrojaba sobre las cabezas de los novios y que permanecían en la puerta de la iglesia después de cada boda.

Cuando se casó con Luis deseó que esos granos de arroz se depositaran en su pelo, pero no pudo ser. Aquella fue una ceremonia civil, aséptica y circunstancial, donde lo importante tuvo lugar en la celebración que vino después.

Pero esta vez no ocurrió lo mismo. Lo «sustancial» de su boda con Tony tuvo lugar en la iglesia, en la que Don Ramón ofició una ceremonia que mantuvo a Charo con los ojos llenos de lágrimas durante todo el tiempo que duró la misma. La celebración posterior solo consistió en una cena en un restaurante del pueblo de Badajoz, que eligieron para no perturbar demasiado las rutinas de Laly. Una comida sencilla, sin pretensiones, donde solo estuvieron los familiares más allegados, aquellos que la querían de verdad.

En el que fue uno de los días más felices de su vida, los novios se despidieron del párroco de la novia, quién les dijo:

—¡Triunfó el amor!, Charito.

—Triunfó el amor, don Ramón. Esperemos que dure.

—Durará si se le alimenta y se le cuida. No depende de otra cosa más que de la voluntad.

—Somos Uno, Noa. Sólo depende de ti —dijo el novio—. ¿Recuerdas lo que nos ha dicho el cura? «*De modo que ya no son dos, sino una sola carne, y lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».*

—Somos Uno, Tony. Ahora ya, de verdad. Así será.

Mejor amar y perder el amor, que nunca haber amado.

—Alfred Tennyson—

Epílogo

Yoana tuvo una hija a la que llamó «Noa», una niña trigueña como la madre, y se quedó a vivir con ellos mientras encontraba trabajo. Un trabajo que finalmente encontró en la marina mercante, nada menos, donde se empleó como limpiadora. De esa manera se mantuvo alejada de sus posibles perseguidores, mientras dejaba a la niña con su hermano y su cuñada, para deleite de esta última.

Tony desistió de estudiar Bellas Artes, y comenzó la carrera de Lengua y Literatura; la mismo que hizo su esposa años atrás. Mientras la realizaba consiguió algunos contratos como ilustrador, aunque con el tiempo se terminó empleando de profesor de literatura. Y esa fue la labor que desempeñó con más entusiasmo.

Patricio, por su parte, cambió los olivares de Jaén por las viñas de Extremadura, y se marchó a vivir al pueblo de su nuera, donde no tenía que pagar alquiler. Habitó en la casa que ahora estaba vacía y se ocupó de su mantenimiento, mientras hacía sus «chapuzas» por la zona esperando la jubilación.

Charo había perdido una familia, pero ahora tenía otra, dónde además la querían, y no se volvió a sentir sola nunca más.

Y respecto a Laura… quien mal anda mal acaba, como se suele decir. Pero ese será un asunto, quizás para otro libro.